

LOS GRANDES CRÍMENES

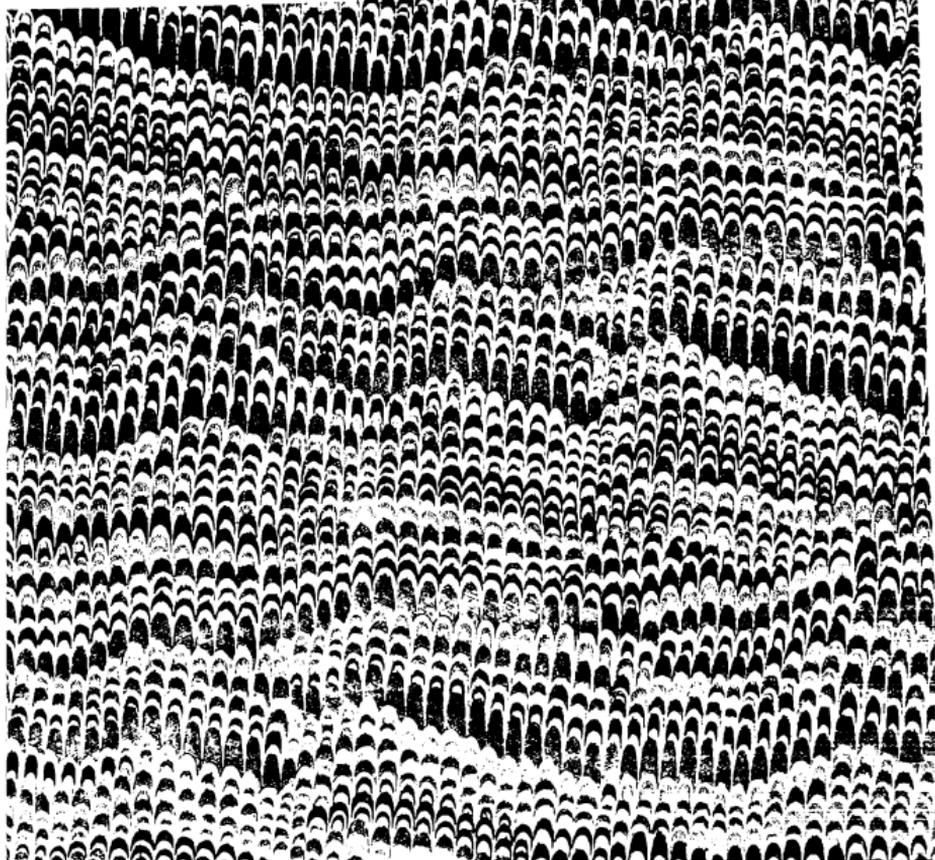
DOMINGA RIVADAVIA

POR

EDUARDO GUTIERREZ



N. TOMMASI - EDITOR
BUENOS AIRES



DOMINGA RIVADAVIA

pat. 3594

DIRECCION DE ESTADISTICAS PUBLICAS MUNICIPALES	
Nº. CENSO:	17.071
	20.0.
Ficha Mensual	874.134.7.21-31



DOMINGA RIVADAVIA

Rivadavia la miraba con delicia y murmuraba a su oído todo género de frases dulcísimas y apasionadas.

LOS GRANDES CRÍMENES

DOMINGA RIVADAVIA

POR

EDUARDO GUTIERREZ



N. TOMMASI - EDITOR
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



Una aventura amorosa

Allá por el año 1807, á 1808, vivía en la ciudad de Córdoba, famosa entónces por su Universidad y sus frailes, la familia de Cires, de las principales de aquella sociedad por su riqueza y su nacimiento.

Una de las personas que componían aquella familia, la jóven Isabel, era una niña cuya asombrosa belleza se había hecho proverbial, no solo en la docta ciudad sino en las provincias más vecinas cuyos habitantes principales la visitaban con frecuencia.

Entónces había la costumbre de enviar á estudiar á Córdoba á los jóveens de la sociedad porteña, los que habían profanado entre nosotros la rara belleza de Isabel Cires.

Isabel se había unido en matrimonio el año 1806, con don Manuel Estanislao Diaz Rodriguez, hombre distinguidísimo de la sociedad tucumana, que había fijado desde entónces su residencia en Córdoba, para no separar de su familia á la hermosa niña.

Pero este matrimonio, si había colmado los deseos de los padres por la clase de marido, no había hecho ni podía hacer la felicidad de la preciosa niña, cuyo corazón no había despertado aún á la vida del sentimiento.

Se casó con Diaz sin un átomo de amor, ni siquiera de simpatía porque apenas lo había visto unas cuantas veces.

Se había casado con una suprema indiferencia como se habría casado con cualquier otro, porque sus padrese se lo habían mandado y nada más.

En aquellos buenos tiempos en que los frailes, rémora que se

servió regalarnos la España y que la ha hecho descender de su pasado y de su gloria; en aquellos tiempos, decíamos, en que los frailes gobernaban en el hogar y las familias, las niñas no tenían voluntad, ni se consultaba su corazón para nada cuando se trataba de casarlas.

Entre el padre y el fraile concertaban el enlace y lo realizaban muchas veces á pesar de las lágrimas de la condenada á recibir un marido contra todas sus simpatías.

Córdoba fué la única provincia argentina que conservó hasta ahora poco las desgraciadas costumbres españolas y por eso su desenvolvimiento fué más tardío y penoso; necesitó sacudir la sotana que la envolvía como un grillete.

En los tiempos á que nos referimos, cada familia tenía su confesor y director de conciencia.

Este tal confesor era el que gobernaba la casa donde no se tomaba la menor resolución sin su consulta y su asentimiento.

Ningún joven visitaba en una familia sin el permiso del confesor, y en muchas casas, sin que éste lo presentara y recomendara.

Así es que los jóvenes que querían tener relación con una familia y vincularse á ella, tenían que empezar por adular y hacer el amor al fraile confesor de la familia, único medio de llegar hasta la niña que les había enamorado.

El fraile señalaba entónces las noches de visita y tiempo que esta debía durar, para estar él presente y cuidar de la virtud cristiana de la niña.

Y había que soportar todas aquellas impertinentes imposiciones con la mayor humildad, para que el fraile no perdiera los estribos y lo hiciera echar de la casa sin reclamo ni apelación.

Los jóvenes ricos solían fundirse en regalos para el confesor de la familia, que querían visitar á fin de tenerlo siempre de su parte.

Pero este era el sistema que daba más resultados negativos.

El fraile veía en el regalador una buena mina que explotar, aparentaba dispensarle su más decidida protección, pero á la sordina le hacía una oposición radical para que fueran más los obstáculos á vencer, y mayores los regalos para salvar aquéllos

De modo que mientras más regalaban, era más lo que tenían que regalar.

Así el señor Diaz Rodriguez se había introducido á la familia de Cires llegando hasta casarse con la preciosa Isabel.

Ella no fué consultada en lo más mínimo: su padre y el confesor se lo mandaron, le dijeron que eso era lo que le convenía, y ella obedeció sin vacilar y sin tener siquiera idea del paso que daba.

Diaz era un hombre distinguido, de espíritu elevado y de educación esmerada; hubiera sido capaz de hacer la felicidad de cualquier mujer que lo hubiera amado.

Pero Isabel no sólo no lo amaba, sino que ni siquiera podía alentar la esperanza de que el frecuente trato y el cariño delicado hicieran nacer el amor que no existía.

Diaz tenía por lo ménos treinta años más que la bella Isabel, y esta enorme diferencia de edades hacía imposible todo sentimiento apasionado por parte de la jóven.

Y era por este mismo convencimiento que él la amaba hasta el delirio, poniendo todo su anhelo por ser correspondido.

En dos años de matrimonio que llevaba, jamás tuvo para su esposa más que palabras de delicado cariño y atenciones de todo género.

Pero cuando una mujer no ama, este exceso de amor y de cariño en el sér que le es indiferente, la empalaga y la fastidia.

Y era esto lo que le sucedía á Isabel.

Aunque no amaba á su marido, lo respetaba y estimaba, porque era digno de ello y porque el respeto y la estimación se imponen á pesar de todo.

Pero cuando él le prodigaba sus cariños más íntimos, ella sin rechazarlos, los recibía con el frío del hielo, y apagaba en los lábios de su marido la frase llena de pasión.

Y aquellos ojos de terciopelo que parecían mirar con una suprema caricia, y aquellos lábios apasionados que bañaban el ambiente con una onda de perfume, eran ojos de muerte y lábios de páramo, cuando hablaban y miraban al marido.

Y éste, que se le acercaba muchas veces impulsado por la

pasión más pura y el cariño más íntimo, se retiraba, sintiendo caer sobre el corazón helado, la sangre que á él hizo afluir la pasión.

Y solo, triste y sombrío, meditaba profundamente sobre aquel enlace que había labrado su desgracia y la de la jóven, porque á su espíritu delicado no se le escapó ya que aquella indiferencia no se modificaría jamás.

Y así solo, sin hijos, huérfano de todo cariño, se dedicó á borrar en lo posible el mal que sin saberlo había hecho, endulzando la existencia de la pobre jóven.

Ella, por su parte, había aceptado el sacrificio de aquel marido á quien no amaba.

Se había propuesto también hacerlo todo lo feliz que pudiera, ya que no lo amaba, y compensar así el cariño que él le profesaba.

Pero su indiferencia era superior á sus propósitos mismos: no podía evitar el hielo que la invadía cuando su esposo se le acercaba y le hablaba de amor.

Su belleza crecía entretanto, llegando á ser una mujer verdaderamente espléndida.

Todos envidiaban á Diaz: lo creían amado de aquella mujer bellísima y consideraban cuán grande debía ser su felicidad.

Estaban engañados por las apariencias admirablemente salvadas por los esposos.

Diaz había estado muchas veces á punto de tener una explicación con la bella Isabel, para manifiestarle que conocía bien lo que se pasaba en su corazón inocente, y pedirle le perdonara haber labrado su desgracia creyendo hacer su felicidad.

Pero siempre se había detenido pensando de esta manera:

—¿A qué amargar su corazón, purísimo, mostrándome dueño de un secreto que ella creyó perfectamente oculto?

Síguenos entónces el mismo camino que hasta hoy, hasta que el tiempo haga forzosa esta misma explicación.

Y pensando siempre en la manera de atraer hácia sí el cariño de la jóven, pasaba una existencia verdaderamente amarga y desconsoladora.

Pensaba que un hijo fuera tal vez la salvación del naufragio, pero pasaba el tiempo sin que el hijo viniera y sin que el caballero pudiera alimentar más tiempo la esperanza de tenerlo.

Díaz se volvió taciturno y melancólico: indiferente á todo cuanto lo rodeaba, sólo vivía para pensar en su Isabel y lamentar la desgracia de su vida.

¿Qué se ha hecho su antigua alegría? solían preguntarle los amigos; ¿acaso el amor de una mujer linda transforma así la naturaleza del hombre?

Por ninguna parte se le vó ya: es bueno decirle á la señora que no sea tan egoísta y nos deje á los amigos la parte que nos corresponde.

Aquellas quejas cariñosas eran otras tantas puñaladas que se clavaban en el corazón de Díaz, que hacía todo esfuerzo para no mostrar la impresión que le producían y aceptando aquel modo de pensar.

Viendo que su esposa recibía sus caricias con un fastidio que no podía disimular, se había abstenido en hacerlo, porque temía que aquella indiferencia glacial, se convirtiera en ódio y lo condujera á tomar una resolución violenta para romper de una vez aquella vida que, poco á poco, se le hacía detestable.

Él seguía viviendo en casa de sus suegros, para de este modo disimular más el infierno de su vida y hacer más feliz á Isabel evitándose un reproche.

¿Qué hubiera sido de la jóven separada de su familia y condenada á vivir con un hombre que le era indiferente de aquella manera?

Le había cobrado ódio, un ódio mortal, y esto es lo que él había tratado siempre de evitar á toda costa.



Tal era la situación de la suntuosa familia de Cires, cuando llegó á Córdoba don Santiago Rivadavia, distinguida persona que su familia enviaba á estudiar.

Era en aquella provincia donde los jóvenes de la República,

pertenecientes á las familias ricas, hacían sus estudios, porque allí estaba la Universidad y los grandes colegios que dirigían los frailes.

La educación que se recibía no era entonces muy famosa, como no lo es hoy mismo en los establecimientos dirigidos por frailes, porque éstos son enemigos forzosos de todo progreso y de la ciencia moderna que ha constatado hechos poco convenientes para sus doctrinas y teorías retrógradas.

Pero como no había otro sistema de educación ni otra universidad para cursar estudios mayores, allí se dirigían los jóvenes que querían labrarse un porvenir y una posición independiente.

Miembro de una familia ilustre, Rivadavia llevaba cartas para las principales personas de Córdoba, por lo que desde un principio se introdujo á la mejor sociedad.

Travieso é inteligente, en un momento se dió cuenta de lo que era la sociedad cordobesa, y el imperio que en ella ejercían los frailes.

Comprendió que para pasarlo bien era necesario estar bien con los frailes, antes que con nadie, y hacerse amigo de ellos á toda costa.

Y adoptando su partido desde un principio, se hizo presentar á los más influyentes y sobre todo á los confesores de tales ó cuales familias.

Liberal de corazón, se sublevaba ante las bellaquerías que á cada paso hacían ó decían aquellos, pero se guardaba muy bien de mostrar su pensamiento, diciéndose:

—A la hora que yo pierda la amistad de estos benditos, se me cierran todas las puertas.

Aguantémosnos mientras sea necesario, que después será otra cosa.

Y contemporizó con sus ridiculeces y falsías fingiéndose el mejor amigo y el más ferviente partidario.

Esto le valió desde un principio la más decidida protección y el ser introducido en el seno de familias que hasta entonces no habían sido visitadas sino por frailes.

Era Rivadavia lo que podía llamarse un bello é interesante joven, de palabra fácil y de un talento galano y fino.

Su conversación, animada por la vida de que estaba lleno su rostro y la jovialidad estudiantil de su ademán, era profundamente atrayente.

No se podía hablar con él cinco minutos sin sentir una corriente de fuerte simpatía, que bien pronto se convertía en cariñosa amistad.

Espiritu sutil y sumamente alegre, explotaba todas las cosas por su lado gracioso, de modo que siempre se la veía riendo, excepto cuanto hablaba con alguna reverencia, que entónces se volvía sério y sumamente formal.

De lo contrario, en su vida íntima se lo disputaban sus compañeros de aula, que gozaban inmensamente con su natural traviesa y su interminable reguero de ocurrencias graciosas y mordaces.

Su traje era no solo elegante sino rico, y llevado con especial distinción, á pesar de aquella interminable corbata de ochenta vueltas, enemiga irreconciliable de toda elegancia, y entre la cual el cuello parecía un galeote enchalecado.

Con semejantes prendas físicas y morales pronto se hizo Rivadavia notar entre la juventud cordobesa y los estudiantes porteños mismos, que abundaban en la tradicional Universidad, pasando bien pronto á hacer ronchas en las tertulias familiares, única diversión que permitían los frailes, porque de lo contrario hubiera sido ponerse en lucha abierta con las damas que vivían en completa privación de todos aquellos placeres que embriagan el espíritu y entretienen la inteligencia.

Era necesario dar un descanso á la interminable novena, y los frailes daban su permiso para las tertulias de que hablamos.

—¿Cómo te manejas tu para ser recibido en todas partes con frecuencia? le preguntaban sus amigos cristianamente asombrados.

¿A qué estupendo secreto debes el ser presentado y recomendado por los mismos frailes que á nosotros nos hacen arrojar á la calle como si fuéramos leprosos?

Y con una habilidad diabólica el estudiante hizo desembuchar al fraile cuanto quería saber de la familia Cires, y sobre todo de Isabel.

—La joya de esta familia es Isabel, decía el buen fraile, ¡y tan desgraciada la pobre!

—¿Desgraciada, y por qué? yo sólo la he visto un par de veces y me ha parecido que la felicidad más ámplia se desborda en su semblante.

—Disimula la pobre porque es muy buena cristiana, pero sufre mucho: se le ha metido en la cabeza no amar á su marido que la idolatra y ahí la tienes desgraciada cuando podía ser enteramente feliz.

En vano yo le aconsejo que haga todo esfuerzo por corresponder al cariño del esposo, pero aunque me promete obedecerme, comprendiendo las razones que le doy, parece que la indiferencia es superior en ella á todo esfuerzo de voluntad.

Yo no debía decirte esto, pero lo hago porque conozco tu discreción y porque en ello no hay mal alguno.

—Y no tendrá Vd. de qué arrepentirse; lo siento porque es una familia que quiero por lo que me han dicho, sin tener relación con ella, y no tengo porque hacer uso de lo que usted me ha honrado en decirme.

El fraile tomó su último cucharón de chocolate y se fué á echar una siesta en la misma cama del jóven como lo tenía por costumbre.

Rivadavia vivía en una piecita á la calle, de una casa de huéspedes, piecita que había convertido en un verdadero salón dormitorio.

Poco después los poderosos ronquidos del fraile Andrés, le anunciaron que su paternidad digería el chocolate en buena práctica con el amigo Morfeo.

Los datos que inocentemente le había dado el fraile, habían caído en su corazón como una bomba.

La exuberante belleza de Isabel se le había enterrado en el alma y al saber que era casada, sintió un golpe violento que apagó la sonrisa de sus labios aristocráticos.

Aquellos ojos negros, cargados de pasión, tenían ya quien viera reflejar en ellos la felicidad de sentirse amado; aquellos labios húmedos y perfumados tenían quien apagara en ellos su sed de amor, y el jóven no podía pensar esto sin un sentimiento de profunda melancolía.

Porque la belleza fresca y suprema de Isabel le había sacudido rudamente el corazón, haciendo nacer en él un sentimiento idólatra, de que al principio no pudo darse cuenta.

Y á medida que fueron pasando los días, aquel sentimiento fué desarrollándose de una manera vigorosa hasta que lució con todo el encanto de un amor poderoso.

El Isabel era casada, amaba sin duda á su marido, y esta era la pesadilla continúa del estudiante.

Las palabras de fray Andrés vinieron á alumbrar como un relámpago la negra noche de su espíritu.

Ella no amaba á su marido: luego todas las esperanzas no habían muerto y podía entregarse al culto de aquel amor, sin la desesperación insoportable de los días anteriores.

Rivadavia, que había estudiado la sociedad cordobesa y comprendido la influencia que en ella tenían los frailes, se dió inmediatamente cuenta de lo que pasaba.

—Aquellos ojos aterciopelados donde brilla un mundo de pasiones, pensó, no son dos ojos falsos, y aquellos labios ideales no pueden mancharse con una mentira.

¡Este será un casamiento forzado como los que siempre se realizan y en el pecado lleva la penitencia el que ha querido apriisionar para siempre á un ángel de la tierra!

—¡Oh! ¡gran Andrés! murmuró acercándose á la cama donde dormía el fraile—; doy por bien empleadas las soperas de chocolate que me has consumido por el placer consolador que hoy me proporcionas!

¡Eres un gran hombre á quien juro remunerar con un mar de chocolate!

Y poniéndose el sombrero con un ademán juguetón, salió á la calle á respirar el aire libre, porque le parecía ahogarse en su pieza.

—Ella no ama á su marido, pensaba miéntras devoraba las cuabras con paso nervioso, luego su corazón está libre y susceptible de amar al que logre conmooverlo.

¡ Ah! ¡ ilustre y benemerito Andrés! ¡ yo te declaro el sér más gentil de cuantos visten sotana! ¡ me reconcilio contigo!

Y como un loco, seguía caminando y dando saltos al extremo de llamar la atención de todos los que andaban por la calle.

Rivadavia salió fuera de la ciudad buscando mayor espacio donde respirar y anduvo á la aventura pareciéndole que cada árbol y cada planta era un sér amigo que le movía la mano gritándole—¡ no pierdas la esperanza! sigue adelante.

Cuando el jóven regresó á su casa, empezaba a caer la noche: no había probado un bocado de comida desde que se levantó y solo se apercibió de ello cuando la dueña de casa mandó avisar de que estaba la cena.

—¡ Qué cena! ¡ ni qué cena! respondió; ¡ demasiado he cenado ya; no quiero comer!

Y no comió, ni durmió, ni estudió aquella noche, pensando en Isabel y esperando impaciente la mañana para ver llegar la rubicunda y mofletuda catadura de fray Andrés, á quien como era natural, no halló á su vuelta.

El fraile vino á la hora de costumbre, y se pegó á la sopera y colaciones, que esa mañana eran más abundantes que de ordinario.

Rivadavia había resuelto no decirle una palabra referente á la presentación, para no demostrar más interés que el que ya había manifestado.

—A la hora que el fraile me cale, me embrolla y me pone obstáculos, pensó; el modo que me complazca es no mostrarle interés por visitar en la casa.

Recién al tercer cucharón de chocolate resoló el fraile diciéndo: cumplí tu encargue de ayer.

—¿ Qué encargue? ¿ cómo voy á permitirme molestar á usted con un encargue

—¡ Ah, diablo! ¡ bien dicen que los jóvenes no tienen firmeza en lo que piensan! ¿ y lo que convinimos ayer referente á la familia de Cires?

—¡ Es cierto! exclamó Rivadavia fingiendo que recién recordaba la cosa—; no valía la pena de haberse molestado! yo quería visitar esa familia, pero más adelante.

—Pues, mi hijo, no tienes ahora remedio—yo te he anunciado como lo mereces y mañana te llevo.

—¡ Si es así, líbreme Dios de hacerlo faltar á su palabra! si de todos modos había de hacerse la visita, lo mismo es hoy que dentro de un mes—estoy á sus órdenes.

Y Rivadavia sintió una alegría infinita; ; por fin iba á conversar con aquella mujer espléndida, á sentir la melodía de su acento, á respirar el ambiente de sus palabras!

Rivadavia tuvo que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para no saltar sobre el fraile y darle un beso en los rollos del cerquillo.

—Entónces, mañana á las tres me esperas listo, que yo vendré á buscarte.

Es una familia cuyo trato vá á encantarte, pues son humildes, buenos y virtuosos arriba de todo elogio.

Ya yo les he dicho quién eres y te recibirán con tanto más placer cuanto que soy yo mismo quién te recomienda.

La hora elegida era famosísima, pues lo probable era que estuvieran solas las señoras y niñas y ser aquella primer visita ménos embarazosa.

Después de arreglar todo lo referente á la presentación, el jóven empezó á lablar de otras cosas para disimular mejor el interés que tenía; así es que el fraile, por suspicaz que fuera, no pudo ni siquiera sospechar lo que pasaba en el corazón del jóven.

Dió tranquilamente fin con el chocolate y las colaciones y e estiró sobre la cama del jóven á hacer la digestión.

Rivadavia no sabía lo que le pasaba; preocupado con el recuerdo de Isabel, andaba como un autómata sin atender á una sola de sus obligaciones.

—¡ Parece increíble, se decía en sus momentos más tranquilos; pero estoy lleno de aquella mujer, hay instantes en que siento latir su corazón bajo la presión de mis manos!

¡ Por todas partes veo sus ojos magníficos, que al mirarme parecen levantarán mis cabellos sobre mi cabeza!

Aquella noche, como el día siguiente, no hizo otra cosa que pensar en Isabel, en su visita y en estudiar la manera más segura de ocultar su pensamiento á los ojos del fraile.

—

Mucho antes de las tres de la tarde, el jóven Rivadavia se hallaba vestido y perfumado, con toda la elegancia y exquisito gusto de la época.

Cuando calculó que era la hora más ó ménos, se quitó el frac, quedando en mangas de camisa, para disimular mejor la ansiedad febril que lo dominaba.

Así es que cuando entró don Andrés y lo vió sin acabar de vestirse y recostado, no pudo ménos que exclamar:

—¡ Ah, ¡jóvenes! ¡ amigos de la inexactitud y el abandono! ¿ á qué te habías olvidado

—No señor, es que calculé mal el tiempo y creí que todavía no era la hora.

—Parece que no tienes mucho apuro, pero á mí me gusta mucho ser puntual; á ponerse pues el frac y andando.

Rivadavia obedeció instantáneamente y tomó su sombrero diciendo:

—Ya vé que no ha sido mucho el tiempo desperdiciado: cuando usted guste.

Y ambos salieron á la calle empezando á andar un poco de prisa, para huír de las caricias del sol.

Rivadavia era un hombre de sociedad acostumbrado á la frecuencia de su trato, desenvuelto y travieso.

No podía llamarle la atención el hecho de ser presentado á una familia, por opulenta que esta fuera, y sin embargo, sentía el corazón recogido dentro del pecho, le faltaba el aire, y sus piernas temblaban por la fuerza de la emoción.

Es que Rivadavia no iba á una simple presentación ni visita de cumplimento.

Iba á ponerse en contacto, á hablar por primera vez con la

mujer amada, y se sentía preso de un sentimiento extraño, mezcla de timidez y de deseo.

Es que la belleza de Isabel se le había impuesto de un modo avasallador, y se sentía cobarde para sufrir el contacto de su mirada y el eco de su voz aún desconocido para él.

Y no es que Rivadavia fuera novicio en galanteos ni que temiera hacer una figura desairada.

Es que de la primera impresión recibida por la mujer amada, dependía la suerte de toda su vida, suerte que iba decidido á jugar en aquella primera visita.

Por el modo con que fuera recibido y despedido, ya comprendería él en que disposición quedaban los ánimos.

Llegado á la casa, el fraile, como confesor, se coló sin golpear la puerta, pidiéndole esperara un momento en el zaguán mientras él pasaba aviso.

No había transcurrido un minuto, cuando la sirvienta lo hacía pasar á la sala donde esperaba reunida la familia, acompañada del fraile que acababa de entrar.

Allí estaba la señora de Cires, sus hijos y el señor Diaz, esposo de Isabel.

Rivadavia lo saludó cortésmente y ocupó el asiento que se le señalaba como quien se hubiera sentado en un montón de brasas.

—Es como les he dicho, exclamó fray Andrés, un poco tímido y corto de genio, pero un jóven honesto y de sentimientos delicados; pueden ustedes recibirlo en su seno y dispensarle una buena amistad, porque él lo merece: cuando lo traten un poco verán que no he exagerado.

Rivadavia comprendió que allí estaba el éxito de la primera impresión, y que estaba á punto de hacer un papel desairado, así es que sacudió aquella extraña timidez que lo había invadido, y tomó la palabra recuperando bien pronto su habitual aplomo.

¿Qué podía hablarse en una primera visita bajo la feroz vigilancia de un fraile que se quiere engañar, y de un marido contra quien se está en guardia

Sin embargo, el jóven, en las mismas generalidades de que trató, lució ampliamente su hermoso talento, haciendo el elogio

más cumplido y galano de la sociedad cordobesa, sin salir de las más estrictas conveniencias sociales.

En las mujeres habituadas tan solo á oír hablar de la novena y de la iglesia, aquel lenguaje bello y nuevo, hizo una impresión tan agradable, que podía leerse en todos los semblantes, lo que concluyó de volver al jóven todo su aplomo, comprendiendo que pisaba en terreno firme y simpático.

Tocó en seguida puntos religiosos que dejaron extasiado á fray Andrés y habló con el señor Diaz sobre la sociedad tucumana, mostrando conocerla de una manera perfecta.

El jóven mientras hablaba sentía el rayo de la mirada de Isabel, que le abrasaba la frente, pero no se atrevió á mirarla, por temor de dejar conocer la impresión.

Tan agradable y amena era la conversación del jóven, que trascurrieron más de los horas con la rapidez de un momento.

Fué él quien lo hizo notar de una manera delicada, pidiendo perdón por haber molestado tanto tiempo.

Al despedirse, todos y cada cual le hicieron los mayores ofrecimientos y agasajos.

El mismo Diaz dijo á Fray Andrés:—amigo mío, le soy deudor de uno de los momentos más gratos de mi vida; háganos repetir con más frecuencia visita tan distinguida.

Fué al despedirse de Isabel que las miradas de los jóvenes se encontraron con toda su intensidad.

Por los ojos de Rivadavia cruzó una especie de agonía indescriptible y en la mirada de Isabel lució algo como una esperanza, esperanza que recogió el ávido espíritu del jóven.

La primera impresión no podía haber sido mejor: el jóven se retiraba dejando un recuerdo grato, y lo que es más, el deseo de volverlo á ver.

Fray Andrés estaba encantado y orgulloso de su protegido, por las teorías religiosas que éste había desarrollado en el curso de la conversación.

No sabía ya cómo elogiarlo y exhortarlo á seguir en aquel piadoso camino.

Rivadavia, por su parte, se trazó rápidamente el camino que

debía seguir para que la protección del fraile fuese siempre en aumento, engañado con el móvil de sus visitas: móvil que era preciso ocultar para que éste no se le alzara con el santo y la limosna.

Así, sus mayores elogios y alegres recuerdos fueron para Diaz, ponderándolo de todos modos, y asegurando al inocente fraile no comprender cómo aquella jóven no amaba á un hombre tan completo.

—¡ La diferencia de edades! he ahí el secreto, replicaba el fraile: estoy seguro que si don Manuel tuviera diez años ménos, siquiera, otro gallo había de cantar á su mujer.

—Sin embargo ellos parecen felices, no pudiéndose observar en sus fisonomías una sombra de pesar.

Desde aquel día Rivadavia se entregó al culto de su amor, de un amor inmenso por Isabel, á quien no podía olvidar un solo momento.

Y no volvió, firme en su propósito, á decir una sola palabra á fray Andrés, referente á repetir la visita.

Quería que la insinuación partiera de aquél y por consiguiente de la familia de Cires.

Y apenas habían trascurrido tres ó cuatro días, el inocente fraile le manifestó que era preciso volver.

Ellos creen que no vuelves porque no has salido contento. dijo, y es necesario destruir esa creencia porque no es exacta.

El jóven, dominando la alegría de que estaba poseído, se presentó de nuevo en casa de Cires.

Esta vez su visita fué más familiar y prolongada, pues se vió forzado á aceptar una invitación que para quedarse á cenar le hicieron, invitación que apoyó calurosamente fray Andrés, que se puso rojo de gula, presintiendo algunos platos de exquisita confección.

Solo, mucho tiempo con las señoras, Rivadavia las había concluído de seducir con su conversación amena y galana, saboreando á su placer la majestuosa belleza de Isabel, que estaba como deslumbrada por el espíritu del jóven.

Sus miradas se habían cruzado más de una vez, y ella se había puesto roja, bajando los ojos inmediatamente.

¿Comprendía la impresión que su belleza causaba en el joven, ó las miradas de éste eran demasiado ardientes?

Cuando entró Diaz el joven no alteró en nada la familiaridad de la conversación, pero cesó de mirar á Isabel con el interés que lo había hecho hasta entónces.

Diaz no era un hombre celoso: tenía una alta idea del carácter de su esposa, y no había visto en el joven más que una persona fina é inocente.

Y aunque no hubiera sido así, ¿no estaba allí el confesor de la familia, que hubiera corregido en el acto cualquier inconveniencia?

¿Por qué había de suponer, sobre todo, mala intención en una persona que les había presentado el fraile, haciendo de ella el más cumplido elogio?

Otra cosa hubiera sido ridícula, aunque Diaz sabía perfectamente que no era dueño del corazón de su mujer y que éste estaba perfectamente virgen y expuesto á ser herido por cualquier otro afecto.

Durante la cena que fué opípara, Rivadavia mantuvo siempre su conversación con un interés creciente, salpicándola con chistosas anécdotas y estudiantiles referencias.

Para seducir más al fraile, el joven lo llamaba mi maestro, de modo que Diaz no se cansaba de repetirle:

—Pues señor, tiene usted un discípulo de provecho: muy pocos habrá como éste.

El fraile, colmado de orgullo, interrumpía la infatigable labor de sus mandíbulas, para sonreír agradeciendo el cumplido.

El joven supo entretener á todos, de tal modo que como la vez primera, pasó el tiempo de una manera insensible.

Al despedirlo le hicieron presente que esperaban no tener que pedir á fray Andrés que lo trajera, salvo que esto no estuviera en contra de sus simpatías.

—; De ninguna manera! no he venido antes porque no me gusta fastidiar, pero ya que ustedes me lo permiten tan bondadosamente, vendré con más frecuencia.

La casa fué ofrecida entónces con ese desprendimiento hi-

algo que caracterizó aquella época inocente, y aceptada con reconocimiento por parte del jóven.

—Es una criatura excelente é inofensiva, decía fray Andrés pudiendo apénas andar, por el peso de lo que había comido.

Con esta protección franca y buena amistad que ustedes le han dispensado, obligan su corazón noble de una manera indecible.

Al despedirse el jóven de Isabel, hizo irradiar en su mirada toda la pasión de que estaba lleno su espíritu, en una suprema caricia.

Una mujer comprende siempre de una manera instintiva esta clase de miradas, é Isabel, ante los ojos cargados del jóven, sintió estremecerse, experimentando en su rayo un placer desconocido.

Es que Isabel, desde el primer momento, había sentido por el jóven una viva simpatía, que muy pronto degeneró en cariño.

Y sin embargo de creer que con aquel cariño á nadie ofendía, ocultó de una manera profunda la impresión rara é íntima de aquella mirada.

Era el instinto de la mujer que le anunciaba un peligro cercano.

Es que Isabel, sin saberlo tal vez ella misma, principiaba á amar á aquel jóven que había despertado su espíritu con goce desconocidos, haciendo vibrar las cuerdas del cariño.

Sin buscarlo ella, se sorprendía al hallar siempre estereotipada en su pensamiento la hermosa fisonomía del jóven y sonando en su oído su palabra alegre y armoniosa.

El corazón de la jóven, dormido aún para el amor, empezaba á despertar recién y su estallido amenazaba ser violento.

La comparación se estableció naturalmente, y su marido le pareció más viejo que nunca.

Comparó aquella alegría franca y comunicativa, con la seriedad incommovible de su marido, aquella palabra fácil y amena, con la sequedad monótona de éste, y se encontró con un jóven que hablaba á su corazón con toda la fuerza de la juventud y de los sentidos, frente á un viejo que hablaba á su indiferencia más invencible, infundiéndole todo el respeto de su edad avanzada y aspecto secamente sério.

Isabel miró diez años delante de ella y sintió que se le helaba el corazón, pensando por primera vez de su vida que era muy desgraciada.

Rivadavia empezó á repetir sus visitas con más frecuencia y la jóven empezó á enamorarse, seducida por el lujo de encantos que el estudiante desplegaba ante su espíritu artístico, porque Isabel poseía un espíritu verdaderamente artístico, que colocado de otra manera la habría hecho descollar.

Y á medida que el jóven ganaba terreno en su corazón, vió ella con espanto que su marido lo perdía al extremo que si antes le era sólo indiferente, empezaba ahora á hacérsele antipático, y á sentirse fastidiada en su presencia.

Y ocultaba aquel cariño en lo más íntimo de su alma, sin darse cuenta ella misma del por qué de aquella ocultación instintiva.

Al principio ella había tratado de no dejar ver aquel cariño al mismo Rivadavia, por no alentarle en el camino peligroso á que podían ser conducidos por la misma pasión.

—Una mujer no debe amar más que á su marido, le había dicho fray Andrés muchas veces, al saber lo que pasaba en su corazón.

La que dá cabida en su alma á otro amor es una pecadora desventurada que cae en tentación.

Y en apoyo de esta teoría había citado algunos casos en que las mujeres habían sido desgraciadas por no resistirse á un amor que era un crimen, pues la mujer no podía despojar al marido de lo que le pertenecía, ni faltar á un juramento hecho al pié del altar.

—¡Pero si yo no he jurado nada! decía para sí la pobre jóven, dominada por el amor del estudiante.

Yo no amaba á mi marido, yo no he jurado amarle, ni he podido impedir que este cariño inefable se imponga á mi corazón.

Me mandaron casarme y obedecí, sin saber lo que hacía, sin saber que casándome labraba mi propia desventura.

Yo no tengo la culpa de lo que sucede y puesto que no hay otro remedio, me sacrificaré gustosa por el cumplimiento de mis

deberes: amaré á Rivadavia, sin dejárselo conocer á él mismo.

Entretanto el estudiante había conocido lo que Isabel quería ocultarle á todo trance.

—Me ama y lucha, pensaba el jóven saboreando la dicha inmensa de aquel amor, y es esta misma lucha la que va á darme el triunfo.

No se puede luchar contra el corazón mucho tiempo sin caer bien pronto en lo mismo que se quiere evitar.

El corazón se impone siempre, cuando no se tiene un carácter de un raro temple para resistirlo, á pesar de toda desventura.

No se puede luchar contra él, cuando no hay un sentimiento que oponer al nuevo sentimiento que lo invade en todos sus senos.

E Isabel no solo no había luchado, sino que ni había tratado de luchar.

Ella se limitó á ocultar al jóven el amor que por él sentía, sin defenderse de él, sin hacer lo más mínimo para que aquel amor no se le impusiera con toda la fuerza de una pasión.

El estudiante siguió haciendo frecuentes visitas, sin salirse de los límites que él mismo se había impuesto.

Seguro de que era amado por la hermosa jóven, esperaba tranquilo la oportunidad de poder hablarla de aquel amor supremo, manifestándole el mundo que para ella atesoraba.

Hablaba con los ojos, con toda la elocuencia de su alma enamorada, lenguaje mudo, que era admirablemente entendido y contestado.

La eterna presencia de fray Andrés había malogrado las mejores oportunidades, pero no había más remedio que conformarse con la presencia de aquel Argos y esperar pacientemente.

El jóven tenía extremada confianza con la familia, frecuentaba la casa á todas horas y ya, para presentarse, no necesitaba la presencia del fraile.

La oportunidad tan acechada, no tardó en ofrecerse á los jóvenes de la manera más completa.

Un negocio de familia reclamó la presencia de Diaz en Tucumán y decidió el viaje sumamente mortificado, porque se le hacía doloroso separarse de su mujer.

No es que abrigara celos ni desconfianza; es que, conociendo el desamor, la indiferencia que por él tenía Isabel, temía que aquella ausencia de quince días la aumentara de una manera irreparable, haciéndole perder hasta la amistad que la jóven le profesaba.

Era preciso hacer el viaje, y Diaz partió prometiendo volver cuanto antes le fuera posible.

No quedaba más obstáculo que el fraile, pero éste era un obstáculo más fácil de vencer, porque si el fraile vigilaba lo hacía de vicio simplemente, y por costumbre, pues no solo tenía en el jóven una confianza ilimitada, sino que no abrigaba el menor motivo de desconfianza.

Rivadavia que conocía todos los hábitos del fraile, empezó á ir á casa de Isabel á horas en que el buen confesor se entregaba á los placeres de la siesta ó del chocolate.

Y de esta manera logró sustraerse á aquellos tremendos ojos de Argos y aquella vigilancia importuna.

Una tarde, de aquellas tardes tibias y embalsamadas por el aroma de las flores, Rivadavia se encontró con Isabel que paseaba los grandes jardines de la casa.

La jóven pensaba en él sin duda, al arrancar con manos delicadas las flores con que hacía un pequeño ramito.

El jóven se acercó á ella sin ser visto y en un momento que miraba distraída aquel ramito le dijo con un acento apasionado:

—¡Felices flores que lanzan la esencia de su perfume bajo su espléndida mirada! ¿por qué no me es permitido poner entre ellas mi pobre corazón?

Isabel quedó como atontada al sonido de aquella voz melodiosa y la expresión de aquella palabra ardiente.

Trémula y agitada no se atrevió á levantar del ramito sus ojos magníficos, ni supo lo que le pasaba.

—¡Pobre de mí! continuó el jóven dando á su palabra un tinte melancólico: ¡pobre de mí! repitió—¡quién había de decirme que envidiaría la suerte de unas flores!

Isabel miró al jóven aturdida, volvió á bajar la vista hasta las flores y siguió mirándolas como quien mira al vacío.

Indudablemente el pensamiento de la jóven estaba harto distante del humilde ramito.

—No veo la razón, balbuceó sonriendo por fin, para envidiar la suerte de estas flores, arrancadas de la planta que les dá vida, para dejarlas morir después de haber aspirado su aroma.

—Es que hay muertes que bien valen una vida y bien se puede morir feliz abrasado por el rayo de sus ojos, y marchito por las brisas de su aliento, más perfumado que las mismas flores.

Mire usted, Isabel, hay séres que tienen el privilegio de embellecer cuanto se les acerca, la vida parece crecer bajo el rayo de la mirada, la respiración es más ámplia, parece que el corazón se mueve con más libertad y uno encuentra bello todo cuanto lo rodea.

Usted tiene ese encanto y ese poder, que aprisiona la voluntad y mata toda otra sensación que de él no brota.

Yo siento á su lado una exuberancia de vida desconocida, que partiendo del foco de sus ojos agita mi corazón en un éxtasis arrobador: el hombre que viva de su amor Isabel, no tiene ya nada que desear sobre la tierra y debe estar más cerca de Dios que los demás.

Bendito sea el momento y el motivo que me trajo á Córdoba; yo no tenía idea de una mujer como usted.

Aquello era atacar de frente y de una manera decidida.

Isabel, embriagada por aquellas palabras y la manera dulcísima con que fueron dichas, se sintió dominada: ávida de amor, aspiró con ánsia el encanto de aquella palabra, se sintió vencida y rompió á llorar.

En su suprema inocencia no supo ocultar sus impresiones y hirió al entregarse al gozo supremo de aquel amor celeste, sin intentar siquiera defenderse.

Rivadavia la miraba con delicia y murmuraba á su oído todo género de frases dulcísimas y apasionadas.

Y ella se rindió á aquel amor ardiente, con toda la pasión de su alma y sin más protesta que estas palabras:

—Pero yo no puedo amar á nadie más que á mi marido á quien no amo; yo no me pertenezco, mi corazón no es mío.

—En el corazón humano solo Dios manda, contestó el joven, y nadie puede contrariar su voluntad suprema.

El nos dió un corazón para sentir y amar: entónces los que pretenden esclavizar los sentimientos del cariño, no tienen derecho para imponer silencio á sentimientos que nacen de algo más grande que la voluntad humana.

El derecho de amar está en usted misma: no se sofoque el corazón entónces por razones que no tienen un átomo de lógica.

Isabel, seducida por la mágia de aquella palabra, amó y amó de una manera inmensa.

Inocente en el mal que causaba, creyó que amando á Rivadavia no podía ofender á nadie, puesto que daba una cosa que á nadie pertenecía y se dejó arrastrar por la fuerza de aquella pasión enloquecedora.

Y extasiados en aquel torrente de cariño que se desbordaba ámpliamente, sin valla de ningún género, quedaron absortos en la mútua contemplación.

—Este amor es obra de Dios, decía Rivadavia, que puso en nuestras almas la corriente simpática que había de aproximarlas y no está en la mano humana la fuerza y el poder capaz de darle otro rumbo.

Tú me das un corazón perfectamente libre y nadie tiene entónces el derecho de quejarse ni de extrañarlo: el corazón se ha hecho para amar, y amando se cumple una ley divina.

La aproximación de algunos pasos puso en guardia á los amantes que se separaron algo, hablando de cosas indiferentes.

Era la madre que daba también un paseo en el jardín y había sido atraída á aquel punto por el rumor de las voces.

Desde aquel día los jóvenes hallaron siempre un momento que, libre de miradas indiscretas, pudieran entregarse al goce completo de sus impresiones íntimas.

La vida había adquirido para Isabel encantos desconocidos hasta entónces.

Todo le parecía más bello y su alma creía tener otro vuelo más poderoso: la existencia no le era indiferente, y en el recuerdo del joven hallaba siempre momentos de suprema felicidad.

Ya su salida de casa, su entrada á la iglesia, la monotonía abrumadora de la novena, no eran actos indiferentes y hasta maquinales.

Todo tenía un objeto y un fin arrobador: la presencia de Rivadavia, que aprovechaba todos los momentos de la vida para unirse en el oído enamorado de la jóven, la música de su palabra ardiente y apasionada.

¡Siempre él estaba allí, en la esquina, en el átrio, entre las sombras de la nave; por todas partes la luz de sus ojos y la magia de su persona!

Isabel vivía exclusivamente de aquel amor apasionado.

Había concluído por olvidar á su marido, creyendo que aquella corta ausencia había durado una eternidad y que la presencia de aquel hombre no vendría en lo sucesivo á turbar su felicidad presente.

Fray Andrés estaba perfectamente engañado: no podía sospecharse lo que pasaba en el corazón de los jóvenes y llevada a Rivadavia siempre que iba á casa de la familia de Cires.

—

La vida del amor que tan feliz hacía á Isabel la había puesto mucho más hermosa, porque había dado á su fisonomía esa expresión de vida exuberante que no tenía antes.

Y Rivadavia absorbía aquella belleza suprema sin reflexionar en el porvenir tan preñado de nubes para ellos.

No eran muy frecuentes las ocasiones en que los jóvenes podían verse y hablarse con entera libertad, entregándose al goce de aquel amor vehemente.

Así es que cuando estos momentos llegaban, eran aprovechados hasta su último instante, sin que la palabra y el beso ardiente, cesara un segundo sobre aquellos lábios.

El jóven conocía la vida de la familia, minuto por minuto, o que le permitía aprovechar cada instante de distracción ó de quehacer.

Además, ambos eran dueños de la noche, y él trepado á las

tapias erizadas de botellas, y ella alzando la mano y los ojos en una suprema caricia, pasaban así largas horas en que, todo lo que no era sus personas, desaparecía del espíritu apasionado de los jóvenes.

Sin pensar en nada que no fuera ellos mismos y el instante de verse y acariciarse, la vuelta de Diaz fué un rayo que vino á sacarlos bruscamente de aquella vida de suprema felicidad, volviéndolos á la realidad de su situación.

Y fué entónces que Isabel comprendió que su corazón era susceptible de aborrecer también.

Aquel hombre que venía con su presencia á turbar su dicha, y á colocarse como una barrera poderosa entre ella y su amante, no le fué ya indiferente tan sólo, sino que le fué odioso.

Su presencia la irritaba, y si se le acercaba como antes á prodigarle sus caricias que ella recibía con glacial indiferencia, sentía crecer su ódio, porque aquello era hecho en daño del joven á quien ella hizo dueño de todo su cariño.

Le parecía que aquello era profanar su amor, porque en su espíritu no cabía otra imágen que la de Rivadavia, y sin otra defensa, lloraba, lloraba de una manera desesperada, pidiendo al cielo resignación para soportar tanta desdicha.

Ella no le había jurado amor, ni se lo había fingido tan solo; de su corazón y de su cuerpo había dispuesto la voluntad paterna, como se dispone de un objeto cualquiera.

Entónces nadie tenía derecho de reprocharle lo que no le reprochaba su conciencia misma.

Al darse á Rivadavia, al amarlo con ese frenesí que absorbía toda otra manifestación de espíritu y los sentidos, disponía de una cosa suya, exclusivamente suya, y nadie por consiguiente podía creerse perjudicado en lo más mínimo, puesto que lo que diera á Rivadavia no lo había quitado á nadie.

Estas eran las teorías del joven estudiante, que se habían grabado en el espíritu de Isabel con un convencimiento incombatible.

El señor Diaz, que había creído que su ausencia pusiera al ménos algún cariño en el corazón de su consorte, se encontró con

que, en vez de esto, la indiferencia había aumentado hasta convertirse en antipatía.

El caballero sintió este golpe en medio del corazón, y tarde ya, se arrepintió de aquel matrimonio, para el que en nada fué consultado el corazón.

Y recurrió á fray Andrés, como último y supremo recurso.

¿Pero, qué podía hacer el fraile en situación tan delicada?

Aconsejó á Isabel, y se encontró con esta respuesta tan inesperada y tan irrefutable para su corto criterio:

—Padre mío, yo no puedo deshacer lo que ha hecho la voluntad de Dios: El solo gobierna en el corazón humano, poniendo las pasiones que han de arrastrarnos en el camino de la vida; si no uso en mi corazón amor por mi marido ¿cómo es posible que yo lo ame?

La mentira es un delito: fingir es mentir; luego ni fingirle amor puedo, porque esto sería ofender á Dios.

El fraile tuvo entónces que aconsejar á Diaz tuviera resignación y tratara por todos los medios posibles de hacer nacer en el corazón de la jóven el amor que no existía.

Aquel fué un golpe de muerte para el corazón del caballero, que comprendió que no tenía ninguno de los atractivos necesarios para engendrar amor en el corazón de una jóven.

Su cuerpo empezaba á declinar y en su espíritu no había un encanto capaz de borrar en el corazón de una mujer la impresión de los años.

Con un dolor inmenso renunció al amor de su esposa, é hizo el firme propósito de conservar su aprecio y ese cariño tranquilo y firme que se establece por la frecuencia y la delicadeza del trato.

Pero ni eso mismo pudo conseguir en la realidad, aunque lo consiguiera en la apariencia.

Isabel veía en su marido un enemigo á muerte al amor de Rivadavia y la antipatía crecía en vez de disminuir.

Rivadavia, por su parte, ni siquiera se atrevió á formular un débil consejo á este respecto.

Comprendió toda la hiel que para el marido guardaba el corazón de la jóven, escuchó su modo de pensar tremendo á este

respecto, sus ideas exageradas al apreciar su situación, ideas que no eran otras que las que el mismo jóven le había inculcado, y no dijo la menor palabra al respecto, acatando con íntimo cariño cuanto ella hacía y pensaba.

Con la presencia del marido las entrevistas de los jóvenes se habían hecho más difíciles, no pudiendo hacer otra cosa, durante varios días, que cambiar una mirada cariñosa y furtiva.

Aquellas arrobadoras citas sobre la tapia erizada de botellas, aprovechando las noches en que la indiscreta luna no enviaba su luz delatora, eran imposibles sin exponerse á un gran peligro, y estas mismas dificultades hacían para Isabel mucho más odiosa la presencia de su marido.

No quedaba más recurso que la iglesia, y este fué el expediente puesto en práctica por el estudiante.

Diaz, que no abrigaba la menor desconfianza, no podía sospechar de las salidas á la iglesia por frecuentes que fuesen.

Su esposa, como todas las familias, iba al templo casi diariamente, y al verla ir dos veces en un mismo día, no podía hacer sospechar, ni remotamente, de lo que se trataba.

El estudiante, apurando su natural travesura, se valía de un buen recurso para alejar más cualquier sospecha que pudiera abrigar Diaz.

Cuando la salida de Isabel era realmente á la iglesia, lo que tenía que hacer con frecuencia para que la viera la familia y el mismo fray Andrés, Rivadavia venía á casa de la familia, como de visita, y distraía con su amena sociedad al desgraciado marido.

Sólo faltaba cuando la ida á la iglesia era un pretexto para ocultar el verdadero objeto: una entrevista con él.

Rivadavia, echando mano de todos sus recursos, había hecho presentar en la casa por fray Andrés, á un amigo suyo, poseedor de su secreto.

Este amigo, en posesión de todas las cábalas de Rivadavia, era el encargado de entretener á Diaz, cuando aquél asistía á las citas con Isabel, teniendo el doble encargo de impedir por todos los medios á su alcance, cualquier salida que intentara hacer el marido.

De este modo el jóven podía entregarse tranquilamente al objeto amado, en la seguridad que su entrevista no sería turbada por ningún trago amargo.

A las funciones de iglesia no faltaban nunca, y en el caso que hubieran faltado, ahí estaba el amigo para mandar decir misas por el desçanso de algún deudo real ó supuestamente fallecido.

Gracias á todos estos recursos, los amantes vivían felices sin que nada viniera á turbar su amor.

La naturaleza que tan árida había sido para Diaz, que había esperado la presencia de un hijo como el vínculo que lo hubiera ligado al amor de Isabel, fué más pródiga con el amante.

Un año más ó ménos después de los amores con el estudiante, Isabel dió á la luz una hermosa niña, que vino á hacer brillar en el espíritu de Diaz el primer rayo de luz.

—¡ Por fin la naturaleza se cansa de perseguirme!—pensó el esposo—; Isabel me amaré ahora, aunque sólo sea por el amor de su hija!

Y recibió á la niña en sus brazos, con la ansiedad con que agarra el náufrago la tabla en que ha de salvar la vida.

Pero, aquel ángel no hizo más que aumentar la aversión que Isabel profesaba á su marido, aumentando su amor por Rivadavia á quien más estrechamente la ligaba aquel lazo vivo y hermoso.

Un mes pasó Rivadavia sin ver á su amante á causa de la enfermedad que la retuvo en sus habitaciones, donde no era posible entrar sin comprometer todas las formas y conveniencias sociales.

En aquel mes, contado hora por hora y minuto por minuto, Isabel bebía, en su hija el placer inmenso que azotara el corazón de Rivadavia al pensar en ellos y al sentir en sus brazos aquella viva y hermosa prueba de su amor.

¡ Al cabo de este mes, cuando se vieron por primera vez en a sala de la casa, qué violento esfuerzo tuvo que hacer Isabel para contenerse y ocultar el poema de su corazón!

—¡ Alma de mi alma! exclamó besando á su hija con infinita ternura. Dios te bendiga y compense la felicidad suprema en que has envuelto mi espíritu!

Y secó en las mejillas del ángel, las dos gruesas lágrimas que surcaron las suyas.

El joven se sintió poderosamente conmovido, porque comprendió que aquellas palabras, que partían del fondo del alma de Isabel, le habían sido dirigidas.

—Comprendo las impresiones que deben agitar su corazón, señora,—respondió con el acento trémulo por la emoción,—esa hija será el testigo de las felicidades con que el cielo calma el corazón de madre tan digna y amorosa.

Este fué el único desahogo que tuvieron aquellos dos corazones que tanto se amaban y que tan alejados habían estado durante un mes.

En cambio sus ojos hablaron por todo lo que los labios callaban.

Y el punto convergente de aquella doble mirada, fué la hermosa niña, causante de aquella larga separación y lazo oculto y poderoso que venía á ligar más estrechamente aquellos dos corazones.

Las entrevistas tuvieron desde entónces una nueva dificultad, más insalvable que todas las otras.

La maternidad imponía á Isabel nuevas obligaciones que no se podían postergar, porque ellas entrañaban el cuidado de la hijita.

No podía salir de su casa sino muy de tarde en tarde y sin libertad ninguna.

Fué entónces preciso inventar otros medios de verse, y Rivadavia echó mano de su inagotable ingenio.

Era necesario hacer salir de su casa á Diaz, cosa no muy fácil porque los goces de la nueva familia lo retenían todo el tiempo que le dejaban ligre sus ocupaciones.

Su ausencia se producía en las horas del día ménos prudentes para hacer visitas, aunque Rivadavia tenía en la casa una confianza ilimitada.

Menudear las visitas á aquellas horas era exponerse á una sospecha, aunque Diaz solo se preocupaba ya en tributar sus caricias á su hijita.

No había más remedio por el momento que conformarse con verse de tarde en tarde con completa libertad y aprovechar los minutos perdidos que pudieran ofrecer á cada paso.

Y esto mismo concluyó por hacer á Isabel tan odiosa la presencia de su marido, que se fastidiaba hasta de verde prodigar sus caricias á la niña.

El pobre hombre, privado del cariño de su mujer y de otro cariño de familia, reconcentró todo el suyo en aquella niña hermosa que había venido á endulzarle la existencia.

Siempre la tenía en sus brazos ,entreteniéndola con la pasión de una madre.

El bautismo de aquella niña hizo época en Córdoba, pues las relaciones que Diaz tenía con los frailes y su fortuna, hicieron que aquella ceremonia se efectuara con toda pompa.

La pequeña Dominga, que éste fué el nombre que recibió, empezó así á crecer bajo el amparo de aquel triple amor igualmente grande y abnegado.

Este fué el origen de la célebre Dominga Rivadavia, de tan funesta memoria y de vida tan airada y aventurera.

Mujer tremenda y de violentísimas pasiones, estuvo mezclada hasta en acontecimientos políticos que hubieron de costarle la cabeza y que son tan curiosos como ignorados.

Ella es tristemente célebre en Buenos Aires, por el último crimen de su vida, pero sus otras aventuras que probaban el temple perverso de su alma, son desconocidas para la mayoría de nuestros lectores.

Y ésta es la historia que vamos á emprender, historia ligada fatalmente á uno de los apellidos más ilustres de nuestra sociedad, y que ella llevaba con el doble título de hija de uno y esposa de otro Rivadavia que la abandonó por fin por no llevar más tiempo el yugo de aquella unión maldecida.

Pero no debemos interrumpir la marcha del relato, que deberá seguir el orden que lleva, porque Dominga, aunque inocente é inofensiva, fué causa indirecta de una de aquellas tragedias que bastan por sí solas para enlutar el corazón de una familia.

Rivadavia amaba inmensamente á su hijita, que subyugaba el corazón del jóven con esa abnegación suprema, con ese delirio íntimo que no se conoce, ni se puede valorar miéntras el corazón no se ha estremecido bajo la caricia de un hijo.

Rivadavia la acariciaba de una manera vehemente, por qué además del amor que despertaba en él la preséncia de su hija, ella le traía el perfume de los besos que en su frente de ángel depositaba para él la apasionada amante.

Y él los cobraba con usura y los volvía con creces, sobre aquel mismo conducto inocente y bendecido.

Hasta entónces, ninguna sombra nubló el cielo de aquellos amores; pero aquello no podía ser eterno y un desenlace violento tenía que producirse.



Una tormenta en el corazón

Los meses iban pasando, Dominga crecía á la sombra de aquellos tres cariños, cada vez más bella, y el lazo que unía á los dos amantes se hacía así cada vez más estrecho.

Habían pasado dos años, contados día por día, en medio de una felicidad inmensa, renovando su juramento de amor eterno sobre la frente angelical de la pequeña Dominga que empezaba á balbucear sus nombres con su voz infantil y purísima.

Diaz nada había sospechado: convencido que el corazón de Isabel no se abriría nunca á las expansiones de su alma, se había dedicado exclusivamente al amor de Dominga, preocupado con ella exclusivamente.

El la sacaba entónces á paseo, lo que proporcionaba á Isabel, largos momentos para permanecer en compañía de Rivadavia.

Su marido no la incomodaba ya para nada, vivía en su casa como un extraño y apenas cambiaba con ella aquellas palabras necesarias en dos personas que viven juntas y en buena armonía, aunque alejados de la vida expansiva que reina siempre en un matrimonio.

—Me siento tan feliz en todo, decía Isabel á su amante, que te aseguro que tengo miedo.

Te aseguro que desearía me sucediera una desgracia cualquiera, porque tengo miedo, tiemblo que si algo me sucede vá á ser referente á ustedes, á tí ó á Dominga, que es lo que más amo.

—¿Y por qué ha de sucederte nada, ó mejor dicho, por qué nos ha de suceder algo?

—Porque me considero demasiado feliz, y esto no puede durar: así como la desventura no es eterna, una felicidad tan completa no puede ser eterna tampoco.

—Dios no pone condiciones al conceder los pocos gozes que hacen feliz la vida: desecha preocupaciones mortificantes, hermosa mía, y reposa en el amor de mi alma como yo reposo en el tuyo.

Isabel tenía fé en el corazón de su amante, pero pensando en su situación excepcional y delicada, vivía en una continua alarma.

El mal humor de su marido, la seriedad repentina de su semblante bondadoso y apacible, ya eran motivos suficientes para que su corazón se alarmara.

—¿Habrá sospechado algo? se preguntaba aterrada y oprimía su hija entre sus brazos como si quisiera sustraerla á un peligro.

Pero aquello pasaba pronto y la esperanza volvía á renacer.

Al fin la tan temida desgracia se presentó naturalmente, en la forma que el jóven Rivadavia la preveía desde mucho tiempo.

Sus estudios habían terminado y su presencia en Córdoba era forzada.

Su familia lo había mandado llamar varias veces, y había fingido no recibir las cartas.

Una situación así podía prolongarse un poco, pero al fin sería necesario obedecer al llamado paterno, y entónces la separación podría traer más violentas consecuencias.

El jóven se encontraba ligado por un doble amor poderoso, que le hacía desear su permanencia en Córdoba.

Pero había que obedecer al llamado de los padres, que al fin concluirían por incomodarse y exigirle su inmediata vuelta.

La situación del jóven era violenta y tirante, aumentando su violencia y tirantez, á medida que pasaban los días.

En aquellos buenos tiempos la voluntad paterna no permitía contradicción ni se discutía: se cumplía á pesar de todo y de todos, sin que hubiera consideración bastante á detenerla.

Rivadavia, antes que pudiera venirle una órden perentoria, decidió comunicar á Isabel lo que sucedía, para prevenirla de la marcha, en la seguridad de que su vuelta sería inmediata.

Tal vez juntos pudieran hallar el medio de modificar la mala impresión de una separación que, aunque corta y sobrellevable, era al fin una separación.

Duro iba á ser el trance, porque Isabel no se convencería, á dos tirones, pero el paso había que darlo, y mientras más pronto mejor aún.

Rivadavia se preparó así á afrontar la lucha con un verdadero acopio de argumentos, á cual más justo y razonable.

¿Pero qué razón convence á una mujer cuando su cariño está de por medio?

¿Quién convence á una madre que su hijo debe concurrir á la batalla, en nombre de su honor y de su porvenir mismo?

—¡Lo quiero vivo! respondería, ¡aún á costa de su vergüenza misma!

Rivadavia, que había medido el amor de su amante, estaba penetrado de que convencerla sería imposible.

—Sin embargo, pensó, es preciso tentarlos y penetrarlos ante todo, de que soy la primera víctima de esta separación momentánea.

Así, con exquisita delicadeza y oprimiéndola apasionadamente entre sus brazos, le comunicó el contenido de las cartas que había fingido no recibir, y sus temores en ver llegar una más apremiante é imperativa.

—Por nuestra propia felicidad y para que no tenga dificultades en volver, es preciso que vaya, dijo mirándola con pasión; tengo fé en que vivirás pensando en mí, y amándome en Domingo, el corto tiempo que pueda faltar, y este convencimiento será mi consuelo poderoso lejos de tí.

Francamente, añadía, disimulando mal su turbación, ¡no sé cómo voy á hacer para poder estarme un par de meses sin verte y sin recibir las caricias de mi hijita!

¡Vas á parecerme á mi vuelta, diez veces más hermosa!

Rivadavia estaba anonadado de ver que Isabel lo escuchara

sin pronunciar una palabra, ni entregarse á esas manifestaciones tan naturales en semejantes casos.

La jóven había palidecido intensamente, sus ojos profundos y apasionados iban siguiendo sobre sus lábios la forma de la palabra, pero no había desplegado los suyos ni tan solo para lanzar la menor exclamación.

Fué recién cuando el jóven concluyó de hablar, que lo miró intensamente y le dijo:

¡Mira, todo lo que has dicho es perfectamente inútil: yo no me separo de tí un solo día, no digo dos meses!

Sé que tu corazón es noble, y que no es capaz de ser agitado por la menor idea de olvido; tu mismo amor por tu hija sería para mí una garantía; no te hago la ofensa de creer que harías ese viaje sin una violencia inmensa, pero yo no me separo de tí.

¡Si te vas, me voy contigo, sino me quieres llevar, te sigo, y en último caso tomo mi hija en mis brazos y me voy á Buenos Aires á pesar de todo, aunque mi mismo marido me cerrara el paso amenazándome de muerte!

Ya me vés, yo no lloro, ni me aflijo, porque no puedo llorar ni afligirme por lo que no puede suceder: no hablemos más de eso y díme tan solo para cuando debo preparar mi viaje, puesto que tampoco pretendo que contraríes la voluntad de tus padres.

Rivadavia quedó aturdido, pues aquello era lo que ménos esperaba.

E' Isabel había hablado con tanta entereza, con tanta tranquilidad, que no había lugar á la menor duda—haría lo que había dicho.

Quiso rebatir las ideas de la jóven, creyéndolas hijas de la exaltación consiguiente producida por la inesperada noticia, pero ella no lo dejó seguir.

—Todo lo que me digas es inútil y no debes tomarte la pena de insistir.

Lo que acabo de decirte lo he pensado ya hace mucho tiempo, pues para mi corazón no podía ocultarse que el día ménos pensado tu familia te mandaría llamar.

He meditado mucho sobre esto y no pudiendo, ni queriendo

contrariar la voluntad de tus padres, resolví seguirte y te seguiré.

Ya ves entónces que mis palabras no son arrancadas por la desesperación, ni por el dolor.

Lo que sucede era natural que sucediera, y ya que vivo pensando en nuestro amor, lo había previsto de antemano: ¿conqué cuándo es el viaje?

—¡Pero, alma mía!—exclamó el jóven—¡reflexiona que lo que vas a hacer es tremendo!

¡El escándalo, producido en una familia como la tuya, será imponente: vas á ser el tema de la crónica escandalosa comentada por la canalla, vas á romper tu porvenir pasando por sobre tu propia vergüenza!

—¿Y qué me importa todo eso, si tengo tu aprecio, tu amor y no me separo de tí?

¿Al amarte pensé acaso en el escandalo y la vergüenza?

No, seguramente: te amé porque Dios lo quiso, porque te amé, y porque te amé te sigo, pese á quien pese.

Al irme no robo nada á nadie, me llevo mi corazón y mi hija que son nuestros y á nadie perjudico.

Si la razón que te obliga á ausentarte fuera de distinto género, yo te diría quédate y tú te quedarías.

Pero tú tienes que obedecer á tus padres, como corresponde á tu noble corazón; no puedo retenerte y entónces te sigo: vamos.

Y miraba á Rivadavia sonriéndole con tanto encanto, que parecía estuviera tratando de un paseo y no de un paso tan grave y tan trascendental para una persona de su clase.

Rivadavia no quiso dejarse vencer sin quemar su último cartucho y se preparó á luchar todavía.

—Lo que tú quieres hacer,—le dijo,—halaga mi pasión, me demuestras todo el amor que para mí atesoras ,pero te sacrificas y hasta ahí no puedo, ni debo llevar mi egoísmo.

Hay otros peligros que debes tener en cuenta y que es preciso evitar.

Nuestra ausencia sería pronto notada ,se pondrían en nuestro seguimiento y como es natural, pronto nos darían alcance—el viaje hasta Buenos Aires es largo y dá tiempo para todo.

¿Puedes tú calcular lo que es capaz de hacer un hombre á quien le roban una mujer como tú, y una hija en quien tiene verdadero delirio? ¿sabes á qué extremo puede llegar?

—No lo he pensado porque no me importa, respondió Isabel con espíritu soberbio.

¿Podría matarme á mí, lo sé, pero no sé por qué tengo también la seguridad que no lo lograría: podría matarte á tí ó á mi hija, pero entónces te juro que siento en mi alma una fuerza gigante para disputarle victoriosa esas dos vidas!

Tú vas conmigo además, y encontraremos el medio de eludir su presencia y por consiguiente el peligro.

Pero aunque esto suceda, yo me voy contigo—lo decidido, lo que se ha de hacer á pesar de todo, no se discute.

No hablemos más de ésto, entónces, y ocupémonos en el día que has fijado para el viaje y en los medios que podamos emplear para no ser seguidos.

Rivadavia empezó á comprender que aquella era una resolución firme, adoptada después de haberlo meditado mucho.

Ella tenía que traer consecuencias funestísimas, pero no había réplica que oponer.

Isabel estaba perfectamente tranquila, hablaba con una decisión inquebrantable y se había ya puesto en todos aquellos casos que alguna fuerza podían haber hecho en su ánimo.

Cuando la joven estaba tan entera y risueña para afrontar y provocar situación tan peligrosa, no era decoroso ni propio que se pusiera él á pensar en los peligros personales que aquella huida podía acarrearle.

Aceptó pues la situación que se le ofrecía y dijo á su amante bañandola con una mirada en que estaba reflejado todo el amor que por ella sentía:

—Mira, el solo pensamiento de separarme de tí y de mi hija, aunque temporalmente, amargaba las horas de mi vida como una condena de muerte.

Me sentía sin fuerzas para soportarla mucho tiempo y sin haberme ausentado todavía estaba ya pensando en la vuelta.

Yo te amo, Isabel, arriba de toda consideración humana, sin

voluntad para otra cosa que para quererte, y he luchado mucho tiempo entre el deber de obedecer á mis padres y el de quedarme á tu lado.

Sin embargo y prescindiendo absolutamente de mí, he combatido tu idea porque debía combatirla, porque lo que haces es enorme, un sacrificio de que no valgo la pena, porque nada he hecho para merecer la ventura de tu amor.

Ahora que he hecho lo posible por disuadírte, mostrándote toda la razón y todos los peligros que te amenazan, ahora que mi incienencia ha cumplido, mostrándote la senda que yo creía buena, que á pesar de todo y sin que yo nada haya puesto de mi parte quieres seguirme, yo te bendigo, Isabel mía, y te renuevo en este momento solemne el juramento que tantas veces te hice.

De tu lado, sólo la muerte tendrá poder para arrancarme—de mi corazón, solamente podrá borrar tu imágen bella la acción del tiempo y de la tierra, que hasta los huesos destruye y asimila su seno natural.

¡Bendito seas, pues, ángel querido, y huyamos donde nadie pueda ya robarme un segundo á la acción poderosa de tus ojos!

—¡Ya te conozco, corazón que yo amé!—exclamó Icabel radiante de felicidad—¡no en vano cifré en tí toda mi dicha en el presente y mi amparo en el futuro!

¿Qué consideración en el mundo podría detenerme lejos de ti que eres el padre de mi hija y la luz de mi espíritu?

Los peligros que rodean nuestra huída, los conjurará tu espíritu travieso y previsor.

—Deja eso á mi cuidado, alma mía, y reposa en mi cariño—y del que se nos cruce al paso!

Pero esto será lo último; antes hay que tratar de alejar el peligro, evitando que pueda nadie apercibirse de nuestra huída en el tiempo de alcanzarnos—yo arreglaré bien todo eso.

Hoy voy á contestar á mi padre, fijando el viaje para dentro quince días, que es el tiempo que necesito para allanar nuestro camino.

Isabel estaba loca de alegría; se había presentado por fin el ligro que tanto temía, y esto solo había servido para definir su situación y descubrir por completo el corazón de su amante.

¡ Ya nada tenía que temer! ningún pensamiento de separación vendría á amargar las horas de su vida: al lado de su padre, el porvenir de su hija estaba asegurado.

Diaz sentiría su huída profundamente, pero pronto la misma razón se encargaría de consolarlo, puesto que al fin no perdía más que una mujer que no lo amaba y una hija que no era la suya.

Y en el afán de disculpar el veneno que iba á caer en el corazón de aquel hombre, encontraba que se consolaría con la revelación de aquello que precisamente hacía más terrible la herida.

El deshonor y el desencanto.

Por fin iba á poder gozar de su amor y disponer de todos los momentos de su vida para dedicarlos á su culto.

¡ Ya no estaría llena de angustia contando los minutos que la separaban de la hora de regresar á su casa!

¡ Ya no tendría el temor de ser sorprendida en una falta y ver á su amante expuesto á un peligro inminente!

La vida pareció sonreírle desde aquel momento y halló compensados todos sus sufrimientos y angustias con el falso porvenir que la esperaba.

Rivadavia puso desde aquel mismo día, en servicio de su aventura, todo el vigor de su inteligencia.

Para realizar su fuga de Córdoba, sin que el menor peligro amenazara la existencia de Isabel y de Dominga, era necesario hacer salir de Córdoba á Diaz, y obligarlo á estar ausente de allí, por lo ménos cuatro ó cinco días.

¿ Y cómo conseguir esto?

Haciéndole hacer un viaje á Tucumán, único remedio.

Rivadavia empezó á trabajar bajo la base de esta idea, y al fin confeccionó su famoso proyecto.

Diaz tenía en Tucumán un hermano á quien amaba entrañablemente.

Una carta de éste lo decidiría al viaje, tan pronto como la recibiera, pero ¿ cómo imitar una letra tan conocida para aquel á quién se quería engañar?

No había más que un solo expediente, y de este echó mano el travieso jóven.

Mandaría á Diaz una carta de un amigo suyo, en la cual se le avisaría que su hermano estaba tan grave, que para escribirla, tenía que valerse de un intermediario.

En esta carta se le diría que se apurara si quería llegar á tiempo de hablar con su hermano.

Rivadavia tenía que valerse de otra persona para que escribiera la carta, pues Diaz conocía ya su letra, y se valió de un amigo, aquel mismo que había presentado en casa de Cires para proteger sus amores.

—Mira que esto puede tener para tí consecuencias funestísimas: es demasiado apurar la broma.

—No importa, es preciso que me hagas este servicio y otro más que te pediré oportunamente.

No tengo otro camino que este y es preciso pasar por ahí: no hay más remedio.

El amigo escribió la carta y Rivadavia la remitió á Diaz de manera que éste creyera la había dejado un viajero que siguió para el Rosario, con carácter de urgente.

Rivadavia había prevenido lo que pasaba á Isabel, pues era ésta quien debía entregar la carta, diciendolo del viajero y que la habían dejado en su ausencia.

¿Cómo había de dudar Diaz, cuando era su misma esposa quien le entregaba la carta?

Con un aplomo inconcebible en quien mentía por primera vez de su vida, Isabel entregó la carta, que el marido leyó inmediatamente.

La noticia que se le daba era grave, y debía apresurar el viaje, como se le decía, si quería llegar á tiempo.

Diaz no pudo contener una exclamación de pesar: sentía inmensamente tener que separarse de su familia, pero no podía hablar á un llamado tan imperioso.

Así es que, resolviéndose en el acto, mandó preparar sus mudas y pidió á Isabel le acomodara en las petacas algunas mudas de ropa.

—¿Qué te vás?—preguntó ella haciéndose la sorprendida—¿pongo que no será ahora mismo.

—No, hija mía, pero marchó para Tucumán en cuanto aclaró el día de mañana; es un sacrificio que me impone la carta que me has entregado, y al que no puedo faltar: mira tú misma.

Y alcanzó á su esposa la carta que ésta conocía de antemano.

—En efecto, contestó, y quiera Dios no pase de un temor infundado.

Aquella noche se puso en los preparativos del apurado viaje, arreglando las petacas de la ropa y el carguero de provisiones, pues entónces y hasta ahora muy poco tiempo, se viajaba hasta con el agua necesaria.

Cuando vinieron, como lo hacían todas las noches, Rivadavia y su amigo, se mostraron sumamente sorprendidos del improvisado viaje, aunque conviniendo con Diaz en que no le quedaba otro recurso.

—Espero que seguirán viniendo á acompañar la familia, les decía el viajero, socorriéndomela en todo lo que pudiera necesitar.

—A ese respeto puede usted estar completamente tranquilo, decía el travieso estudiante; aunque la presencia del jefe de la casa no se reemplaza con nada, trataremos de hacer llevadera su ausencia.

Despedidas las visitas á una hora conveniente, Diaz se recogió para estar listo á marchar en cuanto apuntara la mañana.

Diaz no quiso despertar á su esposa—apénas apuntó la luz del alba, dió un beso á la pequeña Dominga, y salió sigilosamente para no incomodar al resto de la familia.

A la salida se encontró con Rivadavia, que le esperaba para acompañarlo un par de leguas.

Sumamente agradable fué al viajero esta sorpresa, agrado que manifestó efusivamente.

Rivadavia había pegado aquel buen madrugón, no porque tuviera interés en ser agradable á aquel hombre á quien iba á arrebatar cuanto amaba en la vida.

Es que era tal su ansiedad por verlo partir que le parecía que sino lo acompañaba no realizaría nunca el viaje.

Además, quería tener la seguridad de que se había ausentado y que no pararía hasta llegar á Tucumán.

Insensiblemente Rivadavia acompañó al viajero unas ocho leguas, al cabo de las cuales se separaron, dispidiéndose Diaz hasta dentro de un mes.

El jóven, con el pretexto de darse un descanso, se quedó allí hasta perderlo de vista, permaneciendo todavía un par de horas hasta que se hubo convencido de que Diaz no volvería más.

Cuando el jóven regresó á Córdoba era ya mediodía, é Isabel estaba impaciente por verlo para que resolvieran cuándo debía ser la partida.

El jóven explicó su demora y le dijo que era conveniente esperar la noche, para salir cuando nadie pudiera verlos, y así mismo usando de las mayores precauciones.

Rivadavia se había proporcionado cuatro mulas fuertes, con las que tenían de sobra con que llegar al Rosario.

Allí tomarían caballos y seguirían siempre por tierra hasta Buenos Aires, única manera de hacer perder la pista y pasar desapercibidos.

Felizmente Isabel montaba perfectamente á caballo y el viaje, aunque largo, no podría causarle ningún mal.

Habían resuelto además viajar durante la noche descansando de día en los ranchos del camino.

Rivadavia se fué á su casa para tenerlo todo listo á la hora fijada, pues de su casa se había de emprender la marcha.

No pensaban llevar sino aquello que importara la comodidad y bienestar de la niña.

En cuanto á ellos, tiempo tenían para proveerse de lo necesario.

Ya hemos dicho que la familia Cires era sumamente rica, así es que Isabel no necesitaba para nada recurrir á lo que debía á la generosidad de su marido.

Reunió todo el dinero y alhajas que provenían de su familia, y este fué todo el equipaje que sacó de la casa que abandonaba para siempre.

A las diez de la noche, hora en que toda Córdoba dormía, salió Isabel de casa de su familia, llevando en sus brazos á la pequeña Dominga y acompañada del amigo poseedor del secreto.

Rivadavia esperaba ya listo para la marcha, pálido y conmovido hasta el punto de no poder estar en pié con firmeza.

—Es bueno de que no te sorprendas, cuando más necesitas de toda tu serenidad, le dijo su amigo—consérvate tranquilo que así podrás obrar con mayor tino.

—No me sorprende, repuso Rivadavia, es que considero tan grande la felicidad que experimento, tan inestimable el tesoro que llevo, que por todas partes veo manos tendidas para arrebátarmelo.

¡ Oh! ¡ Isabel querida! ¡ no creía yo que un corazón humano pudiera alcanzar tanta suma de felicidad!

Y ambos jóvenes se oprimieron en un estrecho abrazo, teniendo en el medio á la preciosa niña, que palmoteaba de placer ante aquel paseo inesperado.

Rivadavia tenía todo arreglado: agregó á sus petacas dos paquetitos que le dió Isabel, colocó en su cintura un par de pistolas y se dispuso á marchar.

—Un encargo que debes cumplir al pié de la letra voy á hacerte, dijo al amigo.

—Yo te voy á acompañar unas leguas.

—Ni lo pienses: debes quedarte, porque para servirme es necesario que nada dés á sospechar de tu participación en nuestra fuga.

—Conforme entónces, me quedo: encarga lo que quieras.

—Cuando vuelva ese hombre, añadió Rivadavia, y sepa lo que ha sucedido, ha de tratar de buscarnos.

Si sus indagaciones no pasan de Córdoba, puedes permanecer tranquilo, pero en cuanto veas que trata de marchar á Buenos Aires, me haces un chasque, cueste lo que cueste, con el encargo de ganar tiempo, aunque tenga que reventar cuanto caballo monte.

—Marcha tranquilo á ese respeto, qué á falta de chasque marcharé yo mismo.

Ea, pues, feliz viaje y hasta la vista que será pronto, pues dentro de poco marcharé yo también.

—Yo también deseó hacerle un encargo, dijo á su vez Isabel, reclamando para mí su último servicio.

—Sin cumplimiento ninguno disponga usted de mí en lo que me crea útil.

—Pues bien, agregó la jòven con voz temblorosa, cuando vuelva... ese hombre, trate usted de que reciba eso de cualquier modo; y le entregò una carta.

Puede usted tambièn ir tranquila, replicò el jòven tomàndola —la recibirà un momento despuès de haber llegado.

Aquella carta contenia estas palabras:

«Perdona que te deje, pero no es mia la culpa; sigo la ola que me arrastra sin preocuparme del fin de la jornada.

Yo no soy culpable, pues bien sabes que nunca te amè; mia culpa es la culpa si te casastes con una mujer que sabias no te amaba nunca.

Sé que más que á mí, vás á sentir á la pequeña Dominga que creías tu hija.

No la sientas porque no es tuya; yo me voy, sí, pero nada te debo, puesto que mi corazón y mi hija no son tuyos.

Perdona el mal que puedo causarte con la determinación que tomo, pero qué quieres, el destino me arrastra con fuerza imponderable.

Nunca más nos volveremos á ver. Recibe, pues, la última palabra de

Isabel. »

Entregada la carta, Rivadavia ayudó á subir á su amada sobre una mula, subió él en la otra y tomando en sus brazos á la pequeña Dominga, dió el último adiós á su amigo.

Cinco minutos después, los viajeros salían de la católica ciudad sin haber sido vistos por persona alguna.

Rivadavia llevaba un arriero de su confianza, dueño, como era natural, de su secreto.

Querían hacer el viaje cortando campo y necesitaba un buen aqueaño que al fin de dos días lo llevara nuevamente al punto de partida.

Caminaron toda la noche, apurando el paso cuanto les era posible, y encontrándose á la mañana siguiente con que habían hecho una larga jornada.

Ellos no se habían apercebido de la distancia recorrida, arro-

bados con la conversación más apasionada, y contemplando á la pálida luz de la hermosa luna, á la hermosa Dominga, que dormía deliciosamente en los brazos de su padre.

Cuánto proyecto lleno de poesía y encanto brotaba de los labios de los dos jóvenes.

—Ahora somos el uno para el otro,—decía ella, — ¡dueños absolutos de nuestro tiempo y de nuestra vida, no andaremos ya soñando con todo género de peligros y sofocando el corazón dentro del pecho para ocultar sus latidos!

—Ya non tendré que robar las caricias de mi hija, ni ocultarme para contemplar el cielo de su frente y los astros de tus órbitas, — decía él.

Ya no tendré que espiar los movimientos de ajenos ojos para enviarte con los míos todo el cariño de mi alma.

¡Mía! ¡por siempre mía! — exclamaba entusiasmado. — pudiendo calmar la sed de mis labios sobre su frente bella, cada vez que contemple tu suprema belleza.

Y hablando así aproximaban sus mulas todo lo posible, para cambiarse un beso.

Y era tal el arrobamiento que experimentaban, que ni una sola vez la sombra del desgraciado Diaz cruzó ante sus espíritus.

Todo lo que no era ellos mismos, había desaparecido de su pensamiento.

Solo interrumpían sus caricias para prodigarlas un momento á la preciosa niña.

Cuando la luz del día empezó á asomar sus primeros rayos, dejando distinguir las personas, Rivadavia pidió al guía, que según lo convenido los llevara donde poder esperar la noche para seguir el viaje.

—Una legua más, contestó éste, y llegaremos al primer ranchito que le indiqué, para lo cual hemos tenido que apartarnos mucho del camino.

—Mejor que mejor, ya te dije que, aunque viajemos de noche, prefiero cortar campo y alejarme del camino todo lo posible.

Anduvieron todavía una legua, como lo había dicho el guía, llegando por fin á un ranchito miserable.

Allí vivían unos parientes del arriero y los jóvenes pudieron ocultarse durante el día, pasando por un matrimonio que venía de San Juan.

Como de todos modos allí no podían hablar nada por temor de ser oídos, se entregaron al reposo, no solo para descansar la mala noche pasada, cuanto para estar fuertes en la larga jornada que les esperaba todavía.

Aunque la comodidad era poca en aquel pobre ranchito, había sueño y cansancio que era lo principal.

Cuando se tiene sólo veinte años, todas las camas son buenas para reposar la fatiga.

Se duerme lo mismo sobre un colchón de plumas que sobre la vereda, lo mismo acostado que parado contra la pared y hasta sobre el caballo.

Cuando los jóvenes despertaron, empezaba á caer la tarde y era hora de prepararse para ponerse en camino nuevamente.

Comieron un churrasco, dieron á la niña un buen vaso de leche y siguieron viaje ya sin observar las precauciones de la noche anterior.

A medida que se alejaban del peligro, el temor iba desapareciendo y empezaban á considerarse en perfecta seguridad.

—Tenemos un mes, por la ménos, ante nosotros,— decía Rivadavia,—que será lo que tardará en ir y volver de Tucumán; no tenemos pues que abrigar al menor cuidado.

Puede ser que con tu carta se convenza que lo mejor es olvidar lo pasado y conformarse con la dura suerte.

De todos modos, si algo intenta, mi amigo me lo prevendrá con tiempo suficiente para conjurar cualquier mal.

Isabel no dejaba de sentir el pesar inmenso que su carta iba á causar en el espíritu de su marido, pero ya no había más remedio que conformarse á lo hecho.

Diaz le había sido antipático y había concluído por hacérsele odioso, habituándose á mirar en él un enemigo.

Pero en el momento de herirlo, y herirlo de aquella manera, sentía lástima, porque consideraba lo rudo del golpe.

Ella lo hería en su amor propio, en su amor de marido, en

su amor de padre y hasta en su vergüenza, no pudiendo menos que temblar á la idea de que Diaz pudiera poner término á aquella situación desesperante pegándose un tiro.

—No pienses en eso,—le decía Rivadavia interpretando su silencio:—tu no tienes la culpa de lo que pueda suceder.

¿Por qué quiso aprisionar un corazón que no le pertenecía? ¿por qué amarró á su voluntad ridícula y á su vida tan próxima á la tumba, un corazón que aún no había despertado á las más tiernas y juveniles manifestaciones?

El no puede quejarse de tí: es la mano de la lógica la que lo hiere, es la fuerza de la vida en su orden natural la que nos lleva en su ráfaga tibia y perfumada.

Es Dios que le muestra que sus leyes son inmutables y que la juventud no puede aliarse con la vejez; que un hombre viejo podrá inspirar á una jóven un cariño filial, pero jamás un amor ardiente y apasionado, porque no existe la causa que determina el efecto.

—No me pesa la que he hecho,—respondía Isabel,—pues siento que lo volvería á hacer cien veces—me dá lástima solamente la amarga desesperación que vá á sentir ese infeliz.

Piensa en su situación, piensa en las fibras que le herimos, y tu mismo sentirás lástima, porque tienes talento y un corazón hidalgo.

Yo estoy tranquila porque oigo el sonido la armonioso de tu palabra, miro al fondo de mi conciencia y no me arrepiento de lo que he hecho, porque ella no me acusa.

Llevo á mi hija al lado de su padre y no puedo ménos que bendecir este momento, aunque el porvenir, por ahora, se me presente sombrío y cargado de nubes.

Dios, que tan clemente ha sido con nosotros no nos abandonará á mitad del camino: por lo ménos tengo esta grata esperanza.

—Dios nos ha de proteger como nos ha protegido hasta ahora: no temas, alma mía, y entreguémonos á la dicha de vernos unidos.

La jornada de aquella noche fué mucho más larga, pues marcharon hasta muy entrada la mañana.

Ahora no trataban ya tanto de ocultarse como de ganar tiempo y poner fin á aquel viaje tan incómodo como pesado.

Ellos se sentían con fuerzas para seguir viajando aunque hubiera sido mayor distancia, pero no sucedía lo mismo con la niña, cuya salud podía resentirse de un momento á otro.

Aquella noche primera no fué notada la ausencia de Isabel.

Los sirvientes habían ido á recogerse por su orden á las nueve de la noche, y no estando habituados á que su ama los ocupara después de acostados, ni siquiera habían intentado llamar á sus habitaciones.

Fué recién al otro día cuando la sirvienta llevó la leche para la niña, que notó la ausencia de su señora.

—Se habrá ido á misa, pensó la fiel criada, pero al momento notó que, tanto el lecho de la señora como él de la niña estaban intactos.

—Es extraño, pensó, la señora jamás ha hecho la cama: es la primera vez que esto sucede, á no ser que alguna de las otras muchachas la haya hecho.

¡Qué madrugón! ¡nunca ha sucedido esto!

La sirvienta se fué á charlar con sus compañeras, pero resultó que ninguna había hecho las camas, y como éstas no podían haberse hecho solas no había que vacilar: ó la señora las hizo ó no se había acostado la noche anterior.

Las sirvientas ni por broma podían sospechar la verdad.

¿Cómo suponer que su ama, á quien tenían por la personificación de la virtud, fuese capaz de fugar con su amante, dando un escándalo fabuloso?

Todo lo hubieran pensado y creído ménos aquello.

Decidieron pues esperar á que se levantara el resto de la familia para indagar donde estaba la señora, ya que ellas no podían ni siquiera suponerlo.

Pero se encontraron con que la señora y las otras niñas sabían tanto como ellas mismas.

Al ser preguntadas éstas dónde estaría la señora Isabel, respondieron naturalmente: habrá ido á la iglesia; más ante la ob-

servación de que las camas estaban intactas, la familia entró en cuidado.

Es cierto que Isabel podría haber tenido la excentricidad de hacer su cama y la de la niña antes de ir á misa, pero el tiempo pasaba, eran ya más de las diez de la mañana y no volvían.

Después de esperar hasta las once, se decidió mandar á casa de fray Andrés, pues ya daban por hecho que á Isabel ó á la niña debía haberles sucedido algo.

Fray Andrés acudió en el acto justamente alarmado, porque lo que sucedía era demasiado grave.

El había estado temprano, según su costumbre, á tomar el chocolate con Rivadavia, pero allí se encontró con que el jóven se había preparado para un viaje la tarde anterior sin haber manifestado á qué punto se dirigía, suponiendo que debía tardar algún tiempo porque había dejado chanceladas todas sus cuentas.

—¿Adónde diablo se ha ido éste sin decirme nada?—se preguntó el fraile dándose un golpe en la frente.

A no ser que haya sido una cosa tan imprevista que no le haya dejado el tiempo material de prevenirmelo.....

¡Ya me lo avisará, no hay que apurarse!—y regresó á su casa á tomar el chocolate con gran sorpresa de su ama de llaves.

Pero cuando el padre supo lo que pasaba en casa de Cires, cuando le dijeron que el aposento estaba intacto y que parecía que Isabel no había pasado allí la noche, una sospecha como un rayo de luz cruzó por su espíritu.

Producida la sospecha empezó á recordar ciertas cosas que antes no le habían llamado la atención: ciertas frases de Rivadavia, la antipatía creciente de Isabel por su marido, hasta que no le quedó ya la menor duda.

Isabel debía haber huído con el jóven, aprovechando la ausencia de Diaz, y sabe Dios donde se habrían dirigido.

Y mientras más pensaba el fraile, más claramente veía confirmada su sospecha.

—Voy á hacer mi última pesquisa, pensó: si Isabel ha huído para no volver más, según me lo presumo, es en los objetos de su propiedad donde ha de haber quedado el más claro rastro—busquemos allí.

—¿Usted sabe.—dijo á la madre,—donde Isabel tenía guardadas sus joyas y su dinero?

—¿Cómo no?—exclamó la buena señora, sofocada por la angustia,—están en los cajones de la consola negra que yo le regalé.

—Pues vaya en un momento á su cuarto y vea si allí están todas las joyas—es allí donde vamos á encontrar la luz que necesitamos para presumir el paradero de Isabel.

La señora fué al aposento de Isabel, donde revolvió los cajones con verdadera ansiedad, regresando al instante donde había quedado el fraile.

—Es extraño, sumamente extraño lo que pasa,—dijo—volviendo con algunas joyas de deslumbrante pedrería.

Aquí están estas joyas que son las que Diaz regaló á Isabel antes y después de casarse—las conozco perfectamente.

Ahora, todas las alhajas que le había regalado yo, su padre, y sus parientes, como regalo de bodas, han desaparecido del paraje donde estaban.

Las he buscado en otros muebles, pero inútilmente; las han sacado junto con una suma de dinero que le regaló su padre, y que casualmente ayer mismo me dijo conservaba intacta.

—Pues ya no hay duda.—exclamó el fraile muy compungido,—mis sospechas se confirman de todos modos.

—¿Pero qué sospechas son esas, por Dios? ¿han muerto á mi hija para robarla, ó la han robado á ella misma?

—No, hija mía, por ese lado puede usted estar tranquila: la sospecha que yo tengo es de otra clase, aunque tan triste como lo que usted dice.

—¿Pero qué es ello, Dios mío?—preguntó la señora dolorosamente—; diga usted pronto porque la angustia me mata!

—Pues, señora, lo que yo sospecho es que Isabel se ha ido huyendo de su marido, sabe Dios dónde.

Un rayo que hubiera caído á los piés de la señora no la habría dejado más extática.

—¿Huír mi hija,—exclamó pálida y llorosa,—huír mi hija! ¿pero por qué? ¿para qué? ¿adónde?

—Triste es decirlo,—gimió fray Andrés, sorbiendo una enor-

me narigada de rapé—pero para mí, Isabel ha sido tentada por infierno y ha huído en compañía de un amante y ese amante puede ser otro que Rivadavia.

—¡Ella! ¡mi Isabel, tan cristiana y tan pura! eso es imposible, gimió la Buena señora.

¿Usted que conoce sus pensamientos más íntimos, la inocencia de su carácter, cómo puede suponer una cosa tan horrible?

¡Ella manchando las canas de su padre, la frente de su marido y á su hija misma!

¡No señor, eso no puede ser y no lo creeré nunca! mi Isabel es incapaz de una maldad semejante y de un escándalo tan vergonzoso.

Yo no lo juraría aún,—exclamó el fraile,—pero desgraciadamente mis sospechas son demasiado vehementes y se han ido confirmando una á una.

Y refirió á la señora cómo se había encontrado aquella mañana con la ausencia repentina del jóven Rivadavia, de cuyo viaje no le había hablado á pesar de la ilimitada confianza que con él tenía.

En seguida agregó todos los pequeños incidentes en que antes no había reparado, llegando á esta conclusión terminante:

—La ausencia de las joyas que le vienen de su familia, es lo que más corrobora mis temores, conociendo como conozco á Isabel.

Ella es demasiado altiva para llevar nada que le hubiera regalado el hombre á quien ha abandonado, y por eso ha llevado aquellas joyas que le ha regalado su familia y el dinero que le dió su padre, que nada tienen que ver con su marido ni nadie puede echárselo en cara.

Lo que éste le ha regalado, lo que viene de su mano lo ha dejado allí, significando que no quiere llevar de él ni siquiera el recuerdo de que ha existido.

—¡Pero su hija!—exclamó la pobre señora llorando siempre—¡su hija! ¿cómo tiene valor esta desventurada de arrancar á su padre una hija, para hundirla en la vergüenza y arrebatarle un porvenir que ella no puede reemplazarle sino con otro de oprobio y de maldad?

—Es que,—exclamó el fraile sospechando la verdadera causa que había guiado la acción de Isabel—es que... y no se atrevió á decir lo que pensaba.

Era indudable para él ya que la relación amorosa de los jóvenes venía de mucho tiempo atrás y entónces era muy posible que aquella niña no fuera hija de Diaz, que no había tenido sucesión al principio de su matrimonio.

—No hay remedio, pensó, estoy en el verdadero camino; pero no se atrevió á decir nada á la madre; era demasiado duro y violento el golpe, para darlo encima del que ya había recibido .

—¿Pero si lo que usted dice es cierto, cómo vamos á hacer para encubrir la afrenta que nos infiere mi desgraciada hija? ¿qué vamos á decir á su marido cuando vuelva?

Y la pobre señora lloraba sin consuelo ante las consecuencias de aquel terrible suceso, que bien pronto se conocería en toda Córdoba.

—¡Pero mi hija debe estar loca! esto na puede hacerse en su sano juicio, padre mío.

¡Ah! ¡los estudiantes! ¡los estudiantes! ¡y fué V. quien lo trajo y lo recomendó, padre mío! ¡quién había de creer á ese jóven capaz de semejante villanía!

—¡Es que Isabel tenía una aversión tremenda por su marido! —exclamó el fraile tratando de desechar aquel cargo—ella nunca lo había amado, y últimamente su presencia le fastidiaba horriblemente—yo lo sé porque ella me lo ha confesado y porque él me ha pedido varias veces la aconsejara tratando de vencer esa antipatía que rayaba ya en repugnancia.

El jóven ha aprovechado esa circunstancia: el corazón de Isabel, enfriado por el hielo que debía establecer la diferencia de edades, ha sido impresionado al contacto de un corazón jóven y lleno de pasión, y el mal se ha producido tal vez sin instarlo ellos mismos.

¿Quién se iba á figurar que tal sucediera aquí, bajo la mirada de todos, de su propio marido que debió cuidar más de lo que lo ha hecho á su mujer, expuesta por la edad y la inexperiencia á todo género de peligros?

Todos tenemos nuestra pequeña parte en el mal causado e irremediable por desgracia, y el que más vá á sufrir es Diaz quién mayor culpa tiene.

El que no poseía para su mujer ni siquiera el atractivo natural de la edad, debía haber estado sobre aviso, y cuando notó que su mujer no lo amaba, haberla apartado de los malos tropiezos de la vida, haciéndoselos palpar.

¿Por qué se ausenta á viajes tan largos sin llevarla?

¿Por qué la deja al lado de su familia, dirá?

Pues eso no es bastante y la prueba que no es bastante la tiene usted palpable y latente: y lo peor es que el mal causado no tiene ya remedio.

La pobre señora estaba verdaderamente desolada.

Aquello era terrible, pues era un escándalo social cuya mancha alcanzaba á todos, mancha más dolorosa cuanto la familia de Cires ocupaba el rango más prominente en la sociedad cordobesa.

La chusma se cebaría en los comentarios de aquel escándalo sin precedente, pues era la primera dama que huía con un amante, abandonando el hogar paterno y el propio hogar, que había constituido un verdadero santuario.

¿Adónde iría aquella infeliz á exhibir su vergüenza y pregonar su falta?

Y la pobre señora lloraba de una manera conmovedora, hundiendo sus manos crispadas por el dolor entre la plata de sus cabellos.

El fraile, ante tanto dolor, tuvo que consolarla con alguna esperanza que estaba bien lejos de alimentar él mismo.

—Pero todavía no hay motivo para tanta desesperación,—dijo,—puesto que sólo se trata de una sospecha más ó ménos fundada.

Las apariencias suelen engañar y tal vez Isabel no sea culpable, o por lo ménos podrá evitarse el escándalo público y ocultar aún á Diaz todo lo desesperante de su situación.

Yo voy á salir á hacer algunas indagaciones esenciales, y por lo ménos, V. no debe desesperarse de esta manera hasta que yo no vuelva. que tal vez sea con la misma Isabel, sino es que nuestras

sospechas son ciertas é Isabel sea culpable en el grado que la creemos.

Aún es temprano: su ausencia se puede disimular de mil maneras, porque nadie puede atreverse á pensar la verdad.

Dios es infinitamente misericordioso y no se debe abandonar nunca la postrer esperanza cuando se ha puesto el corazón en él, é implorado su ayuda.

—Pues bien,—dijo la pobre señora secando sus lágrimas y encontrando un fuerte consuelo en las últimas palabras del fraile, á pesar de lo bien que éste había fundado sus sospechas.

Mientras usted va á tratar de hallar el paradero de Isabel, yo voy á orar: tengo fé en que el buen Dios ha de ayudarnos.

—Eso es lo mejor, hija mía: ¡fé en Dios! toda la fé en Dios, para quien no hay imposible, y espere usted mi vuelta.

Conmovido ante el dolor de aquella pobre señora y la tremenda desesperación que se apoderaría de Diaz cuando supiera lo que pasaba, el buen fraile salió de la casa decidido á hacer lo posible para dar con el paradero de Isabel y su hija.

Siendo para él indudable que Isabel había fugado con Rivadavia, ¿en dónde mejor que en casa de éste podía averiguarse el paradero de ambos?

Fray Andrés se largó allí, se instaló en la habitación del jóven, é hizo llamar á la casera.

Un fraile, para una vieja cordobesa, era una autoridad temible cuyo poder alcanzaba hasta la vida eterna, y el fraile que sabía esto, se preparó al interrogatorio, en la seguridad de que, bien interrogada, la vieja vomitaría cuanto supiera.

—Necesito saber la verdad, toda la verdad respecto al viaje del jóven Rivadavia, porque va en ello serios intereses: es preciso que usted me diga cuanto sabe, pues de lo contrario cargaría con un pecado inútil, puesto que lo que quiero tengo que saberlo exactamente por mil medios á mi alcance.

Éviteme usted el tener que ocurrir á otros y no se haga cómplice en un delito de los que no tienen perdón de Dios.

—¡Ay! ¡señor de mi alma! ¡santo señorito, que yo sé!—exclamó la vieja beata,—todo cuanto sabía se lo dije á usted esta mañana.

El jóven preparó ayer su viaje y cuatro buenas mulas, con Pedro el arriero; me llamó, me pagó lo que me debía y me dijo que se iría poco antes de la madrugada, y que no llevaba nada de que aquí tenía, porque pronto había de volver.

—¿Eso es todo lo que el jóven le dijo á usted? ¿no ha agredido más nada?

—¡Eso es todo, santo señor! puedo jurarlo por la salvación de mi alma.

Y la vieja se arrodilló y se preparó á pronunciar el más formal juramento.

Lo creo,—dijo fray Andrés haciéndola levantar,—pues no me supongo que haya sér alguno que busque la condenación eterna sin un motivo poderoso, que usted no tiene, y haciéndose acreedora á un tremendo castigo.

Convencido entónces, de que Rivadavia no ha dicho á usted una sola palabra más, me vá usted á contar ahora todo lo que usted ha visto y ha sospechado de este viaje.

Cuidado con ocultar lo más mínimo, porque la justicia de Dios es rápida y segura: recuerde que no hay consideración en esta vida, por la cual debe renunciarse á la felicidad de la vida eterna y atraer sobre sí la cólera del Señor.

—Esto ya cambia de especie,—exclamó la beata sintiéndose trincada por el hábil y astuto fraile.

Yo no puedo decir que el jóven me ha dicho lo que no me ha dicho, pero si puedo contar al representante de Dios que me pregunta, lo que yo he visto, sin querer, naturalmente, y lo que he podido sacar en limpio.

La vieja se puso en condiciones cómodas para dar gusto á la lengua, y refirió al fraile cuanto había visto y sospechado.

—Ya me había llamado la atención este viaje tan sigiloso á cuatro mulas,—dijo,—tanto, que me propuse no acostarme hasta no verlo marchar.

Me encerré en mi cuarto, á oscuras, para no ser vista, y por una rendija del postigo que casualmente había quedado abierto, pude imponerme de lo que sucedía.

Rivadavia se paseaba muy agitado de un lado á otro, mientras se acomodaban las mulas.

Como dos de las mulas estaban ensilladas y una de ellas con montura de mujer, me dije—aquí hay gato—y me preparé á sacarlo todo por el postigo que la casualidad dejó entreabierto.

A eso de las diez de la noche llegaron dos personas más, acompañadas de una niñita, que estuvieron hablando un largo rato conavadavia.

Hablaban algo como de viaje á Buenos Aires y que era preciso obrar con mucha cautela para no ser sentidos.

La mujer era linda como no he visto otra y estaba contenta sonriente como si aquel viaje le causara un placer inmenso.

Mucho tiempo estuvieron conversando, hasta que al fin se decidieron á marchar.

Se despidieron del amigo, á quien ella entregó una carta, y todavía con la mujer hermosa y la niña montaron en dos mulas se alejaron.

Esto es todo lo que puedo decir, porque es todo lo que he visto, incluyó la vieja; puede usted preguntar ahora lo que quiera, que algo sé le diré lo mismo.

—¿Y quién es ese otro jóven que los acompañaba?—preguntó fraile á quien la relación de la beata había conmovido profundamente, porque no tenía ya duda de que todas sus sospechas han sido ciertas.

—No le pude ver bien la cara porque me dió siempre las espaldas, pero casi tengo la seguridad de que es ese otro jóven de Buenos Aires que siempre venía á verlo: usted lo conoce muy bien.

Gimenez, pensó el fraile; es necesario que yo vea esa carta, pues aun es tiempo de alcanzarlos y deshacer lo hecho, evitando sus consecuencias.

—No repita usted á nadie lo que me ha dicho ahora,—dijo ya Andrés, poniéndose de pié,—sino quiere usted que le sobreenga alguna desgracia.

Y yo me voy ahora porque no debo perder tiempo, pero he de volver.

—Deme su bendición, padre, sino no quedaré tranquila.

El fraile echó á la beata un par de canchadas en forma de cruz aérea y salió á campear á Gimenez.

Todo su afán era descubrir el punto á que los amantes se habían dirigido, para darles alcance y hacerlos volver, convenciéndolos de la terrible situación que provocaban.

El inocente fraile creía que el amigo le revelaría el secreto y que los fugados aceptarían sus razones hasta el extremo de volverse atrás.

En cuanto Gimenez vió aparecer al fraile comprendió á lo que iba y se puso en guardia.

Era el jóven un liberalote de tomo y lomo, contra el cual no había fraile capaz de luchar; así es que los trabajos del buen fraile iban á estrellarse contra una voluntad incommovible.

El fraile tomó asiento frente al jóven y después de algunos rodeos se fué derecho al asunto.

—Usted comprenderá á lo que vengo,—dijo,—usted ha acompañado á Rivadavia en la locura que ha hecho y debe saber adonde se han dirigido.

Yo le pido á usted me lo diga, para alcanzarlo y mostrarle que aquello es una locura terrible, porque ella envuelve la desgracia y la vergüenza de una familia entera.

Yo conozco el noble corazón de Rivadavia y tengo la seguridad de que no desoirá mis ruegos y así se habrán evitado muchas desgracias.

El fraile hablaba de aquella manera bondadosa, comprendiendo que era la única que influiría en el espíritu de Gimenez.

Se trataba de hacer una súplica á Rivadavia, súplica que atendería ó no, pero que no podía causarle el menor mal.

—A la hora que yo cante, pensó el jóven, que por sistema y por instinto desconfiaba de los frailes—á la hora que yo cante, detrás de la súplica vá la Policía y me lo traen como chorlitos—; no hay que fiarse de frailes!

Y tomando un aspecto sério y comedido, replicó:

Yo ayudaría á usted de corazón, en empresa tan noble, pero el caso es que usted me habla de cosa completamente desconocida para mi—no sé á qué se refiere usted.

—Usted ha acompañado á Rivadavia y sabe que se ha ido con la señora de Diaz, que ha encomendado á usted la entrega de una carta.

Es inútil negarlo, amigo mío, porque lo se todo: ayúdeme á llevar á cabo una acción que tiende á evitar mayores desgracias, desgracias incalculables.

Y empezó á demostrarle cómo se podía remediar lo hecho y evitar así consecuencias terribles.

El jóven vió que era ridículo negar la participación en el asunto, porque el fraile estaba tan bien informado y le era sumamente violento seguir mintiendo.

Así, decidido á afrontar la situación tal cual se le presentaba, reflexionó un momento y dijo:

—Todo lo que usted dice puede ser exacto, pero hay este inconveniente insalvable: poseo el secreto depositado en el seno sagrado de la amistad y he empeñado mi palabra de no revelarlo bajo ninguna forma.

El fraile empezó entónces á agotar todos sus recursos para arrancar al jóven su secreto, pero todo era inútil, no había argumento capaz de arrancarle una palabra.

—Mire, señor,—dijo por fin,—es completamente inútil todo cuanto usted pueda decirme; yo no diré nada que se refiera al viaje de Rivadavia, porque he prometido callarlo, y á un hombre que ofrece guardar un secreto, cuando ese hombre es como yo, es perfectamente inútil tratar de arrancárselo.

El fraile empezaba á perder los estribos ante la firme obstinación del jóven, y viendo que no había argumento mundano capaz de convencerlo, echó mano á los argumentos divinos, como último y eficaz recurso.

—Si usted no me revela el paradero de los fugitivos por las razones poderosas que le he expuesto, hágalo por lo ménos para tranquilidad de su conciencia y salvación de su alma.

Dios no puede ser indiferente á la malas acciones de los hombres, y el que no cumple con sus deberes aquí en la tierra, no espere en el cielo sino el justo castigo que Dios le impondrá.

—Dejémonos de embromar, señor padre, que no está usted hablando con una beata y está de más mentar el nombre de Dios en estas cosas de la tierra.

Si Dios tuviera tiempo para preocuparse de este gusano mi-

serable que se llama hombre y de este átomo que se llama tierra, otro gallo nos cantaría á todos.

Dios tendrá demasiado que hacer para ocuparse de nosotros, y si se ocupará, no creo que me conquistaría su cólera por el delito de haber guardado un secreto que me confió un amigo.

Tengo yo otra idea de la grandeza de Dios, señor don Andrés, para que en mi espíritu puedan hacer impresión esas palabras.

No mezclemos entónces á Dios y convénzase usted que mi secreto está bien guardado.

—¿Entónces tendré que valerme de la autoridad para obligarlo á hablar? estoy decidido á todo y nada me detendrá.

—Peor, cincuenta veces peor, estimado amigo, porque con ello solo logrará aumentar el escándalo, hacer más público aún lo que tanto quiere ocultar, sin conseguir hacerme hablar.

Llévese de mi consejo, don Andrés, que es el más cristiano: indague usted por ahí todo la que pueda, y buen provecho le haga.

Lo que es por mí, renuncie usted á saber la menor palabra, y habrá ganado por lo ménos una buna suma de tiempo y de paciencia.

Don Andrés se convenció al fin que por Gimenez nada sabría y se decidió á emprender sus averiguaciones por otro lado y sin recurrir á autoridad, pues como le había dicho el jóven, aquello serviría solo para aumentar la publicidad y por consiguiente el escándalo.

—¿Pero la carta que le han dado, la entregó usted ya?—agregó batiéndose en retirada.

—No, y me será imposible hacerlo hasta dentro de quince días por lo ménos; esa es cuestión mía y de la persona á quien va dirigida.

—¿Y qué inconveniente tiene usted en nombrarme esa persona? yo me contento aunque solo sea con saber su nombre.

—Hay el inconveniente de que no estoy autorizado para ello y no sé hasta qué punto faltaría á mi deber revelando ese nombre.

En la duda, me abstengo y de este modo quedo tranquilo sin la preopación de si habré obrado bien ó mal.

Lo que usted hace no es bueno, jóven; usted podrá tal vez



DOMINGA RIVADAVIA

— La joya de esta familia es Isabel, decía el buen fraile, ¡y tan desgraciada la pobre!

ahorrar muchas lágrimas accediendo á mi pedido, y se niega á hacerlo.

Esto importa una dureza de corazón que estaba muy lejos de esperar de usted.

—Prevengo al señor don Andrés que no estoy dispuesto á sufrir roncadas de nadie, ni apreciaciones inofensivas de mi conducta.

Conténtese con lo que le he dicho, que algo es algo, pues si usted cree que obro mal, yo tengo la conciencia de obrar como debo.

Hemos concluído entónces, puesto que nada más tengo que agregar.

El fraile se retiró de casa de Gimenez verdaderamente dado al infierno.

Con dos palabras del jóven se podía aún dar alcance á los fugitivos y remediar el mal causado, ¿pero quién se las arrancaba?

Como su idea era que hubieran emprendido viaje á Buenos Aires, enderezó sus averiguaciones por aquel camino, indagando de los buenos paisanos que por allí vivían, si habían visto la noche anterior dos viajeros con una niña.

Pero ninguno pudo darle la menor razón: Rivadavia é Isabel habían pasado á media noche y los buenos paisanos que se entregaban al reposo de la fatiga diaria, con el propósito de hacerlo lo mejor posible, ni siquiera habían sentido el paso de las mulas y el rumor de la conversación.

El fraile se había entregado á aquella averiguación tenaz, guiado por el único propósito de evitar mayores desgracias, ocultando á Diaz lo que había pasado, ocultación que habría podido hacerse con el pronto regreso de Isabel.

Pero al fin tuvo que declararse impotente, entregándose á la desesperación que le sugería este pensamiento que saltaba sin cesar en su imaginación:

—¿Qué hará Diaz cuando sepa la tremenda desgracia que pesa sobre él?

¿Qué hará este ser desventurado cuando vea ausentes del hogar, y ausentes para siempre, los dos seres que más amó en la vida, sobre todo la niña en quien había concentrado todo su cariño?

El buen fraile amaba verdaderamente á la familia de Cires y se sentía conmovido ante la desgracia sucedida

¿Pero qué hacer para conjurar mayores males?

Apesadumbrado hasta las lágrimas volvió á la casa é hizo saber á la madre de Isabel la ruda verdad de lo que sucedía.

Ya la noche avanzaba, y la ausencia de la jóven dama no podía ocultarse de la servidumbre, que andaba azorada sin atreverse á comunicarse lo que pensaban.

El fraile dijo que Isabel estaba enferma en casa de unos parientes donde había ido aquella mañana, pero aquello sólo había servido para avivar más la maliciosa curiosidad de los criados.

El fraile envió chasques y emisarios de toda su confianza para que hicieran una prolija indagación en todo el camino, pero esto no dió el menor resultado.

De la manera como había viajado Rivadavia, sobre todo en la primeras leguas, era imposible averiguar nada.

Los emisarios fueron volviendo uno tras otro, matando todas las esperanzas del fraile con sus respuestas negativas.

No había más que conformarse con lo sucedido y prepararse soportar las consecuencias.

—No hay pues remedio, por ahora,—dijo á la madre de Isabel—sino rogar á Dios para que no suceda una desgracia mayor.

Las primeras consecuencias no tardaron en hacerse sentir.

Las averiguaciones del fraile por una parte, y las murmuraciones de los criados por otra, empezaron á desparramar esta noticia vergonzosa, más vergonzosa aún por el rango que ocupaba la familia de Cires:

«La señora Isabel ha abandonado su casa, llevándose á su hija.

—¿Y con quién ha huido la señora? fué la primera pregunta que todos se dirigieron.

La respuesta no era tan difícil en una ciudad tan pequeña e población, donde los menores acontecimientos eran conocidos en momento.

Junto con la noticia de la desaparición de Isabel, circuló esta otra, que era la respuesta á la pregunta que todos se hacían:

«El jóven Rivadavia se ha ido á Buenos Aires repentinament

sin dar aviso de su viaje y sin siquiera despedirse de las personas de su relación, que eran las primeras familias de la buena sociedad cordobesa.»

El vulgo ligó las dos noticias de tal manera, que poco después se decía en toda la ciudad:

—La mujer de Diaz ha huído con el jóven Rivadavia llevándose su hija.

Y el comentario que surgía naturalmente era este:

—¿Qué vá á hacer ahora el marido cuando vuelva y se encuentre que su ausencia ha sido tan bien aprovechada?

Y los envidiosos de la fortuna de aquella familia por una parte y los desocupados por otra, se entregaban á los comentarios más sangrientos y vergonzosos.

La familia de Cires se encerró en la casa sin atreverse á salir á la calle, pues por todas partes veían sonrisas hirientes, miradas llenas de sarcasmo y maldad.

Isabel no había calculado indudablemente la magnitud del paso que daba, de otro modo la propia vergüenza la hubiera contenido.

Aquella familia vivía además agobiada por una incertidumbre que devoraba todas sus horas de reposo.

¿Qué iba á decir, qué iba á hacer Diaz á su regreso?

La leyes de aquella época le permitían represalias terribles, pues la mujer que tal paso daba se exponía á una série de peligros reales.

Quince días pasaron en que, atontados por el golpe recibido, no midieron todo el abismo que Isabel había abierto á sus piés.

Toda Córdoba conocía el hecho en sus menores detalles, y había quienes se permitieron darse ínfulas de conocer hasta la época de que databan las relaciones amorosas de los dos jóvenes.

La vieja en cuya casa vivía Rivadavia, por darse tono de mejor informada, había lanzado mil mentiras que la curiosidad pública recibía con ansiedad y trasmitía al ludibrio de la crónica escandalosa.

Y todos se preparaban á lo más interesante: ¿lo que haría el marido cuando supiese todo el peso formidable de su afrenta?

El único que esperaba tranquilamente los sucesos, para obrar según ellos se lo indicaran, era Gimenez, espíritu fino y firmemente leal.

—El fraile tal vez diga que yo soy el cómplice y el culpable y sobre mí se estrellará la primera ráfaga de la tormenta; pero ¿qué importa, ya nos compondremos de manera á desviarla.

Y así pasó un mes largo, sin tenerse noticias ni de Isabel ni de Diaz.

Empezaban á creer que éste, teniendo en Tucumán noticias de lo sucedido, no volvería más á Córdoba, cuando una mañana entró á la casa de la familia, cuando ménos lo esperaban.

En su aspecto sombrío se conocía que algo trémulo pasaba en su corazón y que hacía esfuerzos por ocultarlo.

¿Sabía ya lo que pasaba?

No, indudablemente, pues aunque su aspecto era sombrío, era reposado el ademán y su mirada tranquila y despejada.

Una sola pregunta que dirigió á su suegra les hizo comprender que nada sabía aún.

—Dónde está Isabel? ¿y Dominguita?—preguntó, despejando el seño de su frente.

Este fué el momento de apuro para la buena señora.

La lengua se la trancó en el paladar y para salir del apretado paso, repuso:

—Ha ido á misa, no tardará en volver.

Diaz pasó á sus habitaciones siempre oñudo y preocupado.

Hé aquí la causa de aquel ceño que nadie comprendía, desde que él ignoraba lo sucedido.

Diaz había salido de Córdoba, dominado por un desaliento que él atribuía al estado de su hermano, á quien él amaba estrechamente.

No podía explicarse el estado de su espíritu y un peligro que lo amenazaba del lado de Córdoba, peligro que, aunque lo presentía, no podía darse cuenta cuál fuera.

Acompañado por Rivadavia, la primer jornada la hizo de traído y pensando sólo en su pobre hermano, cuyo estado ala

ante le hacía temer no llegar á tiempo de hablar con él y perdido todo el consuelo de su cariño.

Pero cuando Rivadavia se le separó, se volvió á sentir dominado por un desconsuelo creciente.

—Es raro, pensaba, ¡el corazón suele anunciar las más terribles desgracias con este desasosiego inexplicable!

¡Aunque yo he dejado á todos buenos, temo que alguno haya enfermado—tal vez mi hijita no esté buena!

Muchas veces, pensando así, detuvo la marcha de su cabalgadura, animado por el deseo de regresar, pero otras tantas siguió viaje, conviniendo en que aquello sería una locura imperdonable.

—La vuelta á Córdoba, pensaba, me ocasionaría cuatro ó seis días de retraso, y en estos días perdidos puede morir mi hermano, sin haber podido verlo.

Decidido á llegar cuanto antes, empezó á apurar la marcha andando día y noche, sin detenerse más que el tiempo estrictamente necesario para reposar.

A medida que se alejaba de Córdoba se aumentaba su tristeza: no parecía sino que en Córdoba era donde estaban todos sus temores y angustias.

Cuando se entregaba al descanso, en medio de aquel camino cuya soledad era interrumpida solamente y muy de tarde en tarde por alguna carreta ó arreo de mulas, no cesaba de pensar en solo instante en Isabel y la pequeña Dominga.

Y á intervalos sentía que el corazón se paraba de pronto á impulsos de temores injustificables.

Y pensaba siempre en una enfermedad de su hija querida, que la robara á su amor y á sus caricias.

—Son temores tontos, decía al fin, ¡si algo sucediera ya me habrían mandado avisar por un chasque!

¡Es que Diaz había sido tan desventurado en su matrimonio, que temblaba ante la idea de perder á su hija, como había perdido el amor de su mujer!

Por fin, después de un viaje lleno de penurias por el estado excepcional de su espíritu, avistó la ciudad de Tucumán, arrancada reciente y heroicamente á la conquista española.

Al ver la ciudad, Diaz respiró con toda la alegría que lo permitía el estado de su espíritu.

Al fin llegaba al término de su viaje y podría emprender el de regreso un par de días después, según todos sus cálculos.

El sol empezaba á ocultarse en el horizonte cuando Diaz entraba á la ciudad.

Sin demorarse en parte alguna, y deseando saber ante todo cómo estaba su hermano, se dirigió á casa de éste, adonde entró con toda precipitación.

La familia estaba reunida en el comedor á cuya mesa acababa de sentarse.

¿Cuál no sería su sorpresa al ver á su hermano que estaba allí lleno de alegría y gozando de una salud tan perfecta como la suya misma!

No fué menor la sorpresa de todos, al ver entrar á Diaz de una manera tan imprevista, cuando siempre había anunciado sus viajes anticipadamente.

—¿Qué sucede que así te apareces como llovido del cielo?— le preguntó su hermano abrazándolo cariñosamente: ¿supongo que no será nada desagradable?

—¿Cómo, qué sucede? preguntó Diaz medio aturdido; ¿te parece poco suceso el estado de tu salud y sobre todo la carta alarmante que he recibido?

—¿Mi salud? ¿carta alarmante? vamos, vamos, que has venido de buen humor.

Pues siéntate que no podías haber llegado á mejor tiempo, y mientras comemos podemos seguir hablando.

Pero ya las respuestas primeras del hermano habían puesto en cuidado á Diaz.

—¿Qué, no has estado enfermo? le preguntó; ¿no has estado moribundo? ¿y esta carta, qué significa?—y mostró á su hermano la carta que lo había obligado á emprender aquel viaje.

—¿Esta carta? no me la explico, no puedo explicármela, sino por alguna broma que han querido darte.

—No hay persona capaz de darme una broma semejante, repuso Diaz cada vez más preocupado, broma que me obliga á em-

prender un viaje largo é incómodo, durante el cual pasa mi espíritu por la inmensa pena de creerte en peligro de muerte.

—Pues broma tiene que ser, observó el hermano, porque yo, gracias á Dios, he conservado mi salud íntegra y esa carta, por su contenido, no es más que una broma fraguada en Córdoba.

En fin, cenemos, que el viaje te habrá abierto el apetito.

Diaz había quedado mortificadísimo con aquella revelación, pero hizo todo lo posible por disimular la espina que se le había enterrado en el alma.

Aquella farsa no podía ser hecha sino por una persona que tenía mucho interés en hacerlo salir de Córdoba.

¿Quién podía tener aquel interés y qué lo motivaba? esto era lo que á Diaz preocupaba de una manera terrible.

Su esposa le había entregado la carta, pero su esposa debía haber sido engañada, porque su complicidad en aquel enredo importaba un paso que aquella era incapaz de pensar siquiera.

—Pues, señor, dijo Diaz disimulando al extremo de fingir buen humor, hay que confesar que la broma, aunque pesaba, ha sido en toda regla—¡vaya un gusto, con todos los diablos!

Diaz pensaba que si refería el modo cómo había recibido la carta y lo mortificado que estaba por no hallar más explicación á aquella broma, las sospechas iban á recaer sobre su esposa y esto le hacía sufrir de un modo incalculable.

Diaz no era celoso, jamás había pensado que Isabel fuera capaz de engañarlo, de modo que aquella vaga sospecha se enterraba en su espíritu á pesar de la voluntad con que la rechazaba.

Luego, si Isabel lo engañaba, si ella había sido cómplice en la farsa inicua, tenía que haberlo hecho con un hombre.

¿Y cuál era el hombre de Córdoba capaz de haber seducido á Isabel, á la altiva Isabel, hasta el extremo de hacerle olvidar sus deberes?

El jóven Rivadavia, era el nombre que acudía inmediatamente á su pensamiento, pero lo rechazaba también con violencia.

Aquel jóven tan franco y noble, que los trataba con una confianza fraternal, discreto y expansivo, que lo había acompañado el día de su partida, era incapaz de cometer una acción tan ruin y que en su ejecución no acusaba la menor inteligencia.

Una vez en Tucumán, descubriría la mentira, exponiéndose sus autores á ser también descubiertos en seguida.

¿Qué se proponía entónces con aquel viaje?

Diaz á pesar de todas sus reflexiones y colocándose en las situaciones mas amargas, ni siquiera presumía la verdad de lo sucedido.

¿Cómo iba á sospechar que Isabel estaba seducida al extremo de abandonar el hogar y llevarse su hija?

Hubiera sido preciso suponer todos aquellos antecedentes de dos años atrás, todo aquel mundo que había pasado bajo su mirada impasible, sin que su corazón nada le dijera, absorto como estaba en el cariño de su hija Dominga.

¡Dominga! fué en ella que pensó el buen Diaz como único consuelo á la mayor desventura que pudiera sucederle.

Tan absurdas le parecían sus sospechas y los celos que le habían invadido al descubrir la farsa de que había sido víctima, que quería ocultarlas hasta de sí mismo.

Le parecía que era un crimen atrigar semejante sospecha y lo desechaba horrorizado.

Aunque sin ningún apetito, comió cuanto le fué posible, siempre fingiendo un franco buen humor, y se puso á charlar en seguida de cosas familiares.

El hermano había enviado á buscar el firmante de la carta-broma, con lo que quedó constatado que aquella había sido falsificada de una manera evidente.

—Pues me la guardo para descubrir al autor,—dijo Diaz sonriendo,—porque esta broma me la vá á pagar con un viaje á Flandes; ya no se me ocurre otro punto más lejano.

—¿Supongo que aprovecharás el viaje para que hagamos un par de nuestros antiguos paseos?

Lo que es los caballos, desde que tú estuviste la última vez creo que no habrán galopado una legua.

—¡No cuentes conmigo! si todo lo he abandonado por no perder tiempo, poniéndome en camino en seguida de haber recibido la carta.

Mañana mismo sigo viaje á Córdoba, no haciéndolo esta

he, porque al fin y al cabo he de marchar noche y día, gando estas horas perdidas, por la felicidad de hallarte bueno.

— Siempre este es un consuelo superior, después de haber pasado tanto tiempo en la incertidumbre horrible de si vivirías o morirías muerto ya!

— Esto es lo que no perdono de la broma, pues por lo demás, que me cueste separarme de mi hijita, el viaje estaba començado con estar unos días al lado de ustedes.

— ¡Pero vés á llegar allí pellejo sobre huesos! ¿cómo vés á andar sobre el pucho, sin descansar siquiera un par de días?

— Ya te lo he dicho: en la ansiedad de llegar á tu lado cuanto antes, todo lo he abandonado de improviso sin tener el tiempo malo de prevenirlo á las personas que tienen que hacer conmigo, estando tu bueno, no puedo abandonar mis asuntos, pues sino alguno sufriría perjuicios de consideración.

— En estos días no más, deben haberme llegado de Buenos Aires artículos que debía haber realizado inmediatamente uno enviado á Mendoza otros.

— Calcula los inconvenientes que va á traerme esta demora.

— Cuando pienso en esto, no sé cómo no ensillo inmediatamente haciendo viaje de regreso.

— Todo aquello no eran más que pretextos de que se valía Díaz para disculpar el apuro de volver á Córdoba.

— Cómo confesar que tenía celos? ¿cómo confesar que temía la desgracia de aquella magnitud?

— Antes que esto, hubiera demorado su vuelta una semana!

— Los hermanos estuvieron de conversación hasta tarde, en que se retiró á acostarse ordenando á sus promesas lo recordaran de amanecer.

— Decididamente, eres de fierro, le dijo su hermano; el desde esta noche, después de semejante viaje, no puede causar otra cosa que deseo de descansar más.

— No digo que no, pero la fuerza de la necesidad es invencible.

— En cambio de la corta visita que te hago ahora, te prometo que me á pasar una temporada en tu compañía, con Isabel y la piquita.

—¿Y cuándo será ese milagro?

—Dentro de un par de meses, ya sabes que tengo palabra de rey.

—Ese es el tiempo que necesitarás para reponerte de tan famoso viaje—; vuelvo á decirte que eres de fierro!

Los dos hermanos se separaron alegremente para entregarse al reposo, pero Diaz no pudo dormir, ni siquiera intentó hacerlo.

El demonio de los celos había mordido en su corazón y ya todo lo hallaba posible, aunque quería negárselo á sí mismo.

Recordaba el desamor de Isabel en los primeros tiempos de su matrimonio y el fastidio que su presencia le causaba, precisamente cuando él creía empezar á ganar terreno en su corazón.

Después del nacimiento de Dominga, que él esperaba que el amor de la hija conquistara el de la esposa, ésta se había mostrado más esquiva que nunca y había huído de él como de un enemigo.

¡Diaz buscaba la causa de todo esto, y no la hallaba sino en algún amor oculto de Isabel, por algún otro hombre, y su corazón se estremecía entónces de coraje, sintiendo sobre su frente pálida el peso de la vergüenza!

En seguida buscaba al hombre que podía ser causa de aquel trastorno, y su pensamiento se fijaba entónces en el jóven Riva-davia, con una rara tenacidad.

Recordaba la conducta observada por el jóven en su casa y fuera de ella, y rechazaba en seguida su mal pensamiento, para volver á fijarse en él con mayor insistencia.

Pensando en seguida en las ocasiones que Isabel podía haber tenido para verse y hablar con cualquier otra persona, se abismaba en un caos de dudas.

Isabel hacía una vida completamente retirada, al extremo de no visitar siquiera á sus parientes mismos, sobre todo en los últimos años en que el cuidado de su hija le asorbía todo su tiempo.

En la vida de la familia era ejemplar: eso lo veía él hora por hora y minuto por minuto.

Isabel era además la altivez personificada y la exageración de toda pureza y todo recato: ¿qué autorizaba á sospecharla capaz de un acto tan incalificable por lo monstruoso?

—Vamos, concluía, yo soy un miserable al pensar esto: ¡sólo la edad puede conducirme á locuras de esta especie!

¡La edad! ¡era aquí donde el pensamiento de Diaz se detenía en más tristeza!

¿Con qué derecho él, cubierto de canas, y á la edad en que el ser humano empieza á declinar rápidamente, pretendía conservar la ilusión y amor en un corazón joven que recién se abría á las impresiones de la vida?

Aquello era pretender ligar el frío de las tumbas con el calor de la vida, y tal pretensión era un absurdo.

Entónces, sintiendo agolparse las lágrimas á sus ojos, se decía sí mismo de una manera desesperada:

—Está bien, yo no tengo derecho para pedirle su amor ni para imponerle el mío: yo nó tengo derecho para imponerle que me quiera, pero sí lo tengo para exigirle que cumpla su deber: ya que me unió á mí, que nõ me afrente, que no manche mis canas y la pureza de mi hija.

¡Tengo ese derecho, se repetía exaltándose gradualmente, y para hacerlo respetar, siento arder en mi corazón la soberbia de mi sangre española!

Y Diaz se tomaba la cabeza con ambas manos y la oprimía para hacerse daño.

Pero pronto volvía la calma á su espíritu, al no encontrar motivos, ni razón para sus tremendas sospechas, calma que no era más que una tregua, pues al momento volvían á renacer las sospechas y los celos con más vehemencia, con más desesperación.

¡Oh! ¡los celos! ¡desgraciado el corazón que les dá cabida! ¡por más claras que sean las razones, por más vigorosa que sea la evidencia que muestra el error que se padece, los celos están ahí siempre, oprimiendo el corazón y ofuscando la inteligencia.

¡Se vé que no hay razón para alimentarlos, que no hay motivos para fundarlos, y sin embargo se sospecha de la mirada disimulada, de la ráfaga de aire, del gesto casual, del timbre de la voz, de la luz que se encienda!

A una hora de calma y de juicioso razonamiento, se suceden las horas y noches de angustia suprema, en que el sér humano se con

vierte en un animal irracional é irascible, capaz de los más brutales excesos.

Era ésta la situación porque atravesaba Diaz, cuyo espíritu sereno había reposado siempre confiadamente.

—Esta carta, decía de pronto, estrujando la que motivó su viaje, es alguna venganza infame y estúpida, ajena á toda combinación amorosa.

Pero de pronto y estrujándola más fuertemente aún, exclamaba: ¡ay, del miserable que la ha fraguado, y ay, de ella misma si ha sido su cómplice y éste el medio de encubrir su infamia!

No quiero pensar en mi venganza, porque temo perder la cabeza y hasta ahora solo se trata de suposiciones.

Es imposible que Isabel Cires sea capaz de cosa semejante— ¡yo le pido perdón por las infamias que he estado pensando!

Como se vé, la razón de Diaz empezaba á vacilar, conociéndolo él mismo.

Es que sus pensamientos desesperantes le hacían ver que él amaba á su esposa de una manera apasionada y con una intensidad de afecto poderosa, que crecía ante el fantástico peligro de perderla.

Toda aquella noche la pasó pensando de esta manera terrible, y por más que sus celos los llevaran á pensamientos de verdadero demente, nunca supuso la verdad terrible: ¡Isabel hubiera podido abandonar el hogar para siempre en compañía de su hija!

Si Diaz hubiera sospechado esto, indudablemente aquella noche habría perdido la razón.

Cuando los peones le tocaron la puerta y entró al cuarto en seguida su hermano, Diaz estaba como éste lo dejó la noche anterior.

—¡Calavera! no te has desnudado siquiera—exclamó aquél al verlo.

—No, porque no valía la pena de hacerlo para vestirme dos ó tres horas después, pero he dormido bien, que era lo necesario y he descansado bastante: ¡me siento tan fuerte que sería capaz de seguir la marcha hasta Buenos Aires!

¡Quién hubiera dicho á Diaz que sin saberlo trazaba su itinerario de viaje!

Diaz estaba extenuado de fatiga, pero sostenido por la fiebre, él mismo no la sentía.

En un momento hizo sus preparativos y se despidió de su hermano, felicitándose de que todo aquello no hubiese sido más que un susto y prometiéndole volver con la familia dentro de dos meses.

Diaz emprendió viaje, sin dar trégua á las pobres mulas, que mal de su grado se veían obligados á seguir una marcha sostenida.

Durante la jornada del día, lo pasó más distraído, pero junto con la noche volvieron las cavilaciones y los malos pensamientos.

El fantasma de Rivadavia volvió á enterrarse en su espíritu, y su corazón volvió á ser agitado por los celos más desmedidos.

Diaz se sentía herido en su corazón, en su amor propio, en su vergüenza misma, como marido y como padre, y hundía las espuelas en los flancos de la mula, haciéndola andar con la mayor rapidez posible.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por salvar en aquella noche la distancia que lo separaba de Córdoba.

Diaz marchó sin reposar un momento todo aquel día y toda aquella noche.

A la madrugada siguiente se detuvo lo necesario para cambiar mulas y volvió á seguir viaje.

Alimentado por la fiebre que sufría desde que salió de Tucumán, no había tomado almuerzo alguno, porque no sentía la necesidad primero y segundo por no perder tiempo.

Pero sus peones, que no tenían las mismas razones de apuro, ni las mismas preocupaciones, no podían resistir tanto tiempo ni la fatiga del viaje, ni la falta de sueño y alimentos, y empezaron á quedar rezagados en el camino, primero los más débiles y todos en seguida.

Tres días después de su salida de Tucumán, Diaz seguía viaje solo: no tenía ni quien lo ayudara á mudar caballos.

Aquel era un vértigo de andar, que sólo podía resistirse en el estado excepcional de aquel pobre hombre.

Las largas cavilaciones habían aumentado sus celos, conveniéndose cada vez más que la causa de todo aquello había sido una intriga de amor á la que su esposa no era ajena.

Y marchaba y marchaba sin otra ambición que la de llegar á su casa, en la esperanza de que todas sus sospechas no fueran más que fantasmas levantados por su cariño y por el dolor de ver destruído en un momento el hogar que había formado en medio de bellísimas ilusiones para el futuro.

A medida que se acercaba á Córdoba iba sintiendo renacer su esperanza, fortalecido por el recuerdo de Isabel tan pura y virtuosa.

Era tal deseo de ver disiparse todos sus malos pensamientos que hasta esperaba ver llegar de un momento á otro á Rivadavia que venía á su encuentro, sin recordar que no había avisado su regreso, por medio de un chasque, como lo había hecho otras veces.

Y jadeante la mula y jadeante él mismo, llegó por fin al término de aquel viaje tan desesperante.

Ya hemos visto cómo Diaz llegó á su casa, siendo su primera palabra para preguntar por Isabel y por la niña.

Apénas llegó á sus habitaciones, se desplomó sobre un sofá, materialmente postrado.

Hacía ya más de veinte días que no descansaba un minuto durmiendo sobre la mula el tiempo suficiente para engañar los párpados.

Al respirar el aire de su casa, al encontrarse por fin allí entre las piezas en que vivía Isabel, respiró más libremente, como si un gran peso se hubiera levantado de su pecho.

Y miraba todos aquellos muebles con íntimo cariño, como si de cada uno de ellos fuese á sentir una palabra amiga que lo saludara complacido.

Isabel no estaba allí, pero no tardaría en volver; había ido sin duda á la iglesia á orar por él y á enseñar á su tierna hijita que la acompañara en sus plegarias.

El resto de la familia vino á hacerle compañía, para entretenerle

el tiempo miéntras llegaba, el momento tremendo de revelar lo que le había sucedido.

La pobre madre sufría una angustia tremenda.

¿Cómo confesar que su hija, su tierna y hermosa Isabel, había huído en compañía de un amante? ¿cómo decir á aquel hombre que tan cariñosamente preguntaba por su esposa, que ésta había abandonado el hogar arrojando sobre toda la familia una mancha tan vergonzosa?

¡La situación no podía ser más crítica, ni más embarazosa!

Como el recurso supremo, la buena señora había mandado llamar á fray Andrés, único capaz de imponer á Diaz de lo que pasaba, preparándole el espíritu para tan rudo golpe.

Fray Andrés acudió al llamado, todo compungido: el momento era difícil para el pobre fraile, pues muy bien podía descargar sobre él el primer golpe de ira de aquel hombre tan incalificablemente engañado.

Sin embargo el buen fraile acudió al llamado y se dispuso á mitigar la tormenta cuando le fuera posible.

¿Por dónde empezar para preparar á Diaz?

Esto era lo más difícil, pues á la menor palabra, Diaz podía comprender de lo que se trataba.

—Esperaremos que los sucesos se desenvuelvan por sí mismos, dijo: así la cosa vendrá naturalmente, y los consuelos de la religión podrán ser aplicados como lenitivo, porque para este género de desventuras no hay más consuelo que el implacable andar del tiempo, que todo lo borra.

Cuando fray Andrés llegó, ya estaba allí Gimenez, que no quería perder detalle en lo que iba á suceder, por lo que pudiera interesar á su amigo.

Las primeras palabras que le dirigió Diaz, fueron preguntándole por su amigo.

—Extraño no verlo aquí, dijo, porque ya nos hemos habituado á mirarle como de la familia.

—Es que pocos días después de haberse ido usted, contestó Gimenez, recibió una carta de sus padres, en la que lo llamaban urgentemente y le fué obligatorio salir para Buenos Aires sin pérdida de momento.

Me encargó que lo despidiera de usted, agregando que pronto tendría el placer de vernos nuevamente.

—¡ Ah! — exclamó Díaz poniéndose lívido—¿ se ha ido á Buenos Aires? nada me dijo sin embargo.

—El mismo nada sabía: fué una carta inesperada.

¡ Oh! ¡ las cartas inesperadas!—exclamó Díaz pensando la que motivó su viaje y no pudiendo disimular su emoción: cartas inesperadas suelen causar momentos bien amargos.

El tiempo pasaba sin que volviera Isabel, y ya Díaz empezó á ser invadido por un molestar mortificante.

—¿ Es raro como tarda Isabel, dijo de pronto, hace mucho que ha salido? ¿ ha contraído acaso en mi ausencia el hábito pasear por la mañana?

Como no pensaba ninguno en otra cosa, la pregunta no tomó desprevenidos, así es que la madre se apresuró á responder.

—Cuando usted llegó hacía apenas un par de minutos que había salido: ella suele demorar algo, porque después de oír música lleva á la niña á hacer un poco de ejercicio y no vuelve muchas veces hasta la hora de almorzar.

Díaz pareció tranquilizarse algo, aunque creyó notar cierto embarazo en la manera con que se le dió aquella respuesta.

Notaba algo extraño en todo lo que sucedía, pero lo atribuyó al estado de su espíritu y se resolvió á esperar.

Le preguntaron por el estado en que había hallado á su familia y respondió francamente que había sido engañado.

—Me han dado un chasco en toda regla, pues la enfermedad de mi hermano en su mentira fraguada; no sé por quién, ni con qué fin, por medio de una carta falsa.

Como Isabel fué quien me la dió, porque á ella se la entregaron, tal vez tenga algún dato que pueda aclarar este misterio, pero por más que yo he pensado en ello, no se me ocurre que habrá motivado una broma tan de mal gusto y tan sin objeto.

Decididamente su autor debe ser un imbécil rematado, porque en ella no hay ni siquiera pretexto para reír un minuto.

Todos escucharon aquello sin atinar á responder una palabra para todos era indudable que aquella carta fué el pretexto con que

Los amantes alejaron de Córdoba al único estorbo para su huída.

Todos quedaron en silencio—la situación no podía ser más lenta, no ocurriéndosele á ninguno la manera de salir de ella.

Transcurrieron dos largas horas sin que Isabel pareciera: Diaz oyó notar cierto malestar en las personas que lo rodeaban, algo extraño que no podía explicarse.

Sintió afluir su sangre á la cabeza y deseando aclarar de una vez todo aquello, exclamó:

—Si ha sucedido alguna desgracia,—suplicó—me la comuniquen, porque es mil veces peor la incertidumbre en que estoy desde que me llegué.

Crean que tengo el espíritu suficientemente fuerte para soportar cualquier golpe, pues hace ya tiempo que estoy preparado por un vago pero terrible presentimiento.

Todos los lábios se agitaron, todos los cuerpos se movieron, pero nadie pronunció la menor palabra: estaban dominados por la ansiedad terrible que reflejaba el semblante de Diaz.

—¡Por el cielo!—siguió éste que se había exaltado hasta indicar miedo, ¡veo que Isabel no ha muerto porque nadie viste lo! ¿qué es lo que aquí ha sucedido que nadie se atreva á decirlo?

El mismo silencio siguió reinando entre los que rodeaban á Diaz.

Este no tuvo ya duda de que había, sucedido algo mil veces peor de todo cuanto él había imaginado.

En el colmo de la desesperación y presa de una ansiedad delante, se puso de pié y se dirigió donde estaba su suegra.

—¡Yo no puedo hacer responsable á nadie de lo que haya pasado, dijo con voz ahogada, pero exijo que se me diga, porque no tengo derecho para tenerme en esta incertidumbre horrible!

¿Dónde está mi mujer? ¿dónde está mi hija? ¿mi hija sobre todo, dónde está?

El gran momento había llegado, no era posible callar por más tiempo y era necesario revelar á aquel hombre todo la terrible realidad.

—Sr. Diaz—dijo el fraile resolviéndose por fin, y poniéndolo

se de pié con ademán manso—las grandes situaciones son para los grandes espíritus, y usted tiene el corazón bien templado según creo.

No hay felicidad completa en la vida, porque ella misma es una sucesión de desgracias que el hombre es impotente para evitar—
—¡ Mi hija!—gritó Diaz fuera de sí, interrumpiendo al fraile bruscamente:—ante todo quiero saber si ha muerto: si le ha sucedido algo—¡ pronto porque creo que me vuelvo loco!

Y agarró al fraile de los brazos sacudiéndolo violentamente—
—Por ese lado puede usted estar tranquilo,—repuso don Andrés:—ni su hija ha muerto, ni está en peligro de muerte, ni le ha sucedido nada—¡ yo se lo juro á usted!

—¡ Gracias, Dios mío!—gritó entónces aquel hombre desventurado—¡ ahora si tengo fuerzas y corazón para resistir el golpe más rudo! diga usted, pues, qué desgracia ha sucedido que impida á mi mujer y á mi hija estar aquí en este momento.

—La desgracia,—dijo fray Andrés cada vez más embarazado—la desgracia de que se trata sólo le hiere á usted personalmente pero todo es sobrellevable en esta vida cuando se tiene fé en Dios y en su justicia infalible.

—Hable usted sin piedad entónces—ya he dicho que no corriendo peligro la vida de mi hija, todo puedo sufrirlo—cuente usted pero cuente pronto, porque esta incertidumbre se prolonga demasiado.

Diaz presentía ya la clase de golpe que le esperaba, y pálido hasta parecer un cadáver, seguía con una ansiedad febril la palabra pendiente en los lábios del fraile.

—Es el caso que aquí no sabemos nada de Isabel,—dijo por fin haciendo un esfuerzo—ella salió una mañana diciendo que iba hasta la iglesia, y no se le ha vuelto á ver, ni ha sido posible obtener noticias de su paradero.

—Breve,—interrumpió Diaz con palabra vibrante y rápida—que Isabel ha huído de mi casa después de haberme hecho ausente por medio de una carta falsa—¿ no es eso?

—Esa es la verdad, desgraciadamente, contestó el fraile, esa es la verdad triste de lo que ha pasado.

Diaz había quedado como petrificado ante revelación tan formidable: movía los labios como si quisiera hablar, pero parecía que la lengua se negara á obedecer al pensamiento.

Alternativamente se ponía rojo y lívido, y fijaba en todos una mirada extraviada en la cual el brillo de la razón estaba ausente.

De pronto llevó las manos á la cabeza, haciendo presa en sus cabellos grises, con extraño furor, pero rápidamente se sucedió una calma más amenazadora que la misma fúria y cruzando los brazos sobre el pecho, exclamó por fin con un reposo sombrío:

—¿Quiere decir que para ocultar la vergüenza de mi frente y el deshonor de mi nombre puedo pegarme un tiro tranquilamente, mientras ella ríe de una resolución que la libra de mí por una eternidad?

¡No, por todo el infierno junto! ¡esto no puede tener perdón y seré yo quién aplique el primer castigo!

¿Qué no hay más que cubrir de lodo á un hombre, atrayendo sobre su persona el ridículo y el desprecio, y saldar toda cuenta huyendo del lado del marido infamado con tanta cobardía?

Veremos, señora Isabel, veremos si esto es posible cuando se trata de un hombre como yo.

¡Ante todo mi hija, señora!—gritó á su suegra,—traígame usted á mi hija, á quien también hiere la afrenta de la madre—quiero verla.

La señora no se movió: lloraba de una manera conmovedora, y parecía no haber oído las últimas palabras de su yerno.

—Señora,—volvió á gritar éste,—¡no ha oído usted que le pido me traiga mi hija?

La señora alzó el hermoso semblante, miró á Diaz de una manera suprema y volvió á llorar con más amargura, con mayor desesperación.

Ante este mutismo raro, Diaz medio loco ya, se volvió adónde estaba el fraile y con un ademán de sombría amenaza le dijo:

—¡Fray Andrés! usted me acaba de asegurar que á mi hija nada le ha sucedido y que nada le amenazaba—mire que con el corazón de un hombre no se puede jugar como con un rosario y siento que el mío estalla ya á impulsos del veneno que está devorando hace una hora.

—¿Por qué no me traen á mi hija? ¿por qué no la han traído ya?

—He dicho que su hija no estaba amenazada por ningún peligro, que nada le había sucedido y me ratifico en lo dicho, repitió el fraile asustadísimo ante la actitud de aquel hombre que parecía un loco.

Respeto á la salud y á la vida de su hija puede usted estar tranquilo.

Diaz pareció entónces respirar con más libertad, pero agregó prontamente:

—Pues bien, vaya usted á traerla ó díganme donde está, que por ahí debíamos haber empezado.

Aquí fué el momento de mayor apuro: pero el fraile temiendo un estallido de aquella naturaleza tan mortificada, se resolvió á hablar claro y lo hizo de esta manera:

—En la seguridad de que la niña está como usted la dejó, puede oír usted tranquilamente la razón que nos impide complacerlo.

Diaz no sabía lo que le pasaba: sentía el corazón oprimido por algo parecido á una mano de fierro, y se sentía sofocado como si no tuviera aire que respirar.

—Pronto, pronto,—exclamó; ¿no vé usted que me está matando con sus rodeos?

Y el dolor que acusaba aquella fisonomía contraída por la desesperación, era imponente y comunicativo en su conmoción.

—Es, repuso el fraile vacilando, es que ella se ha llevado á la niña, no resolviéndose á separarse de ella.

—¡Por el infierno!—exclamó Diaz, en el colmo del dolor—¡maldito sea el día en que nací! ¡pronto! ¡José! gritó ya fuera de sí, ¡que me ensillen el caballo; yo sabré dar con ella! á mí no se me ha de escapar.

Y fué á salir al pátio, pero vaciló y cayó—su cuerpo debilitado por el insomnio y la falta de alimento, durante aquel viaje tremendo, no había podido resistir á la conmoción del espíritu y se había desplomado.

Diaz estaba como un loco, luchando con la postración de la materia, pero sin poder moverse.

En el acto se le condujo á un aposento mandándose buscar un médico, pues toda aquella conmoción poderosa podía muy bien terminar en un ataque á la cabeza.

Un gran delirio se había apoderado de él, haciéndole ver visiones tremendas.

Tan pronto era el cadáver de su hija que decía tener por delante, como la imagen bella de Isabel tributando sus caricias á otro hombre.

Y se lanzaba fuera del lecho haciendo esfuerzos extraordinarios, como si luchara con algún hombre á quien apostrofaba violentamente.

Y jadeante y rendido volvía á quedar en la inacción más completa después de exclamar:

— ¡Así quería verte, infame, en el charco de toda tu sangre herido y muerto de mi mano!

Indudablemente Diaz deliraba con el seductor de Isabel, á quien creía haber muerto.

Después de estos accesos de delirio, quedaba relativamente tranquilo, para volver á delirar con más violencia.

El nombre de su hija brotaba sin cesar de sus lábios, ora prodigándole sus más tiernas caricias, ora lanzando verdaderos alaridos de espanto, al decir que la tenía muerta en sus brazos y que era la madre quien la había muerto al robarla de su lado.

Su estado era gravísimo: una congestión violenta podía producirse de un momento á otro y entónces la ciencia sería impotente para evitar una catástrofe.

Todos estaban consternados ante el trastorno que en aquella naturaleza había producido el dolor.

¡Oh! Isabel no había medido, seguramente, todas las consecuencias del paso que daba; de otro modo se habría detenido.

Si ella hubiera podido presenciar aquella escena y el dolor inmenso, oír una sola de las expresiones que brotaban de aquel espíritu eminentemente cariñoso, su remordimiento habría sido igualmente terrible, hubiera sido el más tremendo castigo que pudiera imponérselè.

Pero ella estaba lejos de aquel sér que le era del todo indife-

rente y poco podía importarle la suposición de todo dolor, de todo sufrimiento.

Gimenez mismo preparado en contra de aquel hombre, por los vínculos de amistad que le ligaban á Rivadavia, se sentía conmovido ante tanto dolor.

No se atrevió á separarse de aquel dormitorio en todo el día y la noche, creyendo como todos, que de un momento á otro el dolor concluiría con aquella existencia.

—¿Qué le hecho yo?—exclamaba Diaz en sus momentos de calma, y cuando parecía estar en todo el dominio de su razón.

¿Qué le hecho yo para que me hiera de esta manera en mis más caras afecciones, afrentándome de tan bárbara manera?

¿Quererla hasta la idolatría? ¿hacerle el gusto en todo aquello que su espíritu pudiera desear?

¡Hé aquí mi gran culpa para con ella!

No me amaba, está bueno: me encontraba antipático está bueno también: quería huír de mi lado en busca de la infamia y el orgullo. bueno también esto.

¿Pero por qué me lleva mi hija, que es lo único que podía haberme consolado de su pérdida?—¿por qué pisotea mi corazón después de haber pisado mi nombre, arrebatándome aquel ángel inocente, cuya sola sonrisa plácida bastaba á borrar todos los pesares de mi espíritu?

Y aquí venía el delirio asumiendo proporciones cada vez más alarmantes, comprometiendo la vida á cada instante.

—¡Ah! ¡jóven!—exclamó fray Andrés, acercándose á Gimenez—; si usted me hubiera indicado el paradero de su amigo, todo esto se hubiera evitado!

—Ó se hubiera agravado, respondió Gimenez; desgraciadamente son situaciones igualmente tremendas, cualquiera que sea la forma en que se presenten.

Y recordó que á Diaz le faltaba aún recibir el más duro de todos los golpes: la carta de Isabel que conservaba en su poder.

—Y no se la daré, pensó inmediatamente, sino en el caso necesario á impedir con ella una violencia.

Por el momento era imposible calcular donde terminaría todo

uello, pues Diaz, si salvaba del peligro que amenazaba su vida, pasaría mucho tiempo sin poder resolver nada por sí mismo.

Ocho días permaneció éste entre la vida y la muerte, devorado por una fiebre violenta, que lo abandonaba muy pocos momentos durante el día.

A la noche la fiebre recargaba, y se producían entónces aquellos delirios que lo dejaban extenuado.

A la noticia de su enfermedad y desde el día siguiente de su llegada, sus amigos, que lo eran los hombres más espectables de toda la provincia, acudieron á su casa, pero él dispuso terminantemente que no se hiciera entrar á ninguno de ellos, porque no quería ser molestado por ellos.

Ya se sospechaba que todos conocerían la causa dolorosa y embarazosa de su enfermedad, y no se atrevía á afrontar la sonrisa que suponía remarcada en todos los labios.

Y efectivamente, la fuga de Isabel se había hecho pública, como coincidía con el viaje sigiloso de Rivadavia, todos aseguran que habían huído juntos y lo daban por hecho suficientemente comprobado.

Pero ninguno se hubiera atrevido á hacer mofa de aquella situación tremenda: el dolor de Diaz era demasiado grande para no profundizar respeto al más dispuesto á la burla.

La noticia había caído como una verdadera bomba en la sociedad de aquella piadosa provincia, pues era un acontecimiento único en aquella sociedad.

Había relativamente entónces, una gran inocencia en la sociedad, inocencia que era extensiva hasta el mismo bajo pueblo.

Se conocían aventuras más ó ménos picantes que alimentaban por algún tiempo la crónica escandalosa de los círculos familiares.

Se sospechaban y se conocían amoríos entre tal damas y tal jóven visitante de la casa, pero jamás había sucedido el escándalo de una dama de las primeras familias, abandonando el hogar del marido, llevando su hija para seguir su amante.

Todos culpaban á Isabel, como era natural, y encontraban inaudita su conducta, pero la atenuaban en parte por la desproporción de edades.

—Diaz, el pobre, decían, ha sido un imbécil: un hombre a su edad no debe pretender ligar á la loza de su sepulcro un corazón que recién despierta á la vida de la pasión y del cariño.

La conducta de Isabel es incalificable, pero es lógica: la juventud busca la vida, las brisas tibias que bañan el espíritu de arrobadora languidez, la primavera del espíritu, donde las emanaciones del alma se funden á las emanaciones de la naturaleza misma.

Los viejos pueden inspirar respeto, cariño y lástima, pero no deben pretender inspirar amor á corazones inanimados y vírgenes.

El hielo de las canas es la muerte del amor—el respeto mismo que ellas infunden, ahogaría al nacer este sentimiento puro y esencialmente juvenil.

Diaz estaba castigado en su pretensión, aunque no merecía serlo de una manera tan tremenda: harto castigado estaba con el convencimiento de que Isabel no le amaría jamás.

A los ocho días de enfermedad, Diaz empezó á mejorar notablemente.

La fiebre cedía cada vez más, los delirios habían cesado y su espíritu iba ganando en tranquilidad y su dominio sobre sí mismo.

En aquellos ocho días había envejecido de una manera espantosa: sus cabellos habían encanecido totalmente y la flacura de su cuerpo le daba un aspecto sombrío: ¡parecía un muerto!

Al recobrar la calma empezó á discurrir tranquilamente sobre su situación: parecía una persona que se ocupara de una desgracia ajena y no de la suya propia.

No nombraba para nada á Isabel, ocupándose solamente de Dominga, de su pequeña y tierna Dominga.

La palabra mansa y piadosa de fray Andrés había modificado en algo su modo de pensar, aceptando ciertas conclusiones en que el fraile lo exhortaba á tener paciencia y calma para obrar mejor.

—Mi única ambición, decía, es recuperar á mi hija para salvarla al mismo tiempo del abismo á que la llevan.

¡Después que se haga la suprema voluntad de Dios! harto terrible en su justicia infalible.

Su primera conversación en este sentido fué con el fraile: la

segunda la sostuvo con Gimenez, que no había dejado de venir visitarlo un solo día.

Una tarde en que la fiebre lo había abandonado por completo, llamó á su lado entablando el diálogo siguiente:

—No sé si he de mirarlo á usted como amigo ó como enemigo: usted conoce mi vergüenza y mi afrenta y sin embargo, en los momentos de reposo que he tenido, recuerdo de haber hallado siempre su fisonomía bañada por una impresión de íntimo interés.

Esto, y algunos recuerdos que conozco de otro tiempo, me hacen pensar que usted es mi amigo.

Bueno, entre usted y Rivadavia existe una amistad íntima estrecha, están ligados ustedes por diferentes vínculos de afecto, fué quien lo trajo á mi casa; es de suponerse entónces que el cariño y la lealtad para con su amigo, estarán muy arriba de la que puedo inspirarle yo, y esta es la causa porque también lo crea mi amigo ó por lo ménos dudo si usted será lo uno ó lo otro.

—No veo la razón,—respondió Gimenez impassible y sin inmutarse,—para creer que mi amistad por Rivadavia pueda significar amistad para usted.

—Y sin embargo, la razón es muy sencilla: siendo usted un amigo íntimo, debe participar de sus afectos como de sus rencores: por lo ménos entiendo yo la amistad leal y franca.

Ahora bien, Rivadavia que ha pagado mi amistad y la hospitalidad de mi techo, marcando mi frente con la infamia, debe llamarme desde el fondo de su alma: esto por lo ménos es lo presu-ble.

Entónces es lógico que yo crea que usted participa también ese ódio que oculta ahora sabe Dios por qué.

—En primer lugar, dijo Gimenez, protesto con toda la fuerza mi espíritu del cargo dirigido á mi amigo.

Si eso fuera cierto, yo lo habría sabido, habría sido el primero impedirselo.

Mi amigo Rivadavia no es el autor de esta desgracia irreparable, eso lo afirmo yo y lo sostengo de todos modos.

—Cuidado, Gimenez, si usted niega de esa manera me vá á suadir que ha sido su cómplice.

¿Cómo no vá á saber un amigo íntimo una cosa tan grave, de tanta trascendencia?

—Por la sencilla razón de que no ha existido: usted puede creer lo que quiera, no puedo yo gobernar su pensamiento, pero yo ahora y siempre niego terminantemente la inculpación.

—¿Y cómo me explica usted la coincidencia de haber salido de Córdoba los dos, el mismo día que yo me ausenté?

—De una manera muy sencilla, todo ha sido casual.

Cuando Rivadavia regresó de haber acompañado á usted, se encontró con una carta de sus padres que le decía: «ponte en camino sin pérdida de un minuto.»

Yo he visto la carta y empeño mi palabra de honor de que lo que digo es exacto.

Alarmado con esta carta, Rivadavia hizo sus preparativos inmediatamente y se puso en camino sin despedirse de nadie..

¿Quién garante ahora que esa carta no es de la misma mano que la que usted recibió y que ha sido escrita con el objeto de que Rivadavia salga de Córdoba esa misma noche, haciendo recaer sobre él las sospechas que naturalmente engendraría la coincidencia que usted mismo nota hoy?

Era tal la firmeza y la convicción con que hablaba Gimenez, que Diaz empezó á vacilar un momento.

El jóven, por su parte, desde que veía que no había seguridad, quería alejar de su amigo toda sospecha para evitar tal vez un lance sangriento.

Conocía el primer propósito de Diaz, de recuperar á su hija, á toda costa, y presumiendo que un encuentro entre aquellos dos hombres fuese sangriento, lo evitaba aún apelando á la mentira.

¿Y por qué no puede ser otro que Rivadavia?—exclamó—¿es acaso el único hombre de Córdoba?

—No, seguramente, pero es el único hombre que se ha ausentado de la Provincia.

¿Y quién garante á usted que el verdadero raptor, que Isabel misma haya salido de Córdoba? ¿por qué suponer que haya emprendido un viaje, cuando hay facilidad para ocultarse aquí mismo?

Diaz abrió desmesuradamente los ojos y miró á Gimenez con verdadero asombro.

—¿Qué?—exclamó incorporándose violentamente, ¿sabrá usted que no han salido de aquí? ¿sabrá tal vez dónde se hallan?

Si lo supiera, amigo mío, no lo hubiera callado tanto tiempo. Conforme usted presume y discurre de un modo, yo presumo lo mismo de otro.

Tal vez todo ha sido treta del autor del anónimo, para que busque en Córdoba y que se le busque en todas partes, ménos aquí.

—La palabra de usted ha penetrado á mi cerebro como un rayo de luz, exclamó Diaz, pero aún estoy muy débil y no quiero alterar mi pensamiento.

¡Mañana hablaremos otro poco, y quien sabe, quien sabe si no nos damos con el nido; ¡ah! ¡si fuera tan feliz!

Y en sus ojos brilló una amenaza de muerte.

—Como usted guste; yo estoy siempre á sus órdenes y dispuesto á ayudarlo en todo lo que pueda, y á borrar toda sombra que pueda recaer sobre mi amigo, tan inocente como yo en este caso lamentable.

Diaz meditó todo aquel día y aquella noche sobre lo que el otro le había dicho.

Al principio encontró muy lógico y razonable cuanto había dicho.

¿Por qué había de ser precisamente Rivadavia el autor de este paso descabellado, y por qué había de haber salido de Córdoba Isabel?

Y empezó á buscar entre todas las personas relacionadas con la familia, un hombre capaz de trastornar á su mujer hasta ese punto, y no lo pudo hallar.

Entonces su pensamiento volvió á fijarse en Rivadavia, con insistencia que nunca, de una manera definitiva.

—No puede ser otro,—exclamaba—su conversación era interesante y culta, su aspecto era atrayente y fuertemente simpático... Alotando la inocencia de aquella desventurada, la sedujo y la condujo al paso fatal, á la deshonra de su marido y de nuestra hija!

Gimenez está en el secreto y de ahí su empeño en alejarme de la creencia, ó está inocente y obra de buena fé.

Observemos que de todos modos tengo aún mucho que esperar para poder ejercer mi venganza.

Y Diaz sólo se confió á fray Andrés, en cuyas virtudes y experiencia tenía una fé profunda.

El fraile comprendió al momento la idea de Gimenez y trató de apoyarla.

Con derramar sangre y entregarse á actos de violencia extrema, en nada podía modificarse aquella situación.

Era más acertado entónces alejar á Diaz del camino verdadero, para evitar una desgracia nueva, que empeorara la situación de todos.

El fraile apoyó el modo de pensar del jóven, pero flojamente, pues tampoco quería guiar el pensamiento de Diaz de manera que fuera á traerle alguna nueva desgracia ó algún disgusto sério.

Al día siguiente volvió á hablar con el jóven, pero preveniéndole ya en su contra, los nuevos argumentos no parecieron convencerlo tanto como los del día anterior; por el contrario se afirmó ya en persuasión de que era Rivadavia y no otro el autor de su deshonra.

Firmemente resuelto á tomarle cuenta estrecha de aquella acción, y á recuperar á su hija, se hizo el que creía cuanto se le decía y esperó tranquilo el día de su restablecimiento.

Gimenez informaba á Rivadavia con frecuencia de lo que le sucedía, y de la táctica que había adoptado para hacerle perder pista verdadera.

—De todas maneras, le decía, en cuanto llegue á tener menor sospecha seriamente fundada, lo sabrás en el acto: por ahora, me cree su mejor amigo y estoy seguro que cuanto le diga para él un Evangelio.

—Por Dios, no te descuides, respondía Rivadavia, me daré por satisfecho con saber anticipadamente si emprende viaje á Buenos Aires.

Como lo creía extraviado en sus pensamientos erróneos y aceptuándolo un golpe capaz de causarle la muerte Gimenez suspendió aún la entrega de aquella carta que contenía la revelación más terrible.

Era seguro que en el estado en que se hallaba, no hubiese podido resistir revelación tan dolorosa.

Diaz, por su parte, hacía todos los esfuerzos imaginables para establecerse pronto: observaba rigurosamente el tratamiento que habían dado los médicos y cuando calculaba que se iba á abismar el recuerdo de su desgracia, trataba de distraerse de todas maneras, hasta que su imaginación reemplazaba las imágenes fúnebras.

A los veinte días su mejoría era rápida y notable: al mes, no solamente estaba bueno, sino que se sentía fuerte para lanzarse á investigaciones que tanto deseaba, investigaciones que principiaban por un viaje á Buenos Aires, según lo había decidido.

De modo que desde el día en que se juzgó perfectamente resucitado, empezó á hacer sus aprestos para este viaje, de que todos percibieron bien pronto.



El cadáver

Así que Gimenez olió aquellos preparativos de viaje y comprendió que Diaz había vuelto á sus primeras sospechas, se preparó á esgrimir todas las armas posibles para impedir el viaje.

El pensaba que la mejor de todas era la carta de que era depositario, pero comprendiendo que aquel fuera tal vez un golpe de muerte, no se atrevía á usarla hasta el último momento.

¿Cómo decirle á un hombre: usted no tiene nada en el mundo, y está mortificando su espíritu por personas con quienes no lo liga un solo vínculo de sangre ni siquiera de afecto?

¿Cómo decirle: su mujer es la amante feliz de otro hombre más afortunado y esa hija en quien usted ha puesto todo su cariño y toda su esperanza no es hija suya?

Esto es decirle, usted no tiene hogar, no tiene esposa, no tiene hija, no tiene más que su desesperación y el disparo de una pistola para huir á su vergüenza.

Gimenez pensaba de esta manera, creía que Diaz echaría mano de este supremo recurso de los desesperados, y detenía la carta para no provocar un desenlace demasiado trágico.

Pero ante todo estaba su amigo y su felicidad; pensaba que el viaje de Diaz á Buenos Aires no podría llevar á Rivadavia sino una gran desgracia, y se preparaba á impedirle de todos modos y á toda costa.

¿Á qué podía ir Diaz á Buenos Aires? ¿á traer su mujer,

manchada, y la que creía su hija, dando así por terminado el dente?

Seguramente nó: si Diaz iba á Buenos Aires era á vengarse y á vengarse de una manera que debía ser funesta á la vida y la felicidad de su amigo.

Ante esta seguridad, Gimenez se decidió á usar de la celeridad siempre que no pudiera detener de otra manera la marcha de aquel hombre.

Firme en su propósito, empezó á sugerirle las diligencias más rápidas y seguras para dar con el paradero de Isabel y su hijo.

Pero Diaz, que desconfiaba cada vez más de Gimenez, aceptaba sus ideas sino como una confirmación plena de sus sospechas.

Así es que miétras más esfuerzos hacía el jóven por decirle del viaje á Buenos Aires, más se afirmaba en su creencia y más se decidía á emprenderlo.

Cuando tuvo plena confianza en su salud y en sus fuerzas mandó alistar las mulas y anunció su viaje fijándolo para dos días después.

—Pues no hay más que sacar fuerzas de flaqueza, pensó Gimenez, y mandar la carta; sin embargo ensayemos el último esfuerzo.

—Sr. Diaz, le dijo al escuchar el anuncio de su viaje: me parece que usted sigue el mal camino.

Nadie me ha dicho á qué va usted, y sin embargo yo lo adivino y puedo decirle: amigo mío, se toma usted una pena inútil. lo que usted busca indudablemente no está tan lejos.

—Amigo mío, contestó Diaz sonriendo: lo que yo busco está en Buenos Aires, me lo dice mi presentimiento y el empeño que tiene usted en que no vaya.

Es usted un amigo muy leal, y su conducta es digna, por ese solo lado; pero qué quiere, yo ya soy viejo y difícilmente se me escapan ciertas cosas, ciertos átomos que he ido reuniendo poco á poco.

Rivadavia es el autor de mi desgracia, aunque usted sostenga lo contrario con todo empeño, y es á él á quien yo debo ocurrir.

para que me dé los datos que necesito, no respeto á mi mujer, que yo no tengo ya mujer, sino respeto á mi hija que no quiero quede entregada á manos mercenarias.

—¡Qué engañado está usted mi pobre amigo! Rivadavia no me ha ocultado jamás el menor de sus secretos.

A ser cierto esto lo sabría yo hace mucho tiempo, y ya vé usted que yo no sé nada.

—Yo lo único que veo es que usted trata de ocultar lo que sabe, pero ya esto no es posible—estoy en poder de datos precisos.

—Ese hecho lo niego yo terminantemente, ahora y cuantas veces usted insista en él: usted no puede tener entónces datos precisos, porque no pueden existir datos precisos sobre cosas imaginarias.

—No estoy dispuesto á discutir nuevamente mis creencias, mucho ménos con usted: evitemos, pues, palabras en vano, porque no vá á lograr convencerme ya.

—¿Pero por qué se empeña usted en que ha de ser Rivadavia, hasta el punto de no admitir discusión?

Comprendo que el golpe sufrido le haya debilitado algo la cabeza, pero no que la cierre á toda razón clara.

—Inútil, amigo mío, perfectamente inútil: todo lo que usted quiera, pero no discutamos lo evidente, porque lo evidente no se discute.

—Pues señor, pensó Gimenez, metamos violín en bolsa: á éste le han contado la cosa, o se le ha metido entre ceja y ceja de tal modo, que ni á martillo y cortafierro se la sacan: no queda más recurso que la carta.

En seguida habló de cosas indiferentes, para ocultar el pensamiento que lo dominaba y no volvió á nombrar más ni á su amigo, ni á Isabel, ni al viaje.

Cuando se retiró empezó á meditar la mejor manera de enviar la carta sin que se supiera su procedencia.

Conocido de todos, como era él, la cosa se hacía imposible, á no ser que pidiera el más absoluto sigilo al mensajero, lo que era imprudente.

Pronto acudió á su imaginación de estudiante el nuevo que podía ofrecerle las mejores garantías.

Esperó á que cerraran la casa de Cires, y cuando esto sucedido se dirigió allí: con cuidado de no ser visto por alguna, metió la carta por una de las junturas de la puerta, dos grandes golpes con el pesado llamador, alejándose en se precipitadamente.

El medio puesto en práctica por el jóven, no tardó en dar mejores resultados.

El criado que vino á abrir con una luz en la mano, tomó con la carta y convencido que ninguna persona habia en la casa volvió á cerrar y la llevó á su patrón.

Diaz aún no se había recogido, entretenido en arreglar algunos papeles necesarios á su viaje, como una cópia de la parte de su matrimonio y la fé de bautismo de Dominga.

Creía poder necesitar valerse de la autoridad para ejercer sus derechos de marido y de padre y queria llevarlo todo en regla.

Cuando el criado le entregó la carta, grande fué su sorpresa la que aumentó cuando le refirió éste la manera cómo la había recibido.

—Extraño modo de remitir una carta, pensó: ¿quién pudo escribirme á esta hora y de tal manera? ¿por qué esta carta infunde miedo?

Diaz despidió al criado, que esperaba órdenes, y recién cuando estuvo solo dirigió una mirada al sobre.

El corazón se paró en el pecho y todo su cuerpo tembló de una manera poderosa.

¿Por qué palidecía tan densamente al fijar los ojos en propio nombre escrito allí?

Es que su nombre estaba escrito por la mano de Isabel, aquella Isabel, tan amada de su alma á pesar de todo.

Diaz no pudo contener un impulso de su corazón y besó asombradamente los caracteres allí trazados.

¿Qué podía revelarles aquella carta? ¿el paradero de Isabel? ¿de su hijita? ¿ó era acaso la portadora de un pronto arrepentimiento?

¡ Ah! ¡ si Dios hubiera tocado el corazón de aquella desventurada! ¡ tal vez aún, á pesar de todo, pudiera ser feliz relativamente!

Conmovido por estos pensamientos y alimentando una nueva esperanza, Diaz abrió la carta y devoró su contenido de una sola tirada.

Cuán terrible fué entonces su desencanto y su dolor.

Isabel sólo se acordaba de él para asestarle un nuevo golpe, más tremendo, más íntimo que todos.

Aquello era atentar contra su vida, después de haber mandado su nombre, porque no había un hombre capaz de sufrir una revelación semejante sin hacerse volar los sesos.

Y este fué el primer pensamiento de Diaz.

Corrió á una petaca que preparaba para el viaje y buscó allí la pistola que no hacía mucho había acomodado.

Pero el arma estaba vacía y la reflexión vino antes que conyera de cargarla.

— Ahora no, — exclamó arrojando el arma lejos de sí; — ¡ sería imbecil si antes de matarme no tratara de aplastar á los que me han puesto en semejante estado!

¡ Conque Dominga no es mi hija! ¡ conque he estado amando esta el delirio al fruto de mi deshonra y de mi ignominia?

¡ Oh! ¡ la impura! ¡ la impura! ¡ quien hubiera pensado al ver semblante plácido y tranquilo, tan bello y noble, que su espíritu era una masa de cieno!

Y se oprimía la frente entre las crispadas manos, en medio una desesperación suprema.

— ¡ No puede ser! exclamó, como queriendo huír de la bruma que lo invadía.

— ¡ Ella sabe que yo amo á mi hija con delirio y que por encontrarla daría la vuelta al mundo! ¡ ella supone que la buscaré éntras tenga fuerza suficiente para dar un paso, y para ver si dejo tranquila con su hija, al lado del infame amante, me dice que no es mi hija, que es la prenda de su amor impuro!

¡ Pero esta infeliz está loca, cuando no trepida en estampar á su propia mano y con pulso sereno monstruosidad semejante!

¡Esta infeliz ha perdido el juicio! ¡de otra manera escrito esta carta que enloquecería de vergüenza á cualquier que no fuera de su rango y de su educación!

¡Pero yo te buscaré, yo te hallaré, á pesar de todo buscaré á mi hija, cuyo amor santo pretendes arrancarme último girón de mi vergüenza!

¡Y si hay que pegarme un tiro, también me lo pegaré después de haberme vengado en tu amante y en tí mismo!

¡Y con un dolor supremo y en medio de una agonía estolvió á leer aquella carta enloquecedora.

—¡Dios mío!—exclamó—¿será esto cierto, ó será solo un medio de evitar que yo la busque?

¡Luz, luz para mi pobre razón, porque siento que mi mente estalla!

Y aquel desgraciado, sin alientos ya, se dejó caer en la cama, con la cabeza oprimida entre las manos.

Al rato volvió á leer la carta fatal, y fué entónces que descubrió en un detalle desapercibido antes.

Aquella carta tenía la misma fecha de su partida para Cumán y había sido escrita antes de la fuga.

¿Quién le remitía aquella carta, que debía haber quedado ese objeto, en poder de alguien?

Díaz pensó un momento, y el nombre de Gimenez vino inmediatamente á sus labios.

—¡Es claro!—exclamó—; el amigo, el confidente! ¡pero qué no me la ha dado antes? ¿por qué ha esperado tanto tiempo para entregármela?

Y Díaz empezó á torturar su inteligencia para contestar razonablemente á esta pregunta.

—¡Es claro! repitió de nuevo, dando con la verdadera causa de la demora: si no los buscaba no había por qué hacerme semejante revelación; si los buscaba ya era distinto, pues esta carta haría desistir de todo empeño.

Yo los busco, estoy dispuesto á buscarlos y el cómplice culpable pone entónces la carta en mis manos, creyendo detenerme en el viaje.

o, señor Gimenez, gritó de pronto: ¡yo voy á Buenos Aires de todo, porque ahora me convenzo más que el contenido de la carta es tan infame como falso!

«Ella es mi hija, sí, es mi hija: mi corazón me lo dice y yo lo sé; tu infamia no viene de tan largo tiempo! esto no puede ser otra cosa que no te busque.

«Yo digo que he de buscarte, ahora con más empeño que nunca; verás qué pronto caes bajo mi mano!

«Después con una actividad febril empezó á seguir el arreglo de su viaje que había interrumpido para leer la carta.

«Pero no pudo conciliar el sueño en todo el resto de aquella noche maldecida, pensando siempre en la verdad ó mentira de la carta.

«Si su infamia viniera de tan largo tiempo, decía, ¿cómo es posible que yo no me hubiera apercibido, que no hubiera sospechado algo, que no hubiera notado el más ligero cambio en la conducta de Isabel?

«Pero, esto es mentira, mentira infame, que no tiene otras explicaciones que la que yo mismo he hallado: me teme, y tiembla de miedo cuando la encuentra.

«La luz del día lo sorprendió en estos mismos pensamientos.

«Después se lavó y se vistió como en los días anteriores y esperó la llegada de Gimenez, en la esperanza de poder espiar en su semblante si era él efectivamente quien le había remitido la carta.

«En su rostro se podía ver el insomnio de la noche anterior, y de esta clase de emociones á su edad, dejan rastros profundos. Sus ojos hundidos entre las órbitas violadas, su color lívido y maceración general, acusaban, por lo ménos, una noche de vigilia intensa.

«Así es que cuantos los vieron aquella mañana le preguntaron si su salud había sufrido alguna alteración, pero á todos contestó que nunca se había sentido tan bien, que se hallaba tan fuerte, que se apresuraba á salir por apresurar su viaje á Buenos Aires.

«Gimenez vino aquel día un poco más tarde que los anteriores: al encontrar á su hombre con todo el efecto de la carta endosada y calcular de esta manera lo que podía ó no esperarse respecto

Aunque leyó en su semblante todo el terrible efecto de la carta, por su demacración y cansancio, no quiso dirigirle la pregunta por temor que esto fuera á dar lugar á alguna sospecha en aquel espíritu desconfiado.

Y fué esto precisamente lo que más demostró á Diaz que realmente Gimenez quien le había remitido la carta.

¿Cómo era que todos cuantos lo habían visto ese día le habían dicho que tenía enfermo el semblante y Gimenez ni siquiera recía notarlo?

Como estuvieran hablando sin que aquel quisiera notar enfermedad, Diaz se resolvió á despejar la incógnita y dijo:

—Recibí anoche la carta que tuvo la bondad de remitirme francamente, aunque no sé si usted conoce su contenido no le he dado crédito.

—¿Qué carta?—preguntó Gimenez,—no pudiendo disimular alguna emoción, al escuchar tan inesperada pregunta, y creyendo haber sido visto.

—La que me mandó usted anoche, la de Isabel.

—¿La de Isabel ? pero si yo no le he mandado carta ninguna

—Vamos, no lo niegue porque es inútil, yo mismo la recibí y el que me la trajo me lo dijo.

Gimenez quedó perfectamente tranquilo al oír esta última afirmación.

Era claro que si Diaz decía aquello, no podía ser sino para hacerle confesar la verdad una vez que se creyera descubierto.

—Yo no le he mandado ninguna carta, respondió sonriendo, ni de la señora Isabel, ni mía, ni de nadie: yo no he mandado aquí carta alguna.

—Muchas gracias, ¿quiere decir que yo miento?

—Yo no digo eso, lo único que yo digo es que yo no le he enviado carta alguna y que quien lo haya afirmado á usted, ha afirmado una bellaquería.

—Pues será así, no me empeño mucho en la cosa; pero buen chasco se ha llevado el que la mandó si con ello ha creído impedirme el viaje; mañana ó pasado á más tardar salgo para Buenos Aires, aunque recibiera mil cartas como aquella.

Gimenez quedó medio confundido al ver que Diaz había pe-
rado en su pensamiento; disimuló, pero disimuló mal: aquél
con cierta satisfacción que no se había equivocado.

Al fin y al cabo al estudiante poco suponía que el otro supiera
lo que él había mandado la carta.

Lo interesante para él era saber si hacía ó no el viaje y de
ya estaba seguro.

Prolongó la visita lo ménos que le fué posible para retirarse
una manera violenta, y se vino á su casa para remitir á Rivada-
el aviso de que tomara sus medidas porque el oso estaba de
je.

Confeccionó una carta lacónica, pero suficiente para dejarse
ender de su amigo y la remitió con un chasque hablado ya de
emano, que debía llevarla ganando leguas, á costa de aplastar
caballos.

Ninguno de los de la familia se permitió hacer á Diaz la me-
observación respecto al objeto de su viaje.

Fué fray Andrés el único que habló del asunto, para dar al-
unos consejos que, con ó sin intención de seguirlos, recibió con el
por respeto y atención.

—Es necesario tener calma y no dejarse poseer por el espíritu
do, decía fray Andrés preveniendo algún encuentro sangriento.

El que se deje arrastrar por la ira, será siempre el peor parado
te los ojos de Dios.

Siempre debe recordarse la horribles leyenda de Caín y Abel,
nsando que el hombre, sobre la tierra, no tiene derecho á hacerse
sticia por su mano.

—Tendré calma, padre mío, tendré calma, pues de la justicia
Dios todo lo espero.

—Bienaventurados los que esperan, porque ellos verán cum-
ido su deseo, dijo sentenciamente fray Andrés tendiendo su

mano hacía una enorme taza de chocolate que esperaba hacía p de una hora y que recién traía la criadita.

Es preciso perdonar las miserias de este mundo, continuó, p ra que también nos sean perdonadas las nuestras.

—El perdón está en mi pecho y en mi corazón; padre mí esta será precisamente mi arma de combate.

—Y la bondad del Señor será para aquel que más clement, hubiera sido con sus semejantes.

Después de una série de estos consejos que Diaz prometió se guir al pié de la letra, ambos la emprendieron á mordiscos y tragos, con su respectiva taza de chocolate, acompañada de una buena porción de *colaciones* y alfajores.

Fray Andrés sabía el objeto de aquel viaje, amaba á Isabel y á Rivadavia y sentía profundamente cualquier desgracia que pudiera sucederles.

Temía que si Diaz y Rivadavia llegaban á encontrarsé, una escena de sangre se sucedería inmediatamente, y por esto preparaba el espíritu de Diaz para el perdón y la clemencia.

—No tema usted, terminó éste, si yo voy á Buenos Aires es con el único objeto de traer á mi hija, y para esto pienso valerme sencillamente de la autoridad; no levantaré mi mano para castigar la injuria porque sé que el cielo no dejará impune las malas acciones de la tierra.

—Bien pensado y mejor dicho, hijo mío; vale más la bienaventuranza eterna que todas las felicidades de esta vida en que todo pasa y todo se pierde, en que hasta la misma propiedad vuelve a poder de Dios.

Recuerda que los mismos ríos y arcanos que hoy nos imponen con el fragor de sus tempestades, fueron en otro tiempo grandes ciudades de que el pobre gusano humano tuvo la insolencia de llamarse dueño.

¿Nosotros mismos no pasaremos á ser el inmenso lecho de otros mares?

En la vida no hay nada propio, como véis, y la misma blasfemia que se comete al decir « mi palacio », se comete al decir « mi mujer ».

propiedad apenas dura lo que la vida, y el hombre mismo dueño de la suya.

que vende á otro hombre un palmo de la tierra, es un mentecato que vende lo que no es ni puede ser suyo.

Todo es de Dios, hijo mío, y él es el único que ha de disponer de tu mujer, como dispone la tierra que pisas y llamas tuya, sin que tu mismo eres de ella, pues es en su regazo que has de salir á la nada de donde saliste.

Pero uno siquiera es el padre de sus hijos!—exclamó Diaz que no podía vencer por aquella lógica estupenda,—y debe tratarlos á su lado.

Dios es el único padre de sus criaturas, el único cuya voz se oye á pesar de todo y sin que el espíritu se resista: hasta la tierra se rinde á los pies del Supremo Hacedor con resignación eterna, y es que su llamado tiene la fuerza estupenda de lo inmortal—de lo infinito—la fuerza de Dios mismo!

Es preciso que cada cual se resigne á su suerte, pues otra cosa no puede hacerse ante el poder de Dios: oye su voz que se repite desde el cielo como hasta el océano y dobla ante ella tu rodilla de hombre, y te humilde polvo á que te asimilarás mañana.

Abel escuchaba con recogimiento la palabra del fraile que se dirigía á su espíritu, pero una vez que su melodía brusca dejó de oírse en su oído, las mezquinas pasiones de su razón hablaron más fuerte y dominaron por completo.

¡Yo me vengaré, pensó. yo me vengaré, aunque supiera que me daría sobre mí toda la cólera divina.

Cuando un corazón se encuentra despedazado como lo ha sido el de Abel, la venganza es el bálsamo más sublime en que puede bañarse.

Y Andrés creyó haber dominado por completo este espíritu más decidido se hallaba á la venganza.

¿Cuál era el plan de Diaz?

Abel mismo no lo conocía.

Abel sabía que iba á vengarse, sí, pero no sabía cómo, ni podía hacer nada.

¿Conqué, quedamos en mis teorías? preguntó fray Andrés á Abel: ¿la mano de Caín no se alzaré sobre Abel?

—Líbreme Dios de ello: mi única preocupación es traer a mi hija conmigo.

El sabrá lo que ha de hacer de los culpables.

El fraile se retiró en seguida, tranquilo á anunciar á la madre que no atrigaba el menor recelo sobre la suerte de su hija.

Diaz siguió sus preparativos, y al día siguiente de mañana emprendió su viaje de venganza.

¿Qué era de los amantes? Después de un viaje agitado pero feliz, habían llegado á Buenos Aires, é instaládose en una casa de la calle de las Artes, hoy, donde vivían dichosos sin pensamiento que su amor y el amor de su hija á quien querían en delirio.

Rivadavia había presentado á Isabel á su familia que jamás quiso estrechar relación con ella.

Isabel resistió el golpe, pero lo encontró justo y nada dijo.

Qué le importaba además todo lo que de ella pudieran pensar.

Tenía el amor de su amante y compartía entre éste y su hijo todo el tiempo de su vida.

La estupenda belleza de Isabel hizo una gran sensación en Buenos Aires, al extremo que su sociedad se ocupó mucho tiempo de la compañera del jóven Rivadavia.

Isabel solo salía de su casa para ir á la iglesia, y no había una sola persona que no quedara prendada de su belleza, como de distinción de sus modales y la suprema arrogancia de su andar.

Al principio se creía que los datos que sobre ella daba Rivadavia eran exageraciones de amante para realzar su conquista y dar más importancia á su triunfo.

Poco después se supo con pelos y señales la familia á que pertenecía y la mayor parte de los detalles que hemos narrado.

Fué entónces que las mismas que la miraron con horror antes trataron de acercársele, seducidas por su exterior unas, y aguietadas por la curiosidad las más.

Rivadavia se sentía feliz en toda la acepción de la palabra.

Amaba á su compañera con toda su alma, porque la creía acreedora á todo su amor, y porque era una mujer que todo se había sacrificado, fortuna, posición y familia, cambiando todo

ventajas que esto podía reportarle por solo su cariño y el poco comodidad que él pudiera proporcionarle.

—Mira que ya no tengo más amparo que tu sobre la tierra, le al pisar Buenos Aires: somos dos pobres seres que sin tu apoyo haríamos en la orfandad más horrible.

—Para faltarte, le respondió él, será preciso que muera, y nunca se habrá cumplido la voluntad de Dios.

Yo he reconcentrado en ustedes toda la felicidad de mi vida: nunca, por egoísmo propio tengo que velar para que esa felicidad no sea turbada por la menor sombra.

—¿Y ese hombre no nos perseguirá? ¿no podrá nada contra nosotros?

—De entre mis brazos no habrá poder humano que te arranque si ese hombre es suficientemente discreto, se volverá á Tucumán y no se atreverá ni a pensar en nosotros.

Si algo intentara, peor para él: nada tiene que venir á buscar, porque nada le pertenece; mi contrato de matrimonio no es escritura de esclavitud, ni cosa que se le parezca, y el hombre pretenda hacerse amar á la fuerza, es un demente que no debe someterse á lo sério.

—¿No podrán entónces obligarme á seguirlo? ¿no podrán separarme de mi hija?

—Confía en mí y ahuyenta de tu mente todo pensamiento de tu felicidad es la mía propia: ya ves si podré conservártela. En cuanto á nuestra hija, ella es nuestra: como tal vamos á zarrarla aquí, y veremos cómo se compone para pleitearla.

Hay además muchos otros recursos que tocar, evitando el escándalo que á nada conduce y que á todos daña, y de ellos usaremos una vez llegado el caso.

De todos modos, él no ha de moverse de Córdoba sin que nosotros sepamos anticipadamente: descansenos entónces en nuestra felicidad, que si llega el peligro lo conjuraremos victoriosamente, no tengas la menor duda.

Así Isabel se había entregado por completo á la felicidad de su hogar formado por dos corazones idólatras.

El todavía era el más intranquilo, aunque ocultaba perfectamente todos sus temores.

Las leyes entónces eran más rígidass, y daban al marido tales derechos sobre la mujer.

El sabía que Diaz podía obligar á su mujer á seguirlo de una manera violenta y que á este fin la autoridad le prestaría todo apoyo.

Así es que no veía otra salida airosa que ocultar á Isabel y hija, en cuanto Diaz asomase en Buenos Aires.

Confiando en su buena estrella y mejores relaciones de familia, esperó tranquilo que se presentaran los acontecimientos.

Su primer cuidado fué bautizar nuevamente á Dominga con su hija natural, por si llegaba el caso de hacer valer este derecho y una vez llenado este requisito, quedó más tranquilo.

Los amigos del jóven iban frecuentemente á su casa, única manera de verlo, pues Rivadavia pasaba encerrado con su amante y su hija, todo el tiempo que le dejaban libre sus cortas ocupaciones.

Más tarde supo por Gimenez lo sucedido en Córdoba, alarmándose con esta recomendación que le hacía el jóven:

« Me parece que Diaz no se ha ido ya, porque su salud no se lo ha permitido, pero no será extraño que el día ménos pensado se te aparezca allí.

De todos modos, yo te lo haré saber con anticipación ».

Rivadavia ocultó esta noticia á su amante, que solía preguntarle cuidadosa si había recibido carta de Gimenez.

—Ninguna ha venido, respondía, y ésta es la mejor señal, porque Gimenez sólo escribirá en el caso que tuviera que avisarnos la visita de ese hombre.

—No vendrá ya, decía Isabel, y es lo único que en la vida tendré que agradecerle.

Ya ha pasado mucho tiempo; probablemente mi carta le ha demostrado que sería inútil toda tentativa en el sentido de llevarnos.

¿A qué vá á querer llevar una mujer que no le ama y una hija que no le pertenece?

¡ Así, por lo ménos, no se hace acreedor á nuestro ódio más irreconciliable!

Cuando los amantes pensaban ménos en que Diaz pudiese venir á turbar felicidad, recibió Rivadavia la carta de su amigo Gimenez, en que le anunciaba su viaje.

« Probablemente lo tendrás por allí, le decía, tres ó cuatro días después de recibir esta: no pierdas tiempo, porque vá con la intención de vengarse y recuperar á su hija.

El cree que lo que Isabel le dice, es una mentira tendente á evitar toda persecución suya: mucho ojo, pues, y toma todas las medidas del caso ».

La carta aquella cayó como una bomba en casa de los jóvenes.

Isabel se abrazó de su hija y rompió á llorar de una manera desesperada.

No era tanto su temor de ser hallada, porque creía que Diaz nada podría hacer contra ella.

Lo que la aterraba de aquella manera, era el temor de un encuentro entre su marido y su amante, encuentro que podía muy bien dejarla á merced del primero.

¿Qué sería de ella si Rivadavia llegaba á faltarle y Diaz intentaba vengarse de ella arrebatandole su hija?

¡La muerte! hé aquí el único refugio que le quedaría para huír á la vergüenza y al dolor.

—No temas nada ni te entregues de ese modo á un dolor inmóvil, gracias á Dios.

Necesitamos toda nuestra calma para obrar de una manera acertada, y esa calma es preciso que no la pierdas, porque me harías perder á mí también la libertad de espíritu que tanto necesito.

Yo te juro sobre la cabeza de nuestra hija, que nada ha de sucedernos, y este juramento debe inspirarte una completa confianza.

—Estoy tranquila, respondió entónces Isabel, secando sus últimas lágrimas: dí lo que es necesario que haga.

—Escucha entónces con calma, porque no hay tiempo que perder.

Yo pienso que lo mejor es evitar el escándalo y para evitarlo lo mejor es esconderse de una manera que nadie pueda dar contigo.

El supone que te hayas venido conmigo, pero no puede saberlo con certeza.

Negando yo y ocultando tu, no será muy difícil poderlo hacer, y aburrido al fin, no tendrá más que renunciar á sus planes y regresar á la seráfica ciudad.

Ahora bien, esconderse en Buenos Aires es peligroso; yéndose á Montevideo tocamos los mismos inconvenientes, no nos queda medida más segura y eficaz que un viaje más allá de él, ni siquiera podrá sospecharlo.

El único perjuicio que reportaremos nosotros, será una separación de pocos meses, pero en cambio esta separación nos dará la ventaja de poder gozar ya de una felicidad sin nubes y el menor peligro; ¿qué te parece mi plan?

—Todo lo que tú resuelvas me parece muy bien resuelto; pero adónde y cómo podemos hacer ese viaje?

—Muy sencillamente.

Casualmente, y como si Dios lo hubiese previsto, mañana para Burdeos un paquete, con cuyo Comandante me liga una estrecha amistad.

Bajo un nombre francés, para evitar sospechas de los agentes y de mi amigo mismo, aunque después conocerá el engaño, y tomo pasaje para ti y para Dominga, te vas á Burdeos y demoras allí todo el tiempo que tarde el paquete en cargar y descargar, regresando con el mismo á su vuelta.

Créeme, alma mía, que esto es lo mejor y más seguro que podemos hacer; ya ves que te lo propongo yo, que tengo idolatrado por ustedes y que voy á vivir muriendo todo el tiempo que estamos separados.

Es un sacrificio cuya compensación vá á ser nuestra una vida tranquila y segura por el resto de la vida.

—Desde que tú lo propones lo acepto yo, respondió Isabel tristemente, aunque me es doloroso separarme de ti.

—Es preciso, hija mía; en estos casos, los hijos dan al mundo todo derecho y es preciso que evitemos dificultades, peligros y zozobras.

—No hablemos más entónces y toma los pasajes, pero voy poniéndote una condición.

—Cuantas tu quieras, yo no tengo más guía que el asegurar nuestra felicidad.

—Bueno, vés á jurarme entónces por la vida de nuestra hija, suceda lo que suceda y aunque ese hombre te diga lo que te parezca, no te has de poner en ningún caso en que peligre tu vida.

Escucha el juramento que sobre su cariño y el tuyo, te hago. Si al volver á Buenos Aires te hubiese sucedido una desgracia faltando al juramento que te exijo, me quito la vida inmediatamente, sin que me detenga el desamparo y la orfandad en que vá quedando nuestra hija.

Rivadavia juró, de la manera más solemne, que obedecería al deseo, y que por cualquier cosa que sucediera huiría siempre encontrándose con Diaz en una situación peligrosa.

—¿Aunque te llamen cobarde?

—Aunque él me llame cobarde, pues los demás hartos lo saben que no lo soy.

Isabel se levantó radiante y dió á Rivadavia un beso apasionado. Me encuentro feliz, le dijo, toma ahora los pasajes lo más pronto que te sea posible, pues me parece que el tiempo vuela y que un momento á otro puede llegar ese hombre que conocí en hora maldecida.

Rivadavia, feliz de haber convencido á Isabel con tanta facilidad, de que debía emprender tan largo viaje, salió á comprar los pasajes.

En una hora arregló todo, habló con el Capitán y regresó á casa.

El buque salía al día siguiente, de modo que tenían un día menos de lo que creyera el jóven.

El equipaje estuvo arreglado aquella noche, con toda la prolijidad que es capaz de hacerlo un amante cariñoso.

Nada faltaba en las valijas de la madre y de la hija, pues Rivadavia había pensado en todo, desde lo más preciso hasta lo más supérfluo y lujoso.

A la mañana siguiente, Rivadavia acomodó en una valijita en su mano todo el dinero que podían necesitar las viajeras, y sin que nadie se apercibiera de ello, acompañó á aquellos dos pedazos de su alma hasta el paquete que debía conducirlos á tan gran distancia y á través de tantos peligros.

Allí permaneció hasta el último momento, pensando mucho tiempo no volvería á estrecharlas entre sus brazos.

La despedida fué tierna y apasionada: no se puede á los seres más queridos, sin sentir el corazón profundamente conmovido.

Cuando el buque se hizo á la mar, Rivadavia no pudo mular una lágrima rebelde.

—¡Hasta la vuelta!—les gritó—piensa en mí y no de su imaginación infantil se borre un momento mi recuerdo.

—¡No me olvides! gritó ella, y recuerda que sobre á la gracia de Dios van los que más te aman sobre la tierra.

Y ambos arrojaron un beso que se fundió á la orilla del río.

Media hora después Rivadavia volvía á tierra; habiendo dado de vista al paquete.

Al llegar á su casa, el joven se abismó en la escena terrible que lo esperaba al venir Diaz allí.

El pobre marido vendría á tomarle cuentas de su mujer su hija, y en último caso de su honor arrebatado tan cruelmente.
¿Cómo salir de situación tan violenta?

Y el joven meditaba y meditaba, sin poder hallar una solución satisfactoria.

Un encuentro personal era inminente, y esto era lo que Rivadavia quería evitar á toda costa, no sólo por lo que había hecho á Isabel, sino que le repugnaba un encuentro con un hombre á quien había hecho una injuria sangrienta y sobre quien sentía superior en edad, en vigor y en corazón.

¿Qué posición sería la suya, matando á Diaz, como te matarlo en un duelo después de haberle arrebatado su honor y su familia?

¿Qué pensaría la sociedad de este final sangriento?

Y pensar en dejarse matar no era posible: el solo pensamiento le parecía ridículo, absurdo.

Lo esencial era encontrar un motivo, aunque sólo fuera un pretexto para no aceptar el encuentro que indudablemente le proponía Díaz, y esto era lo difícil, pues era preciso que el pretexto fuera decoroso para él y no lo hiciera descender un átomo de dignidad.

—Negaré haber sido yo, pensó al fin, hasta donde me sea posible; ¿pero y si llega á probarme el hecho de tal manera que me obligue a que confesarlo?—rehusaré terminantemente el duelo con cualquier pretexto que me sugiera lo apurado del momento.

A pesar de esta resolución, Rivadavia llamó á uno de sus mejores amigos y le consultó su situación violentísima y lo que le parecía resuelto.

—Si Díaz fuera un hombre joven cambiaría con él una bala por un ducado concluído; al fin y al cabo el problema de la vida tiene que resolverse de una manera fatal más ó menos tarde.

¿Pero cómo me bato con un hombre viejo? ¿cómo lo mato después de haber hecho lo que ya desgraciadamente es del dominio público?

Francamente esto repugna á mi corazón y á mis instintos: cualquier cosa porque ese hombre no se cruzara en mi camino, porque francamente no sé hasta qué punto podré tolerar injurias que ha de hacerme para obligarme á una reparación con las armas.

—El caso es peludo, pero no desesperado, respondió el amigo después de haberlo escuchado atentamente.

—Te queda el recurso de negar de una manera terminante, y así como yo te voy a demostrar la verdad de que le consta que tú quien le ha ofendido, entónces evitas entenderte con él francamente y le pides nombre dos amigos para resolver la cuestión con las personas que tú le indicarás.

—Cuento entónces contigo para que dirijas el asunto.

—Sabes que en todo lo que valgo y puedo estoy á tus órdenes: no te quejes de la suerte, que algo ha de costarte el lujo

de una mujer como la que has alzado del nido: ¡es d^{la} bella para poseerla impunemente!

Convenidos en todos los puntos en que podía encas^{ta} cuestión, los dos amigos se separaron alegres y risueños.

Excusamos decir que el pobre marido fué el tema de alegría estudiantil que les saltaba al semblante á pesar d^{el} tico de la situación.

Diaz llegó por fin á Buenos Aires, á los tres días de embarcado Isabel.

Su viaje había sido penoso y agitado, teniendo que rarse un día en el Rosario, á reponerse de la fatiga del y del estado febril en que se hallaba.

Todo esto lo había enflaquecido y envejecido de un años, porque su pena era de aquellas que no modifica el ti porque viven de nuestra vida misma.

Se puede olvidar al que se muere, aunque él nos lle pedazo del alma y el complemento de toda felicidad.

¡Pero no se olvida á la mujer amada que ha abandon hogar para entregar á otro hombre su belleza y su cariño; olvida al hijo que ha hecho latir nuestro corazón despertánd la caricia arrobadora del amor filial, y que se arranca al alm^o este golpe de muerte: ¡no es tu hijo!

Son dolores que solo se podrían combatir arrancándos corazón del pecho, y que la acción del tiempo aumenta en ve disminuir, porque nos muestra la suma de dicha perdida, pre tando á nuestra imaginación un hombre de lo que ayer un niño.

La primer idea de Diaz, al salir de Córdoba, fué presentá subitamente en casa de Rivadavia y tomarle estrecha cuenta su infame conducta, hiriendolo allí mismo si se negaba á batir inmediatamente.

Pero las reflexiones del viaje modificaron totalmente s^u modo de pensar.

—Sería ir á provocar una nueva burla, se dijo, y exponerme á que me hiciera echar por sus sirvientes, ocultando en seguid^o lo que me interesa descubrir.

Mejor es ocurrir directamente á la autoridad para que me haga entrega de mi mujer y mi hija, haciendo valer los derechos que me dá la ley.

Luego ejerceré mi acción personal, tremenda y sangrienta, porque no puedo satisfacerme hasta no haber sofocado el último latido de su corazón.

¡Yo le haré apurar todo el veneno que ha arrojado al mío! Sólo á ese precio puedo dar por satisfecha mi venganza.

Firme en este modo de pensar, Diaz llegó á Buenos Aires tan ocultamente como le fué posible, alojándose en casa de unos parientes con cuya ayuda había contado.

A no haber sido el aviso de Gimenez, Rivadavia no hubiera sabido que su enemigo se hallaba en Buenos Aires, hasta no haber sentido los primeros efectos de sus gestiones judiciales.

Sus parientes, como todo Buenos Aires, sabían que Rivadavia había vuelto acompañado de una de las principales damas de Córdoba, pero ignoraban el nombre de la víctima.

Fué Diaz quien se los hizo conocer, al hacer las primeras indagaciones sobre el paradero de su esposa.

—No es ella la que me interesa, les decía con acento de profundo dolor: es mi hija inocente y pura, cuyo cariño es la única alegría de mi existencia miserable.

Es el arrancarla de su poder el único objeto de mi viaje, y como apéndice, mi venganza: una venganza que esté á la altura de todo cuanto he padecido, de todo lo que he llorado.

Mi venganza será el bálsamo que cierre las arrugas abiertas en mi frente por el dolor intenso.

Los parientes quedaron conmovidos ante aquella revelación de aquel dolor, comprendiendo recién entónces la vejez prematura y dolorosa que acusaba el semblante de Diaz.

Dispuestos á ayudarlo eficazmente de todas maneras, refirieron á Diaz, cómo y dónde vivía Rivadavia, el género de vida que llevaba la dama que lo acompañaba, á quien se veía siempre acompañada de aquella niña tan bella como ella misma.

—¿Pero estos desventurados pensarán que me he muerto? clamaba Diaz, cerrando los puños con un movimiento colérico;

¿pensarán que Dios está en vano en el cielo y que pueden eternamente de su infamia?

¡Nunca creí, después de lo sucedido, que Isabel llegase a pasear su vergüenza por las calles de Buenos Aires!

Antes cometí la iniquidad cobarde de tener lástima por venir tremendo que ella misma se había preparado.

Hoy, me gozaré en su infortunio, que empezará el día cercano en que le arranque su hija.

¡Ojo por ojo y diente por diente!—es preciso que ella pague también la inmensa desventura de perder un hijo, y tener que renunciar para siempre el goce supremo de sus caricias.

Con todos los datos que le suministraron sus parientes, el domicilio de la adúltera, y sus papeles en perfecto estado, L. se presentó á la autoridad solicitando la prisión y entrega de la esposa é hija, fugadas de su hogar.

La autoridad no tenía más remedio que proceder, y procedió de una manera rápida y enérgica, de acuerdo con lo solicitado por Diaz.

Hacia veinte y cuatro horas que éste estaba en Buenos Aires y sólo sus parientes y la autoridad tenían conocimiento de su presencia.

Y como ignoraban el viaje de Isabel y su hija, estaban persuadidos que las diligencias pedidas se efectuarían aquel mismo día.

Diaz quedó en el Cabildo, mientras que un agente de la autoridad se trasladaba al domicilio de Rivadavia, á efectuar la prisión de Isabel y su hija.

Esta fué la primera noticia que tuvo el jóven, de la llegada de Diaz, felicitándose, íntimamente, por el giro que aquél daba á la cuestión, de haber hecho salir del país á Isabel.

—Señor Rivadavia, le dijo el agente de una manera resuelta pero comedida, espero que en virtud de esta orden, me permitirá usted apoderarme en su casa de las personas que ella indica.

—Señor, replicó el jóven, saboreando íntimamente el chasco que se llevaban, siento mucho no poder complacer á usted, pero no puedo hacer el milagro de permitir que usted prenda en mi casa á personas que no existen en ella.

—Comprendo que usted responda eso al interesado, y lo entiendo lógico, pero no comprendo que usted me lo diga á mí, porque yo sé que aquí vive la mujer que busco, como lo sabe todo Buenos Aires.

—Pues, señor, usted y todo Buenos Aires saben más que yo, que no deja de sorprenderme en extremo, pues yo tenía la impresión de saber, por lo ménos, lo que pasaba en mi casa.

—Bromas á un lado, señor Rivadavia, yo siento profundamente la comisión que me trae á su casa, pero tengo que cumplirla y espero que usted no haga tirante la situación, colocándola en un terreno violento que ninguna ventaja le reportaría.

—Bromas á un lado, señor mío respondió el jóven con el mismo jugueteo que le era habitual, en mi casa no podrá usted nunca, con ó sin violencia, prender á las personas que no están allí; si usted es capaz de hacer ese milagro, tendré mucho gusto en presenciarlo.

—¿Querrá usted negarme que aquí vive la mujer y la niña que expresa esta carta?

—¿Y cómo no he de negarlo? ¿ó pretende usted que por hacerlo falte yo á la verdad?

—Sin embargo á mí me consta que viven, porque las he visto con frecuencia entrar ó salir, y porque es una cosa harto pública.

—Perdone, señor, á usted podrá constarle que aquí han vivido, pero no puede constarle que vivan, porque eso no sucede ya.

—¿Me permite usted constatar ese aserto?

—Con el mayor gusto, y se convencerá que está equivocado porque yo no sé mentir ante ninguna consideración.

El agente de la autoridad entró á la casa precedido del agente, que con una sonrisa burlona le franqueaba las piezas, le abrió los roperos y los muebles más pequeños.

—¿Se convence usted que no vive aquí?

—Me convengo que no está aquí, pero no que no vive: aquí hay prendas que acusan la presencia de una mujer.

—De una mujer sí, pero no de la mujer que usted busca: en todo caso esas prendas no pueden acusar otra cosa que lo que yo he dicho yo, que aquí ha vivido una mujer, pero que no vive ya.

El agente registró la casa con una prolijidad digna de encomio.

—Me doy por vencido, dijo al fin, la señora de Díaz no pero como puede volver de un momento á otro, voy á dejar vereda quien la detenga á su vuelta.

—Larga será la espera porque esa persona no ha salido aquí con la más mínima intención de volver.

—¿Tendrá usted inconveniente en decirme dónde puede hallarla?

—No lo tendría si lo supiera, pero es el caso que nada me he dicho, porque yo no tenía además el menor deseo de saberlo.

El señor Díaz puede hacer sus diligencias por otro lado, pero me parece que en Buenos Aires no logrará la realización de sus propósitos: la señora que con tanto empeño busca, conociendo no conociendo sus intenciones, ha levantado campamento sin dejar tras sí el menor rastro.

—Para usted puede ser, para mí es difícil.

—De todos modos, lo que yo he dicho á usted ha sido dicho solamente al agente de la autoridad, lo que quiere decir que el interesado debe ignorar mis intenciones.

—Perfectamente; para darle cuenta del desempeño de mi comisión, no es necesario que haga uso de lo que hemos hablado.

El agente se retiró dejando un subalterno en observación de la casa, con la orden de detener á cualquier señora que pretendiera entrar.

Díaz no pudo contener su sorpresa al verlo volver solo, y preguntó por qué no conducía á su mujer y su hija.

—Me ha sido imposible, repuso el agente, porque no viven en la casa indicada por usted.

Sospechando que puedan haber salido y que esto quiera ocultarse, he dejado una persona en observación, que cumplirá fielmente la orden dada, cuando regresen á la casa.

—Comprendo que un hombre pueda burlarse de un individuo cualquiera, observó Díaz, creyendo que aquel hombre hubiera dado un aviso en vez de cumplir la orden, pero no creo que esa burla pueda hacer extensiva á la autoridad.

—A todos consta que esa mujer con la niña viven en el domicilio que he indicado á usted.

—A mí también me consta que allí vivía, pero me aseguran hace días que no vive más allí; más aún, que no está en Buenos Aires.

Diaz quedó anonadado: ¿habría hecho inútilmente su viaje? ¿serían su venida los criminales y se habrían puesto en salvo con tal motivo?

Esto no podía ser; Diaz tenía la seguridad que sólo sus parientes conocían su presencia en Buenos Aires, luego aquello no era más que un ardid para burlar la acción de la autoridad.

—¿Podré esperar que hagan las diligencias necesarias á fin de cumplimiento á esa orden?

—Puedo responder á usted de una manera terminante, que si la señora está aún en Buenos Aires, antes de cuarenta y ocho horas la habré reducido á prisión.

Una persona no puede perderse en la ciudad así no más, mucho menos una persona tan notable como esa.

Puede usted entónces retirarse tranquilo, que antes de las cuarenta y ocho horas podré dar aviso á usted de haber cumplido la orden.

Ahora, si es cierto que ha salido de Buenos Aires, nada puedo asegurar á usted, aunque le anticipo que haré las diligencias necesarias para saber el punto á que se haya dirigido.

Diaz estaba anonadado; cuando más seguro creía encontrar á su hija, cuando se preparaba á verla dentro de breves momentos, desaparecía de una manera más vaga, sin poder sospechar siquiera el punto donde se había dirigido.

Sin embargo había un gran recurso: seguir á Rivadavia, y como este recurso se apresuró Diaz á hacerlo conocer del agente encargado de la prisión.

—Se me había ya ocurrido y ésta es parte de mi seguridad. Condió aquél.

Estando ella en Buenos Aires, se verá con Rivadavia ó se comunicará con él, y si esto sucede cuente usted con que verá realizados sus deseos.

Díaz se retiró desesperado pero no vencido: sabía que ba con un hombre de ingenio que les daría algún trabajo, el fin de la lucha le sería favorable.

¿Cómo se había de sospechar que los amantes, por burla acción inesperada, se habían resuelto á una separación tan la

El agente por su parte salió á completar sus diligencias el seguimiento de Rivadavia, á cuyo efecto fué él mismo á tarse á inmediaciones de la casa.

Pero aquel trabajo fué inútil, pues el jóven no salió ni du te el día, ni durante la noche.

A la mañana siguiente recién salió á la calle á hacer algu visitas y ver al amigo con quien había consultado el caso, p imponerlo de lo que había sucedido.

El agente de la autoridad se puso en su seguimiento y cu casa visitó, fué registrada más tarde por aquella, con la m ineficacia que la del mismo jóven, al extremo que empezare creer que realmente la señora de Díaz hubiera salido de Bue Aires.

Rivadavia reía como un loco al verse seguido á todas par porque desde un principio vió que se le seguía.

—Afilense no más, decía, pero lo que es á Isabel échenle galgo.

No sólo pasaron cuarenta y ocho horas sino cuatro días, s que la autoridad pudiera sospechar siquiera el paradero de Isabel

Díaz empezó á perder la cabeza y la esperanza de dar con su hijita.

Y sin embargo aún no quería echar mano de un recurso supre mo: abordar á Rivadavia y exigirle terminantemente le dijera donde se hallaban su mujer y su hija.

Detrás de la ofensa podía venir la burla, y Díaz no se sentía con fuerzas para soportar tanto: tenía miedo de dejarse arrastrar por la ira, más allá de donde deseaba.

A pesar del aturdimiento que lo ofuscaba, comprendía que su adversario estaba en posición más ventajosa, y esto lo detenía un poco, por temor al ridículo.

¿Cómo podía presentarse en casa de un hombre, á decirle:—

pero, usted me ha robado mi mujer y yo vengo á que usted devuelva?

Indudablemente se exponía á recibir una carcajada por toda esta.

Diaz abandonó este supremo recurso para cuando no tuviese caso que dar, y se presentó nuevamente á la autoridad.

La contestación no podía sorprenderlo en manera alguna, porque si no le habían dado aviso, era porque no habían podido hallar el paradero de su esposa.

—Se siguen practicando todo género de diligencias, le dijeron, haber podido arribar á nada: se teme que la señora haya abandonado el país, pues de otro modo ya tendríamos noticias de ella.

—Sin embargo está en Buenos Aires, y ha estado en el domicilio indiqué.

—Es cierto, pero antes de presentarse usted pidiendo su capcha abandonado aquel domicilio y tal vez la ciudad.

—Esperaré unos días más, esperaré hasta el sábado, á ver si tener una certeza de su paradero: tal vez se haya ido á Montevideo, pero no por eso ha de escapar á mi justa acción.

Diaz esperó hasta el sábado con la misma inutilidad, pues la verdad llegó á confesarle que toda pesquisa estaba de más, por ser indudable que Isabel, en compañía de su hija, había salido del país, ignorándose el punto á que se había dirigido.

Diaz separadamente y ofreciendo pingües gratificaciones, solicitó espías que le proporcionaron sus parientes, y á quienes éstos averiguaron que había sido de la señora que vivía en la calle Rivadavia.

Los rastreadores se lanzaron acosados por la gratificación propuesta, pero nada pudieron averiguar.

Uno de ellos, hombre vivo y que conocía á todo Buenos Aires, virtió en sombra de Rivadavia, esperando por este medio encontrar la mujer, pero sus trabajos fueron tan inútiles como todos los demás.

La respuesta fué sin embargo más categórica.

—Puedo garantizarle con mi pescuezo, dijo á Diaz, que la preñada está en Buenos Aires; si estuviera no tenga la menor duda en ir á buscarla, porque yo se la daré con ella.

—Pero á alguna parte se habrá dirigido; el que pueda decir eso, ganará la gratificación de la misma manera.

—Creo que usted no podrá nunca averiguar más de lo que he averiguado yo, que es lo siguiente: una mañana, hace ocho días, esa señora salió acompañada por el jóven Rivadavia y una niña, seguida por dos peones que llevaban algunas valijas.

Todos se dirigieron al Bajo, donde se embarcaron en una ballenera, cuya ballenera no he podido hallar entre las muchas que hacen el servicio de pasajeros.

Dos horas después, más ó ménos, regresó la ballenera, con un solo de los pasajeros que había llevado: el jóven Rivadavia. Sin duda la señora y la niña se habían embarcado en uno de los buques próximos á hacerse á la vela.

Diaz devoró en silencio aquella nueva desventura que le arrancaba toda esperanza y recompensó al que le había dado aquellos datos, después de hacerse justificar como los había obtenido, por apreciar la verdad de sus fundamentos.

—Está visto que el diablo los ayuda, pensó, y que no me queda más camino que la violencia.

Pues emplearé la violencia, y veremos si así logro lo que he podido lograr por medio de la astucia.

Por lo ménos, no ha de quedar impune la sangrienta burla. Dios me prestará su ayuda y no me dejará desamparado en mi situación tremenda.

Resuelto á salir de una vez de situación tan penosa, las diligencias por él intentadas, se puso sobre aviso, esperando que aquella visita no podía demorar mucho.

Al efecto y para prevenir cualquier acto de violencia, se hacía acompañar siempre de dos amigos, los mismos que habían de mediar en la cuestión si esta tomaba otro giro.

No es que él tuviera miedo ni le faltara ánimo para afrontar la situación, sino que él mismo no sabía hasta qué punto podría sufrir las recriminaciones que le dirigiera aquel hombre, y quería tener á mano quien lo contuviera.

Así es que cuando Diaz se presentó en su casa, el jóven se hallaba en compañía de sus amigos. Era domingo y habían proyectado un paseo á San Isidro.

¡Se presentó la tormenta! dijo á sus amigos cuando se le presentó la visita, ¡aquí se va á armar la desesperada!

No tengas cuidado, que hemos de correr la tempestad como siempre: como él ha de querer quedarse solo contigo, pasaremos la noche contigo así que lo solicite.

De todos modos, es prudente que estés muy bien prevenido, ¡sabe Dios las intenciones que traerá.

¡que sí te garantimos es que al primer movimiento sospecharemos encima sin darle tiempo á cumplir sus amorosas intenciones.

Rivadavia dió orden se hiciera entrar al visitante, presentándose un minuto después en la salita donde se hallaban los señores.

Diaz se detuvo en la puerta un momento, saludando á los tres señores y entró en seguida.

El aspecto era amenazador y sombrío: sus ojos brillaban de ira, su boca acerada, y su boca contraída, retenía apenas las palabras, más hirientes que su mirada misma, pugnaban por salir de sus labios.

El semblante estaba bañado por una palidez cadavérica y sus miembros temblaban todos á impulsos del coraje que brotaba de su pecho.

Como el joven le repugnaba toda actitud mentida, hizo un gran esfuerzo sobre sí mismo y exclamó:

¿Usted por aquí? confieso que me sorprende su visita, por lo que sabía estuviera en Buenos Aires.

Diaz contuvo con un ligero ademán al joven que se le aproximaba y le dijo secamente y duramente:

Desearía hablar dos palabras á solas con usted, porque me interesa un asunto del que no estoy autorizado á imponer á nadie.

A los amigos míos, les dijo entónces el joven á los otros, les ruego que en un momento hablar con el señor: pueden pasar á las habitaciones.

Los jóvenes salieron y Rivadavia ofreció una silla á su enemigo, que éste rehusó con un ademán.

En esa situación era violentísima, se veía que Diaz estaba domi-

nado por la ira y que Rivadavia hacía grandes esfuerzos tener la emoción que lo dominaba.

Diaz se cruzó de brazos y mirando al joven con un supremo le dijo:

—Por fin nos encontramos frente á frente, señor de Rivadavia, aunque usted seguramente no esperaba mi visita.

—Extraño sobremanera el tono con que usted me habla Rivadavia, firme en su propósito de negar hasta el fin, y la a que reviste su palabra; ¿podría usted sacarme de esta duda?

—Es inútil el papel que usted pretende representar; todos que aquí me traen son demasiado públicos por desgracia supongo que usted no me pondrá en el caso de repetirlos.

Si usted no es un hombre de honor, vive por lo ménos ellos y debe conocer sus leyes.

Cuando un hombre de honor comete la acción que usted cometido, señor Rivadavia, debe estar dispuesto á dar una satisfacción en el terreno de los caballeros.

Yo podría y debería matar á usted como un perro, como miserable, pero prefiero nivelarlo á mí y vengo á proponerle honor de batirse conmigo.

A medida que Diaz hablaba, el joven iba poniéndose cada vez más pálido, su sangre empezaba á hablar más alto que sus deseos y á sentirse con deseos de saltar al cuello de aquel hombre pero se acordó de Isabel y de su hija, del juramento que había hecho, y volvió á su primera idea.

—Señor Diaz, exclamó frunciendo el entrecejo, debe haber sucedido á usted una desgracia muy grande cuando de esa manera ha perdido la cabeza.

Solamente loco puede usted dirigirme la palabra en ese sentido y yo no puedo sufrir las consecuencias ó irritabilidad del primer hombre á quien se le ocurre perder el juicio.

Ruego á usted entónces que se explique y que no olvide que está usted en mi casa y que mi bondad no vá hasta tolerar que en mi propia casa se me dirijan insultos y groserías.

—Muy bien, la comedia no está mal preparada, pero ya el espíritu no está para comedias: ¿quiere usted darse el placer de oír de mis propios lábios la acusación de su infamia?—¡no!

Señor Rivadavia, usted ha pagado la hospitalidad de mi hogar
freída de mi amistad, manchando ese hogar con una infamia,
riendo á mi mujer desgraciada y robando á mi hija.

Señor Rivadavia, usted ha abusado de mi necedad, y para
nar su infamia ha fraguado usted una carta en que suponía
riendo á mi hermano.

Señor Rivadavia, yo he venido á que usted me diga donde
esas personas que ha sacado usted de mi casa, y á decirle
ad que es un miserable á quien dispensaré sin embargo el
de batirse conmigo.

medida que pasaba el tiempo, Rivadavia se iba haciendo
seño de sí y reponiéndose de su sorpresa.

En embargo, el lenguaje violento y agresivo de Diaz le iba
de perder su serenidad, á pesar de todo su deseo en conser-

sí es que cuando Diaz terminó su última injuria, se cruzó
en de brazos y sin borrar del semblante su expresión jugue-
epuso:

Señor Diaz, es usted un demente de lo más original que yo
r: ¿si su mujer se ha ido de su casa, por qué no elige usted
individuo para hacerlo responsable de aquel hecho que igno-
que su locura me impide lamentar como debiera?

chazo de una manera terminante los cargos que usted se
acerme: declaro que no estoy dispuesto á tomar á lo serio
ra y que por consiguiente no acepto el original honor de
con usted.

de usted, pues, retirarse y dejarme el espíritu en una paz
está usted autorizado de turbar.

reía claramente que Diaz perdía la poca paciencia que po-
erle quedado.

reía encontrar en usted un hombre de amor propio, pero
ni esto tiene; el que rehusa una explicación por las armas,
la debe, es designado con un calificativo muy duro: ¿me
usted á emplearlo?

uelvo á hacerle presente que está usted en mi casa, y esta
líma vez.

—Pues, señor Rivadavia, ¡es usted un cobarde! gritó con voz ensordecida por la ira, y vá usted á decirme inmediatamente donde está mi mujer.

Rivadavia saltó al sonido de aquella injuria terrible: iba á responder con un golpe, pero se contuvo á tiempo y respondió:

—Señor orate, puede usted dirigir esa pregunta á los deviles del infierno que tal vez puedan responderle mejor que yo.

—Me vá usted á decir donde está mi mujer, rugió Diaz un paso atrás, ó juro á Dios que lo mato como á un perro.

Y llevó rápidamente la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

Pero antes que su mano apareciera armada de la pistola, indudablemente fué á buscar allí, se abrió violentamente la tapa de la otra pieza, y aparecieron los amigos de Rivadavia que saltaron sobre Diaz desarmándolo rápidamente.

Rivadavia se le acercó entónces y con una calma que él esperaba, le dirigió estas palabras:

—Lo podría atar á usted y entregarlo á la autoridad, pero como usted á venido á mi casa con el propósito de asesinarme, peccadores locos no son responsables de sus acciones y usted lo está en superlativo.

Pero cuídese usted de volver á mi casa, porque no todos los días está uno del mismo humor, y mañana podría olvidarme de usted un pobre viejo demente.

Aquello era el colmo de la burla, capaz de hacer perjuicio al hombre más cuerdo.

Diaz, enfurecido al escuchar aquellas palabras, no atinó á contestarlas por el momento.

Fué después de un largo intervalo que midió á Rivadavia una mirada de supremo desdén y le dijo:

—Nunca me imaginé que fuera usted un cobarde, pero a la evidencia ya no es posible dudar.

Mañana vendrán aquí dos amigos, con instrucciones terminantes; si usted no accede á sus pretensiones, le notifico que, dondequiera que lo encuentre, lo mato á usted como á un perro.

Y recogiendo su sombrero del suelo, salió rápidamente á dignarse mirar á los que allí quedaban.

Rivadavia, al verlo salir, respiró con extraordinaria satisfac-

—¡ Gracias á Dios! exclamó, creo que si ese hombre se queda un momento más y sigue injuriándome de aquella manera, dá el diablo con todos mis propósitos de hacer oídos de mercader. No me sospechaba yo tan valiente para oír impasible tal acople de dicterios.

—Y te has portado bravamente, exclamaron á su vez los amigos por lo cual te damos la más cordial felicitación.

Ahora es preciso mantenerse en este terreno, del que no debes apartarte una línea: has pasado por el momento más duro y no debes ya que temer.

—¿Y los padrinos con que amenaza?

—¡ No tengas cuidado! nos entenderemos con ellos y todo se aclarará.

—¿Y si llevo á encontrarlo en la calle y renueva sus injurias? sospecho que en un paraje público no voy á poderme contener!

—No creas, cuando se vea impotente y se convenza de que su nombre no está en Buenos Aires, regresará á la seráfica ciudad y no volverá á acordarse más de ustedes.

—Quiera Dios que esto sea así, pues por nada de este mundo me era hallarme en la situación de matar á ese hombre, y frente á mí no veo en este caso otra solución que matarlo, ó dejarme morir por él, y lo segundo no es aceptable bajo ningún principio.

—Nó temas, que nada de eso ha de suceder; por lo pronto, mientras el prójimo permanezca en Buenos Aires, te seguiremos acompañando como simple garantía de que no harás una barbaridad.

Los tres amigos efectuaron un paseo á San Isidro donde se desahogaron bien pronto del incómodo y celoso marido.

Diaz había salido de casa de Rivadavia en un terrible estado de desesperación.

Veía que no conseguía saber el paradero de su hija, y lo que más mortificante por el momento, que no reduciría á Rivadavia á tirarse con él.

Inmediatamente mandó llamar á un señor Galindez, su viejo

amigo, respetable comerciante y amigo con quien sabía poder contar en todo terreno.

Díaz le refirió la espantosa historia de su infortunio, rogándole fuera á provocar al jóven Rivadavia á un duelo á muerte acompañado de cualquier amigo, pues él no contaba con ninguno en Buenos Aires.

Galindez, hombre de honor y de principios, aceptó inmediatamente la comisión que le daba su amigo, y asociado á otro pañol Alvarez, se dirigió aquella misma noche á casa de Rivadavia.

Los tres amigos, como siempre, estaban reunidos.

Al recibir el anuncio de aquella doble visita, comprendió al momento de lo que se trataba, y cambiando una mirada de inteligencia, Rivadavia mandó que los hiciera entrar.

Alvarez y Galindez saludaron á los tres amigos de una manera comedida y respetuosa.

—Venimos, dijo el segundo, á cumplir un encargo de mi amigo, el señor Díaz: suponemos que usted se sospechará cuál

—En efecto, respondió Rivadavia, devolviendo el saludo. Pueden ustedes entenderse con los señores.

Y salió yendo á situarse en la misma pieza desde la cual sus amigos habían escuchado su entrevista con Díaz.

Una vez que Galindez hubo planteado la cuestión en su verdadero terreno, los jóvenes se consultaron con una mirada, y el que debía de dirigir la discusión dijo:

—Caballeros, un hombre no se bate á muerte sino por motivos tan poderosos que merezcan la pena de jugar la vida.

Comprendo que el señor Díaz está en esa situación, pero no lo está nuestro amigo.

El señor Díaz ha sido engañado y abandonado por su mujer á la que cree en poder de nuestro amigo, por cuya razón lo provoca á un duelo.

Pero es el caso que nuestro amigo no es el culpable de aquella acción, no la ha provocado y por consiguiente no se cree en el deber de aceptar un duelo ridículo, puesto que no tiene razón de ser.

—Perdón, señor, y hablemos seriamente, replicó Galindez sin

so su tono comedido; puede ser que al señor Rivadavia le con-
negar el hecho, pero con esto no puede destruir la verdad
sucedido.

osotros somos de Buenos Aires, y sabemos como toda la so-
t. que el señor Rivadavia se ha traído de Córdoba á la esposa
hija de nuestro amigo: el duelo es justo, la reparación exi-
ningún caballero puede negarse á darla.

Ustedes pueden afirmar lo que gusten, pero nuestro amigo
e formalmente que el hecho es falso, que la señora de Diaz
ha venido con él, que él no la ha visto desde que salió de
la y que por consiguiente no se cree obligado á reparación

R.

La conducta del señor Rivadavia es mala, porque ella da
á interpretaciones que no le serían favorables, dijo Galin-
después de un momento de silencio.

No teme nuestro amigo esas interpretaciones que nadie ten-
derecho á hacer y que nadie se permitiría hacer.

¿Y si se creyera, que no se bate de miedo?

¿Quién lo creería? ¿el señor Diaz? puede el señor Diaz te-
s creencias que quiera, porque su triste situación lo auto-
todo: no creo además que nuestro amigo se incomode mu-
or lo que el señor Diaz crea ó no crea.

¿Ah? ¿y si el que tuviera esa creencia en vez del señor Diaz
yo, por ejemplo?

¿Ah! eso variaría de especie y para contestarla necesitaría
cargo categóricamente.

-Pues bien, señor mío, dijo Galindez, sin salir de su actitud
dila, yo creo que si el señor Rivadavia no se bate con mi ami-
simplemente de miedo, y eso quiere decir claramente que
cobarde.

álido y trémulo, con el ademán airado y la mirada brotando
el jóven Rivadavia al oír aquellas palabras abrió la puerta
al medio de la sala.

¿Señor insolente! gritó, si yo tolero á ese viejo loco que di-
que quiera y me niego á batirme con él, no me sucede lo mis-
pecto al primer badulaque que quiera probar imitarlo.

Ahora, si usted cree que por esto soy yo un cobarde, créame que sólo un miserable es capaz de semejante creencia y que consiguientemente usted es acreedor al calificativo.

--Puede usted calificarme como lo estime más conveniente sus planes, respondió Galindez sin inmutarse, aunque poniéndose de pié, pero si usted no se bate con el señor Diaz, yo seguire yendo que usted es un cobar....

Y no pudo terminar la frase, porque una vigorosa cachetada cortó la palabra en sus lábios.

—Esto le enseñará á usted á ser más comedido y mejor cuidado, dijo; ahora puede pedirme cuenta del bofetón, en la forma que guste.

Una escena de pugilato se hubiera producido, á no ser la intervención de Alvarez y los amigos de Rivadavia, que se interpusieron para impedirlo.

—¿Puedo esperar una reparación por las armas? preguntó Galindez, lívido de cólera.

—Cuando usted guste y en la mejor forma que le parezca.

Los representantes de Diaz se retiraron, prometiendo Galindez enviar sobre tablas un par de amigos.

—Al fin me hicieron perder la calma,—dijo Rivadavia á sus amigos,—; al fin y al cabo no puede uno estarse dejando injuriar por cuanto gallego quiera tantearnos la paciencia!

—Pero has hecho un desatino, pues te han obligado á hacer lo que tú no querías.

—Yo no quiero batirme con Diaz, pero esto no quiere decir que debo dejarme llamar cobarde por todo el que guste entrometerse en mis cosas.

—En fin, ya lo has hecho y no hay más que aguantarse: tendremos de que la cosa no tenga grandes consecuencias: él te llamado cobarde, pero tú le has encajado tu morrudo bofetón, no es mal castigo y que bien podía darse con él el lance por terminado.

—No señor, quiero dejar bien sentado que si no me bate con Diaz es simplemente porque no me dá la gana: lo que les pide que me arreglen la cosa sobre tablas, porque quiero terminar con esto antes esta estupidez.

Aunque esperaron durante el resto de la noche la visita de los amigos de Galindez, estos no aparecieron hasta la mañana siguiente.

No había que discutir razones, así es que en el acto se puso á fijar las condiciones del duelo.

Los enviados de Galindez querían un duelo á pistola, á muy poca distancia y cambiando sólo dos tiros.

—Esto equivale á un duelo á muerte, dijeron los padrinos de Rivadavia, porque á semejante distancia no hay posibilidad de efectuar un tiro, y los motivos no valen un duelo á muerte.

El señor Galindez, haciendo apreciaciones que no debía, había sido cobarde á nuestro amigo, y éste le ha dado un bofetón, la única respuesta lógica: la doble ofensa puede provocar un duelo, pero no un duelo á muerte.

Tenemos además el derecho de elegir las armas, y en cumplimiento de nuestros delicados deberes, no cedemos este derecho bajo ninguna consideración.

Los cuatro padrinos discutieron largamente pretendiendo que el duelo se había de llevar á cabo en las condiciones extremas que los amigos de Galindez proponían, pero tuvieron que ceder por fin á las buenas razones que expusieron los amigos de Rivadavia, en una declaración de que no aceptarían un duelo que no se efectuara en las condiciones que ellos proponían.

El duelo se decidió que se efectuaría aquella misma tarde, á las ocho, y detrás de la Recoleta, donde había entónces unos sitios reservados para este género de citas amorosas.

Rivadavia iba á encontrarse con uno de aquellos españoles de guerra, á cuyas manos no era extraño el peso de un sable, ni temió por su espíritu la vista de un enemigo.

Pero él también era bravo y de una serenidad que jamás lo había abandonado en trances de peligro, por más ríscio que éste le había sido.

En Rivadavia había la ventaja de la edad, de la elasticidad de los músculos y la agilidad de su cuerpo, flexible y liviano.

Galindez era un hombre grueso, pesado y de genio pronto.

Los dos adversarios, con sus correspondientes padrinos, se presentaron en el sitio y á la hora indicada.

El duelo, según lo estipulado, debía concluir cuando padrinos declararan que había quedado satisfecho el honor.

El combate principió tranquilo por ambas partes, como cada uno quisiera cerciorarse de la capacidad del adversario.

Estaban armados de dos sables descomunales, de los que usaban en aquellos tiempos los oficiales del ejército, armas un poco pesadas, pero que nuestros abuelos manejaban con suma facilidad.

Rivadavia sonriente y juguetón, miraba á Galindez de una manera burlona que hacía perder á éste todo su aplomo y sangría: no estaba quieto un momento y le hacía algunas acometidas como si pretendiera asustarlo.

Galindez, firme en el sitio donde se había parado al principio recibía los ataques de su jóven adversario, sonriendo, pero de una manera forzada y para disimular la ira que empezaba á ganar.

El había recibido la bofetada y no podía mirar al jóven sin sentir terribles tentaciones de partirlo de un sablazo.

Rivadavia reía al ver esta rábica mal disimulada y eran estas risas lo que más enojaba á Galindez, que empezó á atacar con visibles deseos de herir al jóven.

Fué entónces que empezó verdaderamente el combate.

Agil y fuerte, el jóven fatigó pronto á su adversario, que empezó á moverse pesadamente y á mostrar bien clara su inferioridad.

Pronto el sable de Rivadavia cayó rápido y seguro sobre el brazo izquierdo de su adversario, penetrando como dos líneas.

Galindez hizo una ligera contracción de dolor, y dió un paso atrás.

Los cuatro padrinos se interpusieron y examinaron la herida que no era grave, ni dolorosa.

—Creemos, dijeron hidalgamente los de Rivadavia, que está satisfecho el honor; ha habido una herida y los motivos que a nosotros nos han traído no pueden exigir más.

—Yo no me doy por satisfecho, dijo Galindez, pues necesito volver el golpe recibido.

—Perdone, caballero, pero somos nosotros y no ustedes los que hemos de juzgar si se han satisfecho ó no las leyes del honor.

—Yo he recibido una bofetada, gritó Galindez, y no puedo verme por satisfecho recibiendo un sablazo.

—Pues si lo que necesita son dos sablazos, exclamó Rivadavia riendo siempre, no tengo inconveniente en obsequiarlo con el segundo.

El combate empezó de nuevo más encarnizado por parte de Galindez y más juguetón por parte de Rivadavia, que volvió á herirlo, esta vez, sobre la mano derecha con un ligero tajo.

Suspendido nuevamente el combate, los padrinos declararon a la vez que el duelo estaba terminado, pues se habían satisfecho las exigencias del honor.

—Sea, desde que ustedes lo declaran, pero yo seguiré creyendo que ese hombre es un cobarde, dijo Galindez, en la esperanza de continuaría el duelo.

—¡Pues si un cobarde lo ha puesto en ese estado!—respondió Rivadavia con acento de burla,—¡cómo lo pondría un valiente! ¡Qué cosa de pensar en el cajón.

Iba Galindez á contestar, pero los padrinos le hicieron comprender que no tenían el derecho de dirigirse la palabra y que el duelo se había terminado.

Los adversarios se retiraron tan enemigos como habían venido, prometiendo Galindez que no sería aquella la última entrevista.

Aquel duelo fué por mucho tiempo el alimento de la crónica escandalosa de la ciudad, que interpretó sus causas de una manera harto desfavorable para el pobre Diaz, que venía á ser la víctima de cuanto sucedía por causa de la evasión de su mujer y robo de su hija.

Quando Diaz supo lo que había sucedido, por boca de su mismo amigo, sintió toda la amargura de su situación extrema.

—Quiere decir, exclamó, ¿que yo no puedo aspirar ni siquiera al consuelo de vengarme?

¿Por qué ha ido usted á batirse con ese hombre? ¿era preciso que, usted también contribuyera á aumentar el ridículo que pesa sobre mí?

—Querido amigo, contestó Galindez, comprendo que lo sucedido debe mortificarlo en extremo, pero ese jóven no quería aceptar de ninguna manera un duelo con usted, y para obligarlo fué preciso que lo insultara, que lo tratara de cobarde, y las consecuencias fueron inevitables, sin haber logrado mi objeto.

Yo no tengo la culpa, amigo mío: ha sido un lance fatal, es el que ese hombre maldito ha querido sin duda constatar que si se bate con usted, es porque tiene otras razones á las cuales es ajeno el miedo.

—¡Sin embargo, mi situación es terrible é insostenible, y no puedo vivir sino matando á ese hombre!

Díaz, medio loco, empleó dos días en buscar á Rivadavia, pero inútilmente.

Convencido de que su mujer no estaba en Buenos Aires, que tenía que renunciar á un duelo con Rivadavia, resolvió regresar á Tucumán ó á Córdoba, donde decidiría el partido que debía adoptar.

Antes de alejarse quiso tentar el último recurso para recuperar á su hija, que era lo único que interesaba á su corazón.

Con esto objeto hizo ver á Rivadavia por el mismo pariente cuya casa se alojaba.

—Díaz lo dejará á usted-tranquilo, dijo éste al jóven, al solo precio de que le indique el paradero de su hija.

El abandona su mujer en el abismo de vergüenza que el mismo se ha buscado, pero no puede abandonar á su hija, víctima inocente de esta infamia.

—Es necesario que yo haga saber á ese hombre toda la verdad, repuso Rivadavia, para que me deje tranquilo y no vuelva acordarse más de mí.

Dígale usted que se olvide de su mujer, porque se ha ido lejos de Buenos Aires para no volver más.

—Poco le supone, replicó el enviado; él sólo reclama su hija su hija, que nadie tiene el derecho de arrancar de su lado.

— ¡ Ese pobre viejo está loco! exclamó ya impaciente el jóven; le ha dicho y lo sabe ya de una manera positiva que esa niña es su hija suya! ¿ Quiere tener una certeza mayor? pues bien: dígame usted que yo soy el padre de esa niña, y que declaro que será el culpable en cuanto haga por descubrir su paradero.

En cuanto á usted, como todos los demás amigos de ese loco, yo les prohibo terminantemente que vuelvan á molestarlos con sus ridiculeces.

Hemos concluído pues con él, con usted y con todos!

Y por consejo de sus amigos Rivadavia se fué á pesar á una casa, de donde no debía volver hasta que Diaz no se fuese definitivamente de Buenos Aires, cosa que haría de esta manera.

Aquello fué lo más acertado que pudo hacer el jóven para librarse de mayores disgustos, pues al oír Diaz la respuesta que le daban, se vino á casa de Rivadavia, con la razón ya completamente trastornada y decidido á matarlo.

Pero supo entónces la nueva desgracia que lo esperaba: Rivadavia había desaparecido como su mujer y su hija, sin dejar el menor rastro detrás de sí.

Si aquel pobre hombre había envejecido enormemente antes de venir á Buenos Aires, en los pocos días que permaneció aquí concluyó de destruirse.

Apénas tenía el pellejo sobre los huesos, y representaba, por lo ménos, veinte años más de edad.

Era una naturaleza que no había podido soportar el infortunio de ver destruído su hogar, y se había doblegado como bajo el peso de la muerte.

Viendo que nada le quedaba ya que hacer aquí, emprendió su viaje de regreso á Córdoba.

— De vivo, decía, no tengo más que el uso de la palatra y el movimiento de los miembros: para ser un cadáver completo, no me queda más que dejarme caer en el lecho eterno, cuyo descanso no llega á turbar nada.

Voy á ver si tengo algo que arreglar por allá antes de cerrar los ojos á los dolores de esta vida.

Y emprendió su viaje de regreso, decidido á hacerse volar los sesos.

¿Qué otro recurso le quedaba á él, que le habían arrancado del corazón todas sus afecciones, sin dejarle otra cosa que el recuerdo y la vergüenza?

—¡ Parece increíble!—exclamaba—¡ que una mujer á quien tanto amé y en quien cifré toda la ventura de mi vida, me haya compensado de esta manera el crimen de amarla hasta el delirio!

¡ Oh! ¡ el corazón de la mujer, mezcla incomprendible de lo sublime y lo pequeño! ¡ parece increíble que un ser tan bello y delicado sea capaz de hacer tanto daño!

Luego Díaz pensaba en la sociedad, y se estremecía de terror: veía en cada semblante una sonrisa de burla, y en cada individuo un ademán de desprecio.

—¡ Oh! decía entónces, ¡ un hombre no puede alentar la vida bajo el peso de semejante vergüenza!

¡ Y sin embargo él en nada ha faltado á su honor: es una debilidad de la mujer á quien se unió, y de la que él no sabe; es una falta que no puede perjudicar legítimamente sino á aquel que la comete, pero es una falta que los demás la toman como falta propia, y la convierten en sello de ignominia, en masa de odio que arrojan á nuestra frente queriendo agobiarla con su peso.

Si una mujer falta á sus deberes y á su honor, por satisfacer malos caprichos de espíritu ó por defectos de organización misma, ¿por qué se ha de culpar de esa falta precisamente á aquel que rodeó á aquella mujer de cuanta comodidad y placeres puede brindar la vida, y la amparó con el honor de su nombre?

¿Por qué razón ha de llegarse hasta olvidar la falta de la mujer para llenar la infamia precisamente á la primer víctima de aquella falta?

¡ Y así es la sociedad y así es la humanidad! concluía Díaz en un ademán desesperado: perdonan á la mujer impura, para volver todo su encono contra el marido, á quien adornan con los títulos más infamantes.

¿Y hay acaso defensa posible contra difamación tan injusta?

¡ Ninguna—aunque deshagas tu hogar al mismo tiempo que tu corazón, aunque partas de una puñalada el de la **adúltera**, siempre habrá para tí un título denigrante, y á quien que se ría de tu desesperación!

Y en el caso presente ¿qué me queda? acechar la espalda del miserable que nos cubrió de infamia y convertirse en un asesino con la amenaza de un presidio, ó hacerse volar los sesos y buscar en la quietud de la tumba la tranquilidad del espíritu.

¡Y yo había preparado mi porvenir de una manera bien diversa!

No tenía una esposa que me amara, es verdad, pero había creído recobrar la idolatría más pura en el corazón de un ángel, cuyo fondo de amor no consultaría la blancura de mis canas ni las arrugas de mi frente.

¡En cuanto á ella, no me amaría con la pasión y el extravío de un amor intenso, pero en cambio le merecería un cariño tranquilo y apacible por mi afecto arriba de todo otro, y un respeto al que se hace acreedor todo lo bueno y todo lo noble!

Era lo único que le pedía, porque era á lo único que tenía derecho de aspirar.

¡Y todo esto lo pierdo en un momento: honor, esperanza, hija, todo en fin, sin quedarme otra cosa que dolor, vergüenza y desesperación!

Y aquel hombre se quitaba el sombrero, como quien se suscita á una capa de fuego, y hundía la larga espuela en los flancos de la mula, buscando un desahogo en la rapidez de la marcha.

Era tal el dolor, que superaba á la indignación misma, y aquel hombre, valiente fuera de toda duda, lloraba como una criatura al contemplar el cuadro desventurado y sombrío de su presente.

Y era el recuerdo de su hija y la duda horrible de su nacimiento, lo que más lo torturaba.

Porque para él aquella carta de Isabel era un pretexto hábil para que él no la buscara y no tratara de arrancarle su hija.

Aquella era su hija, sí, lo sentía en el recuerdo de sus caricias, en su inmenso amor por ella y en la idea firme de que entonces Isabel era todavía una mujer pura y honesta.

¿Pero, y si había dicho verdad? ¿y si aquella era hija del crimen más bien encubierto y disimulado?

Mientras Rivadavia estuvo en Córdoba el engaño fué completo: no había necesidad de arrostrar la confesión de una falta in-

Pero llamado éste por su familia y no pudiendo permanecer más en Córdoba, los amantes no se resolvieron á separarse, ni la madre á abandonar á la hija.

Y de ahí vino la mentira de la paternidad, ó la confesión de aquella verdad tan horrible, que la razón misma la resistía, haciendo nacer la duda, más horrible que la verdad misma.

Y así Diaz se encontraba en una de aquellas situaciones que arrastran á la locura, locura que se resuelve en el suicidio, ó en el idiotismo, porque no existe en el organismo humano la fuerza necesaria para contrarrestarla y vencerla.

Es el espíritu que se sorprende ante un hecho que lo hiede de muerte, lesionando el corazón y el cerebro: es el estallido del corazón en presencia del vacío, allí donde se levanta el mundo de su ideal.

Es la cuerda que estalla reproduciendo en el instrumento noble: el eco doloroso y desgarrante de su postrer gemido.

Y Diaz enterraba sin piedad la espuela en los flancos de la mula, deseando devorar la distancia que lo separaba de Córdoba porque antes de morir quería estampar un beso sobre la almohada donde tantas veces reposó, al amor de su mirada, la angelic cabeza de su hija querida.

¡Oh ingrata!—exclamaba pensando en Isabel.—¡no te daré más castigo que hacerte mirar el fondo de mi alma, el abismo que en ella ha cavado tu mano impía!

Y sonreía entónces como si se encontrara satisfecho de la intensidad del dolor que sufría.

Y sonreía también cuando su pena le hacía notar que llevaba cuatro días de viaje, sin haber probado otro alimento que un trago de aguardiente con que abrasaba su estómago engañándolo.

—No te aflijas por mí, le decía, el dolor alimenta como fiebre: ¡su única trégua es el delirio!

Y seguía jornada tras jornada sin reposar más momento que el que necesitaban los animales para reponer las fuerzas perdidas.

Algunas veces lo vencía la fatiga física y moral: quedaba dormido sobre la mula, como nuestros soldados durante las largas

archas, pero era para despertar en seguida en medio de una pedriza horrible que le hacía lanzar gritos espantosos.

El espíritu postrado, otras veces, hacía quedar el cuerpo en mayor inacción: la mula sentía la quietud del jinete y se paraba, y Diaz permanecía así largas horas, absorto en sus pensamientos y sin darse cuenta, al parecer, de su propia inmovilidad.

Al fin volvía á la vida, como animado por una fuerza impulsiva y desconocida, y apuraba la marcha con esa rapidez de acción que vuelve de un sueño en que ha caído á su pesar y quiere ganar el tiempo perdido.

Y hacía dos ó tres jornadas con una actividad febril. Hasta volvía á sorprenderlo otro de aquellos momentos de melancólico-idiotismo.

Cuando Diaz llegó á Córdoba, esperó en los alrededores de la ciudad que cayera la noche, para no encontrarse con persona alguna antes de llegar á su casa, porque ya le parecía ver la burla sangrienta estereotipada en todas las fisonomías.

Y aquello no era más que una exageración de su mente exaltada, porque era hombre justamente apreciado en la sociedad en que vivía: su desgracia había sido generalmente sentida, y ninguno se hubiera atrevido á mostrar una sonrisa dudosa ante aquella cara surcada por el dolor más amargo.

Diaz estaba verdaderamente desconocido; las últimas impresiones sufridas habían concluído con su físico tan quebrantado ya. Sus ojos escondidos entre las órbitas miraban con una expresión de otra vida, y sus manos temblorosas parecían moverse de una manera penosa, como si el movimiento de los músculos se hiciera dolorosamente.

Cuando entró á su casa, los sirvientes, los mismos miembros de su familia lo desconocieron extrañando la presencia de aquel extranjero: fué necesario que hiciera oír el timbre de su voz para que se dieran cuenta de quien era.

La anciana suegra se asustó, creyó que aquel estado solo podía ser producido por el remordimiento de un crimen, y alentando á su hijo preguntó por su desgraciada hija.

—No lo sé, señora,—respondió el desventurado con infinita

bondad,—hice por encontrarla cuanto me ha sido posible, pero no he dado con ella: puede usted estar tranquila respecto á su vida

—¡ Gracias, Dios mío! exclamó la pobre mujer como si se encontrara libre de un peso enorme.

¡ Pobre hija mía! añadió en seguida, ¡ que Dios no te niegue su amparo!

Diaz sonrió tristemente al oír aquella exclamación y pasó sus habitaciones.

—¡ Pobre Isabel! murmuró, que Dios no le niegue su amparo, á pesar de aquellos cuya vida ha hundido en el dolor y la vejez, dejándoles la muerte como único medio de huír á la ignominia y al dolor.

Pobre Isabel, sí, pobre Isabel: por endurecido que esté el corazón, el recuerdo de mi desgracia ha de amargar todos sus momentos más felices: que no la castigue mi Dios en aquel ser querido é inocente.

Diaz fué hasta la camita de la pequeña Dominga, y se hundió su mirada como si buscara á la niña querida cuyo cuerpo no había de descansar más en ella.

Y permaneció allí largo rato, viendo pasar por su espíritu dos aquellos momentos de inefable dicha, en que venía á espiar su sueño y á dejar sobre su frente un beso silencioso y muchas veces una lágrima que arrancaba el cariño.

¡ Cuántas veces aquel beso no despertó á la niña, que al ver estiró sus bracitos de ángel buscando su cuello para estrecharlo entre sus manecitas finas y delicadas!

Allí, á dos pasos del lecho de la madre, había pasado horas más dichosas de su vida, oyendo aquella vozcita infantil y de purísimo timbre, devolver en su media lengua graciosa y arrobadora las caricias que le prodigaba.

¡ Ya no la vería más! ¡ la dulce y sublime melodía de aquel *papá*, como lo llamaba, no volvería á sonar más en su oído, frente no volvería á recibir más el aliento de brisa de su boca alegremente entreabierta!

Diaz sintió que el corazón desmayaba, é inclinándose hácia tocar la almohadita, lloró con todo el dolor de su alma.

—¡La muerte!—exclamó,—la muerte es el único medio de salvarme á la locura, á esta locura que siento ya arder en mi cabeza, turbando la poca luz que queda á mi inteligencia.

En seguida se acercó á aquel lecho ricamente colgado y miró entre sus coladuras como si fuera á descubrir la espléndida cama de Isabel.

Y que Dios te perdone, murmuró—; él me es testigo de que yo te deseo ningún mal en la vida!—Tu corazón era bueno y no pudo resistir una tentación llevada hábilmente; ; yo te perdono además, porque en la hora de la muerte no se deben tener rencoros y á mi pocos momentos de vida me quedan!

Después de pasar un largo rato en el aposento, Diaz se vino á su escritorio; allí lo esperaba el buen fraile que hacía pocos momentos había llegado á la casa, según su costumbre, encontrándose con la novedad de su llegada.

—Salud, padre mío, dijo Diaz completamente sereno: me alegro de encontrarlo aquí.

El fraile se quedó dolorosamente sorprendido al contemplar la destrucción de aquel hombre, en quien apénas se adivinaba al presente el haz de tres meses atrás.

—¿Como vá el espíritu?—preguntó—el cuerpo lo noto algo debilitado, cosa natural después de los golpes sufridos, pero quisiera saber si hay ya más conformidad y más valor para sufrir los golpes de la mente.

—Es preciso tenerlo, padre mío, puesto que no queda otro recurso y más en mi caso, pues creo que la vida no ha de ser muy larga para mí.

—¡Cuidado que eso es abandonarse inerme á la lucha!

—¿Y qué más hemos de hacer?

La salud declina notablemente, y lo peor de todo es que se debilita: basta mirarme la cara para saber que no he de vivir mucho.

—¿Y qué hemos ganado con el viaje? preguntó el fraile, queriendo cambiar conversación: ; hemos adelantado algo?

—Nada, señor, solo adelanté saber que mi desgracia es irreparable: Isabel no está en Buenos Aires y no he podido saber adónde habrá ido á esconderse.

He resuelto dejarla á la bondad de Dios y no ocuparme más de ella: el señor sabrá darle el castigo que merece.

—Es preciso conformarse, hijo mío, con los designios de la Divina Providencia, y ver que ese es el camino que elige el espíritu atribulado.

Yo te ayudaré en ese camino, hijo mío, y abriré á tu espíritu horizontes más vastos.

—Tarde es, señor, porque mi vida se acaba más rápidamente de lo que parece.

Voy ahora á tomar algunas medidas en mis asuntos y en seguida quedaré dispuesto á esperar el momento fatal.

Yo á nadie he ofendido, ni á nadie he hecho mal sobre la tierra: mi conciencia entónces está exenta de todo remordimiento.

—No hay que pensar en eso por ahora, respondió el fraile golpes más rícos que el suyo se mitigan y se curan: ¿por qué hemos de pensar en la muerte á cada desgracia que nos agobia momentaneamente?

Hay que tener valor para sobrellevarlas con paciencia, ¡por que todo está compensado en la vida! ¡desgraciado del sér humano si esto no fuera así!

Diaz sonrió mansamente: su resolución estaba tomada y nada era la palabra del fraile la que había de modificarle en un átomo.

—Bueno, padre mío, le ruego me deje un momento, pues quiero escribir á Tucumán una carta que es urgente salga mañana.

El fraile salió diciendo que esperaría en la sala reunida á la demás familia y que entre todos habían de consolarlo al fin de la desgracia sufrida.

—¡Bárbaro! exclamó Diaz al quedarse sólo, ¡piensa que sobre la tierra hay consuelo á mi desventura!

Es preciso ser padre y amar á sus hijos como yo amaba á la mía, para comprender todo el dolor que ha vencido á mi espíritu.

¡Hay cariños de que sólo el que los siente puede darse una cuenta exacta!

Pero no volvamos á mis pensamientos porque vá á faltarme el juicio que necesito para trazar mis últimas palabras.

Díaz se sentó al escritorio y escribió una carta para su hermano y otra para su suegra.

« Hermano mío, decía la primera, cuando recibas esta carta, el polvo de la tierra habrá cubierto mi cuerpo.

No te digo los motivos que me llevan á la tumba, porque el estalle de su recuerdo vendría á amargar más aún estos últimos momentos de mi vida.

Ya te sobraré quien te narre las dolorosas causas de mi muerte.

Dadas las condiciones en que queda mi mujer, me creo completamente desligado de ella: tu vendrás á Córdoba entónces y te harás cargo de todo aquello que me pertenece.

Si acaso hallas en tu camino alguna vez á mi hija Dominga, dile que yo la bendigo en la hora de mi muerte y llévala á tu lado si es posible, para que le entregues lo que le corresponda.

Adiós, hermano mío, ya no nos veremos más sobre la tierra.

Tu hermano — *Manuel E. Díaz.* »

La segunda carta dirigida á la suegra, era más lacónica todavía.

« Señora, decía, recorro á la muerte para huir á la locura, que sería la consecuencia lógica de lo que me pasó.

Si usted vuelve á ver á Isabel, que sí la verá, puede asegurarte que yo la perdono y que le pido en cambio que no me deje morir en la memoria de mi hija.

M. E. Díaz. »

Concluída esta carta, que rotuló como la anterior, escribió algunas disposiciones dirigida á su hermano, y tomando una pistola de gran calibre como las que se usaban entónces, se acercó á la cama de su hija.

Allí estuvo largo rato entregado á sus pensamientos y recuerdos más íntimos.

De pronto se agachó sobre la almohada donde imprimió un largo y apasionado beso.

Cuando alzó la cabeza, dos lágrimas rodaron sobre sus pómulos descarnados.

Los pasos de alguien que se acercaba precipitaron su acción.

Creyendo que el que venía podría estorbar su propósito, llevó rápidamente la pistola á la sien derecha y disparó.

Su cuerpo rodó al lado de la camita con el cráneo terriblemente destrozado.

Al oír la tremenda detonación la persona que llegaba, que no era otra que fray Andrés, aceleró el paso, encontrándose con el desgarrador espectáculo.

Cuando el fraile vió en el suelo el cadáver de Diaz sobre un charco de sangre, fué tal su espanto que no atinó á pronunciar una palabra ni á lanzar una voz de socorro.

No se explicaba cómo aquel hombre que tan tranquilamente había hablado con él, momentos antes, podía haberse resuelto á un crimen tan monstruoso.

Porque el hecho de quitarse la vida era para el fraile el crimen más inicuo que podía cometer la criatura humana.

Y permaneció rígido y absorto ante aquel cadáver que tanta compasión inspiraba, sin que sus labios murmuraran una plegaria por el descanso de aquella alma tan cargada de dolores.

El estampido de la pistola atrajo instantáneamente al sitio de la catástrofe á todos los habitantes de la casa.

Y conforme fueron llegando fueron cayendo de rodillas, para rogar á Dios por el descanso de aquel sér desventurado.

La madre de Isabel, mística y conmovida, miró al silencioso y severo fraile, pidiéndole de la manera más suplicante una plegaria para aquel desgraciado.

Es imposible, contestó el fraile como respondiendo á su pensamiento: es un suicida, y no hay misericordia para el que atenta contra su vida, vida que no le pertenece bajo ningún principio.

—¡ Yo lo suplico por lo más sagrado que haya en la tierra y en el cielo! de otro modo Dios puede hacer extensivo su castigo hácia mí y hácia los míos.

—¡ Es imposible! repitió el fraile con ademán de suprema



DOMINGA RIVADAVIA

Y hablando así aproximaban sus mulas todo lo posible, para cambiarse uu beso.

oridad: ¡es un suicida y yo no puedo orar por el que se arranca vida, ofendiendo al cielo en ese último átomo de su existencia!

El diablo ha ganado su alma y le ha inspirado su acción mala, que yo no estoy autorizado á bendecir.

Inútiles fueron todos los ruegos: fray Andrés no cedió á la dusa pretensión.

Y era conmovedora la vista de aquel cadáver para los que oyían su triste historia!

El paraje donde cayó, salpicando con su sangre la camita, daba que su último pensamiento había sido para su hija!

Allí estaba acusado sobre la almohada el rastro de su último beso y de su última lágrima.

Oh! el dolor producido por la pérdida de la hija, era lo que había armado su brazo y movido la mano.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó la señora,—¿no lo mueve á piedad la causa de esta muerte inesperada? ¿no lo mueve á piedad el dolor supremo que debe haber agitado este corazón en sus últimos instantes?

¡Perdón, señor, una oración, una sola oración para que este pobre desventurado descanse en paz!

—No puedo, repitió secamente fray Andrés, y lo quería mucho; ¡yo le perdono por mí, pero no puedo perdonarle en nombre de Dios, porque es un suicida, y por consiguiente un impío!

Yo lo quería entrañablemente, ustedes lo saben bien, pero yo no puedo faltar á los deberes de mi ministerio y contravenir á lo que Dios expresamente manda.

El error de aquella creencia pudo más en fray Andrés que su corazón bueno y escuchó impasible cuanto se le dijo al respecto. Gimenez, que había acudido como otra infinidad de amigos, para saber la desgracia, fué él que se hizo cargo de aquellos tristes deberes impuestos por la muerte.

Ellos levantaron el cadáver, lo encajonaron y lo arreglaron, abandonándolo hasta que no lo dejaron en su último refugio.

Así aquel pobre desgraciado que había experimentado durante su vida cuanta desventura puede agobiar el corazón de un hombre,

murió sin que se le acordaran las formas siquiera de la religión que había profesado en vida.

Porque la familia, viendo la negativa de fray Andrés, y otros recursos é hizo diferentes empeños con diversos sacerdotes pero todos respondieron con la misma negativa.

Hay una infinidad de mandatos que se llaman leyes de Dios y que se dispensan por medio de bulas que valen tal ó cual cantidad de pesos.

Todo se perdona bajo la forma de dispensa, que tiene un valor, pero la familia de Cires no pensó en esto, no pensó nada y por consiguiente nada obtuvo.

Los papeles de Díaz, según su última disposición, que se hallaban sobre el escritorio, los guardó fray Andrés para hacerlos llegar á su destino, terminando así la historia terrible de aquellos amores.

Aquel acontecimiento verdaderamente tremendo, conmovió á la sociedad de Córdoba y la tucumana misma, donde Díaz estaba vinculado por lazos de familia y de amistad.

Y la responsabilidad de aquella muerte inesperada, cayó sobre Isabel, su única causante.

Jimenez escribió á Rivadavia inmediatamente lo sucedido; el jóven quedó aterrado: nunca se imaginó que fuera tan trágico el final de su aventura amorosa.

Isabel podía volver á vivir libre de toda preocupación; es verdad y á nadie debe cuenta de sus acciones, pensó; pero el suicidio de ese hombre me lleva parte de mi felicidad: nunca me imaginé que hubiera tomado semejante determinación por la pérdida de una mujer que nunca lo había amado, lo sabía, y una hija que era la suya.

La noticia fatal se desparramó por Buenos Aires, donde hubo sensación y algún escándalo.

Pero Isabel quedaba rica, ligada á un jóven lleno de mérito y perteneciente á una familia de lo más respetable: la murmuración debía pasar pronto entónces, é Isabel ocupar el rango que señalaba su fortuna y su imponderable belleza.

Pronto se olvidaron de Díaz y de su fin terrible; de los muertos solo queda el nombre grabado sobre una lápida.

¡ Pobre Diaz! ¡ este es el fruto recogido por tanto amor y tanta onegación!

¡ La muerte, y el olvido más triste en la memoria de aquellos donde más hubiera deseado vivir!

¡ Y sin embargo, era el único autor de su desdicha, por haber ligado á una jóven forzándola á aceptar sus canas y el hielo de un corazón envejecido, cuando ella aspiraba á toda la ternura y toda la pasión que había hallado en un amante lleno de atractivos de llenar todas las aspiraciones de su alma virgen!

Si Rivadavia no se hubiera visto obligado á ausentarse de Córdoba, ella habría vivido siempre al lado de su marido, enseñándolo y ocultándole lo que debía de importar para él un golpe de muerte.

Pero el destino la arrastró en pos de su amante, no se resignó á la separación y los resultados se precipitaron naturalmente y sin poderlos evitar.

De aquel hogar en cuya formación tanto se había afanado Diaz, solo quedaba el recuerdo del drama que lo había deshecho, las lágrimas de dos familias que lloraban la vergüenza y la ausencia eterna.

La aventura de Rivadavia fué fatal para los demás estudiantes que iban de Buenos Aires: ¡ no se les recibía en el seno de familia alguna y los buenos frailes se guardaban muy bien de presentarlos á sus hijas de confesión!

—¡ Oh! ¡ juventud pervertida!—exclamaba fray Andrés, en el olmo de la desesperación—¡ qué Dios me haga caer la lengua con que recomiende á ninguno de estos ateos pervertidos!

Ellos no pueden engendrar más que el mal, porque son hijos de una educación corrompida y judaica.

¡ Codiciar la mujer de su próximo! ¡ robarla haciéndola olvidar sus juramentos y sus deberes! eso es mal hecho y yo tengo la culpa que fui tan necio que lo traje y le hice abrir las puertas como las de su propia casa!

Y el buen fraile estaba positivamente arrepentido, no tanto por lo sucedido cuanto que esto le hacía perder algo de su crédito de santidad y hombre infalible en el conocimiento de los pícaros.

Entónces no había llegado todavía el tiempo de «vender la túnica y comprar espada», y los buenos frailes reposaban en la inocencia de las almas cristianas no turladas todavía por la malicia liberal.

—Estos estudiantes de Buenos Aires son unos réprobos, concluyó, y desde aquel día empezó contra ellos tal prédica, que el hecho solo de admitirlo en una casa, era para sus dueños sinónimo de herejía, y motivo suficiente para condenarlos al San Benito.

El mismo Gimenez, como cómplice de seducción, fué expulsado de la casa de Cires con prohibición terminante de pasar no sólo por la puerta sino aún por la esquina; prohibición que el estudiante recibió descalabrado de risa.

—¡ Si no lo seduzco á usted,—señor don Andrés, dijo,—¡ no sé á quien voy á seducir en la casa!

—¡ Vade retro! ¡ vade retro! gritó el fraile echando mano al hisopo mentalmente: ustedes no tienen ya perdón de Dios.

Felizmente para Gimenez aquel año concluía sus estudios, que si no hubiera pasado una vida harto asendereada y espantosa, pues luchar en Córdoba contra los frailes, era entónces luchar contra todo elemento de vida.

¡ El que así vivía, vivía privado del agua y del fuego!

Dejemos á la ciudad cristiana, donde tal vez no volveremos más, y volvamos á Buenos Aires, donde se desarrollaron los acontecimientos sombríos de que vamos á ocuparnos, y de los que fué triste heroína la pequeña Dominga Rivadavia.



La vuelta á la patria

Isabel seguía su viaje monótono y desesperante, no teniendo más distracción que el tierno cuidado de la gentil Dominga.

Su situación era triste, porque no podía dejar de sentir el mal causado por ella.

—Yo no tuve la culpa, pensaba, fué el destino el que me arrastró en un vértigo de pasión que no tuve suficiente fuerza para dominar.

Yo nunca lo amé: si me lo hubiera preguntado alguna vez, yo se lo hubiera dicho con franqueza, porque no tenía motivos para ocultarlo: hubiera sido mi felicidad y la suya misma.

Su pensamiento se volvía á su porvenir y no podía ménos que aterrarse ante las sombras que lo envolvían.

¿Qué sería de ella? ¿qué vida la esperaba después del paso que había dado, perseguida por su marido que no le dejaría un solo momento de reposo, no tanto por ella como por arrancarle su hija, su hija, que era el lazo vivo que la ligaba á su amante y cuyo cariño y cuidado la hacía sobrellevar todas las penas, todos los dolores?

Isabel temblaba al pensar lo que podía suceder en Buenos Aires durante su ausencia, dado el viaje de su marido.

¿A qué podía venir aquél? es claro que á buscarlas á ella y su hija, pues aunque ella le escribió que aquella hija no era suya, tal vez él no lo creería, pensaría que era un pretexto y haría lo posible por encontrarla y llevársela.

Ella conocía todo el amor que su marido abrigaba por aquella niña, y ésto era lo que la hacía temblar.

No encontrándolas, Diaz se dirigiría á Rivadavia haciéndolo responsable de lo sucedido, y una lucha terrible tendría lugar entre los dos.

El le había jurado por la vida de su hija no jugar su vida con la de aquel hombre, pero, ¿sería posible evitar un lance provocado por un hombre enfurecido, que emplearía todos los medios imaginables para lograr su objeto, esto, si no lo mataba de una manera imprevista y sin prevenirsele siquiera?

Rivadavia era un jóven lleno de bríos, de pundonor y delicado: él había jurado no ponerse frente á Diaz, pero, ¿podría soportar las injurias que éste le dirigiera para obligarlo á un combate?

¿Podría soportar impasible los apóstrofes de un hombre á quien debía odiar á muerte, y á quien debía reparación por un acto como el que había cometido?

Estos pensamientos mortificaban á Isabel incesantemente, amargando todos los momentos de su vida.

Ella, que había soportado con valor y resignación todas las consecuencias de su falta, se sentía débil ante la catástrofe de que estaba amenazada.

Si Rivadavia moría ¿qué sería de ella y de su pobre hija? ¿adónde iría que no la persiguiera la venganza de Diaz ensobrecido por su triunfo?

Ella, huérfana de todo cariño y sin esperanza de perdón, tendría que soportar el peso del ódio que le habría cobrado su marido, ódio que la llevaría á separarla de su hija.

—¡No es su hija, no!—exclamaba entónces, saltando como movida por un resorte y tomando entre sus brazos á la pequeña Dominga:—no es su hija! ¡es hija de otro hombre, es mi hija, y ningún derecho tiene él sobre ella!

¿Quién se atrevería entónces á arrancarle su hija á una madre para entregársela á un extraño, á un ser desprovisto de todo derecho?

—Y diría eso, pensaba la pobre jóven, y ningún juez de la tierra se atrevería á arrancarme mi hija.

Durante la noche su sueño era agitadísimo é interrumpido por vil visiones á cual más terribles.

De pronto veía á Rivadavia tendido en el suelo, cubierto de aridas, y á su marido que lo contemplaba con una expresión de azo infinito, armado aún del cuchillo con que le había dado muerte.

Aquella visión era terrible, porque detrás de ella veía la mano de su esposo tendida hácia su hija que se la arrebatava y la llevaba lejos de ella, donde jamás volvería á verla.

Otras veces el cuadro era diverso, pues era Diaz el caído, y Rivadavia el que lo hería sin piedad para darle muerte.

Y él, moribundo, la maldecía, maldecía á su hija y les deseaba todo el mal posible, desde la miseria y la vergüenza, hasta la muerte.

Y escuchaba la palabra tremenda de Diaz que le decía :

—La palabra del moribundo es la única que llega hasta el trono de Dios, y su maldición es la única que hiere de muerte: tú me matas de una manera terrible, y de una manera terrible morirás.

El crimen engendra el crimen y tú vendrás á morir sola y miserable como yo, abandonada de esa hija á quien tanto amas, y teniendo que maldecirla á tu vez, por las infamias que contigo habré cometido.

Morirás, pues, vencida por la más honda desesperación, anegada por la vergüenza, y tal vez maldecida por tu hija misma.

—Mátame, impío, tú también á quien emplazo ante la justicia de Dios: mátame de una vez para que mi maldición se cumpla pronto.

Isabel lanzaba entónces gritos sofocados por el terror que hacían acudir al capitán á su camarote pensando que algo le sucedía.

Estas visiones y pesadillas afectaban la salud de Isabel, que empalidecía y enflaquecía de una manera notable.

—Por Dios, señora,—le decía el capitán,—¿qué cuentas voy á darle á mi amigo Rivadavia, que puede pensar que el trato á bordo no ha sido bueno?

Es necesario que usted liberte su espíritu de preocupaciones dañinas, de otro modo puede enfermar, lo que sería peor aún, pues la niña se vería privada de sus cuidados.

Esta reflexión hacía que Isabel se tranquilizara un poco, temiendo enfermar, no por ella sino por su hija, pero á los pocos días volvía á caer á sus tristes pensamientos y á sus preocupaciones sombrías.

Y al pensar en que ella podía ser la causa de la muerte de Díaz, sentía un remordimiento agudo y mortificante, pensando en que jamás podría tener conformidad con ser causante de la muerte de un hombre: tenía temor á un castigo del cielo, en su hija, pues de ella misma poco le importaba.

En vano eran los esfuerzos del capitán por distraerla: olvidaba un poco para volver á caer con más fuerza á su preocupación eterna y en su eterna pesadilla.

Los sueños variaban otras veces en los detalles, pero siempre su base era la muerte de Díaz á manos de Rivadavia ó la de Rivadavia á manos de Díaz.

El capitán, franco como todo hombre de mar, estaba al cabo de la historia de la jóven.

Su amigo Rivadavia al poner bajo su amparo á su amante y su hija, se la había referido, de modo que se hallaba en condiciones de poderla consolar y alentarla con ciertas reflexiones claras y terminantes.

—Es preciso que usted no se aflija de esta manera, le decía, pues no hay motivo para tanto: este viaje hará perder el rumbo á los que la buscan y comprender que todo empeño es en vano.

¿Por qué ha de amargar su existencia de esta manera, con pensamientos tristes de cosas que no han de suceder?

Esto puede traerle una enfermedad seria cuyas consecuencias serían fatales á su bella hija.

Aunque no sea más que por ella, usted debe desechar pesares.

—No puedo, respondía Isabel llorando con amargura: despierta, hago lo posible por olvidar mi situación, pero una vez dormida me asaltan sueños terribles.

Hay un pensamiento, sobre todo, que turba mi sueño hasta

el horror: y refería entónces sus horribles visiones de muerte y remordimiento.

—Pues es necesario que usted aleje de sí semejantes ideas, porque ellas no tienen fundamento sólido.

Su marido habrá venido á Buenos Aires á buscar á ustedes, pero no á provocar un lance con un hombre que le lleva la suprema ventaja de la edad y del corazón mismo.

Además, Rivadavia juró á usted por la vida de su hija que no aceptaría una aventura como esa, y usted debe reposar en su juramento.

El sabe bien que cualquiera que fuese el resultado de un duelo con su marido las consecuencias vendrían á herir á ustedes de rechazo, y tiene bastante juicio para no exponerlas á una situación desesperante.

La primera víctima sería su hija misma, á quién expondría á quedar sin padre, y á merced de un hombre que debe aborrecerla tanto cuanto la amó antes.

No piense, pues, usted en un duelo imposible y previsto, indudablemente, por Rivadavia.

Usted será buscada, á pleito, no hay duda, pero bien pronto tendrán que convencerse que toda pesquisa es inútil, y la dejarán en paz.

Nuestro viaje no es obra de un día, ni de un mes: tienen entónces tiempo de convencerse que usted no está en el país y renunciarán á la esperanza de hallarla.

Puede ser bien que supiera donde se ha dirigido usted y quisiera seguir su persecución hasta la Europa misma.

Pero esto mismo sería de resultados negativos, puesto que cuanto él llegara á Burdeos nosotros vendríamos ya de vuelta.

Conque á no afligirse, que va usted á enflaquecer enormemente y creer mi amigo, á pesar de lo que usted le diga, que no la he tratado á bordo como debía, lo que me sería sumamente doloroso.

Estas palabras daban algún consuelo á la jóven y la hacían contraer el propósito de no afligirse; pero pocos días duraba la alegría forzada de que hacía gala para comunicarla á su hijita.

Junto con la noche volvían los pensamientos tristes y las mismas

Y el capitán contribuía á hacer más latentes aquellos alegres cuadros, haciéndole referir la manera cómo había seducido al fraile hasta hacerse llevar á la casa y recomendar como uno de sus mejores hijos de confesión.

¡Cómo reía el noble marino al escuchar la narración de aquellas escenas descritas á la jóven por el mismo Rivadavia!

¡Y se figuraba ver la imágen rubicunda del fraile, respirando, al extasiarse ante la sopera de chocolate ofrecida por la jóven!

—Cuenta usted, señora, cuenta usted, le decía, que yo siento rejuvenecer al escucharla: qué cara no habrá puesto el fraile al comprender los manejos de su impío protegido: ¡seguro que no volverá á tomar un solo trago de chocolate en su vida, sin que se le presente en la boca de la taza la fisonomía diabólicamente traviesa de aquel estudiante infernal!

El creía que aquello iba á durar toda la vida: ¡lindo chasco se ha pegado! ¡no podrá ya ver un estudiante haciendo su cruz más eficaz!

—Y sin embargo era un buen hombre; yo estaba habituado á verlo desde mi más tierna edad; porque su fondo era bueno: que sus consejos me habrían llevado al martirio, ellos no eran malos, siendo santo su objeto.

No me pesa, como es natural, el no haberlos seguido, creo que siguiéndolos hubiera sido menos desventurada en mi matrimonio.

¡Oh, señor! ¡estar ligada por toda la vida á un hombre que no se ama, á un hombre que empieza por ser indiferente y concluye por ser odioso, es el peor martirio á que puede entregarse una mujer!

Esta es la desventura de toda mujer puesta en ese caso, la que precipita al mal camino ó lo que la hace maldecir de su existencia misma.

Para ser feliz una mujer es preciso que ella misma se entregue á su marido y no se le maneje como un mueble que se entrega á quien mero que lo solicita.

Como se vé, la jóven se hallaba empapada en las ideas tristes por su amante.

El capitán se hallaba encantado ante el candor é ingenuidad de aquella bellísima mujer, que se había perdido por huír á un destino insoportable, hecho contra todo el torrente de su vo-

El capitán necesitaba por lo ménos veinte días para practicar el trabajo y carga de su buque; resolviendo aprovecharlos en descansar y divertir á Isabel, para que perdiera hasta el último momento de la pena que la afligía.

La transición de Córdoba á Burdeos era asombrosa, de modo que Isabel pisó á tierra su admiración empezó á aumentar de una manera fabulosa.

El capitán sabía Rivadavia lo que había hecho al confiar á aquel hombre el cuidado de su mujer y su hija: un padre no se habría confiado con mayor variño y desvelo.

En los momentos que le quedaban libres durante el día y toda la noche, los empleaba en llevar á Isabel y su hija á todos aquellos lugares que pudieran importar una diversión ó un simple pasaje.

De tal manera que la jóven no tenía tiempo para pensar en su destino tan afligente, pues postrada por el cansancio dormía profundamente, sin tener más sueños que los que se referían á su futuro al lado de su amante.

El capitán cuánto ansiaba volver á Buenos Aires para verlo de nuevo y separarse jamás por cualquier cosa que sucediera!

Los pesares se arrostran mejor juntos, pensaba; es mucha satisfacción estar separados, porque nadie puede proporcionar consuelo que aquel por quien todo se ha sacrificado.

Por fin el tan deseado día del regreso llegó y el capitán lo anunció á Isabel con aquella sonrisa que nunca se había borrado de sus labios.

El alborozo fué general, pues hasta la niña batió sus palmas de contento de que iba á ver al querido papá.

Lo que había era que esto no podía realizarse sino después de una peregrinación penosa y larga.

Los viajes á Europa no se hacían en los veinte días de ahora: eran ó cuatro meses mortales, llenos de las mayores emociones.

En todos los viajes descriptos debe haber una tempestad casi naufragio, según la fórmula consagrada.

Pero aquí no debe suceder lo mismo, porque no podemos contar la verdad de los sucesos que narramos.

El viaje de regreso fué tan feliz como el de partida.

Ningún contratiempo vino á turbar la tranquilidad de los viajeros, que pasaron los tres meses de viaje en medio del tiempo más bonancible.

—Ya vé usted que todo no ha de ser desgracias, decía á Isabel el capitán.

Esto debe demostrarle que Dios no se mezcla en las cosas de la tierra y que si se mezcla, este tiempo que nos hace sería una prueba de que Dios ha tomado á ustedes bajo sus más decidida protección.

En todos los viajes que he hecho, que son bastantes, nunca he llevado una navegación tan tranquila y espléndida.

Este es un viaje redondo que hará época en mi vida de marino, porque no volverá á repetirse aunque navegue cincuenta años más.

—Tal vez Dios se haya apiadado de mí, respondía Isabel, me mande en este viaje feliz la expresión de su perdón: ¡ojalá sea así!

Si yo pequé estoy dispuesta á sufrir las consecuencias, pero no debe sufrirlas también un inocente que nada ha tenido que ver con mi pecado.

Las faltas de los padres caen sobre los hijos hasta la cuarta generación, dicen, pero yo tengo otra idea de la grandeza de Dios y no puedo creer que él castigue en un sér inocente y puro, faltas que no pensó en cometer.

Su justicia es como su misericordia, grande é infinita.

¡Con qué placer inmenso recibió Isabel la noticia de que cesaban aguas argentinas!

¡Cómo se dilató su corazón al saber que dentro de breves horas estaría con su hija y al lado de su amante en tierra de Buenos Aires!

Al anclar el buque en el puerto, una duda sombría asaltó

razón de la hermosa jóven: ¿qué habría sucedido durante su ausencia!

Su marido había venido á Buenos Aires, fuera de toda duda, y esto que era su venida lo que había motivado su viaje.

Irritado, excitado por el abandono y la ofensa, habría tratado de vengarse y se habría visto con Rivadavia antes ó después de convencerse que ella no estaba en el país.

¿Habría sucedido alguna desgracia? ¿la esperaría alguna noticia fatal, ó sería su mismo marido el que iba á recibirla á su llegada?

El corazón de la jóven no pudo resistir el choque de todos estos sentimientos y rompió á llorar amargamente.

—Pero ¿niña!—exclamó el capitán al verla llorar, ¿es posible que al llegar á Buenos Aires se aflija de esta manera? ¿teme usted algo ó le pesa su regreso?

—Temo, sí, tengo miedo de encontrarme con alguna noticia tal, repuso: es un miedo que me oprime la garganta como un gal y que me hace pasar por angustias tremendas.

Y explicó al leal marino las causas de aquel llanto que ahogaba en su corazón la dicha de hallarse nuevamente en Buenos Aires.

El capitán trató de destruir en ella todo temor de desgracias, de convencerla que su miedo era infundado, pero la jóven siguió llorando abrazada de su hija, porque decía que el corazón le anunciaba una desgracia.

—Yo no quiero bajar á tierra hasta que no sepa lo que ha sucedido, hasta que Rivadavia no venga á buscarme, porque si vez de hallarlo á él, fuera á encontrarme con ese hombre, el dolor me mataría.

—Bueno, repuso el capitán, yo iré á darle la grata noticia de nuestra vuelta.

Tan segura estaba Isabel en el amor del jóven, que ni un solo momento dudó que éste se mantendría en la misma intensidad que había dejado.

Estaba perfectamente segura que el jóven no la habría olvidado un solo instante, y que guardaría aún en su corazón el recuerdo del último beso, como lo guardaba ella misma, y la caricia de la última palabra.

—Yo no podré bajar á tierra hasta mucho después de haber fondeado, dijo el capitán, porque tengo que hacer á bordo; pero mandaré avisar á mi amigo que hemos llegado y estoy seguro que será la primer cara argentina que usted verá.

Se preparaba el capitán á cumplir esta promesa, cuando una ballenera atracó al buque, un jóven saltó sobre la cubierta y corrió hácia el camarote del capitán: era Rivadavia, Rivadavia que conocía más ó ménos la época en que el buque debía volver, y que hacía más de ocho días que esperaba su llegada con creciente ansiedad.

Porque el jóven también había sufrido hondamente en las últimas semanas, afligido por otro género de dudas.

Las noticias de pérdidas de buques eran frecuentes: la navegación era larga y penosa y muchísimas las contrariedades y peligros de tan larga cruzada.

Un viaje sin accidente era difícil y él ya se había informado por gente práctica, que un viaje sin ningún incidente podía contarse como un fenómeno.

Si él hubiera sabido esto antes, hubiera adoptado cualquier otra resolución para no exponer á tantos peligros á su amante y su hija.

Pero era ya tarde para retroceder y no había más remedio que esperar pacientemente la vuelta.

Cuando pasó el término que había fijado para la vuelta su amigo el capitán, Rivadavia empezó á experimentar serios temores, temores que aumentaban á medida que pasaba el tiempo sin tener la menor noticia.

¿Se habría perdido el buque? ¿habrían corrido algún temporal que les hubiera causado algunas averías y obligado á detener en algún puerto del tránsito á repararlas?

¡Pobre Isabel! ¡pobre su hija Dominga! ¡lejos de los seres queridos en medio del océano y del peligro, lo habrían llamado inútilmente en el momento supremo, y la tempestad se habría desencadenado sobre sus cabezas y bajo sus piés, sin haber tenido un refugio donde huír al espanto de la muerte!

Afligida Isabel ante situación tan desesperante y viendo m

su hija, tal vez habría renegado de su amor como única culpa de aquel cataclismo y lo habría maldecido.

Y el jóven se mortificaba ante estos pensamientos, hasta el extremo que sólo se lo pasaba en la ribera espionando la llegada del buque, é interrogando á cada instante á las personas que suponía pasar al cabo.

La muerte de Diaz le había hecho una impresión fuertemente desagradable: no esperaba que aquel hombre se hubiera arrancado la vida para huir á su dolor y hasta empezaba á volverse superstitioso.

Fray Andrés le había escrito una carta afeándole su conducta asegurándole que el que tales cosas hacía, no podía esperar del cielo sino el castigo de sus faltas y que este sería tan grande como el crimen por él cometido.

«Dios castiga en los hijos y en los séres que se aman», blasfemaba el fraile, porque tal aseveración importa una blasfemia, y todavía que otras veces había reído de este ultramontanismo, preocupado con la demora del buque, se había dejado vencer por la tristeza al extremo de olvidar los mismos principios de la lógica.

Sus amigos íntimos, dueños del secreto de aquella tristeza que amenazaba degenerar en melancolía, con los mismos argumentos del jóven trataban de mostrarle que aún no había razón para temer, que no podía exigirse exactitud en la llegada de un buque cuyo viaje dependía de mil contingencias ajenas á todo aligro.

Y el jóven se convencía de que su preocupación y temores eran innatamente exagerados, pero, qué quieren, decía, estoy triste á pesar de convenir en que no tengo razón y mi tristeza se hace ya desesperante.

Si el buque tarda diez días más, me embarco yo también y voy por indagando puerto por puerto, hasta no dar con el buque que sepa con seguridad qué es lo que ha motivado su retardo.

—Pero, ¿por qué te has de empeñar en que precisamente sea haber sucedido algo?

La salida de los buques depende, desde los cargadores, que una vez concluyen de cargar en el tiempo fijado, hasta de los

marineros que han de formar su tripulación, y del tiempo á propósito para hacerse á la vela, lo que muchas veces á de causar demoras de más de veinte días, sin contar los que, por efecto de la misma calma, puedan perderse en la travesía.

—Convengo en ello y me convengo, decía Rivadavia sonriendo, pero mis temores son más fuertes que la lógica misma y que mi propio convencimiento.

Ellos están arriba de toda razón á pesar mío, y sólo podrán disiparse con la llegada del buque.

De otro modo y mientras más tiempo pase, será mayor mi angustia y mi sobresalto.

Es que Rivadavia amaba tan profundamente á su hijita que le parecía que la inmensa dicha de poseerla era demasiado para no ser alterada por la fatalidad.

Pensaba que no era posible tanta ventura, sin tener que pagar algún tributo á la fatalidad.

Isabel lo preocupaba ménos, aunque era grande también su amor por ella.

Ella, por su edad, estaba expuesta á menores peligros, mientras que la pobre niña habría tenido que luchar con una alimentación completamente ajena á sus hálitos y que en tal travesía entónces se hacía á fuerza de carnes saladas, conservas y artículos de larga duración.

—Quiera Dios, murmuraba, que esto no le cueste una enfermedad grave, si es que no se ha enfermado á bordo lejos de todo socorro científico y hasta de toda asistencia.

Y en cuanto amanecía el día, se iba á la ribera, de donde no regresaba hasta después de cerrada la noche, haciendo siempre sus mismas averiguaciones.

Allí iban á buscarlo sus amigos, arrancándolo con mucha dificultad el tiempo preciso para comer.

—¡Caramba! murmuraba, acosado por lás alegres bromas de sus compañeros, quiera Dios que no haya sido peor el remedio que la enfermedad, y que creyendo hallar el bien de todos no haya labrado nuestra propia desgracia.

—¡Pero no seas necio, le decían, para lamentarte; espera si-

quiera que sucedan las cosas, pues francamente, no es tolerable que un individuo se ponga á lamentarse con anticipación de desgracias que aunque pueden suceder remotamente, nada indica que hayan sucedido!

Es indudable que tú mismo has de morir algún día, puesto que la inmortalidad de la materia es imposible: pues sería gracioso que te pusieras ahora á lamentarte porque has de morir, y que esa seguridad llegara hasta amargarte la vida.

Y si eso no es tolerable en hechos que desgraciada y fatalmente van de producirse, ¿cómo quieres que se tolere en hechos problemáticos que tienen más probabilidades de no haber sucedido y de no suceder?

Es indudable que tu hija misma por quien tanto amor tienes, ha de morir algún día: ¿pues empieza á lamentarte desde ya y á preparar su muerte!

El amor y el cariño te han turbado la inteligencia, y si sigues así te declaramos que procederemos á darte un manteo.

— Confieso que me he idiotizado, respondía Rivadavia riendo alegremente antes los argumentos de sus amigos ante sus cariñosas amenazas, y confieso también que merezco, no sólo uno sino varios manteos.

Pero, amigos míos, mi preocupación es más fuerte que yo, pues la tengo á pesar de las mismas razones que doy yo mismo y el mismo ridículo en que me pongo ante mí mismo.

Hay veces que siento el deseo de santiguarme con un par de bofetones de mano maestra, ó un par de cabezazos contra la pared, al verme tan necio, y me propongo no volver á pensar más en esto hasta la llegada del buque.

Pero media hora después de pensar de esta manera, me tienen ustedes dado al diablo, más triste y más preocupado que nunca.

Es inútil entónces que me digan una palabra más porque no van á lograr lo que he logrado yo mismo.

Déjenme entónces con mis necedades y no se ocupen de mí hasta que no vuelva Isabel, única manera como yo puedo recuperar el apogeo de mi razón y de mi inteligencia: ahora confieso de bato que estoy hecho un imbécil de lo más insoportable que pueda hacer de vientre de mujer.

Ante tales y tan terminantes declaraciones, los amigos resolvieron no insistir más y limitarse solo á distraer al jóven, única manera de combatir la melancolía que se había apoderado de él por completo.

El día antes de la llegada del buque, Rivadavia no había comido, lo había pasado entregado á pensamientos tan raros y tristes, que se había negado á permanecer en sociedad con sus amigos.

—Déjenme solo hoy, les dijo, les ruego que no me digan una sola palabra, porque mi desesperación toca ya á su límite y saldré a Dios hasta donde podrá conducirme.

Los amigos se retiraron sin hacerle la menor observación, pero quedaron en acecho; tenían miedo que en un momento de estruendo se arrojará al agua, y querían estar cerca para evitar cualquier tentativa.

Pero no era esta tal vez la idea del jóven, puesto que con los anteriores, pasó aquel día con la vista fija en el horizonte, pálido y visiblemente conmovido.

A la caída de la tarde y cuando hubo perdido toda esperanza de ver llegar el buque, se retiró con paso lento y ademán desesperado.

—No vendrá tal vez mañana tampoco, le oyeron murmurar sus amigos mientras se alejaba.

Pues si no viene hasta la salida de cualquier vapor, me embarco y voy á buscar noticias, porque en esta incertidumbre no es posible vivir.

El jóven tomó el camino de su casa, desapareciendo bien pronto á la vista de sus amigos, que convinieron instantáneamente en esto:

Es preciso no dejarlo embarcar, aunque tuvieramos que emplear la violencia.

El buque tarda mucho en efecto, y es posible que algo haya sucedido; y si esto es así y su hija o la madre han desaparecido, Rivadavia no se vá á poder contener, por lo ménos va á arrojar al agua.

¡ Si en la duda está así, qué sería en la certeza de una desgracia!

Seguramente no vá á tener el valor de la conformidad.

Y aquella noche fueron á hacerle compañía, logrando disraerlo algo.

Al otro día de madrugada ya estaba Rivadavia observando el horizonte, é interrogando á los que tenían anteojo de larga vista á los que esperaban también el mismo buque porque traía carga para ellos.

A eso de las diez de la mañana, Rivadavia se trasformó ante una noticia que acababan de darle: el tan esperado buque se había presentado á la vista, á unas ocho leguas á lo más, del punto donde debía fondear.

La inmensa alegría del jóven puèden bien calcularla: saltó como un colegial, batió palmas como un niño ante un hermoso juguete y preguntó: ¿y á qué hora podremos hablar con el capitán?

—Creo, repuso el portador de la noticia, que á lo más, dentro de tres horas podremos estar sobre cubierta.

—¡Tres horas todavía! ¡vaya que se ha hecho desear el tal buquecito! estoy seguro que nunca ha sido esperado con tanta ansiedad.

—Debe haber corrido algún temporal, respondió el que le trasmitía tan alarmantes temores; es la única manera como puede explicarse tan gran demora.

Aquí se reprodujeron los temores del jóven, aunque con menos intensidad por la presencia del buque.

Si el buque había corrido un temporal, Isabel y Dominga habrían sufrido de una manera terrible.

¿Vendrían con vida? ¿no les habría sucedido alguna desgracia séria?

El jóven se paseaba dominando á duras penas su impaciencia y consultando á cada instante su reloj, para ver cuando llegaban las tres horas calculadas.

Por fin el buque estuvo al alcance del ojo desnudo y Rivadavia lo devoró con una mirada poderosa, como si quisiera dominar cuanto venía adentro.

Aún no había detenido su marcha el buque, cuando ya el jóven se había embarcado en una ballenera y se dirigía á él.

Aquel trecho de la ribera al buque le pareció terriblement largo, tal era su ansiedad por llegar.

Por fin saltó sobre cubierta y se abrazó de su amigo el capitán cuando éste ménos lo esperaba, puesto que se ocupaba en mandar á tierra un marinero para que le avisara su llegada.

—¡ Amigo querido! exclamó: estaba ocupado en dar á ese buen mozo las señas de su casa para mandarlo saludar y avisar nuestra feliz llegada.

—Ante todo, amigo mío, ¿cómo están? ¿cómo vienen? ¿qué les ha sucedido? preguntó el jóven precipitadamente y como quisiera arrancar una contestación inmediata.

—¡ Bien, por todos los infiernos! exclamó el noble marino vienen tan bien como usted, después de haber hecho el viaje tan feliz que pueda imaginarse.

—¡ Bendito sea, mi Dios! exclamó entónces el jóven alzando las manos al cielo y en el completo dominio de su alegría: ¡ á verlas, por los diablos! á verlas, que me parece un siglo que no le estrecho entre mis brazos.

—Un momento, porque hay que andarse con cautela en esas de impresiones.

Ella, desde que llegamos, llora amargamente, dudando si le ha sucedido á usted una desgracia, por la situación violenta que lo dejó: teme y llora sin consuelo, en la duda de si será usted ó su marido quien la reciba al desembarcar, no queriendo bajar á tierra hasta no haber recibido de usted cuatro líneas.

—¡ Pobre mi Isabel! ¡ felizmente no tiene nada que teme la suerte parece que nos protege de todos modos, y aquel imbécil no volverá á molestarnos más: vaya usted, pues, á prepararse para recibirme; la alegría, como la pena, cuando asaltan así un golpe, suelen tener malas consecuencias.

—Pues espere ahí en mi camarote, yo le diré que usted me ha mandado decir que vendrá á bordo á buscarla y que no tiene nada que temer por su felicidad.

—¡ Superior, pronto que apenas puedo contenerme!

El capitán se dirigió al camarote de la jóven, que estaba llorando en medio de su cruel incertidumbre.

—No llore usted así, niña feliz, le dijo, ¡que tengo una buena noticia que darle!

—No hay para mí buena noticia posible, sino después de saber la contestación que traiga la persona que usted vá á mandar á tierra.

—Pues mi noticia es mucho mejor que la que ésta pueda traerme, porque es espontánea y más rápida.

—Entonces démela usted pronto, porque con ella me sacaré de la pena más terrible, volviendo la paz á mi alma.

—Pues alégrese niña y dé gracias al cielo, porque acaba de llegar á bordo un sirviente de Rivadavia á saber noticias de ustedes y á decirme que dentro de un cuarto de hora estará con nosotros.

La jóven miró al capitán de una manera inmensa y una expresión de inmensa alegría brilló en su semblante.

—¿Cierto?—preguntó prendiéndose de un brazo del marino, ¿no me engaña usted? ¿no me dice todo eso para consolarme?

—No sería capaz de dar esperanzas cuya pérdida pudiera traer consecuencias tremendas: he dicho la verdad: Rivadavia, que sin duda nos espera, desde el día en que debíamos haber llegado, en cuanto ha avistado el buque ha mandado quien nos salude y nos pida noticias de ustedes.

La jóven empezó á reír, á acariciar á Dominga como una loca, y á saltar en el camarote como una niña á quien se le entrega la soñada muñeca.

—Bueno, ¿dónde está el sirviente? Yo quiero hablar con él, quiero que me diga á mí todas esas cosas y otras más que yo le preguntaré.

¡Ah! ¡ingrato! añadió, ¡por qué no habrá venido él mismo! ¡por qué no habrá venido á sorprender en mi corazón esta dicha suprema! ¡cuánto se lo hubiera agradecido!

Un momento y voy á llamarlo, repuso el capitán, verá usted cómo no la he engañado lo más mínimo.

Y fué á salir del cuartito, pero tropezó con el amigo que im-

paciente se había venido hasta la puerta del camarote para acortar el camino.

El capitán se hizo á un lado entónces y el jóven saltó al camarote abrazando con una mirada llena de pasión á las personas que allí estaban.

Isabel que esperaba al sirviente de Rivadavia, al ver entrar á éste mismo, tembló toda, se puso densamente pálida y quedó muda y asombrada mirando al jóven de una manera íntima y apasionada.

Y temblaba toda, sin atinar á pronunciar una palabra ni á moverse de donde estaba.

A no ser por la sonrisa de su espléndida boca se hubiera creído que estaba bajo la impresión del terror más íntimo.

El jóven la estrechó entre sus brazos diciéndole entre mil caricias: ¿y cómo creías que mandaría un sirviente pudiendo venir yo mismo? ¿cómo crees que había de confiar á otro la inmensa ventura de recibir la primer noticia de ustedes?

¡Hace quince días lo ménos que espío este momento, de la mañana á la noche, jurándome que sería la primera persona que verían ustedes!

La niña estaba tan aturdida como la madre: desde que oyó hablar al jóven lo había reconocido, y sonreía con su sonrisa de ángel sin decidirse á acercársele.

Por fin tendió hácia él sus manecitas, y le llamó cariñosamente.

El jóven la levantó en sus brazos, no sabiendo á quien prodigar sus caricias, si á la hija ó á la madre.

Y el capitán presenciaba aquella escena, envidiando la felicidad que debía rebosar en aquellos corazones.

—Voy á ocuparme de mi quehacer, dijo, porque aquí les estorbo; los placeres del cariño son mayores cuando se manifiestan sin testigos: luego volveré y nos iremos á tierra.

Los jóvenes quedaron solos entregados á sus más íntimas caricias.

Ella narraba con una ingenuidad arrobadora todas sus dudas, todas sus mortificantes angustias, todas las penas que la habían acompañado durante su viaje.

—Temía que fucra á sucederle alguna desgracia, temblaba ante la idea que te vieras envuelto por mí en sérios peligros, le decía, y lloraba y lloraba, no teniendo otro consuelo.

¡ Ah! la incertidumbre y la duda lejos de los séres que se aman, es un martirio superior á todas las penas conocidas, porque es un martirio contra el que no hay consuelo.

—¡ Yo te compensaré con mi cariño infinito todo lo que has sufrido, hermosa mía! exclamaba él, y narraba también todas sus angustias y sus dudas sobre los peligros del viaje, al ver que el buque retardaba su llegaba y pasaban los días y los días sin tenerse le él la menor noticia.

Ya había decidido embarcarme pasado mañana, pues la vida, en la duda horrible de lo que habría sido del buque y de ustedes, ya se me había hecho insoportable.

El sol me sorprendía espionando el horizonte, y las primeras sombras de la noche se fundían con mi última mirada.

Y en vano indagaba y buscaba informes sin poder saber lo que había sido de ustedes, todas eran conjeturas y conjeturas de lo más mortificante; todo cálculo me era fatal, porque el retarlo no podía explicarse sinó por una causa grave.

¡ Ah! mi hermosa, la idea de un naufragio cuando este puede envolver las existencias que nos son más queridas, es algo que no se explica, pero que pesa sobre el corazón como una montaña: el hombre de carácter más firme se vuelve cobarde y hasta se tiene miedo de preguntar porque se cree que la respuesta debe sernós fatal.

Y los dos jóvenes se acariciaban profundamente y acariciaban á la pequeña Dominga, como si de aquella manera fueran á resarcirse de los sufrimientos pasados.

Isabel se consideraba feliz: solo una sombra se dibujaba en el cielo puro de su ventura, y esta sombra era su marido, por lo que éste pudiera intentar contra ella.

Y no se atrevía á preguntar al joven, porque esperaba que la respuesta vendría á confirmar su zozobra.

—¿ Que tienes? preguntó Rivadavia, adivinando una sombra en el espíritu de la joven; ¡ qué puede turbar tu alegría de este momento?

—Soy cobarde, respondió ella, y es tanta la felicidad que me sonrío en este momento, que temo perderla pronto.

Dime, ¿qué es de ese hombre? preguntó ruborizada y pudo rosa; confieso que le tengo miedo y que desearía saber qué distancia nos separa de él.

El jóven pensó un momento y repuso: una distancia insalvable: de ese hombre no tienes nada que temer. Dios está de nuestra parte y á este respecto puedes considerarte feliz.

—¿Ha muerto acaso? preguntó ella palideciendo de una manera intensa: ¿soy yo acaso la causa de su muerte?

Rivadavia no se atrevió á decir toda la verdad y repuso solamente:

—Ha muerto, sí, pero tu eres completamente ajena á esa desgracia, yo te lo aseguro.

¿Y tú también eres ajeno á ella? volvió á preguntar llena de agitación: dime la verdad porque ella es mucho mejor que la duda.

—Ni yo, ni tú: te dije ya que podías estar tranquila: yendo de Córdoba á Tucumán se le disparó el macho que montaba y se estrelló en el monte.

Nada tenemos que reprocharnos á este respecto: ha sido la mano de Dios que ha querido sin duda arrancarlo á una existencia desesperada.

Esto ha sido indudablemente mejor para él y para nosotros pues ni él sufre así la indudable e inmensa desventura de perder te, ni nosotros tenemos la preocupación de que venga alguien turbarnos la paz del alma.

—¿Y qué hizo en Buenos Aires durante su permanencia, cómo pudiste evitar el peligro de un encuentro con él?

—Pensando en ti y recordando el juramento que te hice antes de partir.

¡Oh! yo no sabía lo que juraba, porque no me sospeché nunca todo el esfuerzo que necesitaba hacer para soportar sus provocaciones.

Todo lo que un hombre puede hacer para provocar á otro, hizo aquel infeliz; pero siempre tu recuerdo santo vino en mi s

corro, y él tuvo que irse con la certeza de que nunca te encontraría, y de que un encuentro conmigo era imposible.

¡ Ah! ¡ si no hubiera sido la idea de que ustedes me necesitaban! pero no hablemos más de eso, he cumplido con mi amor, aunque para ello haya torturado todos los otros sentimientos; no me pesa y el resultado ha sido superior á todo cálculo.

Isabel compensó á Rivadavia con sus más delicadas caricias tanta muestra de amor, y libre ya de todo recelo, se entregó por completo al goce de la existencia feliz que la esperaba.

Hacía más de dos horas que los amantes estaban entregados á la plática más encantadora, cuando se presentó el capitán, que se había ya preparado para poder bajar á tierra.

—Supongo, dijo, que ya se se habrán ustedes arrullado lo bastante para poder ocuparse de otras cosas.

Vamos haciendo los preparativos necesarios y á tierra.

Media hora después, Rivadavia, Isabel, el capitán y la pequeña Dominga, subían en una lancha y se dirigían á tierra.

¡ Con cuanto placer volvió ella á aquel nido de amores que había tenido que abandonar de una manera tan inusitada!

Durante su ausencia, Rivadavia lo había embellecido con cuanto objeto lindo y cómodo había hallado, de modo que en cada pieza, en cada rincón, en cada mueble hallaba ella pruebas de aquel cariño delicado y un testimonio de que allí no había sido olvidada un solo momento.

Y cada adorno, cada juguete nuevo, era pagado sobre tablas con una caricia y una sonrisa.

Era la mujer que se encontraba en el dominio de la suprema felicidad, y que sentía desmayado el corazón ante el objeto de su amor.

—Todo te lo he sacrificado, le decía, pero te volvería á sacrificar mucho más, porque eres digno de ella.

¡ Oh, la vida del cariño! no hay nada que la compense, ni que se le pueda comparar: soy feliz á pesar de todo, completamente feliz, puesto que he vivido en tu recuerdo en todo momento.

Esto retempla mis fuerzas y me dá valor para soportar todo lo que venga.

—No temas nada, hermosa mía, el cielo de nuestro amor ha despejado y no vendrá ya á oscurecerlo nube alguna; es Dios que sanciona así nuestro cariño y nos muestra que los corazones que han nacido para quererse no hay valla alguna que pueda separarlos.

¿Es acaso suficiente un juramento que se arranca por fuerza y cuatro cruces en el aire que hace un hipócrita, para amarrar el espíritu de un sér humano y hacerlo hasta desistir de la misión divina que lo empuja á la vida del amor?

No, seguramente; el corazón se subleva, las pasiones estallan y el espíritu sacude el yugo, buscando el aire y el sol que necesita para su vida y que no es otra cosa que la vida del amor verdadero, el amor que brota en el corazón al contacto de otro espíritu y sube á la cabeza subyugando todo el organismo.

Esta era nuestra misión sobre la tierra entónces.

Un medio siglo, con sus nieves y sus páramos, se había interpuesto entre nosotros, y á través de esos páramos, nuestras almas se fundieron y nuestros corazones latieron al unísono, con más vigor que nunca.

Y es Dios mismo el que suprime aquellos páramos y aquellas nieves, enviándonos una eterna primavera, á cuyas brisas tibias y perfumadas se abrirán nuestras almas como una de tantas flores.

Isabel estaba arrobada: encontraba á su amante más apasionado y más cariñoso que nunca, dispuesto á sacrificar á su felicidad el resto de su vida.

Qué le importaba entónces todo lo demás desde que para completo de aquella felicidad tenía á su lado á su hijita, eslabón vivo que unía aquellos dos espíritus.

¡Sólo un vacío sentía Isabel en su corazón, y ese vacío era la falta de la madre por quien era idólatra, y cuyas caricias no venían ya á despertarla por la mañana, ni á arrullarla en la noche!

—No me conformo con que ella esté lejos de mi, le decía, y no contemple toda la felicidad que embellece mi vida.

No te aflijas por eso, vida mía, contestaba Rivadavia, que ya verás llenos tus deseos.

El corazón de la madre no olvida nunca el amor de sus hijos, cualquiera que sea el motivo del alejamiento.

Su ambición es acercarse al hijo, y siempre grande, siempre magnánima, todo lo disculpa y todo lo perdona: ella no vé, ni quiere más que la felicidad del hijo, y todo lo que tiende á completarla, lo mira ella como un deber ineludible y lo ejecuta á costa de los mayores sacrificios de la vida.

—Sí, yo le lloraré, yo le pediré perdón, yo lloraré implorando su clemencia.

—Y ella te tenderá sus brazos amorosos y te mirará con ese foco de celeste ternura que no irradia sino en los ojos de la madre; ella te llamará á sí, porque tu mereces ser feliz y no has hecho nada más que obedecer los impulsos naturales de tu corazón y las pasiones que en él puso la mano de Dios.

El capitán contemplaba aquel cuadro de suprema dicha, con una sonrisa llena de bondad y de mansedumbre: si no me hubiera casado ya con la vejez, dijo, tentado por ustedes, era capaz de casarme mañana mismo.

¡Oh! ¡la juventud, la juventud! ¡desgraciado del que no aproveche todo el tesoro de felicidad que ella encierra! ¡después no puede hacerse retroceder el tiempo, y cuando uno se acuerda es demasiado tarde!

—¡Nunca es tarde cuando la dicha es buena! contestó Rivadavia con todo el sabor criollo de este dicho gauchesco: lo que hay es que es necesario hermanar bien los sentimientos para que no sucedan catástrofes, porque los únicos extremos que no podrán jamás tocarse son los representados por la juventud y la vejez.

La casa de Rivadavia desde aquel día estaba de eterna fiesta.

Los amigos del jóven, aquellos mismos que le habían hecho la centinela, alarmados con su estado, se apresuraban á darle la doble felicitación de la vuelta de la jóven y por la tranquilidad de su espíritu.

Y ella se extasiaba ante la narración de aquellas largas esperanzas de Rivadavia, en que su razón se extraviaba por la horrible

incertidumbre de lo que habría sido del buque cuya vuelta se hacía desear de aquella manera.

Y la joven sentía halagado su corazón y tranquila su conciencia: ignoraba la tremenda verdad de la muerte de Diaz, cuyos detalles le habrían producido una inmensa amargura, porque ella era buena, se había separado de él porque no lo amaba y porque no hubiera podido vivir separada de su amante, pero sin ódio alguno en el corazón y sin desear el menor mal para aquel hombre que, por otra parte, sólo era reo del delito de haberla amado, sin preocuparse de si podía ó no ser correspondido.

Si Isabel hubiera sabido que Diaz se había quitado la vida por no poder soportar el golpe recibido, hubiera sentido un remordimiento que le habría amargado siempre sus horas más felices.

Desde aquel día empezó una existencia nueva para los dos amantes, puesto que quedaban libres de todo temor y de todo peligro.

La sociedad ménos rígida se habituó á ver aquel hogar y aunque Isabel no fué aceptada en el rango que había ocupado siempre, la pequeña Dominga fué aceptada como hija de Rivadavia, usando su apellido, que ha conservado hasta su muerte reciente.

Ahora veremos cómo aquella naturaleza dulce y que crecía bajo el amor sin límites de sus padres, pudo desarrollarse de una manera feroz, revelando los instinto más brutales y malvados que puedan concebirse.



Dominga Rivadavia

Los años empezaron á deslizarse en medio de la mayor felicidad, tanto para Rivadavia como para Isabel.

La pequeña Dominga crecía bajo el amparo de aquel doble amor y su belleza se iba acentuando cada vez más y prometiendo superar la de la misma madre.

Era una niña gentil y bella, de hermosos é imponderables ojos pardos, que miraban con una mansedumbre encantadora y e una expresión de infinita bondad.

Extasiado ante la hermosura de la niña: mi hija es un ángel decía Rivadavia, á cuyo amor celeste siento agigantarse mi espíritu.

Y Dominga iba educándose de la manera más brillante que era posible en aquella época, pues para ella ambicionaba el j6ven mejor posición social de Buenos Aires.

¡ Ah! la ambición del hombre para la felicidad de sus hijos tiene límite como no los tiene su abnegación.

Todo es poco para lo que él deseá y nunca se halla satisfecho aún de sí mismo.

Isabel y Rivadavia vivían, pues, exclusivamente dedicados labrar la felicidad de aquella hija querida que veían volverse crecer entre sus manos y entre sus cuidados, pues la j6ven contaba diez años y era ya una señorita con todo el desarrollo y la gracia de los catorce.

Los mismos y las concesiones de los padres, habían modifi-

cado mucho su carácter, que insensiblemente se volvía caprichoso y voluble.

Durante este tiempo entre los amantes no había existido el menor disgusto; una soia noche no se había empañado hasta entónces el cielo de su felicidad.

Pero así como los halagos paternales habían modificado el carácter de Dominga, la sociedad había empezado á modificar el corazón de Isabel.

Por complacer á Rivadavia primero, y por llevar á su hija más tarde, ella asistía á todas aquellas fiestas donde la sociedad desplegaba un verdadero boato, y á todas las reuniones y tertulias á que era invitada.

Poco á poco los placeres la fueron arrastrando en su vértigo invencible, y lo que al principio no era en ella más que una complacencia, se convirtió bien pronto en una necesidad de su espíritu.

Isabel quería brillar más que ninguna, y se presentaba siempre radiante de belleza y de joyas.

Los elogios y las galanterías que antes escuchaba con fastidio y con enojo, empezaban á arrullar su oído con la música envenenada de sus palabras.

Era ya ella la que tomaba la iniciativa para asistir á todos los paseos y tertulias posibles, con el pretexto de que era necesario llevar á la niña.

Aquel cambio no había pasado desapercibido para Rivadavia, hombre de mundo y perspicaz, pero nunca le dió un alcance dañino, ni una importancia capital.

—Es natural, pensaba: ella se ha criado en medio de aquel recato religioso, especie de grillete con que se amarra el espíritu: no ha tenido idea de los placeres que puede ofrecer el mundo y por eso no los ha deseado.

Hoy los ha probado todos y el vértigo la ha envuelto como era natural.

Su espíritu se ha deslumbrado al salir de la cárcel en que había vivido, y miéntras más goza más quiere gozar.

Ya se cansará, pues no hay cosa que no canse en este mundo

cuando se abusa de ella, y entónces el recogimiento y el tedio vendrán naturalmente y volverá á costarme sacarla de los placeres del hogar, que son los únicos que duran por la vida, cuando están cimentados en el aprecio y respeto que debe formar la base de toda sociedad conyugal.

Pero este modo de pensar de Rivadavia no era exacto, porque Isabel se encontraba también envuelta en el torbellino galante de la vida de salón y paseos, que es el más peligroso para una mujer, y sobre todo para una mujer hermosa que se hallaba en las condiciones especiales de la viuda de Diaz.

La frecuencia de oírse llamar hermosa, arrebatadora, magnífica, etc., iba gradualmente apagando el pudor del corazón y poniéndola en condiciones de escuchar galanterías más peligrosas.

Rivadavia, distraído en el amor de su hija y reposando en el cariño de Isabel, no trataba ya de cultivar este último, pensando que ya estaba asegurado sobre bases incommovibles.

Y si algo necesita cultivarse siempre, cada día, á cada momento, es el corazón de la mujer, insaciable para el cariño del marido, en quien vé su única felicidad, su único bienestar, y reanume todas las ambiciones.

El hombre que cultive siempre el corazón de su amante, colmándolo de cariño y no faltando á esas exquisitas atenciones del espíritu que nacen en el amor verdadero y el aprecio íntimo, tendrá siempre una mujer idólatra que no cambiará por nada del mundo el sonido de su palabra comedida y apasionada.

Rivadavia había olvidado esto, y descansaba indolentemente en el amor pasado, sin que viniera á renovarlo una palabra de ternura, ni una flor que asegurara el recuerdo en las horas de ausencia: demostraciones á la que el corazón femenino dá un valor imponderable.

Y el corazón de Isabel se había enfriado con aquella indiferencia aparente y peligrosa.

Pensaba que Rivadavia no la amaba ya con la pasión de otro tiempo pues ya estaba satisfecho el capricho del corazón.

Estas creencias fementadas hábilmente por la galantería interesada, empezaban á dar sus frutos, frutos terribles para el a-

mor de Rivadavia y fatales para el corazón de la pobre jóven.

Su mismo entusiasmo por el amante fué decayendo, y enfriándose en ella aquel amor idólatra que le profesara hasta entonces.

La mujer que falta al marido, falta al amante con mayor facilidad, pues con este último el pudor perdido no está ya de por medio y no hay la poderosa consideración del mal que se hace al marido, á la familia y a sí misma.

Muchas veces una mujer lo hace por castigar al amante, sin que haya precisamente una pasión de por medio.

Pero aquí no habia falta que castigar é Isabel se contenía.

Pero su círculo de adoradores crecía y la jóven empezaba á verse acosada por todas partes.

Muchas veces temiendo las consecuencias de lo que oía, volvía á su casa con el firme propósito de contarlo á su amante, pero la aparente indiferencia de éste la contenía, y guardaba silencio diciéndose: ¡qué le importa á él si ya no me ama!

Y su convicción á este respecto era tal, que si no hubiera sido por el gran amor que el jóven profesaba á su hija, hubiera creído que otro amor se lo robaba y que era esta la causa de su frialdad.

Rivadavia ignoraba lo que sucedía, por la confianza ciega que tenía en Isabel, y porque los interesados mismos no habían de venir á revelarles sus planes.

Todos galanteaban á Isabel, todos la deseaban y todos se hallaban subyugados por su belleza.

Pero temían á Rivadavia, á quien conocían impetuoso y delicado, y ninguno se habría animado á afrontar su cólera y su despecho.

Isabel que veía esto, se contenía más todavía, temiendo verdaderamente á su amante, á quien á pesar de todo, no había aún perdido el respeto.

Este, buscando siempre la felicidad de su amante, había provocado una reconciliación con la madre, sencilla y noble señora que, ante todo, amaba inmensamente á su hija, y deseaba volver á ver aquella nietita, cuyos primeros sueños había arrullado con su más plácida sonrisa.

¿Qué madre puede negar á una hija el perdón pedido, aunque la falta á perdonar revista el carácter más grave?

Aquella buena madre respondió á las cartas de Rivadavia llamando á su hija, ya que ella no podía venir en su busca.

El jóven la invitó á hacer un viaje que ella rehusó terminantemente.

—Moriría de vergüenza, dijo toda estremecida: ¿cómo quieres que soporte serena la mirada reprochante de mi buena madre? ¿cómo quieres que afronte la burla de aquella sociedad que conoce mi falta y que no la ha de haber perdonado por el escándalo que ella entrañaba?

Siento en el alma un pesar inmenso en no poder ir á recibir la bendición de la madre querida pero le conozco sin fuerzas para arrostrar la burla y la vergüenza.

Yo le escribiré, sí, escribiré reconocida á su perdón é indicándole las causas que me impiden el ir, y si ella viene algún día, hallará en mí la misma de siempre, pero un viaje á Córdoba jamás.

Rivadavia no insistió reconociendo el poder de las razones que le daba su amante y escribió á la señora demostrándole cuán justas eran.

Y él también pedía perdón como autor de aquella falta, invocando el amor que profesaba á su hija, amor demostrado de todas maneras.

¿Y qué ménos podía hacer la señora que perdonarlo también, para que influyera en que su hija le hiciera la visita tan deseada?

Ella estaba al cabo de la larga historia de aquellos amores, descubiertos á los dos años de existencia.

Sabía que Dominga no era de su yerno, y que el no separarse de su hija fué la causa de que Rivadavia diera el escándalo de llevarse la madre.

Y aquellos amores estaban escritos de una manera tan apasionada é íntima, que la buena señora olvidaba la vergüenza del hecho, para pensar en la felicidad de su hija.

E insistía por todas sus cartas en que su hija fuera, llevándole á Dominga, pero negándose siempre Isabel á complacerla.

Así pasaron diez años más ó ménos, siempre escribiéndose con Rivadavia y siempre pidiendo la visita negada.

Rivadavia empezó por fin á molestarse con aquella asistencia asídua de Isabel á todo lo que importaba una diversión.

—Ella desatiende todo ya, hasta su hija misma, pensaba, por entregarse al boato y á los placeres, y aunque esto nada tenga de malo, es preciso cortarlo de raíz.

¿Cómo hago yo para apartarla de este camino peligroso, sin que ella pueda apercibirse?

Ahí está el gran problema.

Y Rivadavia empezó, desde que tuvo la idea, á dar vueltas al magín para arrancar á Isabel, aunque solo fuera temporalmente, á aquella vida de fiestas y de abandono del hogar.

Con ojos guiados por los celos que empezaban á aguijonearlo Rivadavia vió que su amante era galanteada y galanteada asiduamente por algunos jóvenes de la mejor sociedad.

Y sin más trámite se acercó una noche á un grupo formado por su amante y algunos adoradores y con el mayor disimulo y voz que sólo los del grupo pudieran oír, les habló así:

—Caballeros y amigos míos, creo que una mujer no debe escuchar más cumplidos y arrumacos que los que vengan de su marido; están, pues, aquí de más ustedes, con una prevención que quiero hacer ya que el momento es oportuno.

Prevengo ,pues, que mi paciencia tiene sus límites como la de cualquier hijo de vecino y que no me toque por ese lado el que no quiera sentir una bala ó una cuarta de estoque dentro del corazón.

Aquellos jóvenes quisieron protestar pretendiendo constatar la equivocación en que Rivadavia estaba, pero éste les impuso silencio con un ademán de amenaza seguido de estas palabras:

—Cuidado, amigo míos, que yo soy tan perspicaz como el mejor: ahora si hay alguno que quiera tomar cuenta de estas palabras ó que se anime á provocar mi cólera, puede hacerlo no más.

—No seas necio, ni ofendas á tu compañera por fantasmas que cruzan por tu cabeza.

—Yo no ofendo á mí compañera, que es digna y dueña de todo mi respeto y aprecio: á quien ofendo es á los imbéciles que hayan creído posible una ofensa de ella á mí y que tengan la nécia pretensión de echarme al medio.

Los galanteadores se retiraron corridos por su delito, por temor unos de perder su prestigio si provocaban una escena y otros por temor á la escena misma.

Ningún extraño á él se apercibió del violento diálogo que había tenido lugar: se sospechó que algo pasara por la actitud del jóven y la retirada de los otros, pero nada más.

Isabel había quedado completamente dominada y no se atrevía ni á disculpar la cosa, ni encontrar mal lo que había hecho su amante por temor que éste fuera á tener sospechas desfavorables.

—Es preciso que seas ménos inocente y ménos buena, le dijo el jóven una vez en su casa: esa canalla es una pérfida, y donde tú solo ves una galantería natural, se oculta un mal pensamiento.

—No creas que yo dejaba de estar mortificada, contestó ella en el medio de sus caricias: yo comprendía que aquello no era bueno, porque sus palabras estúpidamente galantes me incomodaban, pero no quería decirte nada porque comprendía que tu disgusto sería grande, y temía fueras á mortificarte por lo que no valía la pena.

—Sin embargo, esas bondades suelen ser mal interpretadas, y te aconsejo seas más rígida.

A una mujer que no lo autoriza en manera alguna, nadie se atreve á faltarle al respeto. Un hombre conoce al momento si puede ó no avanzar en el terreno que pisa y no se expone nunca á quedar en el ridículo, ni recibir una reprensión abrumadora.

Aquello no pasó de ahí: él no quiso insistir porque no quiso que Isabel creyera que dudaba y ella dió á su amante, desde el principio, toda la razón por temor que éste fuera á sospechar que si ella había obrado mal, lo había hecho á sabiendas.

—Es preciso arrancarla por algún tiempo de este círculo vicioso, pensó el jóven: es preciso hacerlo sin que ella misma sospeche mi propósito.

Y á su imaginación siempre rica y traviesa ocurrió el único medio posible para hacerlo á medida de su deseo.

Tres ó cuatro días después de aquella escena y sin haber vuelto sobre ella, ni demostrar que la recordaba, habló á Isabel tranquila y mansamente de un viaje á Córdoba.

La madre de Isabel venía en su ayuda, pues no había cesado de rogarles en todas sus cartas fueran á hacerle una visita.

—He recibido otra carta más de Córdoba, le dijo: pero más suplicativa que todas las demás y rogándome de una manera irresistible ponga todo mi esfuerzo en que tú la complazcas.

Ella me dice que ya está vieja, que el día ménos pensado puede faltarte y que no es ni humano ni digno que la prives de abrazarte antes de hacer el gran viaje.

Dice que la visita de Dominga sería capaz de rejuvenecerla, y que espera no desoirás sus súplicas.

Isabel se resistió al principio con el mismo pretexto de siempre, pero era tal la lógica y los argumentos de Rivadavia, que poco á poco empezó á ceder, enumerando las mortificaciones que aquel viaje podía traer á su espíritu.

—Todo se debe sacrificar por complacer á la madre en un pedido tan justo, decía él, mucho más que la mayor parte de sus mortificaciones son imaginarias.

Isabel, cediendo poco á poco, concluyó por consentir en el viaje á que tantos años se había resistido.

—Voy á escribirle hoy mismo dándole tan feliz noticia, dijo, la pobre va á tener una alegría imponderable.

Y sin ningún apuro empezó á preparar su viaje, dejando á Isabel de esta manera más ignorante de su intención verdadera.

Durante todos aquellos días en nada modificó Isabel su sistema de vida.

A ella la mortificaba enormemente aquel viaje, porque á más de las razones ya conocidas, la arrancaba á su vida de placeres.

Pero se fingía contenta para que Rivadavia no sospechara tampoco la verdadera causa de su resistencia.

Así, los dos se engañaban mutuamente siendo la causa la misma.

El día de la partida llegó por fin, y los tres emprendieron el viaje que tantos años había costado para decidirlo.

¡Qué diferencia de la vuelta con la venida! entónces habían viajado huyendo, llenos de sobresaltos y temores, deseando devorar en ménos tiempo la mayor parte de camino posible, y ahora viajaban cómodamente con todo descanso y sin temor que nadie osara á turbar su tranquilidad y su paz.

Y los amantes recordaban los peligros de aquel viaje agitadosísimo, recordando también con íntima fruición, toda la pasión y cariño que ardía en sus corazones.

Y la imágen de Diaz cruzaba á ratos por el espíritu de ambos, haciéndoles sentir una rara conmiseración.

—Nada ha turbado nuestra felicidad desde entónces, decía Rivadavia con su especial intención.

Respecto á mi cariño, tengo tranquila la conciencia, porque no habrá sido causa de tu menor disgusto, y así continuaré mientras me acompañe la vida.

Y llevando en el medio á la linda Dominga, caminaban disuadidos, admirando la naturaleza tan exuberante y llena de vida.

Rivadavia había escrito á la madre de Isabel anunciando el viaje, de modo que en Córdoba eran esperados con ansiedad.

Dejaron caer la noche para evitar la curiosidad de los que llamaran á su paso, y entraron al hogar paterno con la alegría en el alma.

La proximidad á la casa de sus padres, la proximidad á la madre querida, hicieron olvidar todo otro pensamiento en la ven cuyo espíritu se entregó por completo á los goces del cariño.

La pobre madre reía y lloraba al mismo tiempo, dando por impensadas todas las amarguras sufridas, por la dicha de volver á ver su hija y aquella nieta querida que había visto crecer su pensamiento al través del tiempo y la distancia.

Y las acariciaba á ambas, sin poder atinar á dirigirles la menor pregunta: todas sus palabras eran cariños profundos y apasionados donde se veía flotar el corazón de la madre.

Rivadavia de pié, sin desplegar los labios contemplaba convido aquella tocante escena de familia.

¡Nada había cambiado en casa de Isabel, todo permanecía en el mismo sitio!

Allí estaba su aposento en el que tan desgraciada fué desde su casamiento con Diaz, hasta que conoció á Rivadavia, á cuyo lado había sido tan dichosa.

Los viejos sirvientes de la familia le salían al paso dándole la bienvenida y saludándola con muestras del mayor regocijo.

Rivadavia había sido recibido como una persona de la familia á quien se estima de veras.

Es que el único que en aquella casa podía odiarlo había muerto.

La madre de Isabel tenía un motivo más poderoso para mostrarse afable y solícita con aquel hombre; este motivo no era otro que la esperanza de que se casara con Isabel.

Ella había quedado libre por la muerte de su marido y no sería extraño ni difícil que Rivadavia cumpliera su deber, según ella, uniéndose á la viuda.

Por eso cerraba los ojos ante el escándalo que significaba la presencia de aquel hombre en su casa, sin más título que uno de vergüenza.

Dominga escuchaba arrobada todas las noticias que de su niñez le daba la anciana y contemplaba sonriendo aquella camita donde había dormido hasta la edad de dos años.

La venida de Isabel se supo al momento en toda la ciudad, y las amigas de la infancia y amigos de la casa empezaron á venir á hacer su visita.

La madre recibía á todos, porque Isabel tenía vergüenza y explicaba la presencia de Rivadavia como marido de su hija, desde que cumplió el tiempo de su luto.

—El mantiene el casamiento en secreto, por razones de familia, agregaba: no le digan que lo saben, aunque sí que lo suponen, por el hecho mismo de estar aquí con ella.

Es preciso conformarse con esa determinación, puesto que de todos modos no hay otro remedio.

La buena señora, al decir todo esto, además del interés de encubrir decentemente aquella vergüenza, llevaba otro interés más

palpitante y más digno: el de ver si Rivadavia se casaba con su hija.

¿Efectivamente, qué le importaba dar su nombre á la mujer que lo había sacrificado todo por él?

Éste era un deber que le imponía la misma existencia de su hija, para dejar constatado su mismo estado civil, porque aunque por Dominga Rivadavia se la conocía, estaba solemnemente bautizada en Córdoba como hija legítima de Diaz.

Pero Rivadavia, entre otras, se daba á sí mismo esta razón, las veces que había pensado en esto.

—Para que conste que es mi hija, no necesito casarme: harto lo saben los que á mí me interesa que lo sepan.

Esto de casarse, y casarse á disgusto de la familia, es una cosa endiabladamente peliaguda, que se debe de pensar despacio para no arrepentirse de lo hecho.

Así estamos bien por ahora: á nadie debemos cuenta de nuestras acciones, ni satisfacciones por lo que les importa.

Así, aunque sin dar á entender que lo sabían, todos saludaban á Rivadavia como al marido de Isabel, y los que mandaron un saludo por escrito, lo hicieron al señor Rivadavia y señora.

Este no podía sorprenderse en manera alguna, no sólo por haber venido con la jóven, cuanto porque Dominga no le llamaba sino papá.

De los primeros que llegaron á la casa á presentar sus felicitaciones y cariños, fué el buen fray Andrés.

Pero éste, si esperaba ver á Isabel y su hija, no soñaba, como no soñó la misma señora, encontrarse con Rivadavia, representando un papel que no le correspondía.

—Se habrá casado, pensó, pues no es presumible tanta desvergüenza en uno como en otro: y en este sentido interrogó á la madre de Isabel.

—Yo no sé nada, contestó ésta, ni me atrevo á preguntarlo porque la contestación negativa podría provocar un disgusto sério.

Si lo han hecho ya me lo dirán ellos mismos, aunque su silencio á este respecto me prueba lo contrario.

¿Si se hubieran casado, cómo no había de decirme lo mismo

hija, para despejar una situación tan vergonzosa? ¿cómo no habían de haberme escrito consolando de esta manera mi espíritu abatido?

—Pero es preciso averiguarlo, observó severamente el fraile, pues usted á sabiendas, no puede cobijar bajo su techo, bajo el techo de sus hijos tamaña inmoralidad.

¿Qué se diría de usted, qué se pensaría de mí mismo que soy el director de su conciencia, al saber que habíamos transigido de esta manera con la corrupción más vergonzosa y la impureza más infame?

¡Seríamos despreciados indudablemente y mirados cómo sus cómplices!

—Es que yo tengo miedo de preguntarles por temor á que él me separe de mi hija á la que tanto me ha costado ver de nuevo.

—Es que esa es una pregunta muy justa y muy digna y de la que una madre no puede prescindir.

—Tampoco puede prescindir de ver y estrechar entre sus brazos sus hijos, y si la satisfacción de una respuesta dudosa me ha de arrancar la satisfacción de tener á mi hija y mi nieta á mi lado, me quedo con la segunda; ¡ah! ¡con todo mi corazón!

Se haya casado ó no se haya casado, es cosa que podrá interesar al buen nombre y aún á la moral si se quiere, pero mi corazón quiere á mi hija y hago sacrificio por tenerla, de todo lo demás.

Aquí luchaban los afectos maternales contra todo el torrente de las razones que pudiera oponer la religión esgrimida por un fraile.

Era la madre que quiere á su hijo, á pesar de todo y sobre todo; era la mujer, en quien pueden más los instintos que la razón, por lo mismo que su organización es más delicada que la del hombre.

El fraile se metía á luchar contra los sentimientos de una madre, y su dialéctica de claustro iba á estrellarse contra aquel corazón sublime, que ciego, se precipita tras el rastro del cariño del hijo amado.

El fraile iba á perder la batalla, pero empeñado y terco como todos, sin medir más que sus propias fuerzas, sin reflexionar el mundo de pasiones que iba á sublevar, empeñaba el combate, no sólo porque creía vencer, sino porque de esa manera aseguraba y demostraba lo irresistible de su autoridad.

Un fraile puede tolerarlo todo, disimulando pacientemente con tal de llegar á su fin.

Pero lo que un fraile no tolerará jamás es que se le suban á las narbas y no acaten sus pretensiones.

Es entónces que se le vé irritarse, hasta salir de su cubierta de hipócrita mansedumbre.

Así fray Andrés, creyendo que se desconocía su autoridad, tomó un aire severo y dijo:—

—Es preciso que usted como madre interrogue á Isabel sobre su estado, de otra manera y sin la certeza de que son casados, la presencia de ese hombre en esta casa, es imposible; de otro modo sería atraer sobre todos la justa cólera del Señor.

—Me arrebatará á mi hija y no podré verla más.

—¡Paciencia y fé en Dios: es en el martirio donde se prueba la fé cristiana!

—Eso es imposible: yo no puedo perder á mi hija, más, cuando no saber la verdad nada voy á remediar en el estado de las cosas.

—Queda el poderoso recurso de la maldición: no hay un hijo que soporte sereno la maldición de los padres.

—¿Y voy á maldecir á mi hija? ¿y voy á arrastrar sobre su cabeza la cólera divina? — exclamó la santa madre, estremecido de horror el corazón.

¡Jamás, padre mío! ¡jamás! ¡caiga sobre mí la cólera divina, si es necesario, pero sobre ella jamás!

—¿Quiere decir que se me niega la obediencia? exclamó irritado el fraile, que se olvidan en esta casa los eternos é inmutables preceptos de Dios?

—Lítreme él de olvidarlos, pero yo no me expongo á quedarme sin hija; ¡á que me la lleven sin esperanza de verla más en mi vida!

—¡El aliento de Satanás ha entrado en esta casa! rugió el fraile en el colmo de la ira, porque hemos recibido en ella á esos pecadores.

El espíritu infernal que vive de la impureza, ha soplado en tu alma bondadosa y la soberbia ha brotado como primer estallido. —¡Oh, el castigo del cielo no puede tardar, tremendo y formidable!

—¡Piedad, padre mío!—gritó aterrada la madre,—no es el mal, espíritu el que ha soplado en mi corazón, sino el más puro cariño de la tierra.

—¡No hay piedad para los réprobos y los que no creen en Dios!

—Pues bien: ¡yo no rompo con mi hija! exclamó la madre, afrontándolo todo en un arranque firme é inquebrantable; á pesar de todo, yo me quedo con mi hija y que sea lo que Dios quiera.

—¡El infierno debe estar hoy de fiesta, pues hay un alma más que se condena!

La señora se estremeció de terror, pero pronto dominó su espanto para responder con firmeza:

—Pues me condenaré si esta es la voluntad de Dios, pero mi hija habrá vivido á mi lado y me habrá cerrado los ojos en la hora suprema.

El fraile estaba vencido: se había puesto á luchar contra el sentimiento más sublime que ha puesto Dios en el alma humana, y el resultado tenía que serle fatal.

Pero un fraile no se deja acorralar así no más y á dos tirones.

Si él abandona el campo, vencido, es para volver después al ataque con nuevos bríos y con una tenacidad incomparable.

—Pues bien, dijo, en cumplimiento de mi sagrado ministerio y de los deberes que tengo como confesor de la familia, yo averiguaré la verdad, y si es como yo me temo, yo obligaré á ese réprobo á entrar por el santo camino, y haré más, lo obligaré á casarse.

—Dios lo quiera, padre mío, sollozó la mujer sin atreverse á contrariar al fraile en lo que ella creía que tenía derecho, pero yo no tendré la culpa de lo que suceda y no perderé mi hija.

—¡Oh! ¡el hereje! ¡veremos si intenta burlarse de la justicia divina como ha burlado la de la tierra!

La impureza es obra del diablo y donde hay un ministro de Dios no debe permitirse nada que venga del espíritu maldito.

Y detrás de esta gran tirada, fray Andrés se retiró decidido á hacer un ejemplar.

La madre se quedó llorando y entregada á su más amarga desesperación.

Ella estaba acostumbrada á respetar la palabra de fray Andrés como la de Dios mismo, y para desobedecer su mandato había tenido que hacer un esfuerzo tremendo, que la había dejado fatigada y débil.

Ella creía que había provocado un severo castigo del cielo, á quien había ofendido con su desobediencia: ¿pero qué voy hacer? pensaba, ¿he de renunciar á mi hija por darme el placer de averiguar una cosa que no tiene remedio?

No, venga sobre mí lo que venga, no me expongo á que ese hombre me la lleve para siempre.

Y secó sus lágrimas al calor de aquel cariño infinito cuyo arrobador perfume no sentía desde tantos años.

—Fray Andrés exagera, terminó, en su pensamiento, ; Dios no puede castigar á una madre porque ame demasiado á los hijos que él le manda!

Y su conciencia reposó en este último pensamiento.

El fraile entre tanto preparó esa noche para librar su gran batalla con Rivadavia, á quien suponía en temor de Dios, á pesar de todo.

Recordaba las ideas que él jóven había emitido en su presencia, cuando estudiaba en Córdoba, y creyéndolas verdaderas, se preparaba á un ruidoso triunfo.

—El me atenderá porque es bueno y tímido, pensaba: es cierto que ha caído en tentación, pero todo podrá remediarse con un casamiento y un acto de cristiana penitencia.

; Cuán lejos estaba el buen fraile de suponer en Rivadavia ideas más exageradas que las de su cómplice en la fuga de Isabel!

Así, al día siguiente, bastante temprano se fué á casa di Cires, é hizo avisar á Rivadavia que quería hablar con él.

—El fraile me va á echar algún discurso recriminatorio, pensó el jóven, que ahora tal vez no tenga yo paciencia para escuchar.

Pero no importa, vaya por lo que él, aunque sin quererlo, ha hecho en mi beneficio y escuchemos un poco su sermón ya que esto malaza su vanidad de confesor de la familia.

Y prometió ir en seguida á su llamado.

Pero si el fraile no se sospechaba el espíritu eminentemente liberal del jóven, éste tampoco se sospechaba que el buen fraile se le viniera á las barbas con pretensiones de gobernarlo y obligarlo á proceder como á él se le antojara.

Rivadavia vino á la sala donde lo esperaba el fraile, y después de un cordial saludo, entraron en materia.

Dado por hecho que Rivadavia seguía viviendo con Isabel como antes de morir Diaz, entró así de lleno al objeto de aquella conferencia.

—Ahora los tiempos han mudado, hijo mío, y sin inconveniente alguno puedes llamarte marido de esa desgraciada y legitimar esa hija que en semejante estado, no puede ser sino desgraciada.

Es preciso casarse cuanto antes como lo manda la santa madre iglesia, y entrar en temor de Dios, que no puede mirar sino con su cólera más justa la vida de libertinaje que llevas.

En cuanto á la gran falta que cometiste, yo te enseñaré el camino de expiarla para que el Señor te proteja y no te abandone de su infinita misericordia.

Rivadavia escuchaba asorto el giro que había tomado la cuestión, pensaba que el fraile hubiera perdido el juicio y no sabía en qué tono responder á discurso tan singular.

El fraile interpretó mal ese silencio, dió por cosa hecha su victoria y exclamó juntando las manos:

—¡Alabado sea el buen Dios que ha tocado tu corazón! no esperaba de tí otra cosa, hijo mio, y sabía que en cuanto me escucharas habías de volver al buen camino.

La forma en que tú vives, no puede permitirle Dios, porque es contra sus sábias doctrinas.

Entónces, no tienes más que prepararte como buen cristiano, fijar el día, y yo mismo los casaré con todo el secreto requerido.

Al escuchar este final el jóven no pudo contenerse y poniéndose de pié, entre sonriente y sério exclamó:

—Pero dígame usted, estimable señor don Andrés: ¿ha perdido usted el juicio, ó está en el pleno goce de sus facultades mentales?

¿Cómo se figura usted que yo pueda tomar á lo serio su morrudo y descalabrado discurso?

En mi casa, señor mío, no hay más gobernador, ni más confesor, ni más nada que yo mismo.

Hago sencillamente lo que me parece, sin tomar opinión á nadie y no tolero que nadie se permita intentar tan solo obligarme á hacer lo que no quiero ó no juzgo oportuno.

¡Usted me ha tomado sin duda por taza de chocolate! no se equivoque, señor don Andrés, y si quiere que sigamos siendo amigos, no se meta en aquellas cosas que sólo á mí me atañen.

El fraile estaba completamente desconcertado ante tan inesperada salida.

Se había puesto lívido y rojo á medida que hablaba Rivadavia, y era tal la ira que sentía que no daba con las palabras que se agolpaban á sus lábios.

—¡Es posible, alma condenada! gritó por fin en un estallido de cristiana cólera, ¡es posible que el demonio te haya poseído hasta el extremo de decir tanta blasfemia! ¡Desventurado! ¡no hay perdón para tu alma impía!

—¿Por qué, estimable señor don Andrés?—preguntó el jóven, ¿porque me he casado yo mismo sin esperar el permiso de un clérigo, y sobre todo sin haber pagado á la iglesia?

—¡Bárbaro blasfemo! ¿y crees que Dios puede mirar impasible semejante unión pecaminosa y sacrílega?

—¿Y usted cree que Dios ha de preocuparse de estas cosas? Dios puso á la criaturas humanas sobre la tierra para que se amaran y formaran lo que se llama la familia.

Dios no dijo que para amarse y unirse fuera necesario pedir permiso á los que se titulan sus ministros y sobre todo pagarles por el tal permiso.

Está usted hablando con un hombre que no se mama el dedo, don Andrés, y por consiguiente en muy mal terreno.

Vaya usted á dar consejos y órdenes á sus hijas de confesión, pero le prevengo que mi casa la gobiernan yo y nadie más que yo.

—¿Y en semejantes ideas se ha criado esa niña inocente —preguntó horrorizado, — bebiendo el veneno infernal de tales teorías?

—Mi hija se ha educado moral y cristianamente, señor don Andrés: como que la eduqué yo mismo.

Cree en Dios, en su infinita misericordia y sabiduría, en su suprema grandeza y en la invariabilidad de sus sábias leyes.

Pero no cree que por comunicar lo malo que haya podido hacer, á un hombre lampiño y vestido como un ave, eso malo desaparezca de la conciencia, pues que Dios lo perdona por boca de tal hombre lampiño.

Cree que el perdón de los pecados sólo Dios puede darlo y serena y tranquila en su conciencia purísima, se confiesa con sus padres, que son los que con más eficacia para ella pueden implorar la misericordia de Dios y quienes le hacen todo eso sin cobrarle dinero y más benévolamente.

Connigo pierde, pues, su tiempo, amigo don Andrés: hablemos de otras cosas más alegres y ménos enojosas, pues de otro modo no vamos á poder seguir siendo amigos.

El fraile estaba positivamente aturdido, sin poder darse cuenta exacta de lo que le pasaba: aquel no era Rivadavia, sino el mismo demonio que había tomado su forma para desesperarlo.

Su mirada se había dilatado como en presencia de algo espantable, sus mandíbulas chocaban haciendo castañear sus dientes y todo su cuerpo temblaba de una manera poderosa.

—¡Hereje maldito! exclamó por fin, sin tratar de disimular la tremenda impresión que lo dominaba: ¡maldito hasta en tu quinta generación! el espíritu del mal está contigo.

—Está bien, señor don Andrés, respondió Rivadavia, poniéndose serio: dígame usted á mi todo lo que quiera que soy yo paciente y magnánimo con las mujeres y los sacerdotes.

Pero no toque usted á mis hijos con sus maldiciones ridículas, ni á los inocentes que aún no han nacido, pues entónces la cuestión puede tomar otro giro desagradable y violento.

Yo tengo de sobra flema para aguantar mil maldiciones más, pero cuidado con mis hijos, estimable señor don Andrés, esto podría traerle un disgusto más morrudo que todos sus sermones.

Pero el fraile enloquecido, fuera de sí, ni siquiera lo escuchaba.

Era la primer vez que daba con un basilisco semejante y estaba loco y aturdido.

—¡ Réprobo, maldido, hereje! gritó embrazando su teja como si fuera un garrote: me voy porque no quiero que la cólera me ciegue.

Y salió de la sala y de la casa como alma que huye del diablo.

—¡ No volveré á pisarla más, gritó desde la puerta, mientras tú permanezcas en ella: yo no puedo partir el mismo techo con un hereje y un blasfemo.

—Y yo le aseguro que muy poco lo sentiré, respondió Rivadavia, tratando de hacerse oír por el fraile que disparaba con la mayor ligereza: ¡ el mal será para usted, querido don Andrés, que esos chocolates ménos se echará al colete!

Fray Andrés se retiraba verdaderamente desolado.

Se había desconocido su autoridad, se le había burlado, y como colmo de insolencia se le presentaba como un bárbaro ateo el jóven á quien él creía haber vencido al primer golpe de cristiana dialéctica.

¿ Podía él resistir aquello sin pronunciar la excomunióon mayor?

El caso era desesperante para el confesor de una familia, suma autoridad en la provincia de Córdoba.

El jóven no dió á aquello más importancia que la que realmente tenía.

Era natural que el fraile hiciera todo su esfuerzo para hacer pesar su autoridad, más cuando se trataba de hacer realizar un hecho que debía dejar una utilidad práctica en sus bolsillos.

Se rió interiormente de las pretensiones del fraile; y se resolvió á quedarse muy tranquilo en la casa, aunque don Andrés hiciera cuestión de estado y mientras la madre de Isabel no le dijera una palabra.

—Esto será difícil, pensó, pues lo que piense el fraile lo pensará ella, pero, tal vez, tal vez el temor de separarse de su hija abogue en mi favor.

Rivadavia había ya meditado mucho sobre su situación, en diferentes épocas.

El deseo que su hija fuese en lo futuro todo lo feliz que él deseaba, le hizo pensar sériamente en su casamiento con Isabel, pero nunca se había atrevido á abordarlo.

—¿Para qué? decía, todos saben que es mi hija, y como yo no he de casarme nunca, no habrá entónces que temer en su contra los derechos que pudieran tener hijos legítimos.

Y resolvió seguir viviendo en la misma situación hasta que un acontecimiento especial viniera á modificarla.

La conducta de fray Andrés alarmó á la pobre señora, educada y dominada por la religión mal entendida, y habituada á que la palabra del fraile fuese el oráculo de la familia.

Cuando conoció la resolución que su confesor le hizo saber por medio de una carta, fué grande su desesperación, pero su amor de madre volvió á triunfar nuevamente y le dió fuerza para sobrellevar cualquier desgracia que pudiera sobrevenirle.

No dijo á Rivadavia una sola palabra, ni siquiera le dió á entender que estaba al cabo de lo sucedido entre él y el fraile: devoró su amargura, mitigándola con el dulce amor de su hija y de su nieta.

El fraile estaba así vencido moral y materialmente sin esperanzas de que su autoridad reaccionara en el corazón de la madre y ménos en el espíritu de Rivadavia.

Así pasó un mes en medio de la mayor felicidad, pues temiendo el jóven un avance del terco don Andrés, no había dejado que Isabel pudiese hallarse con él á solas.

—No me conviene que vaya á aconsejarle algún desatino, decía, que me arrebate la paz de que he gozado hasta ahora.

Tal vez su palabra pueda pesar algo en el corazón de Isabel y eche á perder con sus consejos toda mi obra.

Isabel, cuyo espíritu se había ya habituado á los placeres que le ofrecía Buenos Aires y cuyo corazón conocemos ya, al cabo de este tiempo empezó á encontrarse sofocada en su provincia natal y su quietud de sepulcro.

Echaba de ménos la sociedad brillante, las frases galantes de sus adoradores, los bailes y las diversiones á que se había habituado.

Deseaba ardientemente regresar á Buenos Aires y disimulaba su impaciencia del mejor modo que le era posible, esperando que pronto Rivadavia, fastidiado también, diera la señal de regreso.

Pero Rivadavia no sólo no pensaba en ello, sino que aparentaba pasarse allí una larga temporada más.

Ella le hubiera indicado que ya era tiempo de volverse, pero ¿cómo hacerlo sin que el jóven sospechara algo tal vez peor que la verdad misma?

Allí lo tenía á él, á su hija y á toda su familia entera, representando todos los goces á que podía aspirar su corazón.

¿Qué le hacía incómoda su permanencia en Córdoba, qué podía atraerla del lado de Buenos Aires?

Es claro que nada más que las diversiones y los placeres, y esta era lo ménos que podía pensar Rivadavia.

Isabel siguió ahogándose en aquella atmósfera y aquella sociedad, pero siguió disimulando bajo una aparente capa de alegría.

Pero, por más que disimulara, no pudo ocultar al jóven el fastidio que la dominaba, á pesar de todo esfuerzo, y el jóven intrigado con ello, la abordó para conocer su causa.

—Tú estás aquí violenta, le dijo: ¿tienes algún motivo que aminore el placer de estar con los tuyos?

Tomada de improviso, Isabel no supo qué contestar en el primer momento.

No se esperaba semejante pregunta, ni sospechaba que Rivadavia hubiera conocido su mal humor y su descontento.

Se puso colorada y dijo: No creas, estoy tan contenta como el primer día; no hay nada que me mortifique, ni aún que me contraríe.

—Es necesario que seas franca, contestó el jóven porque á mí no puedes ocultarme el estado de tu espíritu: lo conozco demasiado para no sentir sus impresiones.

Isabel era naturalmente viva, y se había aguzado en la sociedad misma del jóven, que era la astucia personificada.

Ella sabía que fray Andrés no iba más á la casa, á consecuencia de un disgusto con la madre: no conocía cuál era la causa de ese disgusto, aunque hartó lo suponía por la misma seriedad con que la recibiera el fráile, tan cariñoso antes.

No sabiendo cómo salir airosa de aquel trance, y para desvanecer cualquier sospecha de su amante, echó mano de esto para disculpar su disgusto.

—Te diré con franqueza que estoy algo violenta y que desearía irme, porque mi presencia incomoda aquí, pues es causa de disgustos ajenos á mi voluntad.

—¿Pero á quién puedes incomodar en esta casa que es la tuya, que es la de tus padres?

—A ninguno indudablemente, pero hay esto :

Fray Andrés no viene más á esta casa, fuera de toda duda, porque nosotros estamos en ella.

Mi madre, entre fray Andrés y yo no vacila, pero este sacrificio le cuesta un eterno desasosiego.

Con frecuencia la encuentro triste y algunas veces la he sorprendido llorando sin que me haya querido decir por qué.

La pena que sufre mi madre me mortifica íntimamente y si soy yo realmente la causa, no quiero prolongarla más; desearía que más bien nos fuéramos.

Era tal la ingenuidad con que Isabel hablaba, que Rivadavia lo creyó sin dificultad: ni Isabel era mentirosa, ni tenia, según él, necesidad de mentir en cosa tan frívola.

—Sabía que el fraile andaba enojado, repuso, y he supuesto lo mismo que tú, pero para mortificarlo y hacerlo rabiar bien, me he hecho el disimulado y el que nada comprendía, pues dándose por apercebido hubiera tenido que abandonar el campo y quedaba él triunfante sobre nosotros.

Tal vez tengas razón y sea necesario apresurar nuestra vuelta.

—Yo no te apuro, contestó ella, viendo que su pretexto había sido famoso, pero no me conformo con ver triste á mi madre por causa nuestra.

Eso me quita el placer que experimento al verme á su lado.

Bueno, concluyó el jóven, yo iré preparando á la señora para la partida y así, si el empecinamiento del fraile continua, cualquier día estamos en disposición de irnos sin que nadie sospeche la causa.

Y efectivamente, desde aquel día Rivadavia empezó á hablar con la señora sobre su pronto regreso.

—¿Es posible que me dejen tan pronto?—preguntó la pobre anciana: ¿no están contentos á mi lado?

—¿Quién puede pensar tal herejía, señora? es que mis asuntos me llaman á Buenos Aires: yo había venido sólo por un mes, y van á cumplirse dos que estamos aquí.

La pobre señora no tenía más remedio que conformarse, y se conformó ante la formal promesa de otra visita tan larga como aquella y que se efectuaría así que Rivadavia se desocupase de los asuntos que lo llevaban.

Entre tanto la impaciencia de Isabel crecía diariamente; su espíritu no podía habituarse á las estrechas expansiones de la sociedad cordobesa y anhelaba volver al centro donde había despertado á la vida de placeres desconocida para ella hasta entónces.

Y cuando la madre le decía: hija querida, influye con tu marido para que se quede un mes más, respondía fingiendo profunda tristeza:

—No puedo, señora, él necesita irse ya por sus negocios: si yo le ruego que se quede, sé que se quedará, pero sé también que en ello se sacrificará de una manera incalculable.

Yo le prometo en cambio influir con él para que volvamos en cuanto se desocupe, permaneciendo todo el tiempo de que pueda disponer.

La madre encontraba muy razonable el proceder de Isabel y insistía más, pero su tristeza podía conocerse en la expresión angustiada de su semblante purísimo y noble.

Por fin llegó el doloroso día de la partida y los tres viajeros salieron de Córdoba, no como lo habían hecho la primera vez, sino muy de mañanita, tranquilamente y acompañados un buen trecho por la familia y relaciones.

Isabel iba radiante de belleza y de alegría, al extremo de no atender á las cosas más necesarias de su equipaje, y esto llamó por fuerza la atención de Rivadavia.

—Creo, pensaba, que la tristeza y mal humor de Isabel fuera causado por las razones que me dió en un principio, pero creo también que su separación de la madre debía causarle mayor tristeza aún, dado el cariño que le tiene.

Sin embargo, ella en vez de estar pesarosa más bien está dominada por una alegría inexplicable, que alguna causa debe tener.

Ella no tiene nada que la atraiga en Buenos Aires y cuya atracción pueda ser superior que los vínculos de la familia.

Aquí hay algo que yo no comprendo y que debo explicarme forzosamente: ella es demasiado inocente y demasiado candorosa para pensar en disimular sus impresiones.

Observemos entónces, que no tardaré en dar con la verdadera causa de esta alegría, que coincide con su apuro por salir de Córdoba.

Y era tal el contento de Isabel al verse en viaje de regreso, que ni siquiera trataba de ocultarlo.

Todo era bello para ella, y en todo hallaba un motivo para vivir y renovar su alegría infantil.

Rivadavia observaba silenciosamente y repetía sin cesar: aquí hay un motivo misterioso, pero hay un motivo que yo debo aclarar y que aclararé bien pronto.

¡Sería curioso que Isabel anduviera por suplantarme en su corazón!

Vamos, es bueno desconfiar un poco, pero no tanto que vaya a estrellarme yo mismo contra un fantasma.

Aquí hay un motivo personal y poderoso que provoca esta alegría, ó la causa inocente de las diversiones y paseos que atraen fuertemente su espíritu joven y ardiente.

¿Cual de los dos puede ser?—hé aquí el secreto á penetrar.

Rivadavia estaba celoso y no quería confesárselo á sí mismo: le vino á la memoria las galanterías que habían motivado su viaje á Córdoba y la idea de aquella alegría tan sin explicación como lo abandonaba un momento.

Aturdida con la idea de los nuevos placeres que la esperaban, Isabel no se apercibía de lo pensativo y observador que venía su amante, á quien no bastaban á distraer los halagos de Dominga.

Por fin llegaron á Buenos Aires y ya Isabel no pudo contener más la revelación espontánea del verdadero motivo de aquella alegría que, á su pesar, tanto había intrigado y alarmado á Rivadavia, cuyo amor por la belleza de su compañera crecía, en vez de disminuir como ella pensaba: es que era ya un amor tranquilo y pacible que reposaba en sí mismo.



El mundo de los placeres

Apenas llegaron á la gran ciudad y medio hubieron descansado de las fatigas del viaje, ya Isabel no se preocupó más que en la averiguación de las diversiones que había, qué familias daban tertulias y si los paseos estaban concurridos.

A Rivadavia se le volvió el alma al cuerpo, porque aunque aquello era una prueba de que Isabel desertaba de los deberes del hogar, era una prueba también de que en su espíritu no había ninguna desviación que autorizara sus recientes celos.

¿Acaso aquellos paseos y reuniones en que ella se interesaba, no podía ser por la esperanza de hallar en ellos otra satisfacción más íntima y personal?

Pronto saldría de dudas á este respecto, pues con su perspicacia y un poco de atención, sería imposible engañarlo.

—¡Puede haber un hombre tan ladino, decía, que me pase el bizcocho, pero me parece imposible que haya nacido la mujer capaz de engañarme!

Es que su corazón había sido mordido por los celos, infiltrando su veneno terrible y tan difícil de extirpar, pues no hay certeza capaz de ahuyentarlos una vez que se han sentido.

Rivadavia contempló impasible los aprestos de la jóven para asistir á la primera reunión, tratando de conducirse exactamente como antes, para que ella no pudiera apercibirse de nada.

Y de nada se apercibió efectivamente.

El mismo, tan complaciente como siempre, se puso á echar su

partida de chaquete, aunque sin perder de vista á Isabel y su hija.

La aparición de la bellísima jóven convulsionó toda la reunión, pues volvía más hermosa que nunca, y resplandeciente en toda la extensión de la palabra.

Muchos, ó mejor dicho, todos se acercaron á ella, pero su conversación fué general con todos.

En vano espíó Rivadavia con mirada celosa alguna impresión que indicase la distinción más remota, pero de nada pudo apercibirse.

E Isabel no se recataba: obraba naturalmente, pues en los trasportes de su alegría se podía ver claramente que ni la presencia de Rivadavia ni la de Dominga la preocupaban para nada.

Los tertulianos que encontraban verdadero placer en estar á su lado y que hubieran pasado gran parte de la noche entretenidos con su conversación, se medían ahora, y apénas hablaban cinco minutos en círculo, ya se retiraban para dirigirse á otras.

Es que aquel arranque de Rivadavia les había revelado que era celoso, y ninguno de ellos estaba dispuesto á arrastrar una escena desagradable, por unas palabras más, agregadas á la conversación.

Desde que Rivadavia era celoso, era natural que estuviera en observación de Isabel, y prolongar una conversación con ella habría sido provocar con él una escena parecida á aquella en que les había revelado sus celos.

Sin embargo, los pocos momentos que estaban con ella para dirigirle aquellas galanterías que naturalmente y á pesar de toda intención, arrancaba la belleza exuberante de la jóven.

Rivadavia, á pesar de sus celos, pudo convencerse de dos verdades: que no se había acercado á ella ningún hombre especialmente interesado en galantearla y que ninguno de los que se le habían acercado había producido en ella distinta impresión á los demás.

Pero un celoso no se convence á dos tirones, y Rivadavia se hizo' está otra objeción:

—Tal vez en esta reunión no esté el hombre que ella prefiera y se me revele más adelante.

¡ Observemos, observemos siempre, vive el diablo! que es la manera de no ser engañados.

Y observó durante mucho tiempo la conducta de Isabel.

Esta no trataba de disimular el placer inmenso que le causaba la asistencia á todo lo que fuera una diversión ó una fiesta: no creía con esto cometer delito alguno y no lo disimulaba.

Se había apercebido que su amante la cuidaba más que antes, tratando de no dejarla sola un momento, y esto le había puesto sobre aviso, obligándola á recatarse más.

Así el jóven concluyó por convencerse de que sus celos eran fantasías, hijas de su excesivo amor, pero aquí vino una reflexión en extremo perjudicial á Isabel.

— Si aún no ha sucedido lo que yo temía, pensó, no es imposible que suceda, y yo entónces debo por mi propia tranquilidad ponerme en guardia y no colocarlas en situaciones fatales.

Una mujer que dedica todo su tiempo á divertirse, es porque el cariño de su marido y de sus hijos no la atraen lo suficiente para retenerla en su casa.

Este excesivo amor á los placeres, se convierte en vicio muy pronto, y engendra otros amores que van á herir derechamente á los que tan neciamente los han provocado.

Una mujer entónces no debe tener más diversiones que las que puede hallar en la familia, porque las demás sólo sirven para distraerla en sus afectos, enfriarlos y hacerla olvidar hasta de que tiene hijos.

Una mujer hermosa que vá á un baile, á una tertulia ó á una reunión cualquiera, tiene que escuchar galanterías y frases que solo los lábios del marido pueden y deben pronunciar á su oído.

Si pasa la noche en el baile, la mañana durmiendo para reponer las fuerzas perdidas y el día en pensar y confeccionar la *toilette* que ha de llevar en la reunión próxima, ¿qué tiempo le queda para consagrar á la familia y á los deberes del hogar?

Rivadavia se hizo todas estas reflexiones, concluyendo por resolverse á que Isabel fuese un poco más de su casa y un poco ménos de las reuniones y bailes.

Ahora era necesario no dejarla entrever la causa de este re-

tiro, que debía efectuarse gradualmente para que hiciera ménos impresión y pudiese soportarse buenamente y sin violación.

Así Isabel, cuando ménos lo esperaba, empezó á faltar á aquellas reuniones que más le agradaban por su brillo y la sociedad que las componía.

Unas veces Rivadavia no podía acompañarla porque se hal'aba indispuesto; otras porque no quería encontrarse con un enemigo suyo que debía concurrir, y otras, en fin, porque la concurrencia no convenía á Dominga, quien no quería que alternase con cierta clase de gente.

Esto hizo una impresión endiablada en el espíritu de Isabel las primeras veces.

Estaba habituada á asistir á todas las fiestas, se consideraba en ello feliz, y no podía quedar tranquila en su casa, pensando que otras, á aquella hora, estarían bailando, cantando ó entregadas á conversaciones íntimas y arrobadoras.

Las primeras veces que Rivadavia invocó para no llevarla las razones que ya hemos apuntado, ella las creyó de buena fé y no hizo la menor observación.

Pero bien pronto se apercibió que aquello era un sistema, un propósito bien estudiado, y su espíritu se sublevó aunque en silencio contra aquel modo de proceder.

¿Qué motivo tenía su amante para impedirle que se divertiera como lo había hecho hasta entónces?

Que aquello era un proceder estudiado no había duda, puesto que él, dueño de su salud de bronce, se enfermaba un par de veces á la semana, sin que aquellas enfermedades tuvieran más consecuencia que una noche de molestia.

¿Cómo él, que nunca había tenido enemigo, resultaba enemistado con personas que poco tiempo antes las había visto ella misma tratarlo con una intimidad cordial y cariñosa?

Aquella conducta no podía obedecer sino á celos de Rivadavia y hasta entónces ella no había dado motivos para que los tuviera, pues no creía bastante á engendrarlos su pasión por la diversiones y el agrado con que escuchaba las inocentes galanterías que se le dirigían.

Isabel, desde que sospechó la verdad de aquella conducta, empezó á cobrar á Rivadavia ese pequeño rencor que generalmente precede á un rompimiento inevitable entre dos amantes y á una enemistad profunda entre un matrimonio.

—Desconfía de mí, pensó, y tiene miedo que lo engañe: luego me cree una miserable sin fé y sin nobleza de corazón.

—La mujer que ha engañado al marido por el amante, pensaba él, puede fácilmente engañar á este último, alucinada por una pasión nueva que hiera sus sentimientos.

Isabel soportó pacientemente dos ó tres meses aquella conducta inexplicable para ella, hasta que por fin su espíritu estalló.

—Es preciso que me expliques, le dijo una noche, por qué no quieres que vaya á las reuniones, siendo tú mismo el que me has metido en ellas cuando yo no quería asistir.

—¿Y quién te ha contado semejante cosa? ¿no te acompaño yo mismo?

—Lo que haces es buscar mil pretextos para impedirme que vaya, sin tener la franqueza de decirme: hija, no quiero que vayas más á reuniones por tal ó cual causa, y yo me hubiera quedado muy conforme.

—Pero es que estás diciendo tonteras y nada más: yo no te impido que vayas, no te he podido llevar con la habitual frecuencia por los motivos que conoces y nada más.

—Mira, Rivadavia, dijo Isabel tomando una actitud algo agresiva: poco me importa á mi ir ó no ir á las tales reuniones, porque nunca he sentido tal necesidad.

Pero lo que no puedo pasar en silencio, lo que me obliga á tener esta explicación, es la ofensa inmerecida que tú me haces con tu conducta.

¿Desconfías acaso de mí? ¿tienes miedo que te engañe ó que preste oído á las tonteras que puedan decirme?

El amor de una mujer por su amante reposa sobre bases más sólidas: no lo descuides, cultívalo siempre y riéte de los demás.

—Yo no desconfío de tí, porque no me has dado jamás motivo para ello, respondió Rivadavia resolviéndose al fin á encarar la cuestión, pero tengo motivos de corazón y de sentimiento para proceder así.

Tú eres bella sobre toda exageración, Isabel mía, cada día que pasa tú embelleces más todavía, haciendo de tí un verdadero ideal.

Mi amor por tí ha crecido como tu belleza, pues hoy no sólo te amo con pasión sino con avaricia: estoy seguro de tí como el avaro lo está del tesoro que guarda bajo la tierra y la vigilancia eterna de sus ojos.

Así como el avaro teme que la luz empañe el brillo del oro que atesora y lo oculta profundamente, yo tengo miedo que el veneno de los salones empañe la pureza delicada de tu corazón y te guardo como el avaro á la onza que cree pueda desaparecer de entre sus manos.

—En otro tiempo estas palabras me hubieran hecho feliz, porque ellas habrían sido verdaderas, pero hoy no les doy crédito porque son mentira.

Tú tienes celos de mí, Rivadavia, y me has hecho una ofensa que no puede olvidar nunca el corazón de una mujer.

Si yo te amé y lo olvidé todo por tí, fué porque yo estaba en una situación forzada, porque se me había esclavizado al lado de un hombre que me era odioso.

¿Tienes acaso por esto el derecho de pensar que puedo hacer lo mismo contigo? ¿por qué razón? ¿acaso porque eres tú reo de deslealtad?

Si un exceso de amor te hacía variar de conducta, ¿por qué no me lo digiste francamente?

Pero esto no es cierto: tu amor se ha enfriado de una manera tal, que no podrá volver jamás á su pasado apogeo.

Tú me has creído capaz de olvidar hasta lo que me debo á mi misma, y esta ofensa es villana, é indigna de un hombre de tu altura moral.

Rivadavia estaba aturdido: jamás pensó que Isabel pudiese encararle la cuestión por aquel lado y hasta creyó que aquella había sido aconsejada y que no hacía sino repetir la lección recibida.

Estaba celoso, y por consiguiente ciego y torpe, muy torpe, el extremo de sentir flaqueza.

—El que ha dado derecho á desconfiar eres tú, tú que has olvidado tus juramentos y has arrojado hielo á manos llenas sobre mi corazón, porque sin duda el tuyo se calentaba al fuego de otro amor más nuevo y más entusiasta.

Has sido indiferente conmigo, y si ya no me has abandonado, tal vez haya sido únicamente por el lazo de nuestra hija.

Y sintiendo agotadas todas sus fuerzas rompió á llorar amargamente.

Era la primera vez que Rivadavia veía llorar á Isabel, así es que su amargura fué íntima.

Quiso acariciarla, convencerla, demostrarle que no tenía un átomo de razón para pensar todo aquello, pero Isabel lo rechazó bruscamente.

—Jamás sospeché, dijo, ¡que fueras tú la causa ingrata de mis primeras lágrimas! nada tienes que reprocharme, en cambio ni enrostrarme el primer disgusto: lo que fuí para tí hasta ahora, lo hubiese sido hasta el fin de mis días, porque te he amado mucho, te he amado inmensamente y de ello te he dado las pruebas más grandes que pueda dar una mujer.

Extraño mucho que un hombre de tu inteligencia no haya sabido valorar y conservar ese mundo de amor infinito.

Y volvió á llorar tristemente: se conocía que lo que había dicho lo sentía de una manera profunda.

Rivadavia agotó su más profunda dialéctica para volver la tranquilidad al corazón de Isabel, pero concluyó de perder todo su aplomo y arrepentirse verdaderamente de lo que había hecho.

La verdad es que él amaba á Isabel, la amaba tanto, que era su misma pasión, el temor de perderla, lo que había originado sus desconfianzas y su resolución de retirar á Isabel de la vida galante.

Pero como ella lo decía, había olvidado el cultivo de aquel amor, había descuidado todas aquellas pequeñas atenciones que eran otras tantas pruebas de amor; había abandonado el mantener vivo su amor, ante los ojos de la amante, y ésta, creyéndose olvidada, pospuesta tal vez á otra mujer, se había ido enfriando hasta el extremo de buscar en otros lábios el recuerdo perfumado de las palabras que no pronunciaba ya el amante.

Aquel primer disgusto fué la valla insalvable que se interpuso en el corazón de los amantes que no podrían olvidar ya las expresiones vertidas.

Isabel cambió completamente de modo de ser desde aquel día.

Se dedicó exclusivamente á la atención de su hija y de su casa, però no volvió á ser para Rivadavia la amante feliz y abnegada de los primeros tiempos; él ya no hallaría en ella más que la madre de su hija. Sólo aquella hija querida, su cuidado y su porvenir podía mantenerlos unidos.

El hielo empezaba á producirse por parte de Isabel y una vez asegurado el porvenir independiente de la hija, vendría la separación por sí misma, sin ninguna violencia.



El matrimonio

Rivadavia, entristecido por la situación que él creía haber producido con sus celos, quiso modificarla, pero era ya demasiado tarde.

Ahora, cuando era él quien se empeñaba para que Isabel fuese á un baile, era ella quien se rehusaba á asistir.

—Es preciso que vayas, ¡ aunque sólo sea por nuestra hija á quien no puedes sustraer de la sociedad sin perjuicio para ella.

—Dominga no necesita precisamente que yo la lleve, puesto que es lo mismo ó mejor tal vez que la lleves tú.

Rivadavia guardaba silencio y acompañaba á Dominga, pero otras veces insistía de tal manera, que por fin Isabel se veía obligada á ceder y llevarla.

Eran esas veces las únicas en que daba expansión á su espíritu, porque desde que entraba al baile se olvidaba por completo de todos sus contratiempos para dedicarse á los encantos que para ella tenía el baile y á la conversación con sus amigas que le echaban en cara el crimen de faltar tanto tiempo á sus reuniones.

Muchas veces Rivadavia se fastidiaba de verla tan dedicada á la fiesta, pero no se atrevía á decir una palabra, por temor de producir una situación más violenta y que Isabel se negara á volver á reunión alguna.

Y aquellos celos empezaron á fastidiarlo á él mismo, al extremo de empezar á sentirse frío también ante el amor de Isabel.

Ya no era su amor lo que le mortificaba ante la idea de la

separación: era su amor propio ensobertecido por la posesión de una mujer tan hermosa y tan envidiada de todos.

—Pues bien, pensaba al fin, soportaremos hasta donde podamos y cuando no se pueda más, buscaremos el mejor remedio.

De esta manera habían pasado cinco años, cinco años en que la situación de hielo producida entre los amantes, había ido aumentando hasta hacer dos personas indiferentes de las que habían sido dos amantes llenos de pasión y de amor.

Se conservaban el mismo respeto, que ninguno de ellos se había atrevido á romper, pero aunque su lenguaje era amistoso y cordial, no se cruzaba entre ellos una palabra que pudiera traducirse en un cariño.

—El día que se resuelva el porvenir de Dominga, pensaba ella, protesto contra este género de vida y propongo una separación amistosa, pero que nos vuelva á ambos la independencia perdida.

—El día que case á mi hija, pensaba él, será el día que ponga un término á situación tan anómala.

Así no se puede vivir; en el corazón hay un infierno que es preciso sofocar, aunque ello me cueste un disgusto sério.

No se separa uno impunemente de una mujer con quien se ha vivido quince años, pero por esta consideración no se pueden aceptar situaciones que rebajan el espíritu ante la misma mujer que las provoca, porque ella no cree nunca en la magnanimidad que las tolera, atribuyéndolas siempre á móviles inacceptables.

Así, la resolución de los dos amantes estaba pendiente del casamiento de Dominga que podía bien tener lugar de un momento á otro, pero que hasta entónces nada sobre él podía asegurarse.

Dominga tenía quince años ya y era bella hasta el encanto.

La mirada profunda y brillante de sus ojos, hería al espíritu como un rayo de luz tropical, como la promesa celeste de un amor eterno.

Su cuerpo gentil y blando, de una esbeltez soberana, se movía con una molicie criolla y distinguida que hacía de él una especie de blanco forzoso á todas las miradas.

Su desarrollo era completo y exuberante, y ella, que sabía



DOMINGA RIVADAVIA

— Caballeros y amigos míos, creo que una mujer no debe escuchar más cumplidos y arrumacos que los que vengan de su marido; están, pues, aquí de más ustedes....

cuánta era su belleza, se complacía en hacerla lucir con el encanto de una coquetería exquisita.

Sin más joyas que la luz de sus ojos pensativos ni más adorno que una flor escondida entre la mata de su cabello, era la suprema exageración de toda belleza con el espléndido resplandor de un astro.

La juventud más distinguida rodeó á Dominga, disputándose el encanto de sus miradas y el perfume de sus sonrisas.

—No te prodigues, le decía la madre, y elige, que es el momento, elige al acorde de tu corazón, no te dejes deslumbrar sino por el cariño y la educación, que son la única y verdadera felicidad del hogar.

Y la jóven dejaba rodar aquel torrente de amores, que arrullaba su oído con el ruido de una cascada gigante sin dejarse arrastrar por su vértigo.

Su corazón completamente libre hasta entónces escuchaba con la frialdad del cálculo sin que sus senos se conmovieran ante la onda melodiosa de aquel amor cantado en todos los tonos de la pasión.

A más del poderoso atractivo de su belleza espléndida, Dominga poseía el encanto de un espíritu admirablemente cultivado.

Rivadavia le había enseñado todo aquello que puede hacer brillar el espíritu de una mujer, ilustrándola y preparándola para hacer el encanto del círculo social más exigente.

Así Dominga podía conversar con el jóven más ilustrado, interesándolo siempre con su conversación, y sin que aquel interés decayese en lo más mínimo por más larga y general que ella fuese.

Dominga poseía además un talento natural sumamente distinguido y fino, había en su inteligencia toda aquella claridad y travesura que caracterizaba la de su amoroso padre, á quien se parecía muchísimo.

Su inteligencia rápida le permitía darse cuenta de todo inmediatamente, apreciando las situaciones propias y ajenas con un raro criterio.

Así, cuando Isabel le daba algún consejo, ella lo ampliaba de una manera encantadora, envolviéndole en verdaderas ondas

de luz, ó lo rebatía y lo echaba por tierra de una manera que dejaba convencida y admirado á su buena madre.

Rivadavia le provocaba continuamente cuestiones sobre felicidad doméstica, para recrearse ante la lógica irrefragable de su hija.

—Serás feliz en el hogar, le decía después de escucharla con verdadero encanto, porque tus teorías son bellas y realizables: la cuestión es no dejarse alucinar ni seducir por la vida y sus encantos: serás feliz, hija mía, miserias y contratiempos que son en el hogar y su felicidad, lo que la gota de agua sobre la piedra.

Elige con tino, hija mía, no te dejes seducir por el brillo exterior de un hombre, ni por los halagos de la fortuna.

Sonda el corazón y el espíritu, que es allí donde se encuentra la verdadera felicidad, aquella felicidad que nace en el aprecio mútuo y que no declina á pesar de los años, y que crece con la familia que se desarrolla á su sombra poderosa.

¡Qué no te deslumbren las palabras, porque ellas, detrás de su melodía más arrobadora, ocultan su gota de más amargo veneno!

Dominga sonreía llena de orgullo y abrazaba á su padre á quien amaba con delirio.

—Si yo encontrara tu igual sobre la tierra, padre mío, no tendría ya que pensar en mí: la felicidad que con tu amor principió en mi cuna, me sonreiría hasta el sepulcro.

Aquí era donde Rivadavia se sentía dominado por una felicidad celeste, entregándose sin condiciones á las caricias de la hija querida.

Dominga comprendía con su claro talento, todo el dominio que ejercía sobre su padre, dominio que aumentaba ella con infinita astucia, porque sabía que dominando así al padre, era su voluntad exclusiva la que imperaba en la casa.

Aunque ella trataba de ocultarlo y sus padres, ennegrecidos por el cariño no lo veían, Dominga era en su casa absoluta, porque su carácter era excesivamente dominante y voluntarioso.

Ella era dulce y bondadosa, cariñosa y condescendiente, porque nunca había sufrido una contrariedad: se hacía sin vacilar lo que ella mandaba ó deseaba sin la menor oposición.

Así no había tenido ocasión, ni motivo para revelar las condiciones dominantes de su carácter, ni la fortaleza de su genio.

El día que no se le hubiera hecho el gusto contrariando su deseo, el día que se hubieran negado á complacerla ó á negarle algún pedido interesante para ella, hubieran visto cuanto era de firme y áspero aquel carácter tan angelical aparentemente.

Hubieran visto entónces desaparecer toda aquella dulzura y toda aquella expresión de ángel, para dar paso á las manifestaciones del carácter más insoportable y dominante y á la expresión de ángel siempre, dada su belleza, pero del ángel malo.

Pero aquellos sentimientos habían permanecido adormecidos y ocultos tal vez para ella misma, pues sus padres y como las demás personas que la rodeaban la complacían en todos sus deseos, apénas concluía de formularlos.

Entre la brillante juventud que formaba su círculo, había muchos jóvenes de halagar á la mujer más exigente, respecto á condiciones morales y físicas.

Pero Dominga iba persiguiendo una que, constituyendo un efecto para cualquiera, era para ella el complemento de su felicidad.

Dominga buscaba un hombre que además de las condiciones requeridas para constituir su felicidad, fuera débil de carácter, para poder manejarlo por completo, y ser ella en realidad la que gobernara la casa de su marido como había gobernado la de sus padres.

Esta era su aspiración suprema y única.

Parece increíble que en aquella edad tan tierna en que el corazón impera en toda su fuerza, fuesen dominadas todas sus pasiones por un cálculo tan frío y meditado.

Dominga no quería un marido sino un esclavo, y es por esto que un círculo donde podían haber elegido esposo diez ó veinte niñas de las más exigentes, no había encontrado Dominga el hombre necesario á llenar sus aspiraciones.

Un hombre de corazón, educado y bondadoso, pero débil y dominable desde el primer momento.

Estaba decidida á no casarse sinó de aquella manera, porque

había comprendido que no era su carácter para soportar ninguna clase de dominio y en caso que este hubiera tenido que ser doblegado, la paz de su hogar no duraría tal vez una semana.

Entre los jóvenes que más luchaban por entrarse al corazón de la bella Dominga, figuraba un joven Iriarte, hermano del general de aquel nombre.

Iriarte estaba apasionado de Dominga de una manera vehemente, contaba su amor en todos los tonos y no faltaba jamás de aquellos parajes y reuniones frecuentados por Dominga.

Siendo su firme aspiración casarse con la joven que de aquella manera lo había cautivado, fué su primer paso verse con Rivadavia para que autorizara sus pretensiones y las ayudara, si las creía justas, con sus consejos.

Aquel partido halagó profundamente á Rivadavia, porque Iriarte era un joven distinguido por su familia y por él mismo, de una educación esmerada y de sentimientos de corazón muy recomendables.

Todas estas eran prendas que garantían la felicidad de cualquier joven, más si se tiene presente que los Iriarte eran personas de posición y de fortuna.

Ahora, físicamente, era Iriarte un joven agradabilísimo, de suave fisonomía, simpática, bella si se quiere, por la misma fuerza de la simpatía.

Era lo que se llama un soberbio partido que cualquier joven se hubiera considerado feliz en aceptar.

Rivadavia escuchó sumamente complacido aquella confesión y aquel pedido, pero que chocaba con un propósito inquebrantable que se había impuesto: no hacer ningún género de presión en el corazón de su hija.

Lo sucedido con Isabel lo aterraba: recordaba con terror todo lo que Isabel había sufrido en su matrimonio y temblaba que con Dominga fuese á suceder lo mismo.

Por esto se había propuesto no darle el menor consejo que pudiera influir en la decisión de la joven á aceptar tal ó cual noyiazgo.

Si veía que su elección podía serle funesta, le mostraría pal-

pablemente el peligro á que se exponía, tratando de disuadirla de un matrimonio peligroso.

Pero jamás intervendría para hacerle aceptar tal ó cual pretendiente, ni encarecerle los méritos ó ventajas que pudiera tener. Y fué en este sentido que habló al jóven Iriarte.

—Amigo mío, como padre que desea la felicidad de su hija, aceptaría con gusto su comisión, como veo complacido el deseo que lo anima, pero hay un pequeño inconveniente para que yo lo apoye.

Creyendo que la felicidad del matrimonio pende en gran parte en la absoluta libertad de corazón con que se elige, he resuelto no influir en lo más mínimo sobre el espíritu de mi hija en la elección de su marido: á este respecto ella es perfectamente libre.

Creo por otra parte que usted para nada me necesita, porque tiene méritos sobrados para interesar el corazón de una niña y ganarse su espíritu.

Dominga es pura y sencilla, sin aspiraciones exageradas á este respecto: creo que se casará con el hombre que sepa interesar su corazón, y para uno de espíritu fino y delicado ya vé que el trabajo no es grande.

Si ella llegara á consultarme, le diré lo mismo que dije á usted al principio: que usted me parece digno de ser preferido, pero nada más.

Tener el consentimiento de su padre, en casos de esta naturaleza, es ya una gran ventaja para un cortejo, y cuando aquel consentimiento se dá de una manera tan complacida, la ventaja crece.

Así lo comprendió Iriarte, que se retiró feliz porque creía no serle difícil llegar al corazón de la jóven.

Sin embargo de su creencia, Iriarte tenía un inconveniente en sí mismo, que lo hacía andar más lentamente en su camino.

Era tímido, exageradamente tímido, y por firmes que fueran sus propósitos, una vez delante de la jóven se sentía flaquear, le faltaba el ánimo y apénas insinuada una galantería decisiva se ponía en encendido, apénas murmuraba las frases y se le limitaba á envolver á la jóven en su mirada llena de ansiedad y de pasión.

Y esto, sin saberlo él, era lo que mejor efecto producía en la jóven, puesto que revelaba precisamente lo que ella deseaba encontrar: un carácter débil.

Y ella se complacía en mirarlo intensamente para darse el placer de verlo confundido y sin saber qué decir.

Muchas veces Iriarte se haba acercado á la jóven decidido á revelar francamente sus sentimientos y aspiraciones, pero en cuanto empezaba, en cuanto sentía irradiar sobre sí la luz de aquellos ojos, todo su valor desaparecía y no pasaba de un par de frases generales que ninguna significación pueden tener en el corazón de una mujer, pues son las mismas que está oyendo pronunciar desde que pisó el dintel de la sociedad.

Así pasó algún tiempo, complacida Dominga en ver todo el dominio que ejercía sobre Iriarte y éste sin resolverse á manifestar sus sentimientos.

Y no es que le faltara el carácter precisamente, pues era un jóven de ánimo que personalmente había dado ciertas pruebas de valor.

Es que se había criado sin frecuentar la sociedad: la vida galante no fué nunca la de su predilección y se encontraba con más valor para afrontar una pistola que para hacer una declaración de amor.

La primera vez que Iriarte vió á Dominga, se sintió mareado, deslumbrado, aturdido por aquella belleza suprema.

Jamás había visto una belleza tan espléndida, ni tenía idea que una mujer pudiese llegar á tal grado de encanto.

Arrastrado por la luz de sus ojos, formó en el círculo de sus adoradores, con ánimo de luchar para obtener las simpatías y el amor de la jóven.

Pero al ver á tanto jóven avezado á la vida del amor disputarse el corazón de Dominga con gran empeño y dedicación, al verla rodeada de tanto diablo habituado á aquellas luchas del espíritu hacer uso de todos sus medios para agradar á la jóven, se retiró con el ánimo perdido.

— ¡Qué voy á hacer yo!, pensó, ¡qué no se decir una galantería, en un círculo formado por tanto calavera de éxito! soy un

imbécil que no sé entretener á una mujer y que, establecida la comparación, concluiría por fastidiarla y tal vez hacérmele anti-pático.

Y se retiró con ánimo de abandonar la aventura.

Pero apénas vió nuevamente á Dominga, su hermosura pudo más que su timidez, se sintió nuevamente arrastrado, y volvió á formar entre los que se disputaban su corazón, dispuesto á luchar hasta el último esfuerzo.

Iriarte era un jóven que seducía tratándolo, su conversación era distinguida, y exquisitos los temas que trataba.

Dominga se mostraba muy complacida en la conversación con Iriarte, pero se manejaba de modo que ni éste, ni ningún otro pudiera ver en ello la menor preferencia.

Para todos era igual y á todos los trataba con igual amabilidad amistosa.

Todos ménos Iriarte habían hecho su profesión de fé, declarando su amor y sus aspiraciones, y á todos había ella sonreído sin dar á entender la menor preferencia.

Y era esto lo que más animaba á Iriarte, que perseveraba espiondo el momento de hacer lo mismo.

Fué entónces que por abreviar el camino y facilitar el trance más duro para él, de hacer una declaración de amor, se vió con Rivadavia.

—Si él consiente en hablarle y apoyarme, pensó, tengo medio camino andado y la cosa vá por sí sola.

Pero se encontró con que Rivadavia, si lo ayudaba con su simpatía y daba de antemano su consentimiento, no lo libraba del gran embarazo de declararse.

A todos habrá sucedido lo mismo el día de su primer declaración.

Así fué que se convenció Dominga del absoluto dominio que tenía sobre Iriarte, apreciando la debilidad de su carácter.

—En caso de elegir, pensó, este es fuera de duda, el marido que me conviene: los otros son cavaleras hechos á quienes tendría que arrancar, como primer trabajo, á sus hábitos poderosamente arraigados, y sabe Dios si lograría de una manera radical.

Este jóven me conviene, es fino, educado y tranquilo: me ama fuera de toda duda, y esa misma fuerza de pasión le quita el ánimo que necesita para venir á mí.

Infundámoselo, entónces, y él vendrá á mí con toda la fuerza vírgen de su pasión.

La primera vez que la jóven se encontró con Iriarte en un momento á propósito, hizo rodar la conversación al terreno que deseaba.

Los casamientos fué el tema elegido, con lo que ella creyó conveniente dar una broma inocente.

Me han dicho sus amigos que usted anda por casarse, y que no será extraño lo veamos desaparecer de repente de nuestro círculo.

Iriarte se puso encendido, miró á Dominga con toda la fuerza de su espíritu, y después de reflexionar un momento, repuso:

—Mis amigos han dicho eso por una broma, pues ningún acto mío los autoriza siquiera á pensarlo, pero seguramente no saben que al querer dar una broma han dicho una verdad.

Y alzó sobre la jóven su mirada límpida y serena.

—¿Luego es cierto que usted se casa? ¿y cómo había ocultado esa bella novedad?

—Porque yo mismo no lo sé á punto fijo, ni lo puedo asegurar.

Y á medida que hablaba Iriarte parecía ir cobrando nuevos bríos, que Dominga trataba de aumentar inspirándole confianza y mirándolo de cierta manera.

Hay una mujer que me subyuga de una manera incalculable, porque yo mismo no sé hasta donde podría arrastrarme mi pasión por ella.

Bella como un ángel, en la suposición de que los ángeles lo sean tanto, esa mujer se ha apoderado de mi espíritu hasta el punto de hacerme vivir soñando en ella y en el mundo que su posesión importaría para mí.

Vivo como un idiota en todo lo que á ella no se refiere, porque vivo de su propio aliento y aliento en su propia vida.

No hay sacrificio que no hiciera por ella, ni senda dolorosa que no pisara, pero hay una dificultad enorme: no sé si ella me ama, no sé si me aprecia siquiera, y esta es la única fuerza de mis torturas.

—Pero ¿por qué no se lo pregunta usted, por qué no trata de conseguir ese amor tan deseado, con mil recursos á mano de todo hombre de talento y espíritu?

—¡ Ah! amiga mía, ¡ cuántas veces lo he intentado y cuántas he retrocedido temiendo un desengaño!

La duda de ese amor es para mí un martirio inmenso, en el que solo puede vivirse con la esperanza de días mejores.

Su amor sería para mí el colmo de la dicha sobre la tierra, la promesa de su fé como la promesa de cielo: yo renacería al soplo de su amor, como renacen las plantas al calor vivificante del sol de Octubre.

Pero el desencanto sería para mí horrible, tan inaguantable, que tiemblo y prefiero mil veces la duda desesperante, á la certeza de su indiferencia.

—Pero ¿por qué es ese miedo, amigo mío? preguntó Domingo, que se iba conmoviendo ante la palabra del jóven: yo creo que una mujer por exigente que sea, debe encontrarse feliz de haber puesto una pasión tan vehemente en el corazón de un hombre como usted.

Yo le hablo con toda la franqueza de una buena amistad y le aconsejo que no se desanime, porque hay en usted suficientes prendas para hacerse estimar y querer.

Usted debe abordar á la mujer que ama de esa manera, contarle lo que me cuenta á mí y quien sabe si después no vendrá á agradecerme mi consejo.

—Es duro exponer á un desengaño tan tremendo, exclamó Iriarte, que temblaba poderosamente, dejando ver en sus ojos una agonía inmensa: es duro provocar un desengaño de tal naturaleza porque una vez obtenido, no queda más recurso que hacerse volar los sesos.

¡ Y qué diablos! añadió en seguida, ¿no hay situaciones en la vida en que es preciso para definir las, jugar la existencia?

Mire usted, amiga mía, nunca me ha parecido la muerte una cosa temible, ni digna del menor pesar; pero confieso que la idea de la muerte en este caso me aterra, y bien sabe Dios que no es por la muerte misma.

Por ella, por obtener su amor, jugaría la vida cuantas veces fuera necesario y una vez obtenido, moriría feliz, porque vería detrás de mi tumba sus ojos llorándome y su espíritu velado por la tristeza más íntima.

Pero ¿cómo he de conformarme con morir provocando una cruel indiferencia y sin dejar en su corazón el más débil recuerdo de mi cariño?

¡Oh! ¡la duda! la duda es una pistola cargada y apuntada al pecho, amenazando descargarse á cada momento que pasa.

Sin quererlo y sin pensarlo, Dominga se había ido interesando y conmoviendo, al extremo que sus bellos ojos habían sido empañados por una lágrima y su corazón temblaba sintiéndose arrastrada por el vértigo de la pasión más pura.

Y trémula y encantada, seguía el magnetismo de aquella palabra apasionada, sintiendo una expresión de extraña dulzura, desconocida hasta entónces para ella.

Su espíritu estaba pendiente de los labios del jóven, embellecido y sublimado por el encanto magnético de su propia pasión.

Hubiera estado escuchándolo un día entero; y la simpatía que indudablemente sentía por él desde un principio, se desarrolló en aquel momento, enamorando por fin un corazón vírgen é impresionable.

En aquel instante había desaparecido para ella todo cálculo y solo veía en Iriarte al hombre que la arrastraba á pesar suyo en el vértigo de la pasión.

Iriarte alzó la vista y arrobado ante aquella actitud, mareado por tanta belleza, extático en la contemplación de aquellos ojos bellos, no pudo contenerse y su pasión estalló en frases conmovedoras.

—Pues bien, amiga mía, exclamó, llegado para mí el momento de jugar la existencia, no vacilo ya, y reciba la muerte ó la vida, como Dios se sirva enviármela.

La mujer por quien vivo y por quien muero, la felicidad suprema á que aspiro en este mundo, todo lo que usted me ha oído y algo más que reservo porque no se puede expresar en lenguaje humano, está encerrado en usted misma, que es la suprema aspiración de mi vida.

Ante la duda horrible del desengaño, jamás me hubiera atrevido á pronunciar una palabra, pero hoy me siento animado de extraña inspiración, de un valor infundido por usted misma y me siento con la fuerza suficiente para revelar mi secreto.

Yo no le pido á usted más que compasión, si no puede darme otra cosa, pero si debo renunciar á toda esperanza, aún la de la compasión misma, no me lo diga, pues ya sabe usted que mi corazón caería bajo su peso como á un golpe de maza.

Dominga estaba conmovida: quería retener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, pero ellas rodaban sobre la falda de su rico vestido, como otras tantas piedras preciosas.

E Iriarte la miraba, la miraba extasiado y sonriente, porque aquel llanto no podía ser producido sino por un sentimiento de delicada ternura.

—¡ Ya no dudo! exclamó, ¡ ahora creo, creo con una fé profunda, como se cree en Dios, como se cree en la existencia!

Usted llora, luego usted me ha comprendido, ha sentido por mi sentimiento mismo y su corazón no ha podido ser indiferente á la pasión del mío.

¡ Bendito sea el Dios que me puso hoy en su camino, inspirando la conversación que nos llevó á este extremo!

Hable, deje hablar á su corazón, déjelo libre de manifestar lo que siente, y estoy seguro que podré llamarme feliz sobre la tierra. —¡ Oh usted no se equivocaba! ¡ era necesario hablar para hacerme comprender; una mujer como usted no podía permanecer sorda al acento del amor verdadero!

Dominga pensaba, estaba sumamente agitada y temía hablar en aquel momento porque temía decir más de lo que le hubiera convenido.

—Hable usted, por Dios, repitió Iriarte lleno de ansiedad, pues dentro de un momento no podría hacerlo sin testigos: hay momento en que no debe amordazarse el corazón, deje usted que hable el suyo en completa libertad, con toda la franca nobleza que lo caracteriza.

Aquel acento de profundo amor que nunca había escuchado, iba dominando gradualmente á Dominga; tuvo miedo que la in-

sistencia de Iriarte fuese á arrancarle más de lo que quería, y levantando la límpida mirada y secando las lágrimas dijo:

—Bien, señor Iriarte, yo nada puedo disponer porque tengo padres á quienes debo y quiero consultar los pasos de mi vida antes de darlos.

Ellos son buenos, más que mis padres, son mis amigos, y no hay una razón que me sirviera de disculpa para haberles ocultado paso de tanta trascendencia.

—Usted puede tener razón en lo que respecta á contraer un compromiso, pero no á matar mi esperanza hundiéndola nuevamente en la duda: por lo ménos dígame usted una palabra que me haga vislumbrar la felicidad que ansío.

—Nada puedo decir á usted sin consentimiento de mis padres: descendería ante su propia estima.

—Usted no puede descender ante nadie, porque los ángeles no descienden: yo sólo le pido una palabra que alimente mi esperanza y nada más, una sola palabra que envuelva una promesa por vaga que sea y me considero feliz.

—No puedo, murmuró Dominga sintiéndose desfallecer.

—¡ Por lo ménos autoríceme á que la siga amando! yo veo mi felicidad pendiente de sus ojos, que irradian una luz que no es de este mundo, de las palpitaciones de su seno, que se mueve como una promesa, de los latidos de su corazón que se siente á través de las ropas y soy feliz, pero quiero oírla de sus lábios, necesito oírla de sus lábios para que cese la agitación de mi espíritu.

Dominga se levantó para alejarse: era el único recurso que le quedaba, pues si permanecía un momento más no iba á poder guardar más silencio.

—Aún no, dijo: yo hablaré con mis padres y podré entónces dar á usted una contestación la primera vez que nos veamos.

—Por Dios, un momento más, ¡dígame siquiera que puedo amarla, que mi amor no la enoja!

—Y bien, es todo lo que puedo hacer, y esto es mucho ya: su amor no me enoja y al hablar con mis padres pensaré en él.

—¡ Oh! ¡ gracias, gracias! una palabra ahora: ¿podré descansar en su amor, en su cariño siquiera?

—Eso ya es más de lo que puedo decir, concluyó Dominga y se alejó de Iriarte cruzando el espacio como una constelación.

Parecía una estrella que rodara bajo la inmensa bóveda de los cielos.

Dominga ya no estaba á su lado, ni siquiera sentía ya el roce de sus ropas y aún Iriarte experimentaba la influencia de su persona magnética sobre su espíritu.

Otro hombre, con lo que había visto, se hubiera retirado seguro y satisfecho, puesto que había sentido al sér amado temblar bajo la influencia de su palabra.

Pero Iriarte, á pesar de las seguridades dada por el mismo Rivadavia, temía que Dominga vacilara y hasta que escuchara la influencia miserable de sus rivales.

Es que Iriarte no tenía confianza en sus méritos personales y temía que ella fuese deslumbrada por otra palabra más ardiente y práctica.

—¡ Es tan débil y tan mudable el corazón de una mujer! pensaba.

Ante el cumplimiento del deber y de la fé jurada, nada más sublimemente abnegado que el corazón de una mujer; pero no hay nada más voluble para fiarse en un punto y tomarlo como base de todas sus acciones.

Ella me ama, no hay duda: estoy en los senos de su corazón, porque mi pasión la ha movido, pero quién me garante que ese corazón no pueda ser movido por una fuerza más poderosa.

Hé aquí mi único temor, pero temor que engendra el mayor peligro.

El padre es mío, por ese lado estoy tranquilo, pero la madre puede tener algún otro proyecto, un partido que le parezca mejor, y batirme por completo en el corazón de la hija.

En fin, puesto que no hay más remedio que esperar, esperaré: serán unos días más de angustias añadidos á los tantos que he sufrido ya.

Dominga por su parte se había retirado conmovida y asombrada, asombrada de toda la influencia que había tenido en su corazón la palabra de aquel jóven.

—Yo no lo sabía, pensaba, creí que sólo era un jóven á quien profesaba una simple simpatía y me encuentro con un cariño superior á toda idea.

¡Caramba! añadió, ¡si esto es amor, me encuentro enamorada de una manera terrible! ¡Ah! ¡si él pudiera calcular todo lo que me ha hecho sentir la melodía de su palabra enamorada!

¡Si lo escucho un momento más, léjos de ser yo la que dominaba, él me hubiera hecho decir cuanto hubiera querido!

Y lo domino, sí, lo domino, porque cualquier otro hombre en su lugar, me hubiera hecho confesar cuanto sentía en mi corazón y mi cabeza.

Aquella misma noche Dominga habló con sus padres, refiriéndoles con toda exactitud cuanto habían hablado ella é Iriarte.

—Eres sábia y prudente, le dijo Rivadavia: bajo mi propio consejo no hubieras procedido de una manera más conveniente.

Ahora es preciso que nos digas á nosotros lo que le has callado á él, es decir, lo que siente tu corazón y lo que piensas tú misma; ¿qué impresión ha hecho en tu ánimo todo lo que el jóven te ha dicho, qué te parece como compañero inseparable de tu destino?

No te dejes llevar de frases tiernas, pon la mano sobre tu corazón y piensa que decides el destino de toda tu vida.

Dominga titubeó, miró á sus padres y dijo:

—Yo quiero saber antes lo que ustedes piensan, porque no me atrevo á llevarme de mi propio criterio.

—Aquí tú sola eres la que ha de decidir sobre la suerte de tu corazón.

Si tu elección fuera mala, yo te mostraría todos sus inconvenientes: si buena, te mostraría todas sus ventajas.

Pero ante todo, ¿has estudiado bien el carácter de ese jóven, su modo de ser, su sensibilidad? ¿qué piensas de él?

—Creo que sí; pienso que es un jóven de carácter dulce y bondadoso, sensible y fácil de llevar por medio del cariño.

—¿Y lo amas lo suficiente para aceptarlo como compañero de toda tu vida sin temor de arrepentirte?

—Yo no sé lo que es amar, exclamó la jóven poniéndose encendida y radiante de belleza, yo no sé lo que es amar: lo quiero

como si estuviera ligada á él por vínculos estrechos: me parece que lo he querido toda la vida.

—Pues bien, dijo entónces Rivadavia sonriendo, por mi parte te felicito por la elección y te doy mi consentimiento porque creo que serás feliz al lado de ese jóven.

Faltaba ahora la opinión y el consentimiento de la madre, un poco más difícil de arrancar, porque á este respecto era más exigente que Rivadavia.

Engreída con la belleza y méritos de su hija, todo le parecía poco para ella, considerándola digna de mucho más.

Isabel, que recordaba su desgraciado casamiento con Diaz, quería como Dominga, un marido que ésta dominara completamente y que tuviera además suficientes elementos de fortuna y corazón para hacerla feliz.

Respecto á esto último creía estar tranquila con la elección de Iriarte; ¿pero lo habría estudiado lo bastante para apreciar con seguridad si su carácter era dominante ó dominable? esta era la única dificultad que se presentaba.

—Por mi parte, contestó, no tengo nada que decirte después de lo manifestado por tu padre; él sabe lo que hace y yo no debo oponerme.

Ahora sobre las condiciones que yo exigiría, hablaremos después.

Aquello era terminante, sin dejar lugar á insistir.

—Entónces, si me viene á ver ese jóven ¿qué contesto? preguntó Dominga.

—Puedes darle tu aprobación, respondió Isabel, y decirle que hable conmigo, pues como es natural, antes de entregarle el porvenir de mi única hija, quiero examinarlo íntimamente para saber si la merece ó no, y si será capaz de hacerla feliz.

Eran aquellos los derechos más sagrados de la madre, que Rivadavia no podía contrariar y que no hubiera tenido razón ni derecho para hacerlo.

Era preciso dejar que procediera con toda calma y en toda libertad de espíritu.

Rivadavia estaba del todo complacido, Iriarte llenaba todas sus exigencias y se casaría pronto, quedando él en completa li-

bertad de acción respecto á Isabel, una vez que el porvenir de su hija quedase asegurado.

Madre é hija quedaron conferenciando sobre lo que tanto quería saber la primera: el carácter del candidato.

—Lo domino, madre mía, lo domino fuera de toda duda, decía la jóven; siguiendo todos tus consejos fué esto lo primero que cuidé y hasta que no estuve plenamente segura no me resolví á decidirme.

—Es preciso que tengas presente que esta es la única felicidad posible: la mujer que manda en su casa no es como la mujer que tiene que obedecer, que empieza por obedecer las cosas más razonables y termina por tener que acatar hasta el último capricho.

Es en el dominio de la mujer que se basa el respeto mútuo, de donde nace el cariño y la dicha suprema.

Eran estas teorías, espléndidas para disolver un hogar, las que Isabel daba á su hija como infalibles nociones de felicidad.

Y era en ellas que se había desenvuelto el carácter de la jóven, díscolo y dominante al extremo de no poder soportar la más leve contradicción.

Convenidas en esto, la madre quedó en hablar con Iriarte, para explotarlo y poder quedar más satisfecha.

—Tú no tienes práctica á este respecto, pudiendo engañarte con facilidad, le dijo: déjame hablarlo, estudiarlo solo un par de horas, y en seguida te diré lo que debes hacer, ya bajo una segura base.

—He quedado en contestarle la primera vez que nos viéramos, dijo Dominga: ¿debo entónces quedarme en casa hasta que usted le haya hablado?

—No, porque es necesario que sea él quien venga á verme voluntariamente ó forzado por tu actitud.

Puedes decirle que venga á buscar la respuesta de mis lábios, que tú me has encargado de dársela.

Esto es lo que más le conviene, pues así no contraes el menor compromiso y dejas á mi frío criterio el exámen que tu no podrás hacer con la misma libertad, puesto que tu corazón está ya comprometido.

Convenidas así, no tuvieron más que esperar la visita de Iriarte, que sería la que había de decidirlo todo.

Iriarte no hacía entre tanto más que esperar la ocasión de ver á Dominga para obtener la respuesta que tanto anhelaba.

Por fin dos días después se encontró con Dominga en una tertulia: el corazón del jóven no pudo evitar un estremecimiento que le hizo palidecer intensamente.

Indudablemente la vista de la jóven producía en él un efecto poderoso.

Tremulo y agitado se acercó á ella, y en cuanto pudo hablarla sin testigos, le pidió la respuesta prometida.

—Todo reo de este mundo, le dijo, está veinte y cuatro horas en capilla para salir al cadalso: parece que yo soy una excepción de esta regla, puesto que mi verdugo no tiene tampoco símil en la vida.

Hace cuarenta y ocho horas que peno de una manera tremenda, no sé cuál vá á ser la suerte que me depara mi ángel y ya mi sufrimiento vá tomando toda la faz de un martirio.

Por fin un rayo de sol ha venido esta noche á alumbrar el cielo de mi esperanza: no quiero volver á caer más en la noche de la duda y espero que mi buen ángel me sacará de angustias.

—Me ocupé de usted según mi promesa, contestó la jóven no pudiendo dominar su emoción: puede usted hablar ahora con mis padres, que son ellos ya los que han de decidir de mi suerte.

—Pero antes yo necesito conocer de sus lábios lo que sólo usted puede darme; la seguridad de su amor.

Los padres calculan y comparan, el corazón sólo siente y habla al acorde de la impresión recibida: ellos podrán decirme si les convengo ó si me encuentran digno de tan gran felicidad.

Pero usted sola puede decirme si me ama, si no he sido un loco al cifrar en usted toda la felicidad de mi vida, si mi pasión puede encontrar en usted la justa recompensa.

Dominga empezaba á confundirse como la vez primera, al imperio de la pasión; no sabía qué responder y temía que su corazón se dejara llevar demasiado lejos en sus manifestaciones.

—Es mi madre, amigo mío, quien podrá darle la contestación

que anhela: hable con ella y tendrá usted una respuesta más de la que yo pudiera darle.

—¡ No es lo mismo! ¡ oh! ¡ no es lo mismo! exclamó Iriarte: la contestación que puede darme su mamá será fría, calculada, diplomática: una contestación de madre que vendrá después de haberme explorado á su satisfacción.

Yo quiero la respuesta de su corazón, mezclada á sus latidos, partiendo de sus senos y con las emanaciones perfumadas de su espíritu bello é inocente.

El corazón que calcula no es el corazón que obra á impulso de su propio latido y que late porque siente, porque ha sido impresionado.

Eso es lo que yo deseo, eso es lo que yo anhele y lo que considero el seguro de la felicidad.

La señora tal vez me diga lo mismo, pero con otras palabras, y aunque ello equivaldrá siempre á darme la seguridad de su amor, la brisa tibia de sus palabras no habrá envuelto mi espíritu, y esto será ya un placer supremo que me roban.

Dominga temblaba, se conmovía cada vez más, y miraba hácia el sitio donde debía estar Isabel, como si quisiera buscar las fuerzas que para resistir le faltaban.

Y encontraba siempre la mirada de la madre que, no sólo le infundía el ánimo que empezaba á faltarle, sino que le recomendaba mantenerse en el terreno convenido, por la misma razón que se insistía tanto.

Era preciso terminar aquel diálogo peligroso, pensó Dominga, porque á pesar de todo cálculo el jóven la arrastraba, y tratar al mismo tiempo de explorar hasta dónde llegaba la influencia de su dominio.

—Voy á pedirle un servicio, amigo mío, dijo al fin, tratando de dar á su voz toda la seguridad posible.

Es inútil que usted insista en su pedido, porque no es que yo no quiera, sino que no puedo darle la respuesta pedida: su insistencia me mortifica porque me veo imposibilitada de complacerlo.

—¿ Pero qué se lo puede impedir, señorita? esto no es más

que un pequeño adelanto á una respuesta que según usted misma he de recibir; entónces no tiene usted una razón que apoye la mortificación que me causa.

—Hay un motivo poderoso para mí, dijo la jóven, queriendo dar á su palabra un acento de severidad, y es que para complacer á usted tendría que desobedecer y causar un desagrado á mi madre; ella está para mí sobre todas las cosas, y por nada de este mundo quiero llevar á su ánimo el más pequeño disgusto.

En su mano está tener más prontamente la respuesta que ansía: apresure su entrevista y más pronto la conseguirá.

Iriarte se sintió vencido y se replegó sobre sí mismo.

No era tanto el dominio que la jóven ejercía sobre él, cuanto que no le pareció á propósito la situación para insistir y resistirse á aquel pedido, resistencia que tal vez pudiera tener malas consecuencias para él.

—No hay más remedio que sufrir exclamó, por que yo tampoco quiero por nada de este mundo, causar la menor violencia á su espíritu.

Me conformo á la tiranía de mi suerte, en la esperanza que bien pronto se trocará por el colmo de toda dicha.

Trataré de que esto se resuelva pronto para que terminen mis penas, y le ruego ahora me perdone si con mi insistencia le he causado algún desagrado, que sería bien disculpable, pues él nace solamente en un exceso de amor: me sucede lo que al avaro que posee un tesoro y que este se halla expuesto á la codicia de los ladrones y no teniendo seguridad en el mueble que lo guarda teme ser despojado á cada momento.

Por eso he importunado á usted tanto y por eso le pido perdón.

Tan dulce y tan humilde era entónces el acento del jóven, que Dominga sintió deseos de darle algún consuelo, aunque sólo fuera con una vaga promesa, pero su cálculo pudo más que su impresión y guardó silencio: después de lo que había dicho, retroceder era mostrarse vencida y dominada y mostrar á Iriarte su lado débil.

Dominó, pues, su impresión y pidió á Iriarte la acompañase al lado de la madre.

El jóven, dominando su pesar, la llevó al lado de la señora, que los envolvía en una mirada curiosa, como si quisiera adivinar lo que entre los dos acababa de pasar.

—Tengo que hacerle un pedido, señora, dijo Iriarte después de haberla saludado con el mayor cariño; y cuyo pedido creo que usted no tendrá inconveniente en conceder.

—Siempre que de mí dependa, tendré verdadero gusto en complacerlo.

—Si usted no tiene algo mejor que le ocupe el tiempo, desearía me concediera un par de minutos, tan pronto como le fuera posible: quiero hablar con usted algo del interés más vital para mí.

—No tengo el menor inconveniente, respondió Isabel, sonriente ante la certeza que su hija no había salido de la actitud convenida; puede usted mismo elegir el momento, pues me pongo á su disposición todo el día de mañana.

Arreglada la hora de la entrevista, nada tenía ya que hablar sobre el asunto que la motivaba, é Iriarte permaneció al lado de ambas, haciéndoles su más agradable sociedad.

El tiempo que duró aquella entrevista fué de verdadera tortura para Iriarte.

Dominga, como siempre, era solicitada por todos los jóvenes de la reunión, que subyugados por su hermosura espléndida, la acosaban á galanterías y á frases que expresaban el más vivo entusiasmo.

Y ella con todos era igual, á todos respondía con el mismo agrado y con igual comedimiento, sin tener para Iriarte la menor frase ni el más leve movimiento que le indicara ser él el preferido.

Aquellas fueron para él horas de horrible tortura é indecible angustia.

Cada frase apasionada se enterraba en su corazón, hiriente y mortificante, haciéndole desear la mayor desgracia para el que la pronunciaba.

Y comprendiendo que su desagrado podría causar mala impresión ante la madre que lo observaba, disimulaba toda su mala impresión bajo una sonrisa de íntima complacencia, tan bien di-

bujada en sus labios que la misma Isabel llegó á engañarse al pensar: no es celoso, y esta es una virtud que redunde en provecho de mi Dominga.

Con esto tiene asegurada la continuación de su vida feliz y la tranquilidad de su espíritu y de su hogar.

El hombre celoso es una cadena insoportable, á cuyo extremo una madre no puede atar á su hija: este, que era mi más sério temor, desaparece; veremos si en lo demás sucede lo mismo.

Iriarte, pues, acababa de ganar la primera parte de la batalla con la actitud serena y sonriente con que había cubierto los celos tremendos que sentía.

Sin saberlo, aunque queriéndolo, había engañado hábilmente á Isabel.

Dominga entre tanto paseaba, bailaba y conversaba con todos los que la solicitaban, regresando al lado de la madre indiferente, como quien solo trata de cumplir un deber de sociedad.

Y al regresar estudiaba en la fisonomía de la madre la impresión que le iba causando el jóven, impresión que se comprendía admirablemente en la sonrisa plácida de Isabel.

Iriarte, de cuando en cuando, la invitaba á bailar una pieza ó dar una vuelta por la sala, á lo que Dominga accedía sin mostrar mayor placer ni agrado que el que mostraba con los demás.

Iriarte no volvió á hablarle una sola palabra sobre el tema de sus amores; comprendía que debía hacerlo así, puesto que tácitamente se había comprometido á esperar hasta el otro día en que hablase con la madre.

Tarde ya, y cuando estaba por terminar la reunión, vino Rivadavia á buscar á los suyos.

El jóven le hubiera manifestado el estado de sus pretensiones, puesto que él ya las conocía, pero no tuvo tiempo ni ocasión de hacerlo, pues apenas estuvo aquel un momento, momento en que no se separó de Isabel.

Iriarte se despidió de ellos hasta el siguiente día: tenía esperanzas en el buen éxito de su entrevista por la manera cariñosa con que lo había despedido Isabel, aunque de todos modos y en seguida hablaría con Rivadavia, ya para comunicarle su buen éxito, ya para pedirle su eficaz auxilio.

Todo el resto de la noche lo pasó el jóven entregado á sus reflexiones y á pensar en las objeciones que podía hacerle Isabel, y los puntos sobre que podía interrogarlo.

Iriarte tuvo entónces una idea feliz.

Para explorar el corazón de una madre, sin haberla oído, no hay como el corazón de otra madre, sobre todo en el punto que iba á tratarse.

—Pues hablaré con mi madre para que me enseñe la manera como debo agradar la justa ambición de aquella, y entónces no dudaré un segundo del éxito de mi pretensión.

En cuanto amaneció el día, Iriarte fué en busca de su buena madre y le reveló el estado de su ánimo, contándole las esperanzas que en sus consejos abrigaba.

La madre escuchó al hijo con aquella bondad profunda que la madre atesora siempre para los hijos, manifestándose complacida en su elección.

Conocía á Dominga y le parecía un excelente partido para su hijo.

—No hay más que un medio de halagar á una madre respecto á su hija, dijo, y esto lo puedes hacer tú sin mentir, pues conozco toda la nobleza de tu espíritu y toda la bondad de tu corazón.

Halaga sus sentimientos de madre con la futura felicidad de la hija, muéstrate dominado por un amor tranquilo, convencido, reposado, y no dudes del éxito, que entónces tiene que ser á medida de tu deseo.

La madre estuvo aconsejando al hijo de tal manera, que éste, apreciando todo el valor de aquellos consejos, miró ya su casamiento con Dominga como un acontecimiento inevitable.

No podía haber obrado de una manera más hábil.

Isabel iba á tener que luchar con dos enemigos, uno de los cuales era una madre inteligente é interesada en la felicidad de su hijo.

A la hora convenida, Iriarte se presentó en casa de Rivadavia, con todo el aplomo de un hombre que sabe va á salir airoso de un empeño.

Poco tuvo que averiguar Isabel y poco trabajo le costó explorar un espíritu que ella creía se le presentaría oscuro y reconcentrado.

El joven se anticipaba á todas las preguntas que iba á hacerle, dándole explicaciones más claras y terminantes de las que ella se habría atrevido á esperar.

Iriarte estaba profundamente penetrado de lo que constituía la felicidad de un hogar y la dicha de una joven como Dominga, que había gozado siempre del absoluto cariño de sus padres, sin sufrir nunca la menor contradicción.

Y aquellas teorías profundamente arraigadas le parecía serían llevadas á la práctica, no sólo sin lo menor violencia, sino con el convencimiento del deber cumplido.

Iriarte estuvo pensando más de cinco minutos antes de pronunciar una palabra: reasumía en su pensamiento todo lo que le habían hablado, por si alguna objeción tenía que hacer, pero se encontró con que aquel hombre era irreprochable para marido de su hija.

—Está bien, dijo lentamente, y como si quisiera hacer pesar bien cada una de sus palabras: por mi parte no tengo ninguna objeción que oponer y otorgo complacida el consentimiento que se me pide.

Ahora es preciso saber como opina mi hija, pues siempre será su voluntad la que impere en decisión tan grave.

Creí que usted podría darme una respuesta en su nombre, dijo Iriarte algo contrariado, aunque sin demostrarlo, creo que así ella me lo había hecho entender.

—Yo quedé en decir á Dominga si podría ó no conceder á usted su amor, pero no en dar una respuesta terminante en su nombre.

Ahora, después de oír mi opinión, ella es completamente libre de dar la respuesta que le dicte su corazón.

—¿Sería impertinente de mi parte el rogarle á usted me concediera el favor de pedirle á ella una respuesta?

—De ninguna manera, y voy á llamarla.

Dominga había escuchado toda aquella conferencia desde un punto elegido de antemano, de modo que su respuesta estaba ya formulada.

—No he querido responder por tí, le dijo Isabel, hasta no oír lo que pensabas tú después de escuchar su larga profesión de fé—¿qué te parece?

—Me parece que es el hombre que me conviene, dijo la jóven un tanto cuanto avergonzada: no sé si deberé darle una contestación categórica.

—Ha llegado el momento de darla, desde que él la exige en vista de mi conformidad; desde que tu padre mismo no tiene objeción que hacer, yo creo que debes responder con franqueza y sin evasivas: de todos modos ha llegado ya el momento de tomar una resolución.

—Bueno, puesto que no hay más remedio, ánimo y vamos.

Dominga se presentó en la sala radiante de hermosura.

Iriarte quedó deslumbrado á pesar del hábito que de ver á la jóven tenía.

Es que la situación del corazón contribuía á realzar su belleza fresca y perfumada.

Sus ojos brillaban á impulsos del deseo, y su boca lánguida se entreabría como las rosas al beso de las brisas.

La belleza de Dominga mareaba, adormecía de una manera arrolladora; de sus párpados entrecerrados asomaba una eterna aurora de amor, y todo su sér respiraba voluptuosidad y encanto.

Iriarte no enloqueció porque el amor no enloquece, pero se sintió presa de un vértigo dulcísimo que lo bañaba en suprema delicia.

Era el espíritu que se animaba al contacto del espíritu,—era el corazón que latía movido por el latido ajeno,—era esa caricia intraducible que palpita en todo el organismo, llevando al espíritu algo que no es de este mundo y que nos hace nacer la certeza de una vida mejor.

Dominga pasó ante Iriarte, altiva, pero lánguida, y se sentó á su lado bañándolo con el rayo luminoso de su persona.

El jóven la miró poderosamente y agachó en seguida la vista deslumbrado, sin saber por donde empezar.

Isabel se complacía en ver todo el efecto que causaba en el espíritu de Iriarte la belleza de su hija.

Fué así ella quien tuvo que romper el silencio, temiendo que el jóven pasara de aquella manera toda la tarde.

—Aquí tiene usted á mi hija, señor Iriarte, le dijo, puede usted mismo interrogar su corazón.

Iriarte alzó los ojos y los fijó en Isabel, para posarlos en seguida sobre Dominga.

—Señorita Dominga, dijo, es usted ahora la única que puede librarne de toda angustia: la señora me ha permitido el honor y la dicha de aspirar á su mano, siempre que á su corazón sea yo simpático.

Yo no sé qué confianza íntima tengo en el buen éxito de mi pedido, confianza que me hace provocar hoy resuelto, una respuesta que no me habría atrevido á afrontar ayer.

La misma señora me alienta con el hecho simple de haber llamado, pues si ella no creyera que su contestación puede colmar mi deseo, no la habría puesto en el caso violento de dar una respuesta desagradable.

Es, pues, con suma confianza que me permito preguntarle si hay en usted cariño para mí, y si ese cariño es suficiente para autorizarme á hablar al señor Rivadavia en ese sentido.

La voz de Iriarte trémula y apagada, no estaba exactamente de acuerdo con sus palabras: si él hubiera tenido, como decía, entera confianza en el éxito, hubiera hablado con más seguridad y más dominio sobre si mismo.

Dominga se había puesto colorada y miraba á Isabel como si esperara que aquella la sacara de la situación difícil en que se hallaba.

—No me mires así, hija mía, pues eres tú quien debe responder: ¿quieres al señor lo suficiente para que aspire á poder llamarse tu esposo?

Piensa que tu respuesta vá á decidir de tu porvenir, consulta bien tu corazón y no hables contra lo que él te indique.

Iriarte estaba conmovido y miraba á la jóven como el que mira un arma de fuego de cuyo disparo está pendiente la vida.

En vez de parecer un amante en presencia de la amada, parecía más bien un reo ante los tiradores que iban á ejecutarlo, alentando una esperanza de perdón.

Dulcemente melodiosa y timbrada por la pasión más pura, la voz de Dominga se dejó escuchar al fin respondiendo á las palabras de la madre.

—Creo que sí, dijo, y bajó los ojos como avergonzada de lo que acababa de decir.

Lívido y tembloroso, y pudiéndose apénas escuchar lo que decía, Iriarte se dirigió á Dominga con ademán suplicante.

—Su respuesta, dijo, colma la ambición de mi espíritu, porque yo me conceptúo feliz con lo que usted acaba de decirme.

Una mujer no duda, no puede dudar jamás sobre las impresiones de su corazón: así es que un « creo que sí », puede interpretarse como un « sí » perfecto y categórico.

Pero si el « creo que sí » es suficiente á calmar mi ansiedad y abrir á mi corazón horizontes de felicidad infinita, no es suficiente para abordar á un padre que podría decirme que una creencia no era una certeza y que en este caso no se podía hablar sino basado en seguridad completa.

Yo no quiero ser exigente, pero suplico á usted me dé una contestación más terminante.

¿Me autoriza usted para ver al señor Rivadavia en el sentido de solicitar el honor de llamarme su esposo?

—Sí, respondió con cierto embarazo todavía: puede usted hablar con él.

Iriarte no sabía lo que le pasaba y estaba aturdido por tanta felicidad.

Si Dominga hubiera obrado más espontáneamente y sin cálculo alguno, aquella felicidad habría sido plena, pero la jóven procedía calculadamente y sobre un terreno bien estudiado de antemano.

Ella amaba á Iriarte con toda la fuerza de pasión que éste había sabido inspirarle, pero no quería mostrárselo, porque hubiera sido perder en su dominio.

—Si él piensa que mi amor es susceptible de aumentar, se decía, se mantendrá siempre en los límites del amante que espera ser amado más y que teme perder el cariño que ha inspirado.

Si yo confieso mi amor tal cual es, me coloco en un terreno desventajoso, dándole un ascendiente que no debe tener sobre mí.

Hé aquí la causa por qué Dominga disimulaba y respondía sencillamente un « creo que sí », para disimular un « con toda mi alma », que era la respuesta que brotaba de su corazón.

Iriarte, no podía ni debía exigir más, porque no era prudente y porque hubiera mostrado cierta exigencia de carácter que no le convenía de ninguna manera, sobre todo en presencia de la madre á quien él creía ia inspiradora de las palabras y acciones de Dominga.

Iriarte non podía pensar que Dominga calculase friamente y procediese aún sofocando las mismas impresiones del corazón: la creía una jóven inocente, entregada por completo al dominio de una madre perspicaz y hábil que le imponía su voluntad de una manera exagerada.

La prueba es que nunca se atrevió á darle la respuesta más leve sin conocimiento y consentimiento de la madre.

¿Como suponer que una jóven que recién entraba á la vida, de una belleza tan plácida y un exterior tan inocente, pudiera ser una persona capaz de meditar con frialdad, dominando y calculando las mayores exigencias del corazón?

Dominga obraba con todo el desprendimiento y libertad de una mujer á quien nada nuevo ofrece la vida y que ejerce un dominio absoluto sobre sí misma.

Para llegar á ese terreno de frialdad y de cálculo, era necesario haber pasado por ciertos desencantos y sinsabores que estaban muy lejos del corazón de Dominga.

Aquella conducta, que habría sido muy explicable en la madre, por ejemplo, no podía concebirse en la hija.

Por eso es que Iriarte habría atribuido á la madre desde un principio, aquella vaguedad en las respuestas y aquel proceder tan ajeno al corazón de una niña que obra bajo la influencia de su primer cariño y en situación tan solemne.

—Una vez libre de esta influencia, pensó, ella me amaré con toda su alma, y sin vallas á su cariño, me mostrará tal cual es su pasión inocente é íntima.

¡Cuán engañado á este respecto estaba el jóven! aún dominada por la pasión más exigente, Dominga se hubiera sobrepues-

to á todo y habría luchado victoriosamente contra toda exigencia del corazón y del espíritu.

Por eso su plan desde el principio había sido ocultar á Iriarte todo su cariño para irselo dejando sentir como mejor le conviniese y como más prudente fuera.

Había en Dominga un fondo de perversidad que ella misma ignoraba, y que tal vez sin conocerlo, era la base de toda su conducta.

Si no hubiera tenido las razones que hemos expuesto ya, Dominga habría ocultado su cariño á Iriarte, por el simple placer de mortificarlo, de no dejarlo gozar de toda su felicidad.

¡Pobre Iriarte! creyendo subir al cielo de todo goce humano, descendía á un abismo de dolores que no tendría fuerzas para sobrellevar.

La misma madre estaba asombrada de la habilidad y el cálculo de Dominga: ¡ella misma no se habría conducido de manera más conveniente!

—Yo voy á hablar ahora mismo con el señor Rivadavia, exclamó Iriarte, mostrando toda la felicidad de que se hallaba dominado.

Por mi parte voy á apresurar el momento feliz de ver colmadas mis aspiraciones: ¿tienen ustedes algún plazo que fijarme?

—Ninguno por mi parte, respondió Isabel; si de todos modos ha de hacerse, me es indiferente que sea ahora como después: ella decidirá entónces como quiere que se realicen sus deseos.

Dominga vaciló y no supo ó no quiso contestar.

—Si algo le suplico yo, dijo Iriarte, si algo le pido con todo el fervor de mi alma, es que no demore la realización de la felicidad de mi vida.

En esta situación un día importa para mí un año, me parece que la felicidad puede escapárseme de entre las manos y mi vida es entónces una zozobra continua.

¿Quiere usted fijarme el menor plazo que le sea posible?

Tenga usted presente que cada día ganado, será un día de ventura más que le deberé.

Dominga pensó todavía un momento, después del cual res-

pondió como si se avergonzara: por mi parte dentro de dos meses estaré preparada.

—; Dos meses, todavía dos meses! aguardaré con paciencia, esperando que este eterno plazo podrá acortarse: no me cansaré de hacer mi súplica diaria para lograrlo.

Iriarte pasó de allí á verse con Rivadavia.

Le parecía que su felicidad se le escapaba de entre las manos, que álguien podía interesar más el corazón de Dominga y contaba con la influencia del padre para apresurar su enlace.

Ya tenía el consentimiento de Rivadavia, puesto que había vencido el único obstáculo que podía oponérsele.

Rivadavia demostró con franqueza todo el placer que experimentaba con aquel enlace; no era ambicioso y toda su aspiración estaba llena con un marido respetable y fino.

—Me alegro mucho de la noticia que usted me dá, amigo mío, dijo, pues ella colma mi ambición.

Tengo el convencimiento íntimo que mi hija será feliz y que tendrá siempre en usted un marido amante y bondadoso.

Nosotros la hemos mimado mucho, amigo mío, complaciéndola en todo cuanto hemos podido: ; es tan corta la vida que no vale la pena de contrariar á los que amamos!

Así, usted comprendiéndolos disculpará sus pequeños caprichos, tratando de hacerle ménos sensible la transición que vá á experimentar en sus costumbres, haciéndole lo más liviano posible los deberes de la familia.

—Yo me llamaré feliz, señor Rivadavia, pudiendo complacer á esta niña en todo cuanto puede serle agradable.

No me atrevo á decir que ella no extrañará los halagos de sus cariñosos padres, pero sí me permito asegurar que jamás tendrá que arrepentirse en su cambio de vida.

—Dios lo oiga, amigo mío, y cúmplase el deseo de toda mi vida.

Ahora, me es indiferente el momento de rendir á la tierra mi tributo de vida, puesto que dejo asegurado el porvenir de mi hija.

—Tengo que hacerle un pedido, dijo Iriarte, que revela una impaciencia que usted comprenderá fácilmente.

Mi mayor deseo es apresurar mi casamiento, todo lo que sea posible, puesto que no hay un motivo que lo retarde.

Dominga lo aplaza dentro de dos meses: ¿quiere usted poner su influencia para que ese plazo se acorte en lo posible, siempre que no importe para ella la menor violencia?

—Con mucho gusto: el plazo no es muy largo, tal vez sea el tiempo que ella necesite para prepararse; pero si es posible acortar ese plazo, cuente usted con mi más decidida cooperación.

Iriarte se retiró conceptuándose verdaderamente feliz, para hablar con su buena madre y comunicarle el espléndido resultado obtenido.

—¡Me ama! ¡madre mía, me ama! exclamó apenas estuvo á su presencia y abrazándola estrechamente: dentro de dos meses seré su marido.

La señora participó de toda la felicidad de su hijo: amaba á éste apasionadamente, creía como él que aquel enlace representaba su felicidad y devolvía multiplicadas las caricias del hijo, como otras tantas felicitaciones.

—Ahora, dijo, es preciso que me ayudes en todos mis preparativos, con el gusto delicado de tu cariño.

—Ante todo, ¿dónde vás á vivir?

—No se ha hablado de eso, pero si me lo permites, ¿en dónde he de vivir más que contigo? no te alarmes, que lejos de perder un hijo ganas una hija.

—Quién sabe si ellos no tienen el proyecto de que vivas allá, y como no puedes empezar contrariando á tu esposa, tendrás que acceder, aunque después hagas lo que mejor te convenga.

A este respecto era indudable que cada cual quisiera quedarse en su casa, siendo Rivadavia, como era natural, el que tendría que ceder.

Iriarte visitó á Dominga desde aquel día, que no por su compromiso había alterado en nada su género de vida.

Asistía á las reuniones como antes, siguiendo un consejo de Isabel que le decía:

—La novia que renuncia á los placeres de la sociedad, se encuentra una vez que se casa, porque habrá acostumbrado á su mari-

do á tenerla siempre en su casa y esconderla á la sociedad como bien robado.

Si quieres que tu marido te lleve siempre á los bailes y tertulias, no dejes de asistir á ellos; si él quiere estar contigo irá también y así le habrás habituado á verte bailar y á que tu belleza sea un adorno de los salones.

A Dominga, al proceder así, la llevaba además otro interés más vivo aún.

Quería observar por sí misma si su marido era celoso, hasta qué grado lo era, y si esto podía entrañar un peligro para su vida futura.

Así, había decidido seguir concurriendo á las tertulias como antes de su compromiso y atendiendo á los demás jóvenes con el mismo agrado de antes, aunque sin ofender á su novio.

Este saltaría si era celoso, y se revelaría cual era su carácter bajo la impresión de los celos.

Pero Iriarte, siguiendo también los consejos de su buena madre, se mantenía á la altura de las aspiraciones de su prometida.

No seas celoso, le había dicho ésta, que los celos llevan á grandes excesos, además de importar siempre una injuria para la mujer que se ama.

Y si lo eres, ocúltalo, ocúltalo á tí mismo, hijo mío, porque los celos es pasión de almas mezquinas y pequeñas.

Los celos no pueden halagar á ninguna mujer, porque ellos no importan un exceso de cariño como se cree.

Ellos quieren decir que un hombre no tiene confianza en la mujer y que la cree capaz de cometer una acción indigna.

Los celos tienen además un sério inconveniente, y es que ellos abren los ojos á la joven inocente mostrándole que es posible que ella cometa una falta, desde que para evitarla se toman tantas precauciones : se familiariza con la posibilidad de que pueda cometerla y la comete creyendo muchas veces que aquello es natural puesto que se había previsto.

Un hombre, aunque tenga que hacer un esfuerzo, aunque no sea esta su creencia, como marido debe apoyar la dignidad de su

mujer con su propio respeto y no mostrarle nunca que teme de ella una mala acción, inculcándole esta sana teoría :

El mejor guardián del honor de un hombre, es la dignidad de su mujer misma: yo no puedo tener celos, porque tengo la conciencia que mi mujer, en ningún caso, puede autorizarlos con su conducta.

Y esto, que es conveniente como marido, es necesario como novio.

Una novia que vé que su prometido es celoso, que no quiere que otro hombre se le acerque, que no le gusta que vaya á tertulias y reuniones porque ellas son un motivo de escuchar galante-rías, empieza por tomar miedo al hombre, diciéndose: ¡ si así es siendo novio, qué será siendo mi marido!

La misma madre, se alarma viendo en esos celos una vida de reclusión y de disgustos para la hija, y es entónces la primera en oponerse.

¡ Cuántos matrimonios se han deshecho por esta causa!

Un hombre debe soportarlo todo como novio, en la certeza de que como marido, podrá educar después á su mujer, suave é insensiblemente en armonía con su carácter y su modo de ser.

Iriarte, pues, enterró sus celos, y se conformó con su situación.

Una jóven que dos meses antes de casarse anda entregada á bailes y tertulias, no prueba tener mucho cariño para el que vá á ser su marido.

Pero como todas obran en este caso por inspiración de la madre, no pueden ser de ello directamente responsables.

Las jóvenes que calculan sobre esto en semejante situación, son excepciones en la regla: ellas no obran nunca por la pasión, sino por el cálculo: por el cálculo se casan y por el cálculo son culpables, si llegan á cometer alguna falta.

Así Iriarte miraba impasible á Dominga bailar con todos aquellos que se lo pedían y escuchar la conversación galante de todos ellos.

El parecía no mortificarse por aquello, hablaba con Domin-

ga el poco tiempo que los demás la dejaban, y la sacaba á bailar dos ó tres piezas en la noche.

—¡Caramba! solía decirle: desearía ser todos en este momento; en vez de uno, quisiera yo ser veinte jóvenes.

—¿Y para qué? preguntaba sonriente y feliz Dominga.

— Para estar siempre á su lado hablándole de mi amor, sin fastidiarla, sin monotonía!

—Si estuviera siempre á mi lado, se aburriría continuamente de oír mi misma voz y de tenerme presente.

Así, cuando se casara, sólo pensaría en alejarse de mí, aburrido de verme.

Yo quiero que mi marido me desee siempre: esta es la manera única de hacer eterna la primavera de amor.

—Eso es una exageración del deseo y tal vez del cariño.

La vista de la mujer amada no cansa, como no cansa la vida, el aire, la luz del sol.

Pero es preciso conformarse y no quejarse, porque los astros no se han hecho para encerrarse en un cajón; todos tienen derecho á mirarlos y á participar de su luz: este es el inconveniente del que ama lo excesivamente hermoso.

No es celoso, pensaba Dominga, y seré feliz con él porque no me robará á la sociedad.

No es celoso, pensaba Isabel, y mi hija será feliz porque la vida de placeres será interminable para ella.

Esta regla de conducta fué lo que apresuró el casamiento, pues la misma Isabel decía á su hija:

—Puedes casarte cuando quieras, en la seguridad que tu vida social no sufrirá la menor modificación.

No faltes tú voluntariamente á ninguna fiesta y a tu marido no se le ocurrirá ni concebir una fiesta sin tí.

Un mes después del consentimiento pedido, Iriarte tenía todo listo para casarse.

Había comprado lo más rico que había encontrado en Buenos Aires como muebles, y sólo esperaba el consentimiento de Dominga para realizar su casamiento.

Toda la buena sociedad estaba entónces en un contacto dia-

rio, porque era pequeña, y todos conocían el casamiento, de modo que no había ya motivo para dilatarlo.

Dominga se decidió por fin, y veinte días antes del plazo fijado, se realizó aquel casamiento que hizo época por la belleza deslumbrosa de la novia.

El casamiento fué ruidoso y sumamente festejado, porque ambas familias se habían empeñado en su mayor brillo.

¿Fué feliz Dominga Rivadavia? ¿Se defraudaron sus esperanzas y sus cálculos?

Esto es lo que vamos á ver más adelante, que entramos de lleno en la parte interesante de nuestra historia.

Fué aquí que empezó verdaderamente la vida aventurera y estruendosa de nuestros primeros personajes.